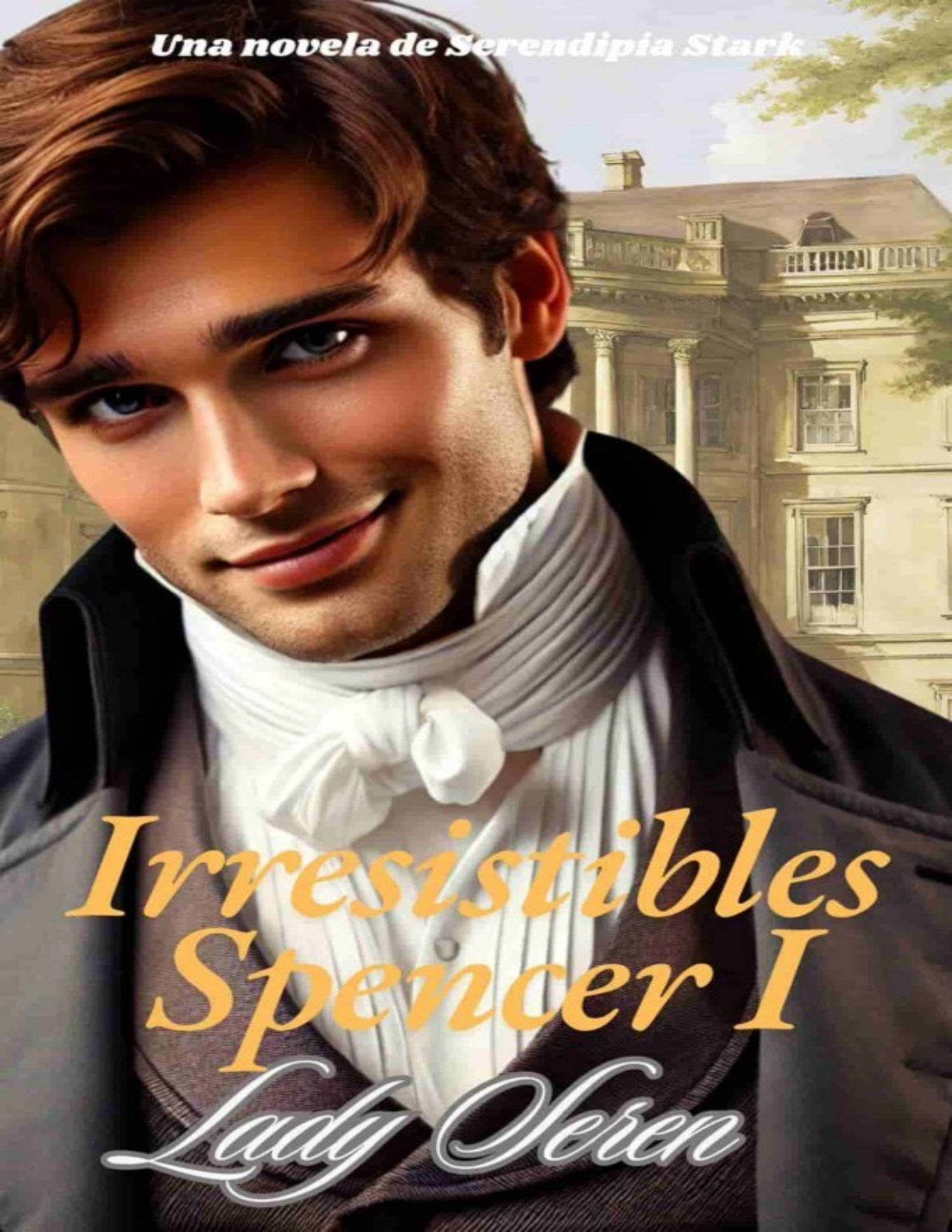

Una novela de Serendipia Stark
Irresistibles Spencer I
Lady Seren

IRRESISTIBLES SPENCER (I)

SERIE «Guante de seda» V

La serie «Guante de seda» está compuesta por **7 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Londres de la Regencia**.**
Si adoraste series como los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y los universos costumbristas históricos al estilo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en
INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024
Código ASIN:
Todos los derechos reservados©
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Empieza a leer

LONDRES

Navidad,1817



Capítulo 1

Un regalo por navidad

—Debes de estar bromeando, hermano. Sácate esa ridícula idea de la cabeza antes de que te la saque yo. A puñetazos.

El joven sentado enfrente, dejó caer con brío un naipe sobre los de su contrincante, como si con ello quisiera tapar también su reproche. Alzó la copa de licor y antes de apurarla, le dedicó el brindis con cierto descaro.

—Tú siempre tan civilizado y cortés, querido Cass. ¿O debería decir tus nudillos?

En un estado de ánimo cercano a la desesperación o la furia que, a todas luces pretendía contener, Cassian Spencer se inclinó hacia adelante y habló entre dientes.

—¡Lucien!

—Hermano. Sigue así, es el mejor camino y el más rápido para que todo el mundo acabe enterándose.

—¿De qué habría de enterarme?

Varian, uno de los gemelos, que se acercó a la mesa solo para robarles una cereza confitada del cuenco que reposaba a un lado. Bien pensado, mejor que fueran dos.

Sus hermanos mayores sonrieron tirantes a la par.

—Nada, Cass sigue empeñado en que permanezca en el redil, siga el buen ejemplo de nuestros queridos Henry y Rhys, y termine casándome. Enamorado o no, eso es lo de menos.

Varian soltó un ruidito socarrón, semejante a una risa.

—Puede que haya llegado tu turno.

—Nuestros hermanos son muy felices —masculló Cassian, enervado.

—Desde luego, no lo niego —asumió Lucien—, pero convendréis conmigo en que tampoco es sencillo encontrar esposas como Julianna y Anne.

—Doy fe —apuntó Varian escogiendo otra cereza.

—Por cierto, deben de estar a punto de llegar, ¿no? —agregó Lucien, loco por conducir la charla a otros derroteros—. La cena de esta noche promete ser memorable —se felicitó sin imaginar en aquellos instantes cuánto.

—¿No tienes nada que hacer que requiera de tu presencia, Var? —espetó Cass con mirada de lince a punto de atacar.

El joven Spencer levantó ambas palmas extendidas en son de paz.

—Veo que ardes en deseos de que desaparezca. ¿Es por los aperitivos?

—Es para poder seguir torturándome con sus principios de vejestorio del siglo pasado —se quejó Lucien con una mueca graciosa.

Varian arqueó las cejas y se apresuró a esfumarse, llevándose consigo el cuenco completo de cerezas.

—¿Sabes lo peligroso que resulta? ¿Sabes bien a lo que te enfrentas?

—Déjalo ya, Cassian, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero es mi familia y tú perteneces a ella. Bastante mal lo pasamos con las misiones de Rhys. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Y lo cubrimos. Tú y yo. Todas las veces. Lo que no entiendo es por qué él sí pudo y en mi caso es un suicidio.

Cass puso los ojos en blanco.

—¡Porque lo es! Nuestro hermano invirtió diez largos años en formarse en Oriente. Se convirtió en un maestro de las artes marciales, en una sombra invisible. Tú no, Lucien. Tú únicamente eres fuerte.

—Y listo. Y valiente.

—Y un temerario suicida. No pienso permitirlo.

Lucien golpeó la mesa con otra carta.

—Tú mismo lo has dicho: Rhys ha pasado años jugándose la vida mientras yo disfrutaba del desenfreno y la soltería. Es hora de que haga algo por mi país.

—Ya lo haces. Dando de comer a un montón de familias con las tierras de los Spencer.

—¿A quién quieres engañar? Eres tú el que administra esas fincas. No tengo ninguna tarea concreta encomendada, no me siento útil.

—Cuando te cases, Henry te asignará residencia y tierras. Las gestionarás personalmente. Las cosechas, el ganado, los arrendatarios, todos dependerán de ti.

—¿Y si nunca me caso? ¿O hasta que eso ocurra? —En sus pupilas destacó un brillo de desafío.

—¿Por qué no te limitas a divertirte?

—Creo que ya me he divertido bastante. La decisión está tomada y es en firme. Me gustaría ver cómo lo impides.

Cassian se esforzó porque la caída de su naipe, avasallando el de su hermano, sonara aún más fuerte.

—Del modo que sea. No vas a convertirte en espía de la Corona. Estoy convencido de que Henry y Rhys no pondrán inconvenientes a ayudarme.

El timbre de la puerta principal inició su largo recorrido de aquella noche, y los lacayos sus carreras atendiendo a todo el que llegaba. El que en Herrick House, la magnífica propiedad del conde de Herrick en Londres, convivieran dos familias, los Fowler y los Spencer, daba como resultado una algarabía sin par, un bullicio permanente y un continuo entrecruce de voces, conversaciones y risas, muy alegre, pero que para más de uno podía resultar abrumador.

Mortimer, por ejemplo, el nuevo mayordomo recién incorporado. Sobrepasado hasta las orejas con motivo de la cena navideña. Literalmente horrorizado.

Pero ¿cuánta gente pensaba asistir?

El conde de Herrick con sus tres hijas, Sienna, Diana y Evelyn, esta última casada con el brillante coronel Darwin, también

presente. lady Elisabetta, hermana del conde, y sus seis hijos Spencer, dos de los cuales, también casados con lady Julianna y la señorita Anne respectivamente.

Mortimer rezaba para aprenderse los nombres y no cometer ningún error irreparable. Conforme se iban sumando, él vigilaba la labor de los lacayos de hacerse cargo de sombreros, bastones, guantes, capas y manguitos, y acto seguido, los anunciaba en el gran salón donde aguardarían la hora de la cena entretenidos con los entrantes.

El licor corría vertiginoso de los decantadores a las copas y los hermanos Spencer que discutían, parecían haber aparcado momentáneamente sus cuitas. O al menos, Lucien había huido sin que Cassian hubiera sido lo bastante habilidoso como para impedirlo. Las conversaciones se teñían de desenfado y de carcajadas cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Mortimer puso los ojos en blanco.

¿Otro más? ¿Quién faltaba?

De regreso al salón, con una carta en las manos, podría decirse que el pobre hombre había perdido por completo el color de las mejillas. Se dirigió a Lucien, que charlaba animado con su prima Evelyn y el marido de esta, y carraspeó para llamar su atención.

—Acaba de llegar esta nota para usted, señor.

Lucien parpadeó sorprendido.

—¿Para mí? ¿Quién la trajo?

—No sabría decirle, señor. Una joven. Pero se fue enseguida. Solo me pidió que se la entregara en mano.

Movido por la curiosidad, Lucien tomó la carta. No era momento de abrirla, desde luego, en las previas a la cena de navidad. Si la mensajera se había retirado es que no exigía respuesta, de modo que podía esperar. Lo que realmente le llamó la atención fue que Mortimer no se retirara. Lo miró inquisitivo.

—Hay algo más, señor.

Entonces todos se percataron del mal rato que estaba pasando el mayordomo. De las perlas de sudor que humedecían su frente, su gesto desencajado y su preocupante palidez.

—¿De qué se trata?

A modo de respuesta, Mortimer hizo una seña a un lacayo, que a su vez debió de avisar a otro que ellos no acertaban a ver, pero que se adentró en la sala trayendo de la mano a un pequeñuelo que lo observaba todo con los ojos de un búho.

—La señorita me encomendó encarecidamente que le entregara en mano la carta… —Mortimer tragó saliva—. Y al niño.

Lucien abrió la boca, pero como no encontró las palabras, la volvió a cerrar. El pequeñajo lo miraba con fijeza y de pronto, cuando menos se lo esperaba, sonrió de oreja a oreja dejando ver dos filas de blanquísimos dientecillos.

—¿Tú eres mi papá?

Se escucharon varios gemidos y exclamaciones en diversos puntos de la sala. En especial los de lady Elisabetta, que destacaba por ser muy expresiva. Todos sin excepción corrieron a agruparse en el punto donde Lucien, petrificado, repasaba al diminuto recién llegado con un gesto de pavor instalado en la cara.

—¿Papá? —bramó el conde, entre enfurecido y desconcertado.

Capítulo 2

Ha llegado una carta

—Desde luego, el parecido es asombroso, sería de necios negarlo —gimoteó lady Elisabetta—. Es idéntico a ti a esa edad. ¿Cuántos años tienes, pequeño?

El crío levantó una mano con los cinco deditos estirados en forma de garra.

—Cinco, señora.

—Creo que voy a desmayarme —bromeó mordaz, Evelyn.

Lucien se percató de que ni siquiera respiraba. Y de que toda su familia tenía clavados los ojos en él y en la mano que sostenía la carta.

—Puede que ahí tengas la explicación —sugirió Cass intranquilo.

—Necesito un momento…

La esposa de Rhys, Anne, rodeó al pequeñuelo con un brazo y procuró apartarlo del asfixiante corrillo. Los demás la siguieron en silencio.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres un dulce?

Lucien se retiró a la biblioteca, donde pudiera pasar el mal trago en soledad. Pese al temblor logró desgarrar el sobre y sus ojos recorrieron con ansia las escasas líneas.

Philippa.

¡Cómo no! Philippa.

Regresando del más allá para mortificarlo. La mujer más perversa, más egoísta y problemática de todas cuantas había conocido, la…

La madre de aquel niño del que, por lo visto, él era el padre.

Y venía a decírselo ahora, cinco años después de su nacimiento. Después de haberlo mantenido en la más absoluta ignorancia, de no haberlo insinuado siquiera… ¿Le dejaba al niño en la puerta la noche de navidad?

¿Su justificación? Que iba a casarse. Con un ricachón entrado en años que le ofrecía un futuro perfecto, rodeada de lujos y comodidades, a quien la existencia de un hijo natural espantaría, a todas luces.

Eso explicaba en su carta. Y como por nada del mundo pensaba perder a su marido y la oportunidad de oro que traía consigo, se deshacía sin remordimientos del pequeño Colin. Muy propio de ella.

Si algo estorba, con una buena patada lo arreglamos.

La furia de Lucien formó una bola apretada con la carta y acto seguido, la arrojó al fuego de la chimenea. ¿Cómo demonios iba a solventar aquello? Se llevó los dedos al puente de la nariz, masajeándolo con angustia. Un niño. ¿Se supone que debía hacerse cargo de criarlo? De actuar como… ¿padre? ¿Y qué pasaba con sus proyectos? Con su futuro. ¿Con la idea de convertirse en espía para la Corona?

¿Debía echarlo todo a rodar? Solo porque una mujercita caprichosa con la que había tenido la malísima fortuna de cruzarse y encamarse… Bueno. Habían vivido una tórrida aventura, cierto. Pero de eso hacía tantísimo tiempo que ni lo recordaba.

La puerta se abrió dando paso a un consternado conde de Herrick.

—Hijo, ¿estás bien?

Lucien solo fue capaz de resoplar, bufar y encogerse de hombros. Lo cierto es que no podía ni respirar.

—Querido, ¿qué explicación contenía la carta?

Lady Elisabetta no había podido contener su preocupada impaciencia, así que entró también. Seguida del resto de los Spencer pisándole los talones. Las damas quedaron en el saloncito, haciéndole carantoñas al crío, que era un angelito del cielo.

—¿Qué dice?

—Su madre ha muerto —inventó sobre la marcha—. El niño no tiene a nadie más.

—No quedan… ¿parientes? —se sublevó Jurian, el gemelo de Varian, seriamente compungido.

—Es obvio que tiene a su *padre* —lo amonestó lady Elisabetta con un gruñido—. Por eso lo han traído.

Adelantó un paso y rodeó los anchos hombros de su hijo con el brazo, tratando de inspirarle algún consuelo.

—No pasa nada, el pequeño se queda.

—Colin —musitó Lucien como la voz le saliera de debajo de las alfombras.

—¿Cómo dices?

—Que se llama Colin.

A lady Elisabetta se le iluminaron los ojos.

—Colin Spencer. Suena bien.

—Hermana —la frenó lord Herrick—, no te apresures. Habrá que estudiar con cautela el modo en que esto se hace público…

—Porque no hay nada más humillante que un escándalo —corroboró Cassian con total seriedad.

—Hacerse cargo de un hijo cuya madre ha muerto no es ninguna deshonra —abogó con pasión la matriarca de los Spencer.

—Lo es, si el niño ha nacido fuera del matrimonio.

La dama sonrió con sumo orgullo. Como un hermoso cisne que estira el cuello y ahueca las plumas.

—No para un Spencer, querido. A un Spencer no se le intimida fácilmente.

Cuando salieron en tromba de la biblioteca, con las ideas un poco más claras y los ánimos más templados, era casi la hora de la cena. Encontraron a Colin por los aires, en brazos del coronel Darwin, el marido de Evelyn, que lo lanzaba y volvía a recogerlo después de haber colocado una estrella en lo más alto del enorme árbol de navidad.

El niño gorjeaba feliz, como si hubiese pertenecido a aquella casa y aquella familia desde siempre, y no hubiera nadie a quien echar de menos. Ni siquiera una madre. Lucien se preguntó cuánto de su atención y su tiempo le habría dedicado la voluble Philippa desde su nacimiento.

Y sintió una repentina oleada de compasión y pena.

Pero él no era la respuesta, no era la opción más adecuada. No lo era.

«Va siendo hora de que asumas tu responsabilidad como padre» había escrito Philippa en su horrible misiva. ¿Su responsabilidad? Para empezar, debería haber sabido que era padre. Ella se lo había ocultado…

Dejó de cavilar al sentir la mano de su tío, el conde, atrapándole el hombro.

—Somos una familia grande, muchacho. Entre todos te ayudaremos.

—La cena está servida —anunció Mortimer pomposo, mucho más aliviado por que el timbre no hubiera vuelto a sonar.

Camino del comedor, Elisabetta ofreció la mano a Colin con una sonrisa. El pequeño no dudó en tomarla y, con la otra, buscó a su padre. Lucien se estremeció al notar cómo aquellos deditos se deslizaban por su palma y se enroscaban buscando calor.

No se encontraba bien. Tenía revuelto el estómago, las náuseas iban y venían en violentos barridos, y hasta le pareció sufrir algún que otro mareo.

Ahora sabía cómo se sentían las damas con sus indisposiciones.

De buena gana se habría excusado para correr a esconderse a su alcoba, solo que no podía. No era una cena cualquiera en la que se reuniese toda la familia, de esas celebraban muchas. Era la cena de Nochebuena. Al día siguiente sería navidad y se vería forzado a seguir sosteniendo, si no una sonrisa, una cara de circunstancias que lo hiciera menos vil a ojos de todos.

Porque lo cierto era que no deseaba aquella inesperada responsabilidad. No quería ser padre, no entraba en sus planes. Y lo más humillante e indigno, nadie le había preguntado antes de cargarlo con ella.

Capítulo 3

Discutamos conveniencias

—¡Feliz navidad a todos!

El comedor de desayunos olía a té aromático y a café recién hecho. A pan caliente y hojaldres tiernos. Con más o menos ligereza, los miembros de la extensa familia se fueron sumando a la mesa dispuesta con primor en tonos blancos y rojos.

—¿Puedo afirmar que tienes un aspecto horrible, hermano?

Los insufribles gemelos y sus chanzas. Su sorprendente capacidad para tomarlo todo a broma. Lucien les dirigió una mirada atravesada, surcada por círculos oscuros.

—¡Menudas ojeras, primo! —observó Sienna con los ojos muy abiertos.

—No has debido de pegar ojo en toda la noche —supuso comprensiva lady Elisabetta.

Lucien aceptó la cariñosa palmadita de su madre sobre la mano, con gesto resignado.

—Aciertas. Y, sin embargo, no he sido capaz de percatarme de a qué hora Colin se coló en mi alcoba. —Milady abrió los ojos impresionada—. Me lo he encontrado hecho un ovillo en la alfombra junto a la cama.

—¡Cielos! ¿Y qué has hecho?

Lucien no supo con claridad quién había lanzado la pregunta. Parecía, más bien, que había salido disparada de varias bocas al mismo tiempo. Lo cierto es que muchos ojos a coro lo miraban ansiando respuesta. Sintió una especie de ahogo que lo obligó a aflojarse el corbatín.

—¿Qué iba a hacer? Devolverlo a su cama, al dormitorio que se le ha adjudicado, de donde nunca debió salir. Puede resfriarse —añadió como si eso fuese lo que todos esperaban.

Una chispa de preocupación paterna. ¿No?

—Pobre chiquillo… —se lamentó la matriarca con un gimoteo —. Mañana mismo lo llevaré al sastre, a prepararle un guardarropa completo. Entretanto, he mandado desempolvar los baúles con vuestra ropa de pequeños. Hay cientos de trajes que podrían servirle...

—Madre, el contenido de esos baúles hace siglos que debería haber sido entregado a un hospicio —opinó Rhys sirviéndose una porción de tarta de arándanos después de ceder la suya a su esposa.

La dama sacudió la cabeza acongojada.

—Le tengo mucho aprecio.

—Hemos crecido, madre, y estamos aquí —bromeó Var, jocoso como de costumbre—, no necesitas una colección de pantaloncitos y botines para tenernos presentes…

—Bueno, no tan rápido —interrumpió Henry Spencer con un brillo especialmente radiante en los ojos grises—. No siempre estaremos invadiendo Herrick House. Julianna y yo tenemos que anunciaros, que nuestra nueva residencia se encuentra perfectamente dispuesta y en espera de nuestro traslado.

—¿Que se llevará a cabo…? —quiso saber Evelyn, sosteniendo con delicadeza su taza de té.

—A principios de año.

—¡Igual que nosotros, entonces! —exclamó su esposo.

—Y que nosotros —agregó feliz Rhys—. También nuestro hogar está listo y abre sus puertas tras todas esas interminables reformas.

—Y las incontables goteras del tejado —rio Anne—, no las olvides.

Lady Elisabetta los miró de hito en hito con la cuchara suspendida en el aire, incapaz de reaccionar.

—¿Quiere esto decir que en apenas unos días seis de vosotros abandonaréis el nido familiar?

—Ya se sabe, madre —canturreó Jurian—, el casado casa quiere. Demasiado han aguantado…

—Pero Henry —se dirigió a su hijo mayor—, vuestro bebé está a punto de llegar, eres el heredero del título, tu hogar oficial será Herrick House, Julianna y tú deberíais quedaros…

—Eso no ocurrirá mientras mi querido tío siga sano y en plenas facultadas. —Dirigió una mirada socarrona al conde—. Falta mucho para esa nueva mudanza.

—Pe… pero…

—Hermana, no me mates con anticipación, te lo ruego …—rio el conde.

—Armand —se sublevó ella—, no digas sandeces.

—No es que puedas pretender mantenerlos de por vida bajo tus faldas, los chicos han crecido, se han casado, tienen sus vidas, hijos propios… —enumeró milord en tono de consuelo—. Ahora tienes otro nieto del que ocuparte.

Lucien sufrió un súbito ataque de tos.

—En relación a eso…

De nuevo un giro simultáneo de todas las cabezas en su dirección. Cómo le desquiciaba los nervios que hicieran aquello. ¿Acaso ensayaban?

—No creo que el niño deba quedarse.

—¿Cómo que no? —aulló Elisabetta.

—Yo… he adquirido una propiedad en Regent Street donde tenía pensado trasladarme…

—¿Tú también? —gimió la dama al borde del desconsuelo.

—¿Un nidito de amor para solteros traviesos, hermano? —cacarearon a dúo los gemelos.

Milady carraspeó, lanzando una mirada de reojo a las pequeñas de la casa, Sienna y Diana, que no parecían haber captado la insinuación. Lucien puso los ojos en blanco. ¿Por qué diablos era tan sumamente difícil anunciar algo con un mínimo de seriedad en aquella familia?

—Sí —gruñó—, un soltero recalcitrante nada interesado en dejar de serlo. No soy el heredero, no es necesario que me case.

—Eso dijo Rhys —se mofó Diana con un bollito entre los dientes—, y ya ves.

—Es de suponer que el niño ha llegado a Herrick House por dos razones —asumió Henry con autoridad—: bien era la voluntad de su madre y la dejó clara y terminante antes de morir…

A Lucien se le cogió un pellizco desagradable en la boca del estómago.

—O ninguno de los parientes que tenga en el lugar donde vivía ha querido hacerse cargo de él. En cualquier caso, Lucien, creo que no hay más remedio…

—¡Lo hay! —se desesperó poniéndose en pie de un brinco— ¡Debería haberlo! Tengo una vida, planes que llevar a cabo, no puedo quedarme atado a esta casa por culpa del condenado destino retorcido y un crío al que no conozco…

Calló bruscamente al descubrir al pequeño Colin bajo el dintel de la puerta, mirándolo desde su cara pecosa de grandes ojos grises, inequívocamente Spencer, con expresión indescifrable. Anne corrió a buscarlo.

—Pero si es nuestro chiquitín favorito, que viene a desayunar. ¿Has dormido bien? ¿Tienes hambre?

Mientras Anne lo movía en sus brazos, mientras lo acomodaban en una silla reforzada con muchos cojines para que alcanzara la altura de la mesa, el niño no solo no respondió. Tampoco apartó ni un segundo las pupilas de su padre.

Lucien tuvo la impresión de que luchaba por contener las lágrimas y el corazón se le partió en dos pedazos. Uno correspondía a la vida que con tanta dicha había programado y parecía a punto de perder. Se dejó caer de nuevo en su asiento con un largo suspiro.

—No es preciso tomar ahora todas las decisiones —aportó el juicioso Cassian—. Hoy es navidad. Disfrutemos de la jornada. Es de suponer que, con el paso de los días, las cosas vayan aclarándose solas.

Y como Cass acompañó sus sensatas palabras con una mirada a su hermano menor que era todo un ruego, Lucien inclinó la cabeza con humildad y se rindió.

Capítulo 4

Un niño perdido

El desayuno de navidad transcurrió, como cualquier otro en aquella casa, en un ambiente festivo plagado de risas y conversaciones que se cruzaban sin orden alguno, al mismo tiempo. Pese a que nadie, salvo Colin, era ya un niño, se vieron bolas de pan y bollo volando por encima de las cabezas a modo de juguetones proyectiles.

Solo Lucien mascaba con aire ausente el contenido de su plato, sin saborearlo siquiera.

—¿Podemos tener unas palabras en la biblioteca? —solicitó su tío, el conde, una vez hubieron terminado.

A Colin lo arrastraron al cuarto de juegos preparado para cuando el hijo de los vizcondes Rothgar, Julianna y Henry, naciera, con la sola idea de distraerlo, pues sus ojitos perseguían de forma obsesiva cualquier movimiento que hacía su padre como si temiera que de un momento a otro se esfumara en el aire dejándolo solo.

Lucien acudió a la llamada del cabeza de familia de muy malas ganas. Su tío, su querida, pero a veces insufrible madre, sus hermanos mayores, Cassian y Henry. El tribunal estaba formado y lo repasaba sin misericordia de pies a cabeza con una condescendencia que lo puso a temblar.

—Entendemos que todo esto ha sido muy inesperado —comenzó milord mientras Henry servía licores para todos.

—Y muy inconveniente —les recordó ceñudo Lucien.

—Eso también. Tú tenías proyectos…

—Unos proyectos ridículos, dicho sea de paso —opinó Cassian malhumorado—. Así que, desde ese punto de vista, alabada sea la providencia que acompaña la llegada del niño.

Lucien lo fulminó con la mirada. Las cejas de su hermano le replicaron con un leve arqueo desdeñoso.

—En cualquier caso. Nadie me ha pedido permiso para comprometer mi libertad.

—Libertad y privilegios de los que has gozado sin freno hasta ahora —apuntó Armand Fowler, aceptando la copa que le ofrecía su sobrino y heredero.

Lucien refunfuñó algo ininteligible.

—Acabas de volver de un viaje de muchos meses por el continente, querido —terció su madre—. Eso debería bastarte para sacrificar un período en bien de tu hijo…

—Hijo del que no tenía conocimiento hasta justo anoche. —Abandonó su asiento, exasperado, y se puso a dar vueltas como un demente enjaulado—. Sé que no sois conscientes de lo que esto supone para mí. De la cantidad de metas a las que tendré que renunciar solo porque… porque… a una mujer…

—Una mujer con la que mantuviste una relación —lo detuvo Henry, frunciendo el entrecejo por primera vez— lo suficientemente estrecha como para…

—¡No se trataba de nada formal! —lo interrumpió Lucien con ímpetu.

—Serio o no, ha tenido sus consecuencias, a la vista está. —Lady Elisabetta paseó su mirada entre los dos hijos aún solteros—. Espero que esto sirva de recordatorio a todos, a la hora de… bajarse los pantalones con tanta alegría como solo un Spencer sabe hacer.

Henry aguantó una carcajada, que murió en el acto bajo la mirada reprobadora de la matriarca.

—El caso es que Colin está aquí y sin duda es tu obligación…

Unos golpes apresurados en la puerta de la biblioteca dieron al traste con el sermón que el conde tenía preparado. Un lacayo empujó para entrar incluso antes de que el dueño de la casa terminara de otorgar permiso. Venía precediendo a un Mortimer, como de costumbre aquellos días, sumamente mortificado.

—Milord, milady, disculpen la interrupción, señores.

—Estamos en medio de una reunión familiar. ¡He dado orden expresa de que no se nos molestara!

—Es urgente, milord, se trata del niño… del señorito Colin.

—¿Qué pasa con él? —preguntaron Lucien y su madre a coro.

—No sabemos dónde está. No lo encontramos por ninguna parte…

—¿Cómo que no aparece? —bramó Lucien fuera de sí—. Pero ¡bueno! ¿Acaso no había nadie vigilando a ese crío?

Todas las pupilas giraron en su dirección y se sintió señalado con incontables dedos invisibles. Resopló contrariado.

—Ya veo. Voy a tener que hacerme cargo yo de todo.

En ese momento, otro lacayo apareció acompañado de un mozalbete de lozanos mofletes. Traían una nota en la mano para milord.

—De parte de la casa Bromley, señoría.

—¿La casa Bromley? ¿Se puede saber dónde queda? —se impacientó Lucien persiguiendo con ojos ávidos el movimiento de los dedos de su tío al desplegar la misiva.

—Tú no los conoces porque estabas en el extranjero cuando todo sucedió. Una viuda, la señora Bromley, ha adquirido la casa vecina.

—¿Y se ha venido a vivir a ella?

—Por supuesto. Dispone de unas magníficas cuadras que…

Lucien puso los ojos en blanco.

—Lo que nos faltaba. Otro vejestorio en el vecindario.

—Colin se encuentra en la casa Bromley —anunció el conde, haciendo una seña para que el servicio al completo se retirara.

—¿Y se puede saber qué demonios hace allí?

—Eso tendrás que averiguarlo por ti mismo.

Silencio. Un silencio cortante y pesado que atravesó a Lucien como algo sólido. Se señaló el pecho con ambas manos a modo de pregunta. Y todos los presentes asintieron en simultáneo con las cabezas.

—Muy bien. De acuerdo. No me mordáis en manada y al mismo tiempo. Iré a por él.

Puesto que ir a pie no era propio de un caballero de su condición, Lucien atravesó a caballo la distancia que separaba Herrick House de Bromley Manor, sintiendo el peso de una insoportable vergüenza. Tener que molestar a una venerable anciana justo el día de navidad se le antojaba de lo peor que podía sucederle. A ciencia cierta, tendría invitados al almuerzo, algún pariente, el servicio desatendido… ¿Y su hijo no había tenido mejor ocurrencia que huir a esconderse a su casa?

Borrar tal ofensa le costaría un buen ramo de flores. Y de las caras.

Lo primero que divisó fue una cerca de bonita madera pintada y sin cerrar. Por lo visto, la viuda no era en exceso quisquillosa con el tema de la seguridad. O no disponía de tesoros dignos de ser robados. Más adelante, la fachada de unas impresionantes cuadras y el olor inconfundible de sus habitantes. Un par de mozos trasladaban heno fresco para renovar las camas de los animales y una joven, de espaldas, con un pañuelo floreado recogiéndole el cabello y la cintura más estrecha que Lucien había tenido el placer de ver, cepillaba a un hermoso ejemplar blanco como la sal fina.

—¡Oiga! ¡Joven!

La muchacha sufrió un sobresalto. Al girarse a mirar quién la importunaba, lo hizo con tanto brío que el pañuelo, de algún tejido sedoso, se desprendió de su pelo para salir volando. Ella observo la pérdida con un mohín de disgusto.

Luego lo miró a él, que aún no había descabalgado.

Y a Lucien se le cortó la respiración.

Aquella mujer era lo más divino que había contemplado en mucho tiempo. Ojos de espesas pestañas y el color de las turquesas. Abundante melena pelirroja y una piel cremosa salpicada de deliciosas pecas. En cuanto a su boca…

Su boca era digna de inventar un beso que en exclusiva le perteneciera.

—¿Qué hace usted en Bromley Manor? ¿Quién le ha autorizado a pasar?

Capítulo 5

La musa del pintor

Los Spencer se vanagloriaban de su éxito con las mujeres. No había fémina que se resistiera a sus encantos. De modo que, nada más atisbar a la moza, Lucien sintió la llamada de la selva en el pecho y en la entrepierna, y se juró que la seduciría sin tardanza, aprovechando la proximidad de las dos fincas.

—Algún descuido ha debido de dejar abierta la puerta de la valla. Cualquiera podría haberla cruzado sin dificultad. ¿Puedes llamar a tu ama?

—¿Quién pide verla? —repuso la muchacha con descaro.

Mirándolo de arriba abajo sin ningún recato, con las manos apoyadas en las caderas y un gesto burlón en la comisura de sus deseables labios.

—He recibido una nota… —Se lo pensó mejor—. Eso no es asunto tuyo. Ve a avisarla cuanto antes.

—¿Viene de Herrick House?

—¿No te parece que eres demasiado preguntona? Sí, soy Lucien Spencer. Vengo a recoger a mi hijo.

—Ah, el crío.

—Sí, el crío. —Desmontó entre furibundo y cautivado por aquella belleza salvaje—. Un asunto que no es de tu incumbencia. Dile a tu señora que lamento importunar justo el día de navidad, pero…

—Venga conmigo.

—¿Está ocupada? Entiendo que es probable que tenga visitas…

El ademán que ella le dedicó para que la siguiera era tan firme y pagado de sí mismo, que Lucien se irritó. Ahí tenía a la moza espabilada sacando provecho de la debilidad de su patrona. Actuando como si la finca le perteneciera.

—¿Lo has visto? Al niño, me refiero.

Por toda respuesta, ella cruzó un dedo sobre los labios indicando silencio.

Aquellos labios que le causaban mareo y tirantez en los pantalones a la altura de la bragueta.

Se refugiaron del frío y el sol del exterior dentro de las cuadras. Algunos caballos, todos ellos magníficos ejemplares, saludaron con relinchos. Pisando los talones de la muchacha, Lucien empleó el trayecto en deleitarse con sus curvas. Pensando en rodear aquella breve cintura tan seductora, le hormiguearon las palmas de las manos.

Eso sí, para no distraerse habría que usar una buena mordaza, porque… menuda lengua.

Cortó en seco sus pensamientos nada recatados, cuando pararon frente a un cubil donde, sobre una montaña de paja olorosa, dormido como un bendito, reposaba su hijo.

—¡Colin!

El pequeño abrió los ojos con un respingo, mirando alrededor perdido y asustado.

—¿Por qué lo despierta con esa brusquedad? —lo amonestó la pelirroja.

—Por si no lo sabes, muchachita entrometida, es el día de navidad. La familia nos espera para el almuerzo. Y antes habrán de bañarlo y vestirlo para quitarle el asqueroso olor a jamelgo…

—¿Asqueroso? —se indignó ella— ¿Jamelgo?

Él simuló no haberla escuchado.

—¿Has sido tú quien mandó nota avisando de que lo habías visto?

—La dueña de la casa.

—Pues agradéceselo de mi parte. Dile que no quiero molestarla más. Esto no se volverá a repetir, pero, en cualquier caso, agradezco

su ayuda y su talante de buena vecina. Habríamos pasado el día completo buscando a Colin sin hallarlo.

Miró al chiquillo que lo observaba discutir con sus preciosos ojos color humo claro.

—Y tú, jovencito… Ya hablaremos de esto más tarde. —Le ofreció a regañadientes la mano y el niño la tomó sin titubeos.

Echaron a andar en dirección al caballo.

—Sea amable —rogó la muchacha—. No le regañe…

—Por supuesto. Recompensaremos su travesura con un buen trozo de pastel.

—¿Está ironizando?

Lucien se volvió a mirarla por encima del hombro.

—¡Qué aguda! Solo faltaría que se inmiscuyera en el modo en que debo educar a mi hijo.

—No es mi intención…

—¡Desde luego que no, muchacha insolente! —Alzó a Colin en brazos y lo acomodó en la silla.

—Aunque opino que alguien debería empezar a hacerlo si usted sigue comportándose como un zoquete —rumió ella a sus espaldas, lo bastante alto como ser escuchada.

Lucien giró sobre sus talones echando literalmente chispas por los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Zoquete. He dicho zo…

—¿Cómo te atreves a repetirlo?

—¡Oiga! ¿No recuerda que me lo ha pedido? ¡A ver si se aclara con lo que quiere!

—Mira, muchacha irrespetuosa. —La apuntó con el índice—. Esto no quedará así. Pienso venir pasadas las fiestas a hablar con tu señora. Puedes estar segura de que tu inaceptable actitud no quedará sin castigo. Ve adelantándole lo mucho que lamento el mal ojo que tiene eligiendo servicio.

—Va listo si piensa que voy a decirle nada —replicó con atrevimiento.

Los ojos de Lucien se entrecerraron como rendijas malignas. Aquella muchacha insoportable era dueña de una belleza cegadora.

Parecía la musa de un pintor, activaba sus más terrenales instintos, los carnales y prohibidos.

Y al mismo tiempo resultaba detestable, tanto como un bichito molesto.

—Si no estuviera mi hijo delante, te diría cuatro cosas.

—¿No le parece que me ha dicho bastante sin que su presencia le importe mucho?

Spencer subió al caballo dejando a Colin delante. Tiró con fuerza de las riendas, rezando porque la irritación desmedida que sentía se disipara por el camino. Tenía que marcharse de inmediato. Salir de allí y no seguirle el juego a aquella mujercita irreverente que, tarde o temprano, tendría su merecido.

—Yo de ti iría buscando empleo en otra casa. Eso sí, en Herrick House, ni te molestes en intentarlo.

La muchacha del pelo rojo los vio alejarse a lomos del brioso caballo, conteniendo la risa. Aquel arrogante, pomposo, engreído de Spencer…

Era guapo como el pecado, el muy maldito.

Y el pequeño le inspiraba una compasión sin límites. ¿Cómo había acabado allí aquella criatura, en sus caballerizas, dormitando sobre el heno?

—¡Señorita Flora! ¡Señorita Flora! ¡Milady!

Se giró a recibir a la doncella que llegaba corriendo como una liebre, casi sin resuello. Flora acababa de inclinarse a recuperar del suelo su pañuelo de seda y empezaba a anudarlo en torno a sus cabellos alborotados.

—Lady… —Paró un instante a tomar aire—, lady Barrow acaba de llegar. Pide verla de inmediato.

Los ojos de la joven rodaron con agitación.

—¡Cómo no!

—La espera… en el saloncito rosa. Ha pedido que sirvan el té.

La pelirroja asintió cargada de paciencia. La necesitaría a toneladas con aquella dama tan insistente.

Capítulo 6

Muy hermosa

—¿Alguien conoce a la vieja viuda Bromley? ¿Alguien la conoce? —rugió Lucien conforme entraba en la mansión familiar.

Soltó la mano de Colin y devoró el espacio del recibidor a largas zancadas. Toda la familia se dirigía en animada comitiva a la mesa, lujosamente decorada y rebosante de viandas, licores y dulces navideños.

—Baja la voz, Lucien, querido. ¡Señora Moore! Haga que lleven al señorito Colin a su alcoba, que lo aseen y le pongan ropa limpia. Tú, hijo, puedes ir pasando al comedor…

—Madre, ¿conoce a la viuda Bromley?

—No, hijo. No la he visto en mi vida. —Elisabetta enroscó su brazo en el de Lucien y lo encontró muy rígido—. Ninguno de nosotros ha tenido el gusto. Solo sabemos que viene del norte y es insultantemente rica.

—Pues mañana iré a hablar con ella.

—Dale las gracias por…

—No solo a darle las gracias, madre. Una de sus sirvientas me ha faltado al respeto de forma inadmisible.

Milady lo calmó con unas palmaditas en el antebrazo.

—Espero que seas capaz de aparcar tu disgusto hasta después de navidad, querido. Es un día especial que debemos respetar. Y eso incluye la regañina al pobre Colin.

—¿Pobre?

—Entiende que esté confuso, Lucien. Es muy pequeño y lo han soltado en la puerta de una mansión desconocida, en una ciudad que probablemente no sea la suya, como si fuera un saco de

nueces. ¿Te has parado a meditar si estar rodeado de gente desconocida no le intimida? ¿Qué harías tú en su lugar?

—¿Escapar a esconderme en las cuadras de la vecina?

—¡A lo mejor le agradan los caballos!

—Madre, hermano. —Rhys depositó un beso en la coronilla de cada uno de ellos y deslizó sus largos brazos por los hombros de ambos—. ¿Podemos dejar la agria discusión? Se enfría la sopa.

—Encantada de verte, madre.

Lady Barrow se giró a mirar a su hija y sus ojos azules se abrieron como platos de asado. Repasando con espanto su vestido de algodón sencillo cubierto de lamparones, sus desordenadas greñas y, muy especialmente, sus botines sucios de barro.

—¡Por amor del cielo! ¿Qué se supone que… llevas puesto?

—Ropa para las caballerizas, madre. No, de hecho, voy demasiado elegante para las cuadras. —Se inclinó a besarle la mejilla—. Feliz navidad. Abuela…

—Dame otro beso a mí, querida. Tu madre ha tenido a bien acompañarnos en el almuerzo de hoy. Y lleva un rato entreteniéndome mientras llegabas, con la cantinela de siempre.

—Madre, ¡por Dios! ¿Es que no sientes compasión, ni siquiera por tu anciana progenitora?

—No pienso darme por vencida, Flora. ¿Cuándo vas a volver a casa, conmigo?

—Ya te lo dije. Nunca. Me quedaré en Bromley Manor con la abuela. Está sola, me necesita.

—¡Yo también estoy sola!

—Tienes a tus horribles amigas intrigantes pululando todo el día por allí. La abuela está muy triste desde que perdió al abuelo.

—¡Yo también soy viuda! —insistió con un dramático quejido.

—Desde hace siglos, madre. Ya estás acostumbrada. El abuelo murió hace seis meses. Además, tienes a Sebastian.

—Tu hermano no tiene más que quince años y muchos pájaros en la cabeza.

—Cuando no asiste al colegio, es una compañía, no te quejes.

Acorralada sin demasiadas réplicas, la dama se vio obligada a cambiar la dirección de sus reproches.

—Por cierto, ayer mismo vino lord Abernathy a cumplimentarme.

—A preguntar por Flora, querrás decir —la corrigió la viuda Bromley.

—¿Otra vez? —gruñó la muchacha—. Ese caballero es inmune al desaliento. No sé contar las veces que le dejé claro que no estoy en absoluto interesada.

—Espero que lo que quiera que le hayas dicho, haya sido guardando las formas.

Los ojos de Flora, del mismo azul turquesa de los de su abuela, giraron en el aire, exasperados.

—Dadas las escasas virtudes del caballero, supone un esfuerzo inhumano, pero sí, madre, es lo que he hecho.

—Querida, ¿no podrías…?

—Es un baboso repugnante incapaz de hilar una frase o de distinguir una hortensia de una tetera.

—Siempre tan exagerada… Procede de una familia irreprochable, tiene buena disposición y fortuna. Él… —Reparó en el gesto frenético de su hija y se concentró en estirar una arruga en su falda—. No pensarás sentarte a comer de esa guisa.

—Si me prometes que no volverás loca a la abuela, iré a cambiarme. Me vestiré de señorita solo para tu deleite.

Lady Barrow dejó escapar un sigiloso gemido, como el de un alma en pena. Asintió y su hija salió de la sala dando saltitos. Como si fuera dichosa.

—Qué chiquilla más intratable —se dirigió a la viuda Bromley —. No escucha, no obedece. Tampoco a su hermano, figúrese, madre, estamos desolados.

—¿Qué tal le va al joven duque de Barrow? ¿Ha aceptado ya la idea de que algún día más bien lejano tendrá que casarse?

Lady Barrow hizo un aspaviento.

—Si ahondas una pizca, ese, cuando crezca lo suficiente, será otro calavera. Dios no fue justo cuando me arrebató a mi esposo

dejándome sola al cuidado de dos cabezas de chorlito. Y menos en las condiciones en que…

Antes de darse cuenta, Mercy Barrow estaba llorando. Su madre, la viuda Bromley, se apresuró a facilitarle un pañuelito con el que enjugar sus lágrimas.

—Hija, será mejor que olvides el doloroso asunto de una vez.

—No es fácil, madre. La sociedad me lo recuerda siempre que dispone de ocasión. Voy a las recepciones, a los eventos sociales y las escucho chismorrear a mis espaldas. Ellas piensan que no las veo. Me señalan con una mezcla de burla y compasión muy desagradable.

—Esta alta sociedad nuestra puede ser tan cruel…

—Y si al menos mis hijos me dieran alegrías, pero ¡Ya ves! Cada uno a su manera, se las apañan bastante bien para hacerme imposible la vida.

—Todo se suavizará con el paso del tiempo, no los presiones. ¿Qué mal hace Flora quedándose aquí conmigo? Déjala, me atrevería a afirmar que es muy feliz.

—¡Madre! ¡Flora debe casarse!

—La chica no tiene interés alguno en buscar esposo. ¿Qué podría faltarle siendo hija y hermana de un duque? La tercera parte de su dote valdría para derrochar con holgura el resto de su vida.

—Ese lord Abernathy es un partido a considerar. Que permanezca soltera no es lo adecuado.

—¿Adecuado para quién, hija mía?

—¡Ya estoy de vuelta! ¿Aprobada?

¿Cómo lo había conseguido tan rápido? El cabello recogido con elegancia relucía bajo la luz diurna, trenzado con pequeñas perlas. Un vestido de muselina a la moda, en un delicado color crema con diminutas florecillas bordadas. Y una delicada gargantilla de perlas abrazaba su esbelto cuello con hermosura. No parecía la misma joven que subiera las escaleras hacía un rato.

—Estás muy bella —se emocionó su madre, con los ojos húmedos.

Flora sonrió bajando un poco las defensas, derrumbando parte de sus altos muros.

—Me sienta bien vivir aquí, en paz, con la abuela. Lejos de los malos recuerdos.

—Hija…

—Madre, te lo ruego. ¿Vamos a comer? Solo pido un poco de paz, al fin y al cabo, es navidad.

El almuerzo discurrió en la más absoluta intimidad, siempre esperando que Sebastian, hermano de Flora y actual duque de Barrow apareciera por la puerta, como hubiera sido procedente. Pero el joven invertía mejor sus horas cabalgando o compartiendo bromas pesadas con sus amigos del internado. Con unos pocos años más, su afligida madre lo veía en la cama de una artista, envuelto en sábanas y largos gemidos, rezando por disponer de tiempo para llegar a los postres.

—Hoy he encontrado a un niño en los cobertizos —avanzó Flora con una chispa de melancolía en el tono—. El niño más guapo que he visto en mi vida. Dormido sobre la paja limpia.

Las damas la observaron con curiosidad.

—¿Un niño? ¿Y de dónde se supone que salió?

—De Herrick House. Es el hijo de uno de los señores Spencer. Puede que estuviera jugando y se extraviara, es muy pequeño. Puede que fuera una simple travesura. Su padre vino a recogerlo.

Lady Barrow pestañeó perpleja.

—¿Cuál de los señores Spencer?

La viuda Bromley dejó ir una risita mordaz.

—¿Acaso importa cuál de ellos sea? Esa familia destaca por la ofensiva apostura de todos sus miembros, me atrevería a decir que en especial, de los que aún pertenecen solteros. Todos los Spencer son irresistibles.

Capítulo 7

Nuevo día, nueva oportunidad

—¿Lo has entendido? No puedes volver a darle a la abuela Elisabetta un disgusto como el de ayer. Ni a nadie de la familia.

Lucien aguardó a que Colin respondiera, atravesándolo con una mirada severa. El chiquillo se limitó a sacudir la cabeza.

—Porque sabes que ahora esta es tu casa y nosotros tu familia, ¿verdad?

Volvió a asentir.

—¿Dónde está mi mamá?

La vocecilla del crío lo conmovió. Colin no había hablado mucho más después de aquel devastador «¿Tú eres mi papá?» que había vuelto del revés su vida, dejándolos a todos de piedra.

—Mamá ha tenido que ir a un viaje muy, muy largo. Tardará muchísimo en regresar. Por eso te ha traído aquí, porque es el mejor lugar del mundo, donde estarás acompañado y seguro.

—¿Otro viaje?

Lucien dedujo sin demasiada dificultad que Philippa habría sido una madre más bien ausente, a la que el niño estorbaba. No lo entendía. ¿Por qué, entonces, no le había hecho partícipe de su existencia? ¿Por qué había insistido en hacerse cargo sola del pequeño manteniéndolo a él al margen?

—Otro. Esta vez el más largo. ¿Fue mamá quien te trajo a Herrick House?

Colin subió y bajó la cabecita con tristeza.

Podría haberse entretenido en saludar, se dijo Lucien. Aunque malditas fueran las ganas que tenía de enfrentarla. Huyendo, como

la cobarde que era, se libraba de tener que dar unas cuantas explicaciones.

—¿Estás contento de ser uno de nosotros? Ahora tienes un montón de tíos que te enseñarán a pelear y a montar a caballo. Y la abuela y el tío abuelo Armand te llevarán de paseo al parque y te enseñarán el nombre de todas las flores…

—¿Y tú vendrás con nosotros?

La pregunta lo desarmó.

Se había encerrado en el dormitorio de Colin, a sugerencia de su madre, a mantener con él una charla que los acercase un poco más. Que propiciara el que el niño lo fuera conociendo y confiase un poco en él. Pero Lucien no sabía cómo ganarse su confianza. Confesar que estaba perdido le provocaba un irritante escozor, pero ahí estaba. Jamás había tratado con niños, ignoraba cómo hablarles o llegar a su corazón.

—¿Por qué te escapaste a casa de los vecinos?

—Me gustan los caballos.

A partir de ahí, Lucien se quedó huérfano de tema de conversación.

En el pasillo, a salvo de miradas indiscretas, lady Elisabetta, con la oreja pegada a la puerta, trataba de cazar alguna que otra frase. No parecía ser una conversación muy animada.

—¿Qué tal van? —la sobresaltó un susurro por la espalda— ¿Hay avances?

Elisabetta se irguió para recuperar la dignidad casi perdida, y miró a su hijo Henry con un suspiro.

—Lucien es torpe con los sentimientos. No sabe cómo abrirse.

—Natural, madre, es un hombre. Yo también lo fui hasta que conocí a Julianna. Y Rhys. Y seguramente papá. No nos educan para abrirnos en canal.

—Una lástima. Ese niño necesita todo el amor que seamos capaces de darle.

El irresistible Henry, el mayor de los hermanos, sonrió con cariño a su adorable madre, al tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Aquí somos muchos a dárselo, ¿no te parece?

—No paro de pensar en que en menos de una semana, Rhys, Evelyn y tú os habréis marchado llevándoos a vuestras parejas. Os vamos a echar de menos.

—Estaréis mucho más tranquilos. Además, ¿piensas que no vendremos de visita? Nuestro bebé está a punto de nacer, volverá a reunirnos. Ahora entra ahí como si nada, y rescata a tu hijo. Debe de estar necesitándolo.

Elisabetta carraspeó para aclararse la garganta, compuso una sonrisa forzada y golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Hola, hola! ¿Cómo estamos, pequeño Colin?

—Bien, señora.

La dama se acercó hasta él y tomó asiento a su lado.

—No me llames señora, soy la abuela Elisabetta. ¿Quieres probar unas deliciosas pastas recién horneadas? La cocinera me ha dicho que no las servirán hasta que les des el visto bueno.

—Vale.

Elisabetta extendió la mano y la de Colin se perdió en ella. Cruzó una mirada de preocupación con su hijo al levantarse.

—¿Nos acompañas?

—No, madre. Aprovecharé para visitar a la viuda Bromley. Que disfrutéis de las pastas.

El ansia que lo empujaba con urgencia hacia Bromley Manor no era otra que el rostro de la maldita pelirroja impertinente que lo había sacado de sus casillas el día anterior. No había conseguido arrancársela de la cabeza. Le rondaba de noche y de día, hasta se apoderó de sus sueños, la muy insidiosa.

Tal vez, plantear una queja formal contra ella ante su señora no fuese la mejor tarjeta de presentación. El caso es que necesitaba verla de nuevo. Le quemaban las ganas y no estaba dispuesto a renunciar. Incluso si sus acciones le reparaban un mal juicio o un reproche amargo por parte de la muchacha. La obligaría a disculparse. Conseguiría que le pidiera perdón ante la dueña de la finca, a rebajarse si quería mantener su empleo.

En realidad, Lucien no tenía nada claras las ideas. Solo sentía el fuego dentro de las venas. Fuego al recordarla. Hogueras inextinguibles al desearla todo el tiempo. Sin descanso.

Maldita visión celestial…

Lo suficientemente distraído y absorto pensando en ella como para haber tropezado un número infinito de veces, Lucien fue conducido por un mayordomo estirado ante la viuda Bromley. No se había parado a pensar en cómo imaginársela, así que le sorprendió encontrarse con un rostro juvenil y vivaracho pese a las arrugas, unos ojos increíblemente azules que le recordaban a otros sin saber cuáles, y una sonrisa de bienvenida tan amable como cordial.

—Me alegro de conocerlo al fin, señor Spencer.

Lucien marcó una reverencia antes de tomar la mano de la dama para besarla.

—Viuda Bromley, reciba mis más sinceras disculpas por la intromisión de mi hijo en su propiedad, en el día de ayer.

—Siéntese, muchacho. ¿Quiere beber algo? Ayer fue navidad, de modo que nada de lo que pudiera ocurrir debería molestarnos.

—El pequeño se escapó… estaba jugando —rectificó a toda prisa—, seguramente salió de Herrick House sin apenas darse cuenta.

—Lo cual es muy posible que suceda.

—Mi familia y yo le estamos profundamente agradecidos por su amabilidad. Siendo el día que era, molestarse en enviar a un mozo con el recado para tranquilizarnos…

Violet Bromley lo miró con infantil curiosidad.

—¿Recado?

—La nota.

—¿Qué nota? Yo no envié ninguna nota.

Capítulo 8

Hazañas sin relevancia

—Ni siquiera tuve conocimiento acerca del pequeño hasta mucho después de que usted se lo llevara.

—¿De verdad?

—Señor Spencer, no tengo por costumbre mentir. Y menos tan cerca de la nochebuena.

Él se había quedado colgado de sus pensamientos. Atando cabos que no le resultaban muy placenteros.

—Entonces… Pudo ser… ella.

—¿A quién se refiere, si es posible que me lo cuente?

—Una muchacha pelirroja, una fregona, debe de trabajar en las caballerizas. Creo que fue quien descubrió el paradero de Colin. Y puede que también fuese ella la que dio aviso con otro mozo.

—Pelirroja, dices —masculló la viuda aguantándose la risa.

—Y deslenguada, señora, si se me permite decirlo. Imperdonablemente descarada, metomentodo y sarcástica. Todas las virtudes que no debe tener una criada, las reúne ella… ¿Sabe de quién le hablo?

—Esforzándome un poco, puedo pensar en alguien que responde bastante acorde con su descripción.

—Tuve un encontronazo de lo más desafortunado. Yo solo quería recoger a mi hijo y mostrarme agradecido, pero esa muchacha insolente me increpó de todas las formas imaginables.

—Vaya por Dios. Lamento que su primer contacto con esta casa haya sido tan inexplicablemente trágico.

—Insisto. Esa jovencita merece una buena reprimenda.

—Diría que sí.

—No será que no se la espere. Ya le advertí que la pondría a usted al corriente.

—Y ha hecho muy bien, mi querido señor Spencer. ¿Puedo llamarle querido? ¿Leche y azúcar? —Él la miró completamente despistado—. En el té.

—Ah, sí, sí, gracias.

En realidad, no le gustaba demasiado el té. Pero había aprendido excelentes modales de lady Elisabetta y de su difunto padre, que lo movieron a aceptar la taza con una sonrisa de extrema felicidad.

—Volviendo a la muchacha…

—Señor Spencer, ¿le agradan las sorpresas?

—¿Espera que sea sincero? En absoluto. Me horrorizan.

—No sé por qué, me lo figuraba. Entonces, aprovechando que ha tenido la cortesía de desplazarse hasta mi hogar, mejor lo pongo al tanto de lo que tenemos pensado.

Un escalofrío le bajó por la espalda arañándole como un gato.

—¿Tenemos?

—Las damas de la capilla de Grosvenor y yo misma. Queremos rendirle un homenaje y que quede constancia de sus hazañas.

—¿Hazañas? ¿Mis…? Señora Bromley, ¿de qué me habla?

—¿Recuerda las fuertes lluvias de este otoño? ¿Los tejados de las casas pobres que se vinieron abajo y su iniciativa para repararlos?

—Sí, claro, pero eso es algo que cualquiera…

—No, cualquiera no, señor Spencer. Cualquier caballero de su posición habría pasado por alto la necesidad y la tragedia de otros. De tener buen corazón, habría entregado un donativo más o menos generoso. Pero solo los Spencer se arremangaron y usaron las manos participando en los trabajos.

—Lo cual provocó un escándalo del que mi madre todavía se lamenta.

—Imagine. Su hermano el vizconde, futuro conde de Herrick. Ustedes, sobrinos de un conde… Si lo hicieron fue por su tesón y su insistencia, no crea que no me consta.

—De verdad que no tiene importancia ninguna…

—Eso es, en mi opinión, el lustre que define a un caballero: ser capaz de acometer grandes proezas sin darles el menor relieve.

—Cielos… Estoy abrumado. ¿Cuándo tendrá lugar el feliz acontecimiento?

— En unos pocos días. El miércoles de la semana próxima. Espero, de corazón, que asista. Buscamos que otros caballeros se fijen en sus exquisitos principios y tomen buena nota en el futuro.

—No sé qué decirle, señora. Resulta de todo punto innecesario.

—Se lo ruego. Por aquello de dar ejemplo.

—No hace ninguna falta que me ruegue. Allí estaré. Y acompañado de mi familia, de ser posible.

—Ahora que menciona a su familia, ese pequeño… Ignoraba que estaba usted casado, el niño es muy mayor…

—No lo estoy.

Una mueca de absoluto desconcierto se plasmó en el rostro de la anciana.

—Ah, vaya.

Lucien sintió un ramalazo de confianza hacia la mujer. De tal grado, que hasta se planteó confesarle toda la verdad. Sus años de loca imprudencia, Philippa, su ignorancia, el niño que nunca podría llevar su apellido, su incapacidad para comportarse como un verdadero padre…

Pero recordó la admiración con la que la vetusta dama lo consideraba y se echó atrás. No la defraudaría de ese modo, dejándole entrever que no era el fabuloso héroe que ella había dibujado en su mente.

—Creo que va siendo hora de despedirse y volver a casa. Mi hijo puede… puede necesitarme. Ha sido un placer.

El resto de la jornada, la pasó Lucien escabulléndose de las labores paternales. pasando al pequeño Colin de mano en mano,

aprovechando que todo el mundo deseaba disfrutar de la sonrisa y el parloteo del niño.

Si lo observaba de lejos, jugando con Julianna y con Anne, resolvía que era, decididamente, encantador. Montado a caballito sobre las anchas espaldas de los gemelos, soltando al aire carcajadas de dicha, le pareció un pequeñajo formidable. Sin embargo, en cuanto se veía a solas con él… Se echaba a temblar.

No sabía de qué charlar, qué tono de voz poner, cómo comportarse. En su cerebro todo era niebla y confusión. Pasado y futuro enmarañados haciéndose la contra de la peor manera. De la más humillante. Porque alguien había decidido, a su antojo y por propio interés, retorcer su destino, privándolo de la libertad de decidir.

Decidir qué quería hacer con su vida. Cuáles serían sus responsabilidades. Algo que a todas luces le pertenecía solo a él.

Rompió su relación con Philippa al descubrir en ella al ser más egoísta que había tenido el disgusto de conocer. Egocéntrica, caprichosa y voluble. No quería ni imaginar siquiera cómo habrían sido los primeros años de vida del pequeño a su lado.

Si es que había llegado a ejercer de madre. Tratándose de Philippa, acertar era como descifrar un enigma.

Había intentado jugar a las canicas con Colin y lo había conseguido durante exactamente diez minutos. Después de eso, se le fue el santo al cielo por culpa de las insistentes ideas que le rondaban la cabeza, una de ellas, por qué no decirlo, la malhablada muchachuela del atrevimiento a llamarle «zoquete», con su silueta de guitarra y sus ojos turquesa, y lo echó todo a rodar. Colin le estuvo preguntando cosas un buen rato acerca de Herrick House y de las dos familias y él solo había respondido a tres.

Por fin, como bajada del cielo, había aparecido su prima Evelyn y se lo había llevado a probar el columpio que el coronel había fabricado en su honor.

La saliva se le volvió amarga. Todos ejercían mejor que él el papel que le correspondía, el que el cielo le había encomendado.

Cuando Cassian entró en la biblioteca de la planta alta, se lo encontró ensimismado mirando las llamas bailar dentro de la

chimenea. Con una copa en la mano que no había paladeado todavía.

—¿Te importa si me sirvo otra y te acompaño?

—Tú mismo.

—¿Te preocupa la marcha de Rhys y Henry, y de la prima Evelyn? Pasado mañana empiezan a mover bultos.

—Los echaré de menos, pero no. Mentiría diciendo que es eso lo que me inquieta.

—¿Colin?

—Cass, yo quería desempeñar la labor de la que te hablé. De verdad aspiraba a hacerlo.

—Gracias a los santos apareció el niño. No era, en absoluto, una buena idea.

—No lo entiendes, hermano.

Algo en el tono de su voz alarmó a Cassian. Un matiz de advertencia que le puso el vello de punta.

—Ya tengo asignada una misión. Y no puedo negarme.

Capítulo 9

Con el permiso de milady

—¿En serio has llegado tan lejos?

—No sabía que tuviera que pedir permiso. Soy adulto. Y soltero.

—¡Pero tienes un hijo del que ocuparte! ¡Lucien, por amor de Dios!

—No lo tenía cuando negocié el encargo —admitió con gravedad y el ceño muy fruncido.

— ¿Se puede saber de qué se trata?

—Nada peligroso, puedes calmarte. Solo hacer de enlace en la entrega de correspondencia procedente de Francia.

—¡Francia! ¡Ni más ni menos!

—Durante la guerra se formó un movimiento rebelde que hoy día es fuerte y está bien relacionado, con poderosas raíces que llegan a todas partes. Su objetivo es asegurarse de que el gobierno francés no vuelva a desviarse del camino de la paz y la virtud.

Cassian arqueó las cejas, incrédulo.

—Suena tan bonito como irrealizable.

—Si lo consiguen, evitarán que de nuevo el pensamiento dirigente se tuerza y, con ello, muchas guerras futuras.

—Deberían ocuparse los franceses.

—Y se ocupan. Pero mantienen lazos con grandes fortunas inglesas muy interesadas en que la paz se mantenga. Las comunicaciones recorren un enrevesado camino hasta ser entregadas, de modo que la pista se pierda en el fango y no sean fácilmente localizables.

Cassian gruñó algo imposible de entender.

—Sé que hay mucha gente en casa que cuidaría de Colin si tengo que ausentarme. Pero también adivino que su madre no lo atendió mientras… mientras estuvo viva. No quiero sentirme culpable de su abandono.

—Pues hay una solución muy simple, hermano.

—¿Cuál?

—Cásate. Es de suponer tu esposa estará encantada de cargar con el crío, mientras no tenga hijos propios.

—No digas sandeces, Cass, sabes que no pienso casarme en la vida.

—Entonces tendrás que seguir confiando en los demás para que te suplanten y eduquen a tu hijo.

—Suena mal.

—Suena fatal.

Cuando la rabia movió los pasos de Lucien hacia Bromley Manor, más que pasos eran zancadas de gigante. Ni se había molestado en ensillar un caballo. En cuanto se enteró de que Colin estaba allí de nuevo, lo invadió tal sentimiento de furia que no pensó. Solo quería llegar cuanto antes, sin analizar si en realidad, lo que le empujaba a correr era la contrariedad que le provocaba el apego del mocoso por la casa vecina, o las ganas de volver a ver a la pelirroja deslenguada.

No le hizo falta alcanzar el límite de la entrada principal. Vereda adelante, en animada charla, venían los dos. Tomados de la mano y en apariencia, felices. Ella portaba, además, una caja cerrada que seguramente, contendría algún juguete con el que lo había sobornado. Al topárselo de frente, Colin frenó y se puso pálido.

Entonces Lucien fue consciente de que le habría gustado verlo correr a sus brazos.

—Tú otra vez. —Se dirigió a la muchacha, devorándola al mismo tiempo con ojos codiciosos.

Esta vez, para su total pasmo, la vio sonreír.

—No tiene que preocuparse, ya lo llevaba de vuelta.

—Pero ¿tú qué te has creído? Mi hijo…

—Hemos hecho galletas, señor —lo interrumpió ella con un resplandeciente brillo en los ojos.

Lucien perdió un instante la noción del tiempo, de dónde estaba y de lo que quería espetar. Embelesado con el suave aroma floral que desprendían sus cabellos.

—¡Colin! —exclamó, por decir algo.

—Fui yo, yo la llamé, padre.

—¿Cómo que la llamaste?

—Quería ir a verla…

—Contamos con el permiso de Lady Elisabetta —aclaró la joven, encantada de poder darle con algo en los dientes.

La justificación llevó el enfado de Lucien a otro nivel mucho peor.

—¿Mi madre te dio permiso para llevarte a mi hijo sin mi conocimiento? ¿Acaso están todos confabulándose en mi contra?

—Bueno, si usted está demasiado ocupado para atender a Colin, no hay nada malo en que nosotros…

No la dejó rematar. Congestionado y resollando, solo de pensar del modo infame en que la criadita se le subía a las barbas.

—¡Nadie, ni en tus mejores sueños, muchacha insolente, contaría contigo para esta tarea! No yo, desde luego. ¡Eres una maldita piedra en el zapato!

De un brusco tirón la separó del niño, aferró su manita temblorosa y marcó un giro cerrado para marchar cuanto antes en dirección contraria. Flora miró con tristeza la cajita con las galletas que tan amorosamente habían preparado para él.

—Esto era para…

Lucien se volvió solo para fulminarla por encima del hombro.

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a mi hijo. ¿Queda claro? Terminantemente prohibido, fregona del demonio.

Ella no despegó los labios. Al contrario, los apretó frustrada por sentirse impotente. Aquel pobre niño tan necesitado de amor no podía bregar con un padre permanentemente ausente, entretenido

en sus cosas, poco dado a la expresividad y el cariño. Colin no había llegado a confesárselo, pero la impresión de Flora era que Lucien, con sus escasas muestras de afecto, lo intimidaba.

Y ningún niño debería encogerse a la vista de su padre.

Para ella, el suyo había sido la persona más importante del mundo. Su luna, su sol y sus estrellas hasta que…

Una gruesa lágrima bajó rodando por su mejilla sonrosada y la joven la apartó de un manotazo. Había cosas que era mejor no recordar.

—¿Es cierto que le has concedido permiso para ir de nuevo a Bromley Manor?

Lady Elisabetta arrugó el gesto, atribulada por el mal humor de su hijo.

—No veo qué hay de malo en ello. Tú mismo afirmaste que la viuda es una anciana respetable y bondadosa. ¡Y somos vecinos!

—La viuda sí, madre. Pero Colin se ha dedicado a hacer galletas con una criada. ¡Con una criada!

—¡Galletas! ¡Qué encantador! ¿Dónde están?

—No permitiré que mi hijo se codee con el servicio como si fueran sus amigos. No pienso permitirlo.

Lady Elisabetta posó con delicadeza una mano en su hombro y notó cómo él se sacudía ante la inesperada caricia y aflojaba parte de la tensión acumulada.

—Es noble por tu parte aspirar a la mejor educación y relaciones para Colin. Pero espero que entiendas que nunca podrá llevar tu apellido. Y que tampoco puedes nombrarlo heredero legítimo aunque lo incluyas en tu testamento.

—Será una lacra puramente formal. No lo necesita. A Colin no le faltará de nada mientras viva. Y yo no pienso tener más hijos, te lo aseguro. De ahora en adelante iré con pies de plomo.

—Estás muy tenso, hijo. El amor no es, necesariamente, algo de lo que huir.

—¿Quién ha mencionado al amor?

—¿Quieres contarme tu historia con la madre de Colin?

—No hay nada que contar. Fue una relación tormentosa y absurda, carente de sentimientos. Nada significativa. Philippa es… *era* una mujer centrada por completo en su propio beneficio. No llego a entender cómo prefirió cuidar del niño sin contar conmigo o venir a vaciarme los bolsillos.

—Supongo que ya nunca lo sabremos —suspiró la matriarca.

Lucien tragó un espeso nudo que llevaba rato atravesado en la garganta. Agradeció los intentos de consuelo de su madre con una sonrisa torcida y se puso en pie, ansiando la desaparición.

—Recuerda que mañana, tras el almuerzo, se marchan Henry y Julianna, y Evelyn y el coronel. Rumbo a sus nuevas vidas. Seguramente pronto darán una fiesta para inaugurar sus respectivas residencias.

—Sin duda vamos a echarlos mucho de menos.

Capítulo 10

El hombre del año

Llegó el gran día. El que Lucien temía, en el que las devotas damas de la parroquia lo exhibirían como a un jarrón japonés, ante una jauría de madres ansiosas por casar a sus hijas con el mejor partido posible.

Por desgracia, él se incluía en la lista de deseos de las matronas, ocupando uno de los puestos más destacados.

Para quedar a salvo de indagaciones incómodas, decidieron que Colin permaneciera en casa, al cuidado de las niñeras y doncellas. El resto de los Fowler-Spencer se trasladaron a la capilla de Grosvenor en tres grandes carruajes. La calle estaba a rebosar de coches y caballos, aunque seguramente, la mayoría de los asistentes vivirían por la zona. Estaba muy mal visto no llegar en calesa, aunque la distancia a recorrer fuera irrisoria.

Lucien hizo un rápido cálculo de asistentes a juzgar por la abundancia de carruajes y se le puso la carne de gallina. Detestaba la exposición, ojalá todo aquello acabara lo antes posible y pudiera correr a refugiarse de vuelta a la biblioteca de la mansión familiar, ante un buen fuego, con una copa del mejor brandy.

Nada más poner el pie en el suelo, comenzaron las venias y cumplidos. En especial a lord Herrick, actual conde, y a lord Rothgar, vizconde y heredero del título de su tío. Las damas principales, lady Elisabetta y Julianna, lady Rothgar, mientras que otro grupo menos interesado en cortesías y más en cuestiones mundanas como lograr

casar bien a sus hijas, se abalanzaban sobre los Spencer solteros: Cassian, los gemelos y el homenajeado Lucien.

Objetivos meridianamente claros y bien repartidos.

—¿Ha venido ella? —cuchicheó Lucien cerca de la oreja de su hermano mayor.

Se refería a Rose Fairfox, la hija mayor de la familia Fairfox, por la que Cassian parecía suspirar desde hacía algún tiempo. Pese a ser correspondido, nada podía hacerse hasta que Amelia, la menor, dejara de entrometerse e inventarse excusas para retrasarlo todo, alegando que Rose no corría el riesgo de ser considerada una solterona con solo veintidós años.

Lo cierto es que aquella irritante jovencita detestaba no disponer ya de una larga fila de pretendientes a la espera y que su hermana, menos joven y también menos bonita, a su juicio, fuese a llevarse un esposo tan perfecto como Cassian Spencer.

El enredo y la terquedad de los padres, manipulados hábilmente por Amelia, salpicaba a los enamorados, que apenas si podían contentarse con verse de lejos.

—Llegará en breve —aseguró su hermano con un ligero temblor de emoción en la voz.

Lucien se compadeció de él, de la desgracia de ser víctima o esclavo de sus sentimientos de amor. Y se vanaglorió de ser inmune a ellos. De momento, a él solo lo removían el deseo y la lujuria, y no eran estímulos que dieran demasiados quebraderos de cabeza, al margen de dejar bien satisfecha a la dama y alto el escalafón de los Spencer.

No conocía el fracaso. Todo Londres sabía que los Spencer eran irresistibles.

Entre saludos y buenos modales fueron adentrándose en la capilla, ocupando sus asientos de honor. La música del órgano acompañaba el acceso y los apagados murmullos con los que las damas alababan la apostura de los jóvenes, lamentándose por los que ya estaban casados. Las paredes y los techos del edificio, blancos nieve, recibieron las comitivas con una invisible muestra de fervor.

El servicio religioso fue más breve de lo acostumbrado, a fin de que en el jardincillo trasero pudiera celebrarse la ceremonia ideada por las damas de la parroquia, capitaneadas por la viuda Bromley, antes de que el frío se hiciera riguroso. Lucien consiguió camuflarse de modo aceptable entre los miembros de su propia familia, que empezaban a gastarle bromas, en especial los irreverentes gemelos, a los que ni el suelo sagrado conseguía frenar.

—Las damas te miran como si quisieran engullirte de un solo bocado, hermano —se mofó Varian atizándole un codazo en las costillas—. A ver, ¿no tiemblas? ¿No te provoca pavor?

Desde luego que se lo provocaba. Y más, cuando oyó la voz de campanillas de su anciana vecina llamarlo a sus espaldas.

—¡Señor Spencer! ¡Señor Spencer!

Eran muchos señores Spencer presentes en el mismo lugar y, sin embargo, él tuvo la completa seguridad de que se dirigían a su persona. Sacudido por una inadecuada tiritera que lo puso de muy mal humor, empezó a volverse con lentitud, preparando la más falsa de sus falsas sonrisas, cuando…

Por el rabillo del ojo la divisó.

No parecía ella, pero al mismo tiempo, era imposible confundirla. La odiosa pelirroja cocinagalletas que pretendía robarle el afecto de su hijo. Un premio que él se iba ganando con sumo esfuerzo, desde la ignorancia y desde cero.

Por todos los infiernos, ¿qué diablos hacía allí una moza de cuadra? Vestida y peinada, además, como una auténtica dama.

Estaba… estaba sencillamente deliciosa. La tentación hecha mujer.

Los mechones de salvaje cabello rojo delicadamente recogidos y adornados con peinetas de plata y diamantes. El vestido bajo la capa de terciopelo verde oscura, elegantemente bordado en gasa de un color similar. Todo en la joven resplandecía de un modo extraordinario.

Muy en concreto, la perversa sonrisa torcida que le produjo verlo con la boca abierta sin poder cerrarla.

—Señor Spencer, estoy segura de que no conoce a mi nieta, lady Flora Euston. Hija del difunto duque de Barrow.

¿Nieta de la viuda? ¿Hija de lord Bawwow?

Así que una duquesita.

A Lucien se le secó la garganta. Menos mal que sus encuentros habían sido a lengua y cuchillo y no había dispuesto de ocasión para coquetear, mucho menos de seducirla, o a aquellas horas estaría lamentándolo.

Con toda seguridad se habría divertido haciéndose pasar por lo que no era, tomándole miserablemente el pelo. Sería malvada la impertinente bruja aquella…

—No he tenido el placer, señora. —Estiró la boca en una sonrisa tan tirante que no llegó a nacer.

La muchacha se le acercó, con la mano extendida bajo el guante de seda, y una inocente expresión en su hermoso rostro maquiavélico.

—Encantada, señor Spencer.

Lucien no dijo nada, porque se había atragantado. Se limitó a tomar la punta de sus finos dedos y llevarlos a los labios haciendo ademán de besarlos. Controlando la peligrosa tentación de morderlos bien fuerte. Comparadas con aquella joven, las peores jugarretas de los gemelos quedaban en pañales.

—Flora vive conmigo y se está convirtiendo en una habitual compañera de juegos del pequeño Colin, me extraña que no hayan coincidido ya antes…

—Sí, es extraño —masculló él, deseando matarla—. Ya ve, cosas que pasan.

Flora contempló sus iris del color de la niebla en otoño. Sin disimulo, lo repasó de calzado a chistera, admirada por tanta excelencia. Por un instante que la hizo disparatar, se preguntó qué se sentiría al ser estrechada por aquellos brazos poderosos. Besada y recorrida por aquella boca de pecaminosos labios. Pero enseguida, su último encuentro le martilleó en la memoria. Su desabrido «¡No vuelvas a acercarte a mi hijo, fregona del demonio!» o algo parecido, es lo que le había soltado.

Y la rabia que empezaba a difuminarse, la llenó de nuevo de pies a cabeza.

—¿Está nervioso, señor Spencer? —se interesó con una inquietante mueca.

—¿Nervioso? No, ¿por qué habría de estarlo?

—En unos minutos van a significarlo delante de toda esta gente, será el centro de cada mirada… Bueno, imagino que es algo que le complace mucho.

—Si me complace o no, es lo de menos, milady. Lo de más, es estar ya acostumbrado.

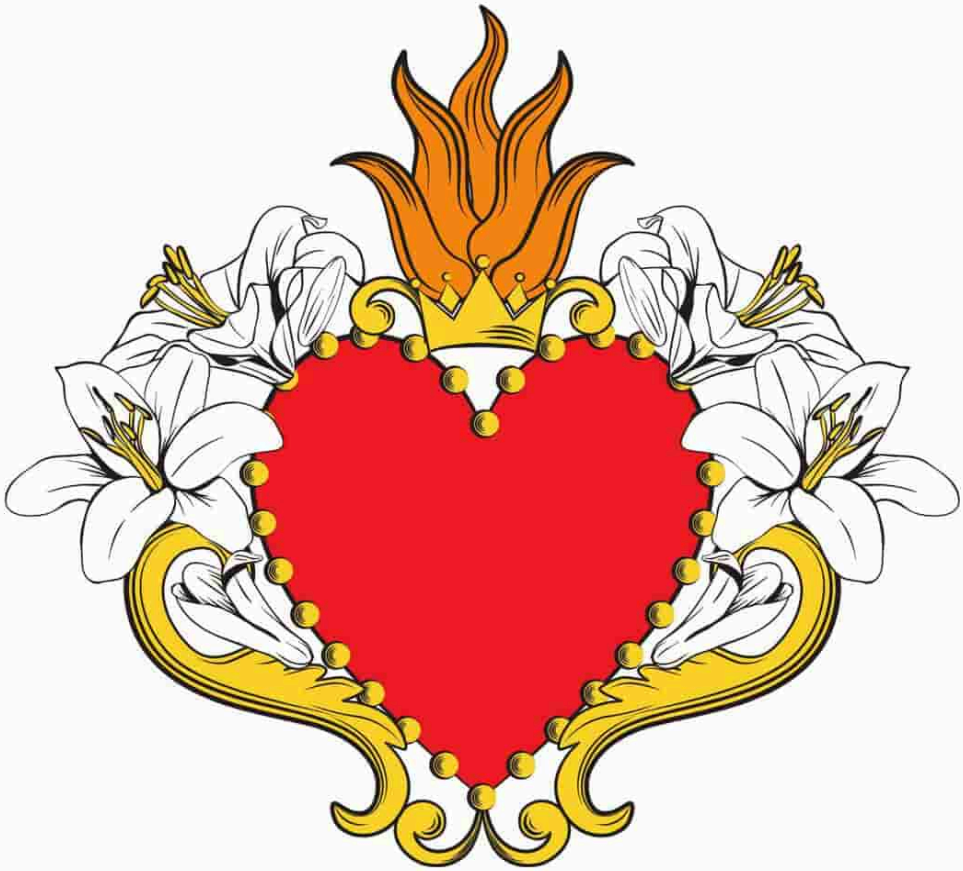
—Oh, por supuesto. La inquietante leyenda de los deseados Spencer.

Los ojos de la viuda Bromley saltaban alternativamente de uno a otro, tan perpleja como divertida. Aquel combate dialéctico expresado entre dientes era algo que no se esperaba.

—No se lo anuncié para no incomodarlo, señor Spencer —intervino para poner fin a aquel simpático duelo—, pero esperamos la presencia de la reina.

—¡Santo Dios! —se le escapó— ¿La reina?

—Mantenemos desde antiguo una cercana amistad. La conozco y sé que no querría perderse este día por nada del mundo. ¡El hombre del año!



Capítulo 11

Malas ideas

—¿Cómo que *el hombre del año*?

—Bueno, es el título que han decidido concederle las damas de la parroquia.

—Pe… Pero…

—¡Su majestad, la reina Carlota! —anunció alguien entre el tumulto, con voz impostada y sonora.

De inmediato se abrió un pasillo para que la soberana y sus pomposos trajes de inspiración francesa pudieran atravesar el espacio. Caminó directamente hacia el pequeño grupo formado por Lucien, la viuda Bromley y su desquiciante nieta, y Spencer deseó fervientemente poder desaparecer bajo las losas del suelo.

—Majestad.

—Violet, querida, gracias por invitarme. —A continuación, se extasió contemplando a Flora—. Y tú, niña, estás más hermosa cada vez que tengo la dicha de verte.

—Para mí es un honor inmenso poder coincidir con usted de nuevo, majestad.

Acompañó sus palabras de una venia tan elegante y refinada que, a Lucien, pasmado, se le antojó inconcebible que se tratara de la misma muchacha desgreñada con la que discutía en las caballerizas. La de las botas embarradas cubiertas de estiércol.

Se le escapó una pequeña sonrisa. Quién lo diría, pero ahora que se había vestido de lady iba a echarla de menos.

Esa minúscula muestra de debilidad llamó la atención de la reina.

—Usted debe de ser el célebre señor Spencer, el homenajeado hoy como hombre del año.

Él inclinó respetuoso la cabeza.

—Todo un honor contar con su presencia, majestad. El título y la celebración son tan inesperados como inmerecidos. Tanto solo por reconstruir unos cuantos tejados.

—No se confunda, señor Spencer. Todo esto, por salvar un montón de vidas. Eso es lo que hizo usted.

La reina se despidió con un flemático alzamiento de la mano y prosiguió su camino en dirección a su palco.

—Es terriblemente sabia —siseó la viuda Bromley con orgullo —. Si me disculpáis, voy a revisar el discurso con lady Thorpe.

—¡Cielos! ¿Un discurso? —se asfixió Lucien, con angustia.

—Más de uno, me temo.

Una vez se quedaron solos, la sonrisa irónica de Flora se ensanchó. Lucien decidió que no había mejor defensa que un buen ataque, y dio el primer paso.

—¿Sabe qué? Creo que tiene una hermana gemela, idéntica, dentro del servicio de la casa de su abuela. Claro que, lejos de su admirable gentileza, ella es una impertinente arrogante y deslenguada moza, que desconoce su lugar.

—Habría que azotarla —fue la inesperada respuesta—. Seguro que usted la mira como merece, como si en vez de una persona fuera una mala hierba. Eso, suponiendo que la mire.

—Yo miro a todo el mundo, milady. Sin excepciones.

—Pero no del mismo modo, señor. Tropezaría con su alta cuna y su arrogancia.

Lucien inclinó la cabeza sobre ella. La diferencia de altura y la turbadora proximidad… Aquella embriagadora fragancia suya le estaba provocando mareos.

—Yo. No. Tro. Pie. Zo.

—Creo que alguien reclama su presencia. Buena suerte, señor Spencer.

Flora no pensaba quedarse a soportar las tediosas retahílas de felicitaciones y agradecimientos que hincharían al bueno de Spencer como un pavo real en plena época de apareo. Según le había comentado la abuela, la reina había donado un valioso jarrón cantonés como obsequio al agasajado. Se le haría entrega de este, envuelto en muchos más elogios, aplausos e interminables vítores.

Se escaparía al rincón más alejado del jardincillo, a fumarse un cigarro.

Nada más llegar, había divisado a lo lejos a lord Abernathy y no quería, por nada del mundo, dejar abierta una grieta por la que sus pegajosas galanterías pudieran colarse.

Mientras fumaba, lejos, sintiéndose libre de fórmulas cumplidas y risillas afectadas, Flora pensaba en Lucien.

Padre del año deberían nombrarlo, al muy canalla.

Si de ella dependiese… Lucien la exasperaba. La excitaba y enervaba, todo al mismo tiempo. Al acercársele, erizaba su piel de un modo incomprensible. Una extraña presión se acomodaba entre sus piernas y tiraba de su vientre. Si estando cerca le hablaba, su aliento la envolvía como un buen tejido y reptaba por su piel…

Sacudió la cabeza para espantar boberías.

Llevaba demasiado tiempo sola, huyendo del trato humano. Solo el afecto de su abuela y el de los caballos. Estaba necesitada de atenciones.

Sí. Eso era.

¿Y Spencer afirmaba que no tropezaría? ¿Nunca? Se le dibujó una sonrisa villana en el rostro. Eso habría que verlo.

Escuchó aplausos y algunos vítores. Seguramente los discursos iniciaban el lento recorrido hacia su final y ella debía regresar, no en vano, una de las principales organizadoras del acontecimiento era su propia abuela. Con total seguridad, su madre también habría llegado, tarde, como de costumbre, era una dama a la que encantaba acicalarse durante horas, antes de cualquier salida. No tardarían en echarla de menos.

Y además estaba la reina.

Lanzó la colilla a los arbustos después de apagarla, y giró con brío para sumarse al gentío. No esperaba darse de bruces con lord

Abernathy, que debía de llevar rato buscándola, en lugar de permanecer con el resto de invitados atendiendo a los discursos como procedía.

—¡Lady Flora! ¡Albricias! ¡Por fin la encuentro!

De haber tenido un balcón bien alto por el que saltar, Flora no se lo habría pensado dos veces. Ni siquiera haciendo un esfuerzo sobrehumano logró sonreír.

—Le ruego me disculpe, milord. Mi abuela me espera.

Trató de zafarse dando un paso a la derecha, pero el hombre se le atravesó con pericia cortándole el movimiento. Echó mano de su agilidad y lo eludió a la izquierda, solo para volver a encontrárselo en medio de su camino.

—¿Podría permitirme, milord?

—No, milady. Entiendo sus reparos a demostrarme su afecto, y los respeto. Sin embargo, va siendo hora de que…

—¿Afectos? ¿De qué habla?

—De los sentimientos que sin duda la mueven hacia mí.

Algo en su tono la alertó de un peligro que no había percibido hasta entonces. Tenía al buen Abernathy por un bobo inofensivo, persistente hasta el aburrimiento, pero nada más. Ahora lo escuchaba y le parecía estar oyendo a un demente. Una especie de urgencia venenosa en el tono tornaba sus frases simplonas en letales amenazas. Y el desquicie que leyó en sus ojos…

Se le aceleró el pulso, deseó salir de allí.

Máxime cuando él alargó el brazo con la intención de tocarla.

Flora retrocedió con repugnancia.

—No se atreva a rozarme.

Aprovechó el instante de desconcierto para esquivarlo y salir corriendo. Todavía escuchó sus afirmaciones lapidarias a modo de despedida.

—Terminará cediendo, milady. No crea que no sabré esperar a que lo haga.

Flora llegó a la zona de los discursos con la respiración agitada y la mano apoyada en el pecho, a la altura del corazón. Los asistentes aplaudían las últimas palabras de agradecimiento del

señor Spencer, sobre el entarimado con el trofeo de la reina en las manos y una amplia sonrisa de orgullo.

A Flora le pareció patético. Un hombre que lo tenía todo, que se dedicaba a salvar vidas ajenas para presumir, cuando no sabía ocuparse ni un rato corto de su propio hijo.

Y entonces fue cuando la asaltó la idea maligna. La idea de la que más tarde se arrepentiría hasta morir.

Capítulo 12

Trofeo y tropezón

Lo vio descender, como un príncipe recién coronado. Rodeado de aduladores que lo ensalzaban y lo encumbraban a las alturas. Toda la aversión que de natural sentía por los hombres, en general, agravada con lo que acababa de vivir con Abernathy, se le vino encima como una losa. Y lo que hizo, lo hizo sin pensar.

Colocó el pie a mitad del trayecto cuando Lucien avanzó otro paso y lo hizo trastabillar aparatosamente por todo lo alto. Delante de todo el mundo.

No dio con sus huesos en el suelo, gracias a su agilidad felina. Pero el valioso jarrón saltó de sus manos como con un resorte, para describir una perfecta parábola en el aire antes de estrellarse y hacerse añicos ante los ojos de su ilustre donadora.

La expresión de la reina no era digna de ser descrita.

Demasiado horripilante.

Antes de entender qué demonios había ocurrido, Lucien ya se había encontrado con sus desafiantes ojos turquesa. Llevaban la etiqueta de *culpable* estampada en primer plano. Se enfureció de tal modo, que la habría estrangulado allí mismo, a los pies de su majestad.

Pero no podía.

Solo cabía pedir mil disculpas a la reina Carlota por haber estampado su regalo contra el duro suelo, tras haber quedado en

evidencia en las mismas narices de la flor y nata de la alta sociedad londinense.

Su madre debía de estar consumiéndose de vergüenza.

Antes de dedicarse por entero a su majestad, Carlota, Lucien dirigió una mirada explosiva a Flora. Ella tuvo la osadía de mantenérsela.

Una mirada que era una auténtica declaración de guerra.

Alegando un malestar sobrevenido, Flora se zafó del resto del evento. Consiguió marcharse, incluso, pese a los reproches de lady Barrow.

—Pero querida, la reina… está la reina…

Para cuando la viuda regresó al hogar, Flora le había dado mil vueltas a la cabeza. De seguir sus instintos, habría recogido a su pequeño vecino y habrían pasado el tiempo horneando más galletas. O cepillando a los caballos. O aprendiendo cancioncillas populares. Todo lo que habían hecho en ocasiones anteriores. A espaldas de su *pérfido* y severo padre.

Adoraba a aquel crío. Colin era tan encantador, se le había metido tan dentro del corazón. El único representante del género masculino que no detestaba, un pillín con la habilidad de robarle el alma.

Se contuvo.

Porque lo peor que podía pretender, después de ponerle la zancadilla a su padre y dejarlo en evidencia ante Su Majestad, era intimar un poco más con el hijo.

Salió a la terraza a fumar, ignorando el frío del atardecer, rezando porque su abuela no la cazara. Ya se había ganado el cielo soportando la corta visita de lady Barrow, por completo centrada en ensalzar las virtudes del aborrecible lord Abernathy y las conveniencias de considerarlo como posible futuro marido. La espalda de Flora se mantuvo firme, su lengua repitió una cadena de reticentes «sí, mamá», y solo sus ojos se entrecerraron adormecidos de tedio un par de veces.

Luego llegó la ansiada soledad, el silencio y la terraza.

—¿Lady Flora?

El que la voz le resultara familiar no disminuyó la envergadura del sobresalto. Se suponía que en aquella terraza solo estaba, o debía estar, ella. No obstante, la silueta de un hombre agazapado en las sombras la llamaba.

—Lady Flora.

Cuando la luz de las antorchas bañó su rostro, la joven se cubrió la boca con las manos en un abierto gesto de sorpresa. Rasgos conocidos, familiares, hasta queridos, moldeados por los años transcurridos sin verse, aunque conservando la inconfundible esencia. Por un momento le pareció estar viendo un fantasma, un producto de su imaginación. Que se mareaba y lo veía borroso.

—No puede ser… ¡¿Tú?!

—El mismo que viste y calza. Recién brotado de los infiernos.

Sir Carnavon. Amigo íntimo de su padre, su guardaespaldas y protector durante años, parte activa de la familia Euston. El padrino perfecto de los pequeños Sebastian y Flora, un segundo padre, en realidad. El hombre que había desaparecido sin dejar rastro después de la desgracia.

—Desde luego. Y de los más profundos. —Registró cada rasgo de su fisonomía avejentada, las arrugas sobre la piel, el abundante cabello oscuro ahora cano, sin terminar de creérselo.

—Respira, querida, respira. Soy yo. Ningún espectro.

—¡Pues lo pareces! —balbuceó— ¡Te creímos muerto! —añadió ofendida.

Carnavon hundió la cabeza bajo el peso del bochorno.

—Lo siento.

Flora sintió que toda la sangre de su cuerpo entraba en ebullición, sin remedio.

—¿Lo siento? ¿No se te ocurre nada mejor? ¿Desapareces sin dar explicaciones, vuelves al cabo de los años, como un ratero en mitad de la noche, y solo se te ocurre decir que lo sientes? Reza para que no te descubra la abuela y te apalee.

—Hubo motivos.

—Puedo suponerlo. El caso es que los desconocemos. —Lo miró con resentimiento—. Quizá porque no te molestaste en…

—No pude desvelarlos entonces —la interrumpió— y tampoco podré hacerlo ahora.

—Entonces, ¿para qué has venido? Nos hiciste daño, padrino. Mucho daño. Las heridas no se han cerrado, da igual el tiempo que pase.

Hizo una pausa sin intención alguna de que Carnavon le replicara. Tomó aire para continuar dando rienda suelta a todas aquellas emociones y reproches que le quemaban después de reprimirlos durante años con sumo esfuerzo.

—Después de lo de papá… Yo solo tenía once años y te necesitaba más que nunca. Sebastian te necesitaba, se quedó sin referencia. ¡Mamá te necesitó! ¡Y no estabas!

Carnavon fue a levantar una mano y, temiendo que la tocara, Flora retrocedió un paso.

—Flora, cariño, sé que os defraudé a todos. Que os abandoné en el peor momento. Barrow era mi amigo del alma. Mi hermano. Su muerte me devastó tanto como a vosotros. Yo…

—¡No te atrevas a insinuar que puedes ponerte a nuestra altura! Las circunstancias que rodearon la muerte de padre, a ti no te afectaron. No fuiste una hija decepcionada ante la falta de lealtad y decoro de quien consideraba un héroe, o la esposa burlada, convertida en el hazmerreír de todo Londres.

—Pequeña, hay cosas que no sabes…

—¡Desde luego que debe de haberlas! ¡Y a estas alturas, te aseguro que prefiero seguir adelante con idéntica ignorancia! Ya no sirven, no cambiarían nada. El indigno comportamiento de mi padre me enseñó que los hombres no son seres de los que fiarse.

Carnavon asintió en silencio.

Un ademán que fue también una rendición. La joven estaba en lo cierto, no podía contradecirla. Puede que ignorase detalles de cierta importancia, pero en lo esencial, acertaba.

Cuando tras revolotear por el universo de los recuerdos cálidos y amargos su consciencia volvió a pisar tierra, se encontró a

una Flora enrabietada, con los brazos en jarra, traspasándolo con su mirada exigente.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme qué se te ofrece?

Capítulo 13

Una nueva ocupación

—Mis ocupaciones, a lo largo de estos años, han variado.

—Lo imagino. Ya no está padre para que le guardes las espaldas. Habrás tenido que buscarte otro cometido.

—Soy espía de la Corona.

¡Vaya! Eso sí que no se lo esperaba Flora. ¿El paciente y afectuoso Carnavon ejerciendo de espía? Ni en sus mejores sueños.

—¿Y? No será que te han encargado vigilar a nuestros caballos…

—Vengo a pedir tu colaboración.

Flora contuvo una exclamación de sorpresa.

—¿Qué podría hacer yo que estuviese a la altura de tus logros?

—¿Estás siendo irónica?

Ella respondió con un sugerente arqueo de cejas. Y nada más.

—Participar en una misión —explicó Carnavon—. Te necesito.

A Flora se le escapó un gemido de sorpresa.

—Carnavon, frena. Soy brava, pero…

—Con solo que hayas conservado un cuarto de la audacia que te caracterizaba de niña…

—Escucha. No me interesan tus tejemanejes, sean cuales sean. Nuestra relación ya no es la que fue y yo solo aspiro a una existencia pacífica. Vivo aquí, con mi abuela, porque no puedo soportar Barrow Hall con todos sus recuerdos, ni el dolor

permanente de mi madre. Por más que se esfuerce en revestirlo de frivolidad.

—No implica ningún peligro, solo actuarías de intermediaria en la entrega de ciertos correos… procedentes de Francia.

—¿De Francia? —Abrió mucho los ojos.

—Y hacerlas llegar a los grupos económicos británicos que apoyan la paz entre ambos países.

—¡Yo no quiero ayudar a Francia!

—Ayudando a Francia ayudamos a Inglaterra. Ahora mismo, lo que esos garantizadores de la no guerra precisan es capital y aquí hay grandes fortunas dispuestas a proporcionárselo.

—Suena como un fin noble y no obstante…

—Flora, eres perfecta. Una jovencita de buena familia que asiste a eventos, celebraciones y bailes, teniendo muy a mano las relaciones necesarias para desempeñar la misión con total naturalidad.

—No. No pienso complicarme en nada parecido.

—¿Ni por el bien de tu país?

Ella se distanció unos pasos, para apoyarse con los codos en la balaustrada de piedra. Dejó escapar un largo suspiro atormentado.

—Eres muy persuasivo, padrino. ¿Te lo han dicho ya?

—La Flora que yo conozco aceptaría.

—La Flora que *no* conoces se lo está pensando.

—Eso sí, hay un requisito importante. ¿Estás prometida?

La muchacha dio un respingo.

—¡Dios me libre!

—Deberías prometerte.

Flora necesitó más de cinco minutos para recuperar el resuello. El aire apenas le entraba en los pulmones, al menos, no el suficiente; los sentía como cerrados. Carnavon acababa de rozar, seguramente sin saber, su zona más sensible.

—¿Por qué?

—Porque siendo joven, soltera y deseable, llamas demasiado la atención. Cuando entras en una sala, todos los ojos se centran en ti. Es lo que debes evitar si eres espía. Discreción e invisibilidad son las reglas básicas de subsistencia.

—Creí que habías mencionado una mera colaboración que no entrañaba peligro. Ahora me hablas de sobrevivir.

—Es una forma de hablar, Flora, no retuerzas las cosas. El método resulta extremadamente sencillo.

—¿Qué hay de simple en comprometerse cuando una es contraria al amor, al matrimonio, a todas esas perogrulladas?

—¿Por qué, Flora? ¿Por qué? ¿Por qué una joven hermosa, pudiente y bien educada como tú, renunciaría a la alegría de formar su propia familia?

—¡Porque es un engaño! —se desesperó.

Carnavon se sacudió sorprendido.

—Es cierto que no siempre funciona y que los matrimonios amañados no son…

—¡Hablo del amor! ¡De las estúpidas y engañosas uniones por amor! Las que, al parecer, todo el mundo desea. La que elevó a mi pobre madre al séptimo cielo creyéndose afortunada por demás. ¿Y de qué le sirvió? ¡Padre tenía un amante! En casa jugaba a ser el esposo perfecto y dedicado. El padre modelo, entregado y decidido a todo con tal de salvaguardar a su familia, cuando lo cierto es que tenía una segunda vida paralela, amaba a otra mujer. Una que no era mi madre.

—Flora…

—¡Murió con ella! Si esa desconocida cuya existencia no sospechábamos no hubiese muerto con él en el accidente de carruaje, nunca lo habríamos sabido. Fue… vergonzoso. Humillante. Perder a tu adorado esposo y enterarte de que te era infiel, todo el mismo día, es demasiado para cualquiera, ¿no lo crees así, padrino?

—Puedo imaginarlo.

—Claro. Solo puedes imaginarlo, porque no estuviste ahí para apoyarnos. ¡Desapareciste! La única persona en el mundo que podría haber traído un poco de consuelo a nuestras vidas rotas, y se

desvanece en el aire como un espectro. Gracias, padrino. No lo olvidaré nunca.

—Merezco esta sarta de reprimendas, no te lo negaré. Estoy dispuesto a aguantarla con estoicismo.

—No te burles. Para mí es serio. Lo más serio que he vivido.

Carnavon quiso replicar. Quiso añadir muchas cosas que guardaba en lo más recóndito del alma, pero no fue capaz. Consideraba que, después de tantos años ausente, para una primera entrevista ya había cargado a su pequeña con más responsabilidad de lo que convenía.

—Debo marcharme. ¿Le dirás a alguien que me has visto?

—Desde luego que no.

—¿Meditarás mi oferta?

—No. Si tengo que pasar por algo tan absurdo como comprometerme, es evidente que no soy la persona que buscas.

La novela que tenía entre manos no era lo bastante apasionante como para borrar de su mente los últimos acontecimientos: la aparición de Carnavon, de la que nada había desvelado, pero que mataría a su madre de un ataque, caso de saberlo. La declaración de guerra contra Spencer, después de haberle hecho tropezar delante de la reina y de medio Londres, de la que se arrepentía muchísimo. No podía seguir dejándose llevar por arrebatos, actuar atolondradamente como cuando era una cría. Era una mujer adulta, responsable de su vida… en camino de convertirse en espía.

¿Por qué no?

La idea no es que fuera muy descabellada. Total, algo emocionante tendría que hacer con su vida, dado que no pensaba participar en el mercado matrimonial, en la excitación de un cortejo corriente, no prepararía ninguna boda y jamás tendría hijos. Ayudar de forma puntual al mantenimiento de la paz en Inglaterra con el mundo, no era ninguna estupidez. Una labor digna solo de los más valientes.

Pero lo de prometerse... Una exigencia ridícula de pies a cabeza.

Salvo que encontrase el modo de *aparentarlo.* Solo aparentarlo… sin correr riesgos.

Eso andaba pensando cuando apareció la doncella, trayendo de la manita al pequeño Colin. Al niño se le iluminaron los ojos grises al verla, se liberó de su guardiana con un tirón y, de una veloz carrera que cruzó la estancia, se arrojó feliz a sus brazos.

Recibir aquel pequeño cuerpo cálido la estremeció.

¿En verdad era tan buena idea renunciar a formar una familia?

Capítulo 14

Sé disculparme, señor

—Pero ¿qué hace aquí mi vecinito preferido? —lo recibió entre risas, depositando un tierno beso en su coronilla.

—Papá no está. Y la abuela Elisabetta me ha dado permiso para venir.

—Ah, claro. Papá está ocupado, por qué será que no me sorprende…

—Tú siempre estás enfadada con él.

—Bueno, no siempre. Algunas veces comete tonterías. Aunque debo decirte, que esta vez tiene motivos para estar enfadado él conmigo.

El peque abrió con desmesura sus expresivos ojos grises.

—¿Le has robado las canicas?

—Upps… Algo así. ¿Quieres que preparemos galletas y luego damos un paseo a caballo?

—¡Síííí!

Colin se puso a palmotear y a dar saltos, loco de felicidad. Y a Flora le brillaron los ojos. Hacía mucho tiempo que no era capaz de inspirar sentimientos tan hermosos en nadie con excepción de su querida abuela. El niño la hacía sentirse importante en la vida de alguien. Ella, que desde el fallecimiento del duque se había arrugado como papel de pergamino hasta desvanecerse en un recuerdo difuso. Sin siquiera proponérselo, Colin curaba esas heridas con sus deditos pringosos y su sonrisa inocente.

—Pues vamos a la cocina. Tengo una nueva receta que te va a encantar. Pero necesito mucha ayuda, un pinche muy habilidoso.

Iban caminando juntos y Flora tembló al imaginar lo que pasaría si Lucien venía más tarde a recoger a su hijo. Si debía esconderse bajo una mesa para que no la viera, o todo lo contrario: enfrentarlo como una valiente y pedirle disculpas por su error.

Lucien regresaba de su encuentro clandestino con uno de los cabecillas del «movimiento pacifista», como ellos habían decidido llamarlo. Con unos mapas en la cartera que debía entregar dentro de los dos días siguientes, durante una partida de cartas en White´s. Sencillo, simple, sin complicaciones.

De todo ello se deducía que su estado de ánimo, pese al ridículo del jarrón de la reina en la capilla de Grosvenor, que tardaría siglos en olvidar, era óptimo. Se agrió, por desgracia, nada más pisar Herrick House y enterarse de que Colin había pedido visitar nuevamente a la bruja del pelo rojo.

Más furibundo de lo que recordaba haber estado en meses, rechazó el ofrecimiento de familiares y servicio, de recoger al niño, para desplazarse en persona, argumentando que le apetecía cabalgar.

Tuvo que dar muchas vueltas frenéticas por la coqueta propiedad hasta deducir que debían encontrarse en las cuadras. La fijación de aquel crío por los caballos empezaba a ser preocupante, era aún muy joven para desarrollar pasiones tan marcadas.

Sus ojos desobedientes volaron hacia ella sin pedir permiso. Volvía a ser la de siempre, con el cabello suelto, anudado con un pañuelo de colores, un vestido de algodón sencillo y las viejas botas polvorientas. Se mantuvo así, un rato, en la distancia, sacando partido de que aún no lo hubiesen detectado. Disfrutando de verlos disfrutar. Riendo mientras cepillaban a un caballo enano asignado a Colin, salpicándose mutuamente con el agua de los cubos. Las carcajadas alegres lanzadas al aire. Todo aquello con lo que él se había criado en su familia numerosa y bien avenida.

Todo lo que, con franqueza, deseaba para su hijo.

Y lady Flora parecía disponer de aquello y en cantidad, tenerlo tan a mano… Esperando solo que él lo aceptara, lo recogiera. Su amistad. Su valiosa amistad y lo que suponía para Colin.

Un momento.

¿Estaba cometiendo el imperdonable desliz de pasar por alto su enfrentamiento? El odio mutuo que se tenían, la antipatía, ¡la zancadilla!

El espantoso espectáculo ante las narices mismas de Su Majestad. La culpa de todo la tenían esos impresionantes ojos turquesa que lo enloquecían. La energía que Flora destilaba en cada movimiento, cada vez que agitaba la cabeza y lo miraba enfadada, como si pudiera fulminarlo y convertirlo en ceniza a sus pies.

Carraspeó para aclararse tanto la garganta como las confusas ideas y se acercó a pasos prudentes hacia el claro donde su pequeño y milady jugaban. En ese momento, Flora había formado un cuenco con las manos y lo había llenado de agua. Lo lanzó al aire apuntando al travieso Colin, con la mala suerte que alcanzó el rostro de Lucien.

De lleno.

Se crispó de inmediato. Todos sus buenos propósitos de amistad y concordia rodaron por el suelo. Un pequeño músculo palpitaba en la zona baja de su mandíbula amenazando con estallar.

—¡Padre!

—¡Señor Spencer!

—Menuda bienvenida, con esas caras de susto y un baño —gruñó pasándose la manga por el rostro para secar las gotitas.

—Vamos, es solo agua, héroe de la comunidad, no le hará daño —se burló Flora, el buen humor recuperado.

Lucien la taladró, echando chispas por los ojos. Siguió haciéndolo cuando ella tomó a Colin de la mano y se acercaron con toda humildad.

—Siento haber dicho eso —se excusó con una amable sonrisa —. En realidad, quería… lo que yo quería…

Lucien giró para enfrentarla por completo. Con los brazos cruzados sobre el pecho y un rictus en los labios que pretendía ser implacable.

—¿Usted quería, milady?

Colin respingó.

—¿Milady?

—Pedirle perdón —barboteó ella con atropello.

—Oh, ¡vaya! ¡Perdón!

—¿Le sorprende que sepa disculparme? Sé cuándo me he excedido, señor mío.

—Lo confieso, me sorprende hasta la locura que pida usted clemencia.

—No he perdido clemencia —se apresuró a corregirlo—. Simplemente, me disculpo.

—¿En serio está admitiendo lo que creo que está admitiendo?

—No es que no se mereciera un escarmiento por su pavoneo tras el homenaje y la presencia de la reina, sin embargo…

—¿Ponerme la zancadilla delante de todo el mundo y conseguir que destrozara el jarrón fue un acto sucio, indigno y casi vandálico?

Colin pegó dos fuertes tirones de la falda de su amiga.

—¿Eso hiciste, Flora? —Ella gruñó—. Es peor que robarle las canicas.

—No se te ocurra reírte, mocoso —advirtió Lucien con el dedo estirado, percatándose de repente de que estaba conteniendo una carcajada.

—Lo hice, Colin. Y fue horrible. No se deben cometer cosas horribles contra las personas que una…

Se mordió a tiempo la lengua. ¿Qué había estado a punto de decir? ¿Que él la inspiraba, la soliviantaba, la hacía sentir cosas… extrañas?

¿Es que había perdido por completo el juicio?

—Contra las personas que merecen respeto —corrigió con premura.

—Resulta sorprendente comprobar que le inspiro una pizca de amabilidad.

—He dicho respeto, señor Spencer, no gentileza. Amabilidad tampoco. No se la ha ganado.

—¿Ya estamos otra vez?

—Como siempre.

—Porque usted me irrita.

—Porque usted me enerva.

—Es una mujer imposible. ¿De que vale cualquier intento por lanzar un puente…?

—Guárdese sus puentes en el bolsillo de la levita, señor Spencer. —De un brusco tirón, cogió algo del suelo y se lo colocó en las manos—. Y llévese de una vez las galletas. El otro día tuvo el mal gusto de despreciármelas.

—No recuerdo que me las ofreciera.

—Me negó la oportunidad.

—Gracias a usted y a sus malas artes, la reina dijo: «jamás pensé que un Spencer pudiera ser tan torpe».

—Lo dijo entre dientes.

—¡Da igual el modo! ¡El caso es que lo dijo!

—Bah, no se apure tanto, apenas lo escuchó nadie.

—Debo contarla entre esos pocos de buen oído, por lo que veo.

Para no contestar, Flora clavó la rodilla en el suelo y acarició la carita de un sorprendido Colin que atendía a las puyas que volaban en todas direcciones, con los ojos desencajados.

—No nos hagas mucho caso a los mayores, querido. Nos enfadamos con nosotros mismos y lo pagamos con quien menos culpa tiene. Vuelve pronto a visitarme.

Entonces el niño hizo algo inesperado. Rodeó con sus bracitos el cuello de Flora y se pegó a ella como un sello de lacre. Luego, le estampó un sonoro beso en la mejilla.

Ella respondió a la caricia, muy emocionada. Cruzar una veloz mirada con Lucien fue prácticamente inevitable.

Capítulo 15

Una estocada letal

Los duques de Richmond mantenían una estrechísima relación de amistad con los Spencer. Especialmente, con dos de ellos, Henry y Rhys, pues la hermandad entre sus esposas, verdaderas amigas desde tiempo atrás, era inmedible. Por eso no hubo dudas ni titubeos en cuanto a la asistencia, desde el momento en que los invitaron a la inauguración de la nueva biblioteca en Coventwood, en cuyos estantes el duque había acumulado cientos de ejemplares raros de increíble valor.

—¿No te importa quedarte con Colin, madre?

—¿A ver, hijo? Date la vuelta —pidió la dama, haciendo girar el dedo—. Sublime. Ese terno te sienta como un guante.

—¿Madre? —se impacientó.

—No tengo por costumbre responder preguntas retóricas, querido. Pues claro que estaré encantada de cuidar de mi nieto. Más que encantada. Tu tío me hará compañía, lleva toda la tarde desempolvando vuestros viejos juguetes para entretener al pequeño. Hace siglos que no veía a mi hermano tan entusiasta con nada.

Si le hubieran preguntado, Lucien no habría sabido explicar por qué la imagen de lady Flora, con su cabello de fuego enmarcándole el rostro y sus mejillas encendidas como pétalos de rosa, se le pasó por la mente. Un poco agitado, carraspeó.

—Todo en orden, pues. Me marcho.

—¡Pasadlo bien! ¡Tengo entendido que la nieta de la viuda Bromley también asiste…!

Lucien la escuchó, aunque se hizo el desentendido. Lo que no impidió que una avalancha de preguntas lo asaltara durante el trayecto en carruaje: ¿a qué venía aquel repentino interés de su madre por lady Flora? ¿Era por Colin? ¿Por el protagonismo paulatino que la joven iba adquiriendo en torno al pequeño? ¿Por el interés que despertaba en él y el afecto que le mostraba?

Porque no podía haber otra razón, ¿verdad que no?

La propiedad de los duques resplandecía, decorada con cientos de guirnaldas de flores y velas en el camino que recibía a los invitados. Decenas de mesitas esparcidas por las distintas salas, repletas de bebidas y finos canapés para que los asistentes a la inauguración, entre libro y libro, pudieran saciar sus apetitos más selectos.

A Flora la cautivaban los libros. Se reprochaba el no dedicarles tiempo suficiente, le gustaban demasiado la vida al aire libre, los caballos y la naturaleza, aunque, claro está, Bromley Manor no era la casa solariega del campo. La lectura era un emocionante pasatiempo que solía reservar para los días de lluvia y frío extremo, cuando no podía salir a los jardines o recorrer las cuadras sin ganarse una reprimenda o pillar un resfriado.

Se detuvo a revisar un ejemplar raro, de origen oriental, expuesto en una vitrina. Con gruesas páginas de pergamino ilustradas con hermosos motivos florales. Alguien se le acercó por la espalda colocándose inconvenientemente cerca.

Hasta pudo sentir que le respiraban en la nuca. Contrariada por la falta de decoro, se apartó.

—Lady Flora, no sabe cómo me alegra tenerla hoy aquí, al alcance de mi admiración.

—Lord Abernathy.

«¿Cómo no?»

—Le pediría sin dudar un baile, de estar en esa clase de fiesta.

Flora dio gracias a todos los santos para sus adentros. Aquel hombre le resultaba más repulsivo cada vez que se lo encontraba. Sin embargo, lejos de amilanarse, el vizconde se tomaba, progresivamente, más libertades rozando ya lo inaceptable.

—Lo cierto es que no lo estamos. —Se sacudió nerviosa, cambiando el peso de un pie a otro.

—¿Asistirá al baile de cumpleaños de la condesa de Horse mañana por la noche?

No iba a decirle que sí y asegurarse su opresiva atención.

—Todavía no lo he decidido, milord. Últimamente ando muy ocupada.

—¿En qué podría ocupar su tiempo una deliciosa jovencita casadera cuando la temporada acaba de empezar?

—Precisamente por eso, milord, acaba de empezar, no hay ninguna prisa.

—Si me permitiera expresarle mis fervientes sentimientos por usted, yo…

Los ojos de Flora recorrieron desesperados el vasto espacio, suplicando auxilio. Y sin encontrar a nadie.

—Lord Abernathy…

—Milady, debe entender que estoy siendo paciente. Muy paciente. Pero lo cierto es que…

—Lady Flora, disculpe, creo que su madre la está buscando. Si me permite, la acompaño. Milord…

La joven soltó de golpe el aire que tenía retenido en los pulmones. Compuso una atropellada reverencia, tomó el apoyo que Lucien Spencer le ofrecía y, de su brazo, se alejó de allí a toda prisa. Él se percató al instante del modo como le temblaba la mano.

—Muy oportuno, señor Spencer —agradeció con tono firme—. La soporífera charla de ese caballero empezaba a provocarme dolor de cabeza.

No iba, desde luego, a engañarlo con tan poco.

—Me dio la impresión de que estaba a disgusto. ¿Acaso el vizconde la ha molestado de algún modo?

De todos los modos posibles e imaginables, con el tono de su voz, el denso perfume de sus afeites y con su sola presencia. Pero no iba a admitirlo delante de Spencer y hacerlo sentir como el caballero andante que galopa al rescate de su dama y, además, triunfa.

—Oh, no, ha debido darle una sensación equivocada. Lord Abernathy es un buen amigo de la familia, desde hace tiempo. Es solo que me cuesta concentrarme en conversaciones vanales. Me preocupan ciertos aspectos de…

—¿De?

Flora emitió un débil suspiro, dejó de andar y lo miró de frente. Lucien sintió que el suelo fallaba bajo sus pies y que se precipitaba a un abismo interminable donde solo existían sus maravillosos ojos de los que, sin dudar, se habría declarado esclavo.

—Cuando lo asalte la tentación de juzgarme por entrometida… —arrancó ella.

Lucien rodó los ojos, exasperado.

—Algo que va a ocurrir enseguida, me temo.

—Repare en que mi único afán es ayudar.

—¿Va a contarme de una vez lo que sea que la aflige?

—Se trata de Colin.

—Dispare. Por mal que le pese, ha conseguido contagiarme su malestar.

—Dice que su madre no lo quiere.

Spencer notó la punzada a la altura del estómago como una estocada real.

—¿Eso ha dicho? —Flora asintió con prudencia—. Su madre murió. Y yo no sabía de su existencia hasta que lo trajeron a mi casa. Es terrible tener que admitir que no sé cuánto cariño le dieron hasta entonces. Si su madre estuvo o no presente, si se ocupó de él o se desentendió.

—Y seguramente, dadas las circunstancias, nunca lo sabrá. Pero puede hacer otra cosa, señor. Puede compensarlo.

Efectivamente. Se estaba entrometiendo. Hasta el cuello y con las dos manos.

—Temo que no se me esté dando muy bien —claudicó él a regañadientes—. Mi hijo la prefiere a usted, con diferencia.

—No diga eso. No me prefiere. Mi compañía no excluye la suya, ni mucho menos. Todavía es muy pequeño, pero irá convirtiéndose en un hombrecito y usted será su mayor apoyo, el modelo que lo inspirará, el ejemplo a seguir.

Lucien meditó lo que acababa de escuchar, mordiéndose el labio inferior como muestra de absoluta concentración, imaginando a un apuesto Colin de quince años y la manera en que lo tomaría a él como punto de referencia. Flora persiguió hipnotizada el movimiento de aquellos dientes blanquísimos recorriendo la mullida y sabrosa piel rosada.

—Milady, acaba de multiplicar por cien el peso que ya cargo en las espaldas.

Capítulo 16

Cavando hondo

Flora lo miró largamente. Tan embelesada y concentrada en disfrutar de lo que veía, que cuando vino a darse cuenta, se ruborizó. En algún punto de su minucioso examen al señor Spencer había dejado de ser consciente de que lo devoraba con los ojos y, con probabilidad, habría quedado en evidencia ante cualquiera que anduviese observando. Revisó con disimulo el ambiente de la sala. Todos parecían estar embebidos con los estantes o las explicaciones que recibían.

Incluyendo al magnífico Lucien Spencer.

—No debe considerarlo de forma tan negativa. Criar un hijo no es una tarea sencilla, pero si muchos antes que usted lo han hecho…

—¿Por casualidad ha criado usted muchos niños, lady Flora?

El tono con el que lo dijo no la agradó en absoluto. Había algo de condescendiente superioridad en él. Como en el resto del caballero, con solo que respirase.

—Pues no, señor Spencer. De momento me he dedicado a otros menesteres.

—Esperaba que añadiera que tenía previsto hacerlo muy pronto.

—¿Porque soy una mujer y mi única misión en la tierra es engendrar y criar prole? ¿Por eso lo esperaba? Sepa, señor Spencer, que no está en mis planes casarme.

—De momento —completó él, muy seguro de lo que decía.

Su arrogancia puso a Flora de pésimo humor. ¿Es que creía poder adivinarle el pensamiento?

—Ni de momento, ni en un momento muy posterior de la vida.

El joven abrió los ojos con sorpresa.

—¿Piensa permanecer soltera? Alguien como usted…

—¿A qué se refiere con alguien como yo?

—Podría usted elegir a quien se le antojase, lady Flora. Tendría a sus pies a cualquier caballero con solo chasquear los dedos.

El vientre se le licuó con un hormigueo de lo más sugerente. Pero no iba a admitir que estaba complacida. No delante de aquel libertino engreído, pagado de sí mismo.

—¿Se supone que debo agradecer sus halagos?

—Haga usted lo que le plazca. ¿Por qué con tantas opciones decidiría pasar sola el resto de su vida?

—¿Quién ha dicho que estaría sola?

Spencer sacudió a un lado y otro la cabeza.

—Francamente, no la entiendo.

—No tiene por qué entenderme. Se trata de mi vida y no suelo dar explicaciones ni a mi familia.

—¡Vaya! —La recorrió de arriba abajo con los ojos—. Usted sí que es el ejemplo vivo de una mujer independiente que sabe lo que quiere.

Flora uno, Lucien cero.

Ella sonrió satisfecha de su logro.

—Si me disculpa, señor Spencer, creo que ahora sí que es cierto que me llama mi madre. Encantada de haber disfrutado de una charla con usted, sin apuñalamientos de por medio.

Lucien sabía que no era prudente. Ni cortés ni recatado, pero no puedo evitarlo. Su cuerpo se movió solo cuando Flora pasó rozándolo con la seda de su vestido y lo envolvió en una estela de tenue perfume almibarado. Se giró a verla ir, alejarse, sufriendo el vacío de la melancolía con la que se contempla un barco deseado que zarpa hacia alta mar.

Aquella mujer cavaba hondo en su espíritu. Y pronto llegaría al hueso.

El baile de máscaras de la condesa de Horse no era, para nadie que tuviese un mínimo de criterio, uno más de los muchos a los que la rancia aristocracia asistía. Se celebraba exactamente en la jornada número veinticinco después de iniciada la temporada y, dado que tanto la anfitriona como su marido eran fervientes admiradores del espectáculo del carnaval en Venecia, trataban, de algún modo, de recrearlo con el código de vestimenta exigido a sus agasajados.

No recibir invitación para semejante evento se consideraba una afrenta de las mayores, y un signo evidente de haber caído en desgracia o no ser, desde nunca, una familia influyente. Tal cosa no ocurrió, desde luego, ni con los Fowler-Spencer ni con los Barrow.

Soñando con el momento en que fueran presentadas en sociedad, Sienna y Diana Fowler, recorrieron los aposentos de las damas de la casa, que en aquel momento se reducían únicamente a la prima Evelyn y a Anne, la esposa de Rhys Spencer.

—Estás preciosa, prima. Si el coronel no estuviera ya casado y enamorado de ti, volvería a caer rendido.

Evelyn dejó volar una alegre carcajada mientras acababa de decidirse sobre qué pendientes lucir.

—No puedo creer que la prima Julianna se haya marchado ya. Y que la prima Anne y tú os mudéis dentro de la semana próxima —gimió Diana con un puchero.

—Es ley de vida, querida. Los matrimonios deben independizarse, crear sus propias familias en sus hogares. Pronto sumaréis tantos primitos que no sabréis dónde meterlos.

—¿Pero no es una tontería que Henry y Julianna compren otra casa? Él será el nuevo conde de Herrick cuando corresponda y entonces tendrán que volver de nuevo, así que, ¿para qué irse? —razonó Sienna, toqueteando con afán las telas de todos los vestidos expuestos sobre la cama.

—Eso ocurrirá cuando nuestro padre muera. Y todos, incluido Henry, esperamos que sea lo más tarde posible.

La chiquilla asintió, arrepentida de su arrebato de sinceridad. Mientras que Diana era todo timidez y sensibilidad extrema, en Sienna latía la impetuosa pasión que caracterizaba a Evelyn, su hermana mayor. La que tantos quebraderos de cabeza le había acarreado y gracias a la que, por azar del destino, había conocido a su esposo, al que adoraba y que la hacía inmensamente feliz.

Evelyn se las quedó mirando un instante. Eran dos muchachitas a medio hacer, absolutamente exquisitas. Cuando llegara el momento de presentarlas causarían sensación y sin duda, se convertirían en las reinas de la temporada. No obstante, antes de caer en la jauría del mercado matrimonial y las rivalidades entre muchachas que habían sido amigas desde la infancia, debían aprovechar lo que les quedaba de niñez e inocencia. Se vivía muy feliz siendo ingenua, se dijo.

Abrió los abrazos en dirección a ellas.

—Venid aquí las dos.

—¡Evelyn! ¡Evelyn, querida! ¿Estás lista? Se hace tarde.

Al oír a lady Elisabetta, las tres rompieron la apretada piña que acababan de formar. Evelyn dejó de estrechar a sus hermanas pequeñas y se enjugó la lagrimita de emoción que había escapado por la esquina de su ojo.

Diana corrió a entregarle el fabuloso antifaz de plumas, con el que la esposa del coronel cubriría parte de su rostro. Evelyn lo tomó y se lo colocó por delante.

—¿Qué tal me veo?

—¡Pareces la princesa de un cuento!

—Pues voy a ver si mi príncipe ha terminado de arreglarse y nos marcharemos a vivir nuestra aventura. Prometo contároslo todo, mañana en el desayuno.

Capítulo 17

No deseo cortejos

Lady Flora era de las jóvenes que gustaban de adentrarse en un salón de baile y desaparecer. Siendo como era, resultaba a las claras difícil, pero a ella le gustaba pensar que lo conseguía. Deslizarse por entre los grupos en animada charla, que chismorreaban, bebían y se carcajeaban ruidosos, como si se tratara de un fantasma, para ir a ocupar alguna esquina discreta en la que pasar lo más desapercibida posible, para que no la molestaran.

Hasta se distanciaba de su madre y de su abuela para que localizarla fuese menos sencillo.

Sin embargo, aquella noche, aislarse no fue precisamente una idea brillante. Lord Abernathy parecía esperar su llegada agazapado tras alguna columna con la insana intención de lanzarse sobre ella al menor descuido. Nada más acercarse a la mesa de las limonadas, el insistente caballero la abordó por detrás de un modo que solo podía calificarse de inaceptable y grosero.

—Milady, qué desbordante alegría verla —siseó.

—Diría que desbordante no es la palabra adecuada, milord. —Hizo una pequeña reverencia y siguió a lo suyo, deseando que el suelo de madera abriese sus fauces y se lo tragase hasta la coronilla.

—Me concederá algún baile, ¿verdad que sí? Estoy ansioso.

—La ansiedad es mala para el corazón, lord Abernathy. Debería usted emplear mejor su tiempo cortejando a alguna jovencita con la que tenga posibilidades…

—Deseo cortejarla a usted —replicó cortante.

—Yo no deseo ser cortejada. Creí habérselo dejado claro en un par de ocasiones.

—Bueno, las decisiones de las mujeres, ya se sabe, son volubles y veleidosas. Expresadas con la única intención de acrecentar nuestro interés.

Flora apretó los dientes y endureció el tono. Con irreprimibles ganas de tirarle por encima el contenido de su copa.

—¿Está usted seguro, milord?

—Por descontado. Conozco bien a las mujeres.

—¿Por casualidad acaba de confesar que es un libertino?

—Como todo hombre soltero y apuesto, tengo un pasado.

Bajo su máscara, Flora sonrió irónica. Comparado con Lucien Spencer, si aquel hombre se consideraba a sí mismo apuesto, es que había perdido la sesera y el sentido de la vista.

—Bueno, lord Abernathy. Me tomaré la molestia de recordarle lo que ya dije: no estoy interesada…

—Pienso hablar con su madre. Y con su abuela. Y con su hermano, el duque. Con quien haga falta. Pediré permiso para visitarla y que podamos intimar. —Como colofón a su sentido discurso, apuró de un trago el licor que llevaba en la copa y pidió que se la colmaran de nuevo.

Flora, a la que la sola idea de «intimar» le producía escalofríos, lo notó un tanto tambaleante. Quizá hubiera ingerido más alcohol del apropiado buscando reunir el valor para soltar aquella sarta de sandeces.

—Le dejo, milord. Mi madre y mi abuela se preguntarán dónde me meto. Que pase una buena noche.

Notó su mirada pegajosa fija en ella, persiguiéndola como dedos que serpentean entre la gente. Y se estremeció. Aquel hombre le provocaba, si no nauseas, sí un sentimiento extraño de aversión y rechazo que no sabía explicar.

Todo lo contrario de…

Lo buscó hasta hallarlo.

No resultó difícil, los Fowler-Spencer eran un grupo familiar tan numeroso y bien avenido, que no solían separarse más que a

ratos en las fiestas. En aquel momento, Lucien comentaba algo con sus hermanos gemelos y reía muy animado.

Quizá hubiera sido algo injusta con el caballero. Ciertamente, la responsabilidad que conlleva ser padre era inmensa, poco baladí, y jamás debería imponerse. Había hombres que en absoluto deseaban serlo, sin ir más lejos, ella no tenía ninguna prisa y era una mujer. Obligarlo a hacerse cargo de un niño contra su voluntad era una jugarreta del destino.

Eso sí, si la desdichada madre del pequeño había muerto, contra eso, poco o nada podía hacerse. No obstante lo anterior, sin duda el señor Spencer y sus indecisiones merecían que lo tratara con menos severidad y mayor indulgencia.

Todos sus buenos propósitos se ahogaron en limonada cuando lo vio solicitar un baile a la menor de las Fairfox, la estirada Amelia, loca por cazar marido, según corría de boca en boca. La elección menos acertada si no quería verse en problemas más tarde.

—Lady Flora —resonó una voz conocida a sus espaldas—, nuestro baile.

Abernathy de nuevo. El terco e impenitente Abernathy. Estuvo a punto de rehusar, pero la imagen del bello Lucien danzando sonriente con la señorita Fairfox la encendió de rabia.

¿Por qué no?

Probaría a ponerlo un poquito celoso, a ver cómo reaccionaba.

Así es como cometió el mayor error de su vida. Ceder ante las pretensiones de Abernathy, dando a entender a un hombre que no sabía aceptar una negativa por respuesta, que le dedicaba su interés.

La exaltada imaginación de él haría el resto.

La artimaña funcionó a las mil maravillas. Entre giro y giro, fue todo un placer captar la expresión de profundo disgusto de Spencer fulminándola con las pupilas. Su atención, que había pasado por entero de la señorita con la que bailaba a ella, pese a la distancia. Así que su orgullo le había impedido pedirle un baile, pero le molestaba que bailara con otro.

Un momento. ¿Acaso no era eso justo lo que estaba sintiendo ella?

La diversión acabó con los últimos compases de la pieza musical. Se despidió de Abernathy antes de que este la instara a proseguir, y se perdió entre el gentío camino de la terraza y los jardines, para cicatear aún más la curiosidad de Lucien. Que de repente la perdiera de vista, que no supiera dónde se había ocultado.

Un juego un tanto infantil que, sin embargo, la estimulaba y la hacía arder de excitación por dentro.

El aire fresco de la noche resultó ser una bendición. Dentro de los salones de baile, con tanta gente moviéndose y tantísimas velas, el ambiente se tornaba sofocante. Oyó unos pasos acercarse, con cierto titubeo, y sonrió. Ahí llegaba su caballero.

Haciéndose la desentendida, bajó la escalinata y se adentró en los jardines en penumbras, el lugar donde una señorita no debía ir jamás, mucho menos acompañada, como no fuera de una amiga o de su madre. Pero a Flora la traían sin cuidado ciertas reglas muy absurdas, y encontraba un enfermizo placer en desafiarlas. Se aseguró de que los pasos la seguían, a cierta distancia, y su cuerpo entero se sacudió pensando en lo que podría hacerle el señor Spencer al amparo de las sombras, cuando nadie lo vigilara.

Rio su propia estupidez.

El señor Spencer la detestaba. Igual que ella a él.

Por si la incompatibilidad de sus caracteres no bastase, competir por el afecto de Colin lo había empeorado todo. ¿Celos con Abernathy? Qué absurdo. Lucien Spencer rivalizaba con el amor de su propio hijo, puede que la antipatía fuese el único sentimiento real que compartían.

—Lady Flora… querida…

El timbre de voz le puso la carne de gallina. La muy insensata había caminado hasta el centro del jardín de los Horse, bastante alejada de la zona de la fiesta, y la persona que la seguía a avances furtivos, no era Lucien Spencer sino lord Abernathy.

¿Cómo había podido ser tan necia?

—Milord, usted no debería estar aquí, a solas conmigo. Podría comprometerme y eso sería algo que no le perdonaría en la vida.

—Sería maravilloso que alguien nos descubriera y tener que pagar mi atrevimiento convirtiéndome en su esposo —mascó entre dientes.

¿Eso era lo que buscaba? ¿La había visto bajar a los jardines y se había dibujado en su mente calenturienta una oportunidad dorada?

¡Cielos! ¡Corría peligro!

Se esforzó cuanto pudo por mantener la calma.

—He salido porque me sentía agobiada, milord. Y de veras, es mi deseo pasear un rato a solas. Vuelva al baile antes de que…

—¿Antes de que deje correr libres sus instintos? ¿Antes de dejar al descubierto todo lo que le inspiro? No se reprima, milady, permita que la fierecilla que anida en su interior ruja libre…

—Pero ¿qué clase de sandeces está diciendo? —se irritó—. ¡He dicho que quiero estar sola! No deseo su compañía, puede volver con el resto de invitados…

Las manazas de Abernathy aferraron sus hombros y la atrajeron hacia él con un brusco tirón.

El corazón de Flora galopó sin freno a causa del miedo.

Capítulo 18

No es eso lo que me ha parecido

Antes de permitir que la rozara con los labios, como pretendía, Flora reaccionó a la amenaza propinándole una sonora bofetada con la mano abierta. El hombre reculó sorprendido por el inesperado castigo.

Se distanció de ella y la presión que ejercía sobre sus hombros se aflojó.

Por un ínfimo e iluso segundo, Flora creyó estar a salvo.

Sin embargo, lejos de lo que pensaba, el dolor y la humillación transformaron a Abernathy en una mala bestia, que se impulsó hacia adelante con furia renovada, volviendo a apresarla con rudeza, y la zarandeó de malos modos empujándola de espaldas contra el suelo.

Flora perdió pie y cayó sobre la hierba sin poder evitarlo.

Abernathy se echó encima, aplastándola con su peso. Olía a alcohol y rabia, mientras murmuraba maldiciones e insultos por sus anteriores desprecios, la amenazaba con pagar caros sus desplantes y, mientras su mano izquierda le inmovilizaba las manos por encima de la cabeza, la derecha empezó a subirle las faldas del vestido. Tan asustada que no podía gritar, Flora se retorció cuanto pudo intentando liberarse, pero su atacante era demasiado robusto.

De repente, el peso, la angustia y el aliento de borracho desaparecieron de un plumazo. Una fuerza mayor a la suya, lo había agarrado por el cuello de la levita, suspendiéndolo en el aire como si se tratara de una marioneta. Antes de que el vizconde pudiera

percatarse de lo que estaba sucediendo, Lucien Spencer le propinó un potente derechazo en la mandíbula que lo hizo trastabillar.

—Desgraciado, mal nacido… ¿Cómo te atreves a ponerle una mano encima a una dama?

A ese primer puñetazo siguieron muchos más.

Tantos y tan violentos, que cuando Flora pudo recomponerse y recuperar los sentidos, se vio obligada a intervenir. Venciendo sus temblores, conteniendo el mar de lágrimas empeñado en desbordarse, se aproximó al recodo donde Abernathy recibía la paliza de su vida, con el rostro amoratado y sanguinolento, inerte como un muñecote que no devuelve los golpes.

—¡Pare! ¡Pare, Spencer! ¡Pare, le digo! ¡Va a matarlo!

—Y lo tendría bien merecido —silabeó Lucien descargando un último martillazo de nudillos—. El infierno es el único lugar que merecen los tipos como este…

—Vámonos de aquí, ¡vámonos! Antes de que alguien nos vea. Sola con un hombre en el jardín, el ataque al vizconde…

Lucien se incorporó a mirarla. Sudoroso por el esfuerzo y con el pelo revuelto, a Flora le pareció más alto, irresistible e imponente que nunca.

Pecaminosamente deseable.

—¿Ataque? ¡Él la atacó primero!

—Usted le ha pegado una buena tunda. Solo evito que tenga que dar explicaciones. —Aferró su manga y tironeó angustiada— ¿A qué espera? ¡Vamos, le he dicho!

Lucien echó una veloz ojeada al indeseable que se había atrevido a violentar a una mujer. Yacía inconsciente a causa de los golpes, despatarrado como un bufón tras un salto fallido. Flora lo tomó de la mano y lo arrastró a la profundidad de los jardines, allí donde se iniciaba un intrincado laberinto de setos.

Una vez se sintió a salvo, dio rienda suelta a su pavor. Su pecho glorioso, enmarcado por el escote, subía y bajaba con la respiración entrecortada. Algunas lágrimas brotaron de sus ojos enrojecidos y a punto de desmoronarse, sucesivos estremecimientos se apoderaron de ella, robándole su aparente entereza. Así y todo,

reunió el coraje suficiente para enfrentar la terrible vergüenza que la asolaba.

Su insensatez.

¿Cómo había permitido que ocurriera aquello? ¿Por qué accedió a bailar con el vizconde cuando ya sospechaba sus intenciones? Había querido vengarse de los coqueteos de Lucien para con la señorita Fairfox, como una auténtica estúpida, y había recibido su premio. Uno que podría haberla arruinado para siempre.

Sin embargo, en lugar de reprochárselo a sí misma, desvió su atención hacia la persona que la había salvado. Porque no podía soportar que él fuera testigo de su enorme error.

—¿Se encuentra bien? —Lucien avanzó un paso e intentó tomarla del brazo al ver cómo temblaba.

Ella retrocedió idéntica distancia, como si Lucien fuera a contagiarle alguna enfermedad espantosa.

—¡No me toque! ¡No quiero que me toque!

Él extendió las manos con las palmas abiertas en señal inequívoca de paz.

—Está alterada, lo entiendo, cálmese, no voy a hacerle ningún daño.

—No necesito que ningún hombre aparezca a salvarme la vida.

Lucien enarcó las cejas entre confuso e irritado. Entendiendo, incluso, que ella estuviera un poco histérica y reaccionara exageradamente en su contra.

—Pues disculpe, no es eso lo que me ha parecido.

La escuchó respirar fuerte, como si se ahogara. Y sintió una desconcertante lástima por la joven y por su suerte. Por su destino, por todo lo que pudiera afectarla.

—El que yo haya intervenido echándole una mano, no la hace menos valiosa ni menos independiente —le recordó con cautela.

Flora alzó los ojos hacia él. Se retorcía una mano con otra, destemplada y arisca, como una niña pequeña a la que se ha cazado en mitad de una travesura prohibida.

—Vamos, lady Flora. Respire hondo, verá cómo…

La muchacha volvió a distanciarse un paso. Esta vez, Lucien respetó su espacio y no lo invadió.

—Usted ordenó que no me acercara a Colin. Pues siga su mismo ejemplo, no se acerque tampoco usted a mí.

Salió corriendo como si la persiguieran para asesinarla. Lucien no se lo tuvo demasiado en cuenta, se mostró comprensivo quizá por primera vez en su vida, ya que solía ser bastante impaciente. La experiencia que la jovencita acababa de vivir, era evidente que la había perturbado.

Resultaba obvio que no sabía lo que decía.

¿Qué sentido tendría enfrentarse de ese modo a alguien que acababa de salvarla de un temible desenlace?

Se peinó el cabello desordenado con los dedos, estiró los bajos de su chaleco y se sacudió las mangas de la levita desde los hombros. No le apetecía volver a la fiesta, ni siquiera averiguar a dónde había ido a parar lady Flora. Estaba vencido, conquistado por su olor de mujer, por la fuerza de su penetrante mirada. Por su impetuoso temperamento.

La deseaba.

Demonios. ¡Cómo la deseaba!

Era algo que querría no haber tenido que aceptar, pero esa era la cruda realidad. Deseaba a Flora Euston más que nada en este mundo.

Por encima incluso de que fuera una desquiciada.

Lady Elisabetta escogió un pastelillo primorosamente adornado con crema de color calabaza, después de revisar con atención dos veces la bandeja. Lucien resopló con la sensación de que su madre no lo atendía con las suficientes ganas.

—¿Me ha escuchado, madre? ¿Lo tendrá en cuenta?

—Hijo, de verdad que no entiendo los motivos de prohibirle a Colin visitar Bromley Manor. Disfruta muchísimo de sus estancias allí, van a enseñarle a montar a caballo…

—¿Es que no podemos enseñarle nosotros? —se exasperó— ¡En esta familia, todo el mundo sabe cabalgar!

—¡Apenas tenemos caballos de monta en Londres, querido! Y desde luego, ninguno adecuado para el niño, dado su tamaño. Las relaciones de vecindad con ellos son perfectas. No sé qué inconveniente tienes.

—¿Inconveniente? Yo se lo diré. La nieta de la viuda. Esa jovencita alocada es una mala influencia.

Elisabetta dejó ir una risita divertida.

—¿Estamos hablando de la misma muchacha encantadora que ya conozco? Me temo que te equivocas.

—No, madre, le aseguro que no me equivoco. Está desequilibrada y medio demente. Y no quiero que alguien así se relacione ni de lejos con mi hijo.

Capítulo 19

La mayor de las estafas

Si algo había aprendido la hermana del conde de Herrick siendo madre de seis varones indomables, era a salirse con la suya, no importaba quién le rogara qué. En su opinión, dadas las delicadas circunstancias que rodeaban al pequeño Colin, con la ausencia de una figura materna y la desafortunada marcha de su sobrina Evelyn y sus queridas nueras, Anne y Julianna, el trato con la deliciosa lady Flora era de lo más conveniente. Hasta instructivo, si la apuraban. Una muchacha sensata, de buena familia, con exquisitos modales, abierta a regalarle su tiempo con actividades al aire libre a las que, al parecer, su hijo Lucien era reacio.

Una solución de lo más provechosa. No entendía la negativa de Lucien, como no fuera… Que sintiera algo por la joven. Prometedor o todo lo contrario, pero algo.

Su mente frenética de madre con hijos solteros en edad de merecer se puso en funcionamiento. Solo las malas experiencias pasadas, cuando trató de emparejar a Anne con Cassian, la frenaban de haber tomado ya un té muy beneficioso con la viuda Bromley. No obstante, no se pensó dos veces concederle a Colin el permiso que le estaba solicitando para pasar el resto de la mañana en Bromley Manor, a espaldas de su padre.

Cuando Lucien regresó del club de caballeros, de aguardar fallidamente a que alguien recogiera unos documentos que tenía

encargado entregar, se encontró con lo único que podía empeorar su ya agrio humor: su hijo nuevamente en compañía de la pelirroja desagradecida.

—Voy a recogerlo en persona y, ya que usted ha decidido no colaborar, madre, tendré unas palabras con lady Flora.

—Ni te atrevas a ser desagradable y a poner en entredicho a esta familia. No te lo perdonaría en la vida. Por cierto, ¿por qué no envías a un criado a que lo recoja? Dices que no la soportas, pero bien que te metes tú solo en la guarida del lobo.

—Soy más fiero que el propio lobo. Es hora de que el lobo lo sepa.

El trayecto fue lo bastante largo como para plantearse, incontables veces, las mismas preguntas que había dejado caer su madre. Si su relación con lady Flora era tan tirante, si ambos se congestionaban nada más divisar al otro de lejos, si no había frase que uno expusiera que no irritara al otro… ¿Por qué se sentía atraído como una polilla a la luz? ¿Por qué en lugar de esquivarla se mentía y procuraba aprovechar cualquier oportunidad para coincidir con ella?

Antes de descabalgar, se frotó la nuca, entre impaciente y confuso.

No se le daban bien los sentimientos, mucho menos las emociones que les servían de base. Por más que la encantadora Anne, la esposa de su hermano Rhys, pensara de otro modo. Ella afirmaba que Lucien era detallista y sensible, que su desinterés por el matrimonio no era impedimento para su trato amable con las damas. No las rehuía, no las engañaba, era honesto y siempre guardaba las formas.

Eso decían de él sus primas y sus cuñadas. Y puede que hasta que conoció a lady Flora, lo hubiera sido. Con ella todo era diferente.

Igual que no sabía comportarse fingiendo indiferencia si entraba en la habitación donde estuviera, tampoco lograba controlar

sus pasiones teniéndola cerca. Flora actuaba de huracán imparable y lo barría todo. Sus decisiones de mantenerse lejos, su firmeza al plantearse que no cedería ante lo que ella le hacía sentir, su estremecimiento, su pulso alterado al percibirla, al olerla.

Sacudió la cabeza para despejarla de ideas perniciosas. Lady Flora avanzaba hacia él por la vereda, siguiendo a un Colin loco de contento, montado en un pony. Las riendas las llevaba un mozo de las cuadras Bromley.

—¡Papá! ¡Mira cómo monto, papá!

Lucien hizo lo posible por sonreír. No obstante, solo alcanzaba a mirarla a ella.

¿Por qué condenada razón solo veía a Flora?

—¿Me has visto, papá? Se llama Lancelot.

—Sí, hijo, es estupendo. —Lo bajó del caballito y le dio un beso en la frente—. Lo manejas como todo un jinete. ¡Bravo! Lady Flora.

Apenas la miró. Desvió las pupilas hacia el suelo para no enfrentarla. Pero ella ya había decidido lo que quería aquella tarde. Se acercó a Colin con una manzana en la mano, cortada en pedazos.

—Toma, dásela a Lancelot. Señor Spencer, ¿podríamos tener unas palabras?

Estaba perdido.

No deseaba hablar con ella, solo escapar lejos de su influencia como un vulgar cobarde. Pero era tarde. Asintió con la cabeza y enlazó las manos a su espalda para luchar con más poder contra la tentación de tocarla.

—La otra noche me comporté como una ingrata.

En lugar de replicar, Lucien pestañeo perplejo. Flora se aseguró de que Colin no los oía, con una rápida ojeada.

—Tengo… vivencias en el pasado que me hacen desconfiar de todo lo que lleve… pantalones.

—Tenga por seguro, lady Flora, que no mantendría con usted ningún tipo de relación, ni buena ni mala, salvo la cortesía de ser vecinos, si no fuese por lo mucho que mi hijo la adora.

La joven encajó el golpe con dignidad y una tenue sonrisa.

—Eso parece. ¿Podríamos intentar llevarnos un poco mejor?

—¿Se refiere a ser amigos?

—No se exceda. —Allí estaba de nuevo, la peleona y hostil lady pelirroja—. Basta con que no deseemos desenfundar las hachas y matarnos todo el tiempo.

—Por Colin —entendió él.

—Por Colin —confirmó ella. Atónita al observar la mano extendida de Lucien—¿Pretende que se la estreche?

—Los amigos hacen estas cosas.

Se regodeó en el escaso puñado de minutos en los que sostuvo sus dedos finos. La calidez que desprendía incluso bajo el grueso guante de montar. Lucien no pudo evitar preguntarse cómo sería permitir que esa dulce mano le recorriera la espalda desnuda.

—¿Acudirá al baile de lady Temperley mañana?

—¿Cómo no? La temporada acaba de explotar y se prevé emocionante. No existe mejor distracción que ver estamparse contra la pared los esfuerzos de mi pobre madre por casarme.

—¿Sigue sin desearlo?

—Estimado señor Spencer, no soy alguien que cambie de opinión de la noche a la mañana. Y como ya le he confesado en varias ocasiones, jamás buscaré un marido.

—Lo dice con mucha seguridad.

—Tengo mis motivos. El matrimonio es una majestuosa estafa.

—¿Incluso las uniones que se celebran por amor?

—Esas, querido amigo, son las peores.

Capítulo 20

Una cantidad vergonzosa de tiempo

Cuarenta días había invertido lady Temperley en preparar su fiesta. En engalanarlo todo, salón interior, invernadero y jardines, para sorprender a propios y extraños. Se habían dispuesto no uno, sino dos salones de baile, el primero con una orquesta al uso, bien pertrechada, el segundo con un cuarteto traído expresamente desde Bombay, interpretando piezas musicales populares con sus particulares instrumentos, más una gloriosa arpa que sonaba como descendida directamente de los cielos.

Lady Flora se había vestido de verde esmeralda y relucía igual que las piedras preciosas del mismo nombre. Llegó del brazo de su abuela, acompañada de una madre muy dispuesta a presentarle a todo caballero soltero que midiera más de metro y medio, y supiera unir dos palabras en una frase medio ingeniosa.

Lucien, por su parte, accedió a la residencia de los Temperley acompañado de su numerosa familia, como de costumbre.

Era envidiable verlos a todos juntos. Para felicidad de lord Herrick y de su hermana, lady Elisabetta, los Spencer casados y lady Evelyn, los que habían abandonado la gran residencia familiar a principios de año, también asistían con ellos, dando a entender que donde habitaran carecía de importancia cuando se gozaba de unos lazos fraternales tan vigorosos como los suyos.

Lucien se acercó a las damas y saludó con una reverencia. Deseó feliz noche a la viuda Bromley, atisbó cómo lady Barrow lo medía con ojos codiciosos, y solicitó el primer baile a lady Flora.

—¿Ha perdido el juicio? —rio camino de la pista—. Pedirme un baile en presencia de mi madre es un auténtico suicidio. Ahora pensará que persigue usted otros intereses más… —se paró a escoger la palabra, divertida— *matrimoniales*, y no nos dejará en paz. Ni a usted, ni a mí.

—No puedo culparla. Hace lo que cualquier madre de bien, en sus circunstancias, haría.

—¿Pasar por encima de los deseos de su propia hija? Que sea paciente, aguarde unos años, y case al crápula de mi hermano, que ya va siendo hora de que deje de vivir como un marajá y entienda que le corresponde engendrar un heredero. El resto del trabajo ya lo hacen los administradores y abogados de la familia.

En uno de los giros, sin poder creer lo que veían, se cruzaron con un amoratado lord Abernathy. El hombre enrojeció hasta la raíz del pelo y se escabulló, tirando de su pareja de un modo desesperado que la hizo perder el compás y tropezar tres veces.

—Menudo cretino desgraciado —masculló bajito Flora—. Tiene la cara como si se hubiese estampado contra un muro de piedra. Debería haberse quedado en casa.

—Está en lo cierto. No sé cómo se atreve a mostrarse en público con semejante facha.

—Los moretones se cuentan por docenas. —Flora aguantó la risa.

—Según me han informado en el club, va contando que sufrió una aparatosa caída del caballo.

—Santo cielo. Supongo que el golpe no le hizo justicia, debería haber sido el doble de fuerte.

Lucien afianzó la posición de su mano sobre la cintura femenina, disfrutando del tacto de su estrechez. Empleó dos largos pasos de danza en contemplarla extasiado sin siquiera poder hablar.

—Pese a todo, fue usted muy valiente —dijo por fin.

Flora inclinó la cabeza, abrumada.

—No le mentiré. Sentí un pánico atroz. No sabía si habría parado, estaba… como loco. Si no llega usted a aparecer…

—Bueno, no creo que sea un episodio al que debamos conceder más recordatorios. Ya pasó, y ese individuo infame tiene claro lo que le sucederá si se sobrepasa con alguna dama.

—¿Piensa salvarnos a todas como hombre del año que es, señor Spencer?

—No a todas. —Sonrió canalla—. Solo a usted —murmuró cerca de su cuello—. Pero no se lo diga a nadie. La gente espera grandes cosas de un Spencer.

Un irresistible Spencer, como los llamaba su abuela. Y parte de la alta sociedad. A Flora se le había erizado la piel al notarlo cerca, haciendo bailar su aliento alrededor de su cuello para susurrarle. Había sido una experiencia turbadora y extraña, que le había suscitado mucha curiosidad.

Quería repetirla cuanto antes para poder analizarla.

—Se le acaba su tiempo de seducción, señor Spencer. La pieza de baile llega a su fin.

—Necesito otra más para proponerle la locura que tengo en mente.

Ella arqueó con sorpresa sus preciosas cejas.

—¿Tiene algo que proponerme? ¡Qué intrigante! Pero no podemos bailar dos veces seguidas, señor, lo sabe muy bien, la gente enseguida empezaría a hablar.

Él inclinó galante la cabeza. Comprendiendo, muy a su pesar, lo que ella apuntaba. La terrible espada de Damocles de la alta sociedad y el chismorreo. Las estrechas normas del recato y el comedimiento. El corsé invisible que tanto asfixiaba a personas rebeldes y libres como ellos.

—Aguardaré ansioso a que sea el momento —anunció justo al finalizar la pieza.

Se despidieron con sendas venias y Flora regresó junto a su familia, al tiempo que Spencer hacía lo propio. Lady Barrow estaba inusualmente contenta. Tanto, que hasta le atizó con el abanico a la pobre viuda Bromley en el antebrazo, para llamar su atención.

—Madre, ¿ha visto lo mismo que yo?

Flora se apresuró a desinflar sus disparatadas expectativas.

—No te emociones, mamá. La abuela sabe que entre el señor Spencer y yo no hay absolutamente nada más que una incipiente amistad.

—¿Incipiente? —se desilusionó.

—Muy incipiente. Acabamos de enterrar las pinturas de guerra, madre, una especie de… ¿tregua? Lo cierto es que somos bastante incompatibles —explicó con un gruñido que hizo sonreír a la viuda.

—Diría que se os ve muy familiarizados el uno con el otro.

—Eso es porque hemos invertido una cantidad vergonzosa de tiempo en detestarnos. Y en rivalizar por el afecto del pequeño Colin.

—Bueno, es su hijo. Pero está muy bien que el niño te aprecie para el caso en que te convirtieras en su… ¿madrastra?

Flora sufrió un respingo que la llevó a derramar parte de la limonada.

—¡Abuela! Explícale a mamá que no es momento para fantasear. ¡Ni el señor Spencer la persona indicada para hacerlo!

—Hace mucho que arrojé la toalla y me di por vencida con tu madre. Solo quiere casarte. No obstante, recuerda que la última palabra siempre la tendrás tú.

—Pues menos mal —resopló la muchacha, irritada.

—Hija, por Dios, es tan guapo —insistió lady Barrow, machacona.

—Sí, madre. Guapo, arrogante, engreído y pagado de sí mismo.

—Y aun así, te agrada.

—Aun así, a duras penas lo soporto.

—No es eso lo que cuenta tu mirada.

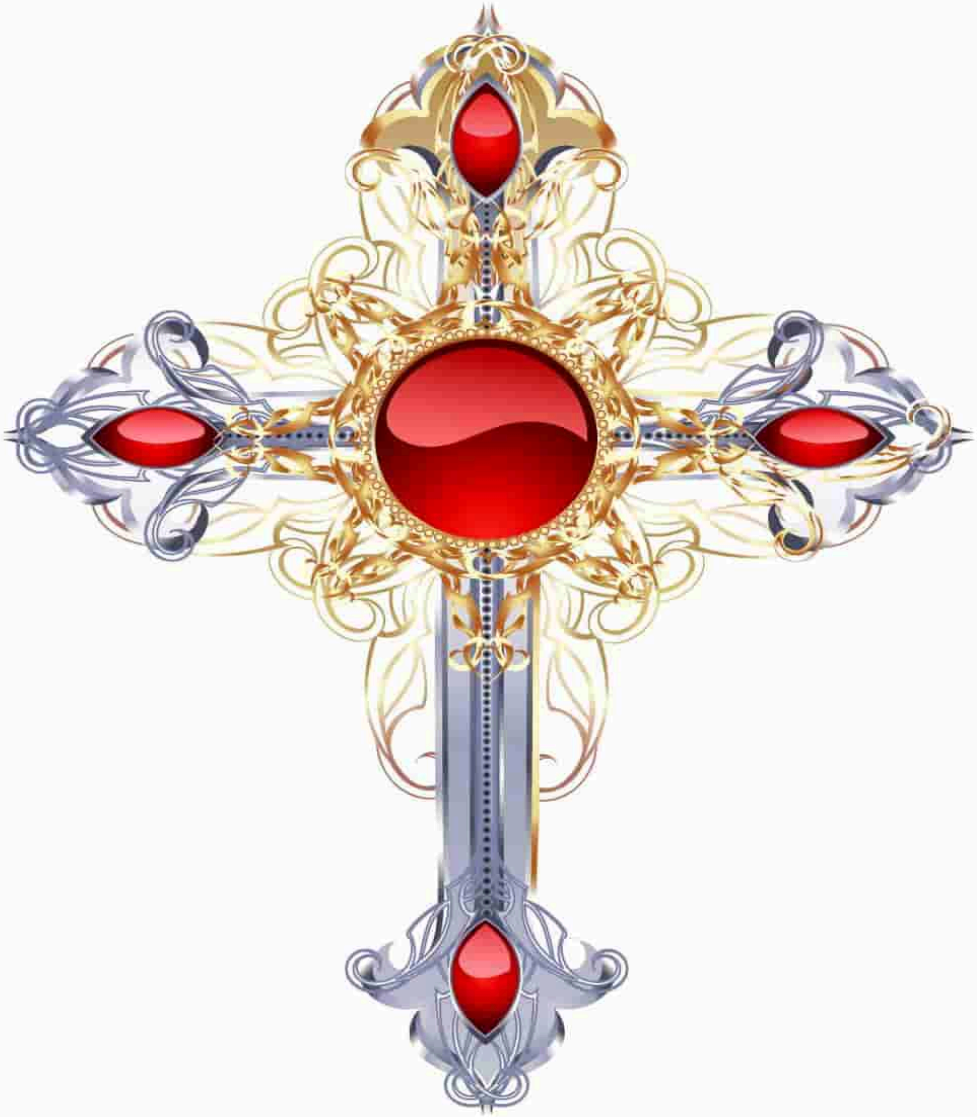
A Flora se le encogió el corazón.

¿Pudiera ser que su propio cuerpo estuviera traicionándola? ¿Dando a entender una atracción de la que ella todavía no era consciente? Porque sería de necios negar el atractivo personal de Lucien Spencer, no lo hacía, pero su carácter demasiado similar al

suyo la alteraba y en cuanto lo oía abrir la boca, la rabia se apoderaba de ella.

La sonrisilla de suficiencia en labios de su madre, como si conociera una verdad trascendental que ella ignoraba, la sacó de sus casillas.

Por eso aceptó tres bailes seguidos con tres caballeros por los que no sentía la menor simpatía. Para demostrarle a lady Barrow y a sí misma, que Lucien Spencer no tenía ningún poder o influencia sobre su persona.



Capítulo 21

Una propuesta un poco loca

—Creo que ha llegado el momento de retomar nuestra charla, lady Flora. ¿Me permite el siguiente baile?

De buena gana le habría replicado que estaba comprometida, y no es que faltaran aspirantes. No obstante, la picazón de la curiosidad por lo que él tuviera que decirle fue más fuerte que su voluntad de mostrarse altiva y, a regañadientes, aceptó. Especialmente molesta al ver el gesto complacido que dedicó su madre a su abuela. A Lucien pareció divertirlo mucho la subversiva actitud de su compañera de danza.

—¿Es su madre conocedora de lo mal que nos llevamos?

—Ni se lo imagina siquiera —gruñó la muchacha—. Para ella, cualquier caballero que esté a la altura es digno pretendiente.

—No diga eso, cualquiera no, merece usted una pareja de lo más granado.

—No siga por ahí, señor Spencer. Cuénteme de una vez lo de su propuesta, ha conseguido que se me quiten hasta las ganas de comer.

—Es usted una criatura sumamente curiosa e impaciente.

—Lo admito. ¿Algún problema con eso?

—Había pensado… No me juzgue desatinado por lo que voy a sugerirle…

Flora puso en blanco los ojos.

—¿Me lo cuenta? ¿O prefiere que estalle de desasosiego?

—¿Qué le parecería si usted y yo… fingiéramos un cortejo?

Se quedó sin habla.

—¿Co… cómo dice?

—Que podríamos poner fin a todos nuestros inconvenientes haciendo creer a todo el mundo que estamos enamorados. En vía de enamorarnos —rectificó—. Y, por tanto, ocupados.

Superado el sobresalto, Flora meditó un instante lo que aquello podría significar.

—Mientras ninguno de los dos quiera ir más allá, mucho menos casarse, estaremos a salvo —agregó Lucien a modo de incentivo.

La dama entornó los ojos y lo observó al girar sobre sí misma en la danza.

—¿Qué gana usted con la pantomima?

—Que las madres hambrientas y sus fieras dirijan el ataque contra mis otros hermanos. O el resto de solteros de Londres.

Flora no supo si tomarse realmente en serio sus palabras.

—¿Y yo? ¿Qué gano yo?

Lucien se puso muy serio. Demasiado serio como para estar ejerciendo de bailarín que propone disparates.

—Nadie volverá a intentar lo de lord Abernathy. —Notó cómo ella se estremecía en sus brazos.

—¿Piensa que necesito protección?

—Pienso que necesita que la dejen en paz, viviendo su peculiar vida del modo que desee. Sin recibir presiones y, desde luego, sin que nadie se crea con el derecho a forzarla. Es inadmisible.

Flora terminó asintiendo muy despacio. Todo lo que acababa de escuchar tenía mucho sentido. La pieza tocaba a su fin y los dos se inclinaron frente al otro a modo de despedida.

—Me lo pensaré, señor Spencer. Sepa que seguramente voy a decirle que no.

Después del baile y el atípico ofrecimiento que trajo consigo, Flora pasó un rato corto junto a las dos mujeres de su vida,

bebiendo limonada y esquivando las intentonas de lady Barrow de presentarle apetecibles solteros.

Un cortejo fingido.

Un cortejo fingido con el irresistible Lucien Spencer. Podía resultar divertido.

No dejaba de darle vueltas a la posibilidad de que aquello le proporcionase un innegable entretenimiento y que, para colmo, funcionara. Pero no como él pretendía, sino desde el punto de vista del servicio a la Corona que el antiguo protector de su padre le había planteado y ella, de momento, no podía satisfacer.

Tenía razón Carnavon: soltera y disponible llamaba demasiado la atención. Era difícil pasar desapercibida. Si asistía a una fiesta o evento, todas las miradas estaban fijas en ella, los caballeros deseaban pedirle un baile o mendigaban una pizca de su atención. Si decidía no asistir, era mucho peor, pues la gente en general se preguntaba por los motivos, empezaban a barajarse especulaciones y algunos, incluso, habían sido vistos haciendo guardia frente a la casa Barrow, a ver qué averiguaban.

Cuando le pareció oír un murmullo acercarse, reparó en lo imprudente que había sido de nuevo. Sola en aquella terraza… rodeada de invitados. Cierto que cada cual iba a lo suyo, sin embargo, estaban. El odioso Abernathy no se atrevería a abordarla. Quizá ella hubiera huido a la terraza para algo más que para aliviar el sofoco.

Lucien. Nuevamente habría querido que la siguiera.

Para seguir haciéndose la dura, rechazando su propuesta.

—Muy buenas noches, milady. Una velada preciosa, ¿no le parece?

—¡Carnavon! ¡Santo Dios! ¿Es que quieres matarme de un susto?

Lo reconoció por el inconfundible timbre de voz, dado que venía embozado bajo una fantasiosa máscara, cubierto con una capa oscura de pies a cabeza.

—Yo también me alegro de verte, pecosa.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso te han invitado?

—¿Realmente piensas que necesito invitación? Yo soy un espía, esto una fiesta de máscaras… Ata cabos, jovencita.

Flora bufó, contrariada porque lo que en verdad sentía fuese admiración.

—Te has colado como un vil indigente.

—¿Te has pensado lo que te pedí?

Flora revisó con angustia los alrededores y se negó a responderle tan pronto.

—No llego a imaginar qué pasaría si te viera mi madre. Le daría un ataque.

—Pierde cuidado. Antes de que acabes una frase de despedida habré desaparecido.

Flora lo recompensó con una mueca burlona.

—Disculpa —ahuecó la voz—, había olvidado que ahora eres hombre de confianza de la Corona y por tanto, silencioso e invisible tal que una sombra.

—Sigues tan hiriente como te recuerdo.

—Las buenas cosas no cambian.

—¿Me respondes?

—Mi respuesta debería ser no, no y mil veces no. Años desaparecido, ni siquiera una carta que pruebe que sigues vivo para servirnos de aliento, y ahora llegas pidiendo favores. ¿Por qué yo?

—Porque sé que puedo confiar en ti

—¿Ves justo presionarme de ese modo?

—Por amor del cielo, Flora, no te estoy pidiendo que te conviertas en espía, solo que colabores para facilitar la misión de otros.

—De acuerdo, dime lo que tengo que hacer y lo haré.

—¿Tienes ya un pretendiente con el que distraer o alejar la atención de los curiosos?

—Estoy en ello —mintió con precipitación.

Carnavon se tomó un segundo para calibrar si lo que acababa de afirmar era o no cierto. Flora siempre movía de una forma muy rara la nariz cuando mentía. Lo hacía desde que cumplió los tres años.

«Porque sé que puedo confiar en ti», le retumbó a ella la voz de Carnavon en la cabeza. Pues ya le estaba mintiendo. Decididamente, se dijo, Flora Euston no era alguien de quien debieras fiarte.

—¿Estás por completo segura de eso que afirmas?

—No he afirmado nada —bufó con disgusto—. Solo he dicho que estoy en ello. Como comprenderás, no pienso obligar a un caballero a que me corteje. Solo… incentivarlo y allanarle el camino.

—Es un comienzo. Supongo que tendré que conformarme con lo que me das.

—Acertaste. Es la única vía.

—Y acerca de colaborar, ¿estás segura? Quiero que tengas muy claro a lo que te enfrentas.

Ella lo observó con desconcierto.

—Carnavon, frente a ti tengo la sensación de caminar de espaldas. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—¿Completamente segura? —insistió él sin responder a su pregunta. Ella asintió con un firme cabeceo—. Porque te daré un consejo, aunque vaya contra mis intereses: si te pillan con correspondencia francesa, estarás sola. La Corona nunca admitirá su acuerdo con esta estrategia. No habrá respaldos ni salvadores. Es algo que debes saber.

Flora contuvo el aliento.

—Dada tu posición, no es de temer un castigo grave, pero tu reputación estaría francamente comprometida, por no decir arruinada. Quiero que lo sepas antes de aceptar y que, en caso de hacerlo, no corras riesgos innecesarios. En esencia, lo que se te pide es bastante sencillo.

Una vez daba un paso adelante, Flora no era de las que se amilanan.

—¿Cuándo recibiré mi primer encargo?

—Llegará a casa de tu abuela. Sabrás lo que es cuando lo encuentres.

¡Vaya! ¡Acertijos! El devenir se rodeaba de misterio.

Flora sacudió la cabeza, emocionada.

—Ahí estaré. Y ahora, esfúmate si no quieres que lady Barrow piense que está viendo un fantasma y se nos muera aquí mismo. Te anticipo que cuando se entere de que estás en Londres, no será, ni por asomo, tan indulgente como yo.

Carnavon hundió la mirada, como si de repente, mirarse los zapatos fuera de lo más interesante. La sonrisa que esbozó no era, en ningún caso, un gesto alegre.

—Procuremos entonces que siga sin saberlo, ¿de acuerdo?

Flora giró el cuello para vigilar las grandes puertas de acceso a la terraza. Iluminada con cientos de velas y adornada con enormes maceteros llenos de rosas blancas.

—Podría aparecer en cualquier momento… Ella o mi abuela. Y entonces…

Su agobiada inspección apenas duró un segundo. Y cuando se volvió para mirar a Carnavon, el caballero había desaparecido. Sin dejar ni rastro, como una columna de humo que bailotea burlón.

Capítulo 22

Un encargo sin cumplir

A los dos días, Flora encontró un puñado de cartas bien atadas con una cinta del color del vino, en la alforja donde guardaba los utensilios de limpieza de los caballos. Una talega especial que ella había apartado solo para cuando Colin viniera a verla. Le había dicho al pequeño que era suya, que nadie más que él tocaría aquellos cepillos y el resto de su contenido. Y así había aleccionado a los mozos de las cuadras, delante del niño.

Solo alguien que la vigilaba sabría que la única persona, además del propio Colin, que metía las manos en aquella alforja, era ella.

Se acompañaba de una nota. Un diminuto papelillo doblado en forma de acordeón que la muchacha se aplicó en desplegar.

«Rotten Raw, casaca roja», decía.

¿Casaca roja?

Flora sacudió la cabeza un poco confusa. La primera parte de la encomienda la entendía: debía llevar el paquete a Rotten Row, la zona de Hyde Park preferida por muchos para el paseo a pie. Y después, ¿qué? ¿Dónde las dejaría? ¿A quién se las entregaría? ¿Llegarían instrucciones más adelante? Porque nada indicaba una fecha propicia o una hora conveniente para cumplir con el encargo. ¿Lo dejaban a su elección?

Iría al día siguiente. Ser benévola con ella misma, habida cuenta que era su primera intentona, debería ser la regla.

Sin embargo, aquella noche no durmió. Los nervios le impidieron conciliar el sueño. La manera furtiva como Sir Carnavon

se había personado en la residencia Temperley y se le plantó delante como un espectro sin despertar sospechas. Su calma, su envidiable dominio de la situación. Lucien Spencer…

Fuera lo que fuese lo que pensaba, analizaba o meditaba, aquel joven irritante y provocador se interponía sin permiso. Se entrometía en sus pensamientos y lo ocupaba todo. Volvía su olor, a maderas nobles y pino fresco. El sonido grave de su voz. La plata líquida del iris en sus ojos. La deseable boca…

Carraspeó, sintiéndose muy tonta.

Le caía mal. Rematadamente mal.

Era alguien con quien no podía intercambiar una docena de palabras sin acabar discutiendo. Le tenía celos porque el pequeño Colin la adoraba. Estaban condenados a no entenderse porque ella, desde luego, no pensaba renunciar al afecto del niño en ningún caso. Si Spencer temía no estar dando lo mejor de sí, no estar siendo un padre a la altura, era problema suyo y de nadie más.

Y, sin embargo, se sentía atraída de un modo tan molesto como desconcertante. Él ejercía sobre ella una influencia detestable que hubiera querido borrar de un plumazo, para sentirse libre de nuevo. Porque sin sentimientos ni emociones, sin vínculos, Flora era libre. La vida se lo había enseñado con lágrimas y dolor. Todo para que ahora, cuando ya lo había aceptado, cuando se había resignado a ver pasar los días sin compañero de viaje, llegase él a ponerlo todo patas arriba.

Un cortejo falso. Menuda estupidez.

¿Para qué? ¿Para que Lucien pudiera divertirse en todos los bailes y recepciones sin soportar la presión de las madres con hijas solteras?

Para que ella pudiera cumplir con su tarea de entregar los documentos que fuese recibiendo sin llamar la atención de nadie.

No.

No le daría el gusto. Puede que ella sacara algo de beneficio con el trato, pero el de Lucien era mayor. Durante la mañana del día siguiente, después del desayuno, pasearía por Rotten Row con la sola tutela de su doncella y el manojo de correspondencia bajo la capa, atenta a nuevas instrucciones. Le demostraría a Dios y al

mundo, a Carnavon y a ella misma, que no necesitaba de un pretendiente para cubrirle las espaldas.

Lo haría.

La suave brisa era un dedo congelado que llegaba, te rozaba la cara y te convertía en piedra, por más abrigo que te pertrechara. Flora aflojó el paso, que llevaba demasiado acelerado buscando entrar en calor, para poder estar más pendiente de todo cuanto la rodeaba. Personas, monturas, hasta los bancos a una y otra orilla de la avenida, por si en algún punto descubriera una pista.

Hablando de personas, medio Londres conocido parecía haberse dado cita allí aquella feliz mañana. Y se sentía observada, todo el mundo la saludaba con cortesía y una sonrisa que, enseguida, ella juzgaba maliciosa.

Notó que se le aceleraba el corazón. No podría llevar a cabo encargo alguno si se empeñaban en perseguir sus movimientos como si anduvieran aburridos y ella fuera un espectáculo ambulante. Imaginó que tendría el gesto un tanto descompuesto, que se la vería agitada, algo que no le convenía.

Y paseaba sola. Algo altamente sospechoso.

El caso es que desde su llegada al parque vivía la sensación de estar siendo vigilada. De que la seguían. Y más tarde, la sospecha fue convicción, cuando tras varios requiebros en su trayectoria que, a cualquiera que hubiese estado observando le habrían parecido dignos de una borrachina, la impresión persistía.

Entonces, de repente… un militar con casaca roja cruzó por delante, observándola con el rabillo del ojo. El pulso se le puso al galope.

Rotten Row. Casaca roja.

Ahí estaba. Debía entregarle el mazo de cartas a ese soldado. Pero ¿cómo hacerlo? No podía pararse a charlar con él yendo sola. No podía caminar a su lado, ni siquiera cerca. No podían compartir banco. Arruinaría su reputación a vista de todos. La arrastraría por el suelo, sobre el barro. No le quedaba otra opción que usar la astucia.

—Milady, ¿se encuentra bien?

Ya tardaba su doncella en amoscarse dado lo estrafalario de su conducta. Sus idas y venidas, sus vueltas y giros dentro del mismo camino, como si se buscara el rabo o no supiera por dónde tirar.

—Sí, sí, estoy perfectamente. Solo busco un lugar apacible donde sentarme a reposar un poco… Y no acabo de encontrarlo.

La esquina de su ojo sagaz volvió a pescar la casaca roja en movimiento. Lo tenía al otro extremo del camino. ¿Y si cruzaba firme y diligente, fingía un tropiezo y le ponía el paquete en las manos?

No se lo pensó demasiado. Temblaba, y dedicar un segundo más a la reflexión habría disparado su histeria. Pero justo cuando iba a dar el paso decisivo, una voz femenina y cascada dio al traste con su iniciativa.

—¡Lady Flora! ¡Querida!

Muy a su pesar, se volvió a cumplimentar a la mujer de mediana edad que se acercaba, acompañada de una muchacha de aproximadamente sus años, cubierta de lazos y volantes.

—¡Señora Fairfox! Me alegro mucho de verla.

—La he visto aquí, paseando sola y me ha extrañado. ¿Cómo es que no la acompaña lady Barrow? O su hermano, el joven duque.

—Bueno, están todos bastante ocupados —repuso, molesta por tener que dar explicaciones—. Y yo no quería desaprovechar el aire fresco de la mañana.

—Y tan fresco. Justo eso le estaba comentando a mi Amelia, creo que regresamos a casa a recogernos, el tiempo está como desapacible.

—Pues entonces no las entretengo más. —Sonrió aliviada—. Quizá yo haga otro tanto.

—Si no le molesta que le pregunte, ¿es cierto lo que se comenta?

Flora se envaró esperándose cualquier cosa. La señora Fairfox destacaba por la opulencia de las joyas que le regalaba su marido tras algún escarceo escandaloso, y por su talante indiscreto y enredador.

—Que en la fiesta de los Temperley concedió usted dos bailes, ni más ni menos, al hijo de los barones de Kensington.

—Nos conocemos desde hace siglos —trató de escabullirse.

—No obstante, usted es, y sigue siendo, una codiciada soltera. Entienda que todos los ojos estén pendientes y registren cada pareja de baile con la que usted repite. Por si acaso.

La señora Fairfox la observó con los ojos entrecerrados. La expresión de Flora era la de una máscara de cera. No dejaba traslucir nada en absoluto.

—¿Hay algo que debamos saber? —la presionó, irritada por no obtener el chisme deseado.

—Lo cierto es que no, de momento. Tiene mi palabra de que, de suceder algo emocionante, usted será la primera en saberlo. Y ahora, si me disculpan.

Le costó desenredarse de la tupida telaraña que la señora Fairfox tejía en cuanto divisaba una presa. Y del concienzudo escrutinio de que la había hecho objeto su hija menor, Amelia, que no había despegado los labios.

Sus ojos rastrearon ansiosos los alrededores. Ni rastro de la casaca roja, lo había perdido. Se dejó caer en un banco cercano, entre furiosa y desolada.

Capítulo 23

A los arbustos

Entonces lo vio de nuevo. Apoyado en su bastón, conversando amigable con otro caballero, rodeado de un aire de naturalidad que espantaba cualquier indicio llamativo o de misterio. Justo lo que ella necesitaba y no lograba aparentar.

Mucho se equivocaba, o su contacto empezaba a impacientarse con su ridícula incapacidad para entregar unas simples cartas. Por amor del cielo. Seguía viendo ojos fijos en ella por todas partes. Quizá de haber escogido un lugar de entrega más discreto, las cosas se le habrían simplificado.

Abandonó el banco de un brinco en cuanto vio que los dos caballeros se despedían. Y aunque no tenía nada en específico planeado, tampoco logró avances significativos, puesto que volvió a cruzársele una dama, sus dos espantosas hijas y tres doncellas, que la rodearon como una cárcel humana, preguntándole sin parar por su hermano, el duque.

En un puñado de años, el partido más codiciado de Londres. Sebastian. Si ellas supieran lo escasamente fiel que planeaba ser su hermano…

Por un momento pensó que no cumpliría el encargo. Porque mientras las señoras la asfixiaban con sus lisonjas y requerimientos, el casaca roja volvió a esfumarse como solo los espías saben hacer. La sofocó comprobar que no iba a ser capaz de cumplir con su cometido, algo tan sencillo como entregar un paquete sin ser vista. Se sintió como una estúpida. Podía ser más dispuesta que la mayoría

de damitas de su edad, lo que no significaba que estuviera, ni por asomo, a la altura de un agente de la Corona.

¿Qué se pensaba?

Había una mata de arbustos floridos bastante densa algo más adelante. ¿Y si, simplemente, dejaba caer el mazo de cartas y vigilaba que su contacto las recuperase? Conllevaba una pizca de riesgo, pero ¿qué era la vida al servicio de la paz del país si no entrañaba algo de peligro?

Dicho y hecho. Se aproximó al matorral, simuló estar oliendo y admirando las flores, se aseguró de la presencia del caballero de la casaca con un veloz cruce de miradas y ni corta ni perezosa, dejó caer el objeto de sus tormentos hasta el suelo.

Se retiró unos pasos y, haciéndose la distraída, sencillamente observó.

Un hermoso perro de caza llegó a la carrera y se puso a olisquear el arbusto, muy cerca de donde habían ido a parar las cartas. Flora le chistó para que se fuera.

—Vete, ¡vete! —Movió un pie, frenética, aunque surtió el mismo efecto: ninguno— ¡No! ¡Pipí no! ¡Ahí no! ¡Santo cielo!

Era una completa inútil. No estaba acostumbrada a sentirse de esa forma. Siempre había brillado, desde niña, por sus ocurrencias y sus innatas capacidades. Su padre solía afirmar que de haber nacido varón habría liderado ejércitos.

Retiró el recuerdo de su padre allí donde no pudiera herirla más hondo y se concentró en el perro.

Cuando el dolor le permitió volver a fijar su atención, el caballero de la casaca roja se inclinaba con toda normalidad, acariciaba al perro y se hacía con el fajo de cartas atadas, haciéndolas desaparecer dentro de la chaqueta.

—¿Está en sus cabales? Podría haberlas cogido cualquiera —le rugió al pasarle por el lado.

Flora se encogió de miedo y de vergüenza. Su debut como colaboradora de espías no habría podido tildarse de más bochornoso. ¿Y ahora qué? Barruntaba que Carnavon no conseguiría restituirla, por más que defendiera sus habilidades ante quien

tomara las decisiones, y que una asignación de tareas a su persona no se repetiría.

No llevaba bien la frustración. Ni el fracaso. Por lo general, no fracasaba. Y aquello había sido una colosal lección de humildad.

Quizá la necesitara. Y quizá necesitara también de una maniobra de distracción que incluyese a cierto arrogante caballero que, a ratos deseaba, a ratos aborrecía.

El tiempo que por la mañana estaba meramente revuelto, conforme avanzaba el día, fue empeorando. El cielo se cubrió de nubes grises como los ojos de Lucien Spencer y una lluvia fina, pero constante, la recluyó en el invernadero con un montón de buenos libros, a pasar la tarde. Flora era feliz así, sola e independiente, decidiendo con total libertad sus quehaceres sin rendir demasiadas cuentas a nadie. Su querida abuela lo entendía y respetaba, al contrario que Mercy Barrow, empeñada en controlarla y juzgarla todo el tiempo.

Desde otro punto de vista, el del emparejamiento, dudaba mucho de poder encontrar un hombre que amase su libertad por encima de todas las cosas, como hacía ella.

Y aun en el caso de encontrarlo, no sería de fiar. Como todos los hombres. Como su padre. El caballero de la doble vida.

Unos golpecitos timoratos en el vidrio de la puerta llamaron su atención.

—¡Colin! —Se levantó de un salto y fue a abrir.

El pequeño estaba empapado. Los mechones de pelo caían sobre su carita como riachuelos en miniatura. Hasta los zapatos le hacían un ruido extraño de chapoteo al caminar.

—¿Qué haces? ¿Cómo es que has venido? ¡Jesús! ¡Estás chorreando!

—Me he escapado —confesó con aire travieso.

—Ven que te seque… Serás bribón.

Se había escapado. Lo que venía a decir, que el impresentable de su padre había vuelto a prohibirle que visitara Bromley Manor. Y

vuelta a empezar. ¿Es que no había manera de llegar a un acuerdo con aquel hombre insufrible? Porque si se dedicaba a romper sus promesas, entonces su palabra valía menos que nada.

Despreciable.

Guapo. Pero despreciable.

—Ven, aquí tengo unas mantas, acércate a la estufa. Vamos a quitarte toda esa ropa empapada. Sí, los zapatos también.

—Tienes un sillón muy cómodo —observó el pequeño, arrellanándose en el mullido asiento, mientras Flora lo desvestía.

—Eso es porque paso mi vida entre este invernadero y las cuadras. Son mis lugares favoritos. Y cuando entra la primavera, ya no salgo de ellos. ¿Has visto la cantidad de libros que tengo? Ahora pediremos que nos traigan un té con bocadillos, algo de ropa seca y, mientras esperamos, te leeré la historia de un muchacho que encontró el fabuloso tesoro de los piratas en una isla misteriosa.

—¡Síííí!

Y así pasaron parte de la tarde. Acurrucados uno contra el otro frente al brasero. Colin con los piececitos sobre el regazo de Flora, cuya mano libre que no sostenía el libro jugueteaba con sus deditos, degustando delicias de la cocinera y aromático té caliente. Ella leyendo en voz alta la historia de la isla del tesoro pirata, modulando la voz para impresionar al niño, que creía estar viviendo la aventura en primera persona.

Felices. Muy felices.

Y así los encontró Lucien cuando, empapado como si se hubiese caído de cabeza al río, llegó al invernadero, ocupando todo el espacio disponible con su enorme envergadura.

La ternura infinita de la escena que se le presentó ante los ojos lo dejó perplejo. Lo suficiente como para no poder reaccionar en un primer momento como habría querido, con furia y regañinas. Sin querer, pero también sin poderlo remediar, los labios se le curvaron en una afectuosa sonrisa.

—¡Señor Spencer! —Flora no se sorprendió al verlo aparecer — ¿Ya llegaron, usted y sus reprimendas? ¿Le apetece un poco de té y quitarse esa levita mojada antes de dar rienda suelta a su cólera?

Capítulo 24

Un entendimiento muy lejano

Si algo lo ponía frenético, era que lady Flora siempre fuese por delante de sus pasos. Adivinando casi, lo que tuviera planeado hacer. Algo le decía que, en su papel de padre perfecto, debía amonestar a Colin por haber desobedecido. Aunque no tuviese ningunas ganas de hacerlo y lo que le naciera, al verlo allí, envuelto en mantas, con los mofletes colorados y los ojitos brillantes, fuera abrazarlo hasta estrujarle las costillas.

Él continuó dándole vueltas a lo que debía o no hacer para quedar como un padre correcto a ojos de la dama, al tiempo que, muy molesto, se preguntaba por qué absurda, ridícula e insospechada razón pretendía impresionarla.

—Insisto —la oyó decir— ¿Le apetece acompañarnos al té? Tranquilo, Colin, papá no va a regañarte.

Con un gruñido que amenazaba con alcanzar categoría de rugido, Lucien despachó la levita chorreante, la colgó de un gancho en la pared, sobre unos helechos, y tomó asiento frente a ellos, conteniendo un escalofrío.

—¿Ahora es usted la que toma las decisiones con respecto a mi hijo? Le prohibí que saliera, menos bajo el chaparrón, y ha hecho justo lo contrario. Sepa que si Colin pilla una pulmonía, pienso hacerla responsable en exclusiva.

Por toda respuesta, Flora agitó la campanilla de llamada al servicio y aguardó, con la compostura y sonrisa fija que regalan los años de buena educación, hasta que aparecieron dos doncellas.

—Traed otro servicio de té para el señor Spencer y más pastelillos de limón, son los preferidos de Colin. Colin, acompáñalas a vestirte. Tu ropa ya debe de estar lista y ni papá ni yo queremos que pilles un resfriado, ¿verdad? Vuelve pronto, los pasteles se enfrían.

Todo lo organizó sin perder la serenidad, ni aquel tono de voz suave y envolvente que medio lo hipnotizaba. Pero cuando la servidumbre salió por la puerta llevándose al pequeño, su actitud varió como de la noche al día. Giró con brusquedad hacia Lucien con algo entre las manos, y él temió que quisiera asesinarlo a dentelladas.

—Tenga, una manta. Échesela por encima o cazará un buen catarro. ¿Se puede saber por qué le ha prohibido que venga a verme? Lo ha hecho de nuevo. Usted no mantiene lo que promete, caballero, es… Es sencillamente deplorable.

Lucien se guardó la respuesta entre los dientes. Divertido al ver cómo se exaltaba la dama, cómo la congestión ruborizaba su bonito rostro y encendía sus mejillas.

—¡Respóndame! ¿Por qué ha hecho eso? Pensé que habíamos enterrado las hachas de guerra.

—Eso fue antes de que me rechazara —repuso él con absoluto dominio de la situación.

Flora rodó los ojos.

—¡Acabáramos! ¡No le rechacé! Solo le pedí tiempo para pensarlo.

—Me anticipó que su respuesta sería no. ¿O es que ya lo ha olvidado? Además, ¿qué hay que pensar? Ni siquiera va a ser un cortejo auténtico. —Sacudió la cabeza como quien espanta malas ideas—. Luego querrá saber por qué no deseo que influencie a mi hijo: es usted una persona voluble e indecisa…

Nada más lejos de la realidad, Flora se tenía por todo lo contrario. Así que, irritadísima, apretó los labios.

—¡Y usted no sabe esperar! Quiere lo que quiere y lo quiere en el acto.

—Su respuesta no es precisamente que haya llegado al instante, milady. Y aquí me tiene, aguardando con una paciencia

digna de los dioses.

—Oh, sí, todo lo que lo rodea debe ser celestial y divino.

—Es obvio. Uno no debería avergonzarse de sus dones —comentó socarrón.

La había sacado de sus casillas. Bien. Empezaba a divertirse de lo lindo.

—¿Ve como no me responde? —la azuzó—. Sigue sin sacarme de dudas.

—Ya, ya lo sé, es solo que… —Flora agachó la cabeza.

—Se niega a admitir de primeras que mi oferta la complace. Le resulta imprescindible hostigar mi curiosidad, ¿a que sí?

El momentáneo gesto de humildad de la muchacha se evaporó en segundos, cuando alzó la cara aún más enfadada que antes.

—¿Por qué siempre cree estar en posesión de la verdad?

—¿Porque suelo estarlo?

—Arrogante, engreído…

Lucien sonrió de medio lado, a lo canalla. Un gesto irresistible que rara vez fallaba con las damas. Si bien a Flora no pareció causarle ningún efecto.

—Envidiosilla…

—¿Envidia yo? Haga el favor de calibrar si no es a usted a quien mueve tan vil sentimiento.

Antes de inclinarse hacia adelante y apoyar los codos en las rodillas, Lucien meditó la manera miserable en que estaban malgastando aquellos minutos robados a solas. Tratándose de otra mujer menos belicosa, ya estaría contra una pared, arrancándole la ropa, en lugar de desperdiciar el tiempo lanzándose puyas. Con Flora, todo entendimiento parecía tan lejano como las nubes del cielo.

—¿Tendría la bondad de explicarse?

—Sabe que su hijo me tiene aprecio.

—¿Insinúa que más que a mí?

—Usted sabrá. No insinúo nada. Si el niño me tiene afecto, a usted lo disgusta porque no soporta que nadie le haga sombra.

Ante semejante reto, Lucien se quedó atónito unos instantes.

—¡Reconózcalo! —lo presionó Flora, sin tregua.

—Se equivoca.

—¿Me equivoco? —lo desafió.

—Es positivo, mejor que positivo, que mi hijo encuentre cariño allá donde vaya. Incluso si el lugar es Bromley Manor.

Ella arqueó las cejas. Estaba tan irresistiblemente guapo y seductor, en camisa, con el cuello un poco abierto, envuelto en la manta cálida, con el cabello alborotado y los mechones húmedos cayendo sobre su frente.

¿En serio había que seguir discutiendo?

—Vaya —silabeó—. Me sorprende una reacción tan…

—¿Gentil?

—Hipócrita.

Dio la impresión de que Lucien se levantaría de un salto y se empotraría en el techo del invernadero. Los ojos le despedían chispas.

—¿Hipoc…?

—Se ve que maneja a la perfección el engaño, señor mío. Por eso, y no por otra razón, he decidido aceptar su propuesta.

Eso sí que lo dejó por completo fuera de juego. Una discusión montada tan cuidadosamente, que ahora, cuando estaba a punto de explotar y dar fruto, saltaba por los aires con una inesperada rendición.

—¿Habla en serio?

—Completamente en serio.

Debería decirle que acababa de probar su acusación anterior: que era imprevisible y caprichosa, que cambiaba de opinión según soplaba el aire. Pero de hacerlo, Flora recularía y ese cortejo fingido que tantos cosquilleos le despertaba en el vientre jamás tendría lugar.

—Sepa que desde el momento en que pongamos en marcha nuestro plan, nadie puede sospechar nada —advirtió teatral—. Ni su familia, ni la mía.

—Vigile usted, que tiene una parentela interminable. Yo solo tengo a mi hermano y le aseguro que anda demasiado ocupado soñando con cumplir un par de años más, para saltar de amante en amante. Anda lejos de prestar atención a mis cuitas.

—Bien. Entonces es hora de que le haga una confesión.

—¿Otra? —resopló—. Empieza usted a abrumarme.

—En ningún momento prohibí a Colin visitarla. Lo que le prohibí fue salir de casa mientras lloviera.

Así fue como lady Flora y el señor Lucien Spencer empezaron a dejarse ver juntos, haciendo verdaderamente felices a lady Barrow y lady Elisabetta. Sobre una base tan endeble y engañosa como conveniente. Él aseguraba que quería que las madres con hijas casaderas lo dejasen en paz, cuando lo que en realidad deseaba, era compartir tiempo con ella. Con la muchacha tan intrépida como impetuosa que lo tenía fascinado.

Ella admitía moverse siguiendo el mismo objetivo, cuando su intención era utilizar la presencia de Lucien y el hecho de ser una joven cortejada en la que dejarían de fijarse, para poder desempeñar con mayor libertad los encargos de Carnavon.

Los dos mentían, ninguno decía la verdad. Ni siquiera a sí mismos.

Porque por debajo de todas aquellas batallas verbales, el hecho de irritarse nada más verse, de las competiciones ridículas que montaban por cualquier minucia, subyacía una atracción inexplicable que crecía salvaje y descontrolada, a endemoniada velocidad, y que no tardaría en cobrarse su precio.

Solo la viuda Bromley almacenaba sus reparos anticipándose a lo que sucedería. Porque solo ella, a sus años y con la experiencia acumulada, era capaz de ver lo que, a ojos de otros, incluidos los interesados, resultaba de todo punto invisible.

Capítulo 25

Flores

—No me ha enviado flores, Spencer. Está resultando ser un pretendiente mediocre. Por no decir decepcionante.

Lucien apretó las mandíbulas en su encarnizada lucha por mantenerse firme, imperturbable y frío ante sus provocaciones.

—¿Debo hacerlo? —quiso saber con aparente inocencia.

—Por supuesto que debe. —Flora inclinó con elegancia la cabeza para saludar a la pareja que la cumplimentaba—. Y que sean de las caras y vistosas, por amor de Dios.

—Pues vaya si se está poniendo usted exigente —bromeó él.

—El recadero debe pasearse con el ramo por la puerta de Herrick House un buen rato. Que lo vean los vecinos.

Lucien sofocó una carcajada.

Adoraba sacarla de quicio. Incluso durante algo tan insulso como un paseo por Hyde Park, a la vista de toda la alta sociedad, para que no quedasen dudas de que en el cielo de Londres revoloteaba un interesante posible compromiso, puesto que ellos se estaban conociendo.

—De seguir así, mi madre no tardará en sospechar. El cortejo, si pretendemos que sea creíble, señor mío, tiene sus reglas. Entiendo que usted no ha cortejado a muchas damas.

—Le diría que sí, pero no me gusta mentir. En realidad, a ninguna.

—Me lo temía. Se le nota, está oxidado.

—Trataré de desoxidarme para esta noche. Nuestro primer baile juntos —añadió con retintín—, ¿no está emocionada?

—Oh, sí —replicó ella sin apartar la vista del camino, en tono monocorde—, ¿no me ve? Ardo en deseos.

—El otro día, cuando fui a visitarla… en fin, no sabía que lady Barrow viviera en Bromley Manor.

—Y no vive. Solo se ha trasladado unos días para saborear el infinito placer que le provoca pensar que su díscola hija tiene un pretendiente.

—Es que la vi muy ilusionada.

—Pobrecilla. Con el tiempo comprobará que la virtud de fantasear en vano es enfermedad común de todas las madres con una hija que amenaza convertirse en solterona.

Él soltó, por fin, una alegre carcajada.

—No me estará hablando de usted, ¿verdad que no?

—Desde luego que sí. Jamás le oculté a mi madre mi postura contraria al matrimonio. Ella aún confía en hacerme cambiar de opinión.

—Sería una pena.

—¿El qué? Acabe la frase, señor Spencer. Tiene la mala costumbre de dejarme en ascuas.

Esas palabras, lo de dejarla en ascuas…

¿Iban con segundas intenciones?

Porque el grado de excitación que la entrepierna de Lucien alcanzaba a veces, cuando estaba con Flora y ella por accidente se acercaba demasiado, empezaba a ser insoportable. Se le erizaba la piel, el vientre le daba un violento vuelco y todo se volvía neblinoso. Todo menos su adorable rostro.

—Desperdiciar talentos como los suyos, lady Flora. A eso me refería. Sería usted una esposa y madre sublime.

—¿Y eso lo dice por experiencia?

—Deje de sacarle punta a todo lo que le digo.

—Debe de poseer la lista infalible de atributos para la esposa modélica —se burló con voz hueca— ¿Hace mucho que la confeccionó? ¿La hizo solo o le ayudaron?

—Sonría, nos están mirando y frunce usted el ceño muy a menudo.

—Porque se las arregla de un modo imperdonablemente hábil para desquiciarme.

—Ya será menos, lady Flora. ¿Sabe? Le he comprado a mi hijo la novela esa del tesoro pirata que usted le lee.

—Bien hecho. Aunque detesto el tono irritante con el que pronuncia lo de «mi hijo».

—Es que se trata de mi hijo, milady, por más que a usted la sulfure la circunstancia, o quisiera que fuese suyo.

—Jamás dije tal cosa.

—En ocasiones la leo como a una página bajo una vela. Sin necesidad de más explicaciones.

Flora carraspeó con disgusto y un desagradable pellizco en la boca del estómago. Nunca había sido tan transparente para nadie, con la sola excepción de su padre. Y no se sentía segura siéndolo de nuevo, dejando al descubierto sus flancos débiles para que cualquiera viniera y volviese a convertirla en cenizas.

—Dígame, ¿quién le rompió el corazón? —se adelantó él.

La pregunta le soliviantó las entrañas.

—¿Alguien tuvo que rompérmelo?

—En el origen de esa incomprensible decisión, la de quedarse sola de por vida, debe de haber un desengaño de lo más doloroso.

—No sea entrometido, Spencer. Y sonría, le toca, que se ha puesto muy dramático.

—Suelo tomarme en serio lo que lo merece.

—Y mi vida privada, a su juicio, es un asunto serio.

—Soy su pretendiente. Debería.

—Solo en la fachada. En el baile de esta noche comprobaremos si nuestro ardid surte efecto y usted no sufre el acoso acostumbrado. Yo por mi parte, estoy satisfecha con el arreglo. Si me manda esas flores que le indico, estoy casi segura de poder afirmar que mi madre ha picado el anzuelo, dado que no ha vuelto a insistir en presentarme a nadie.

—Enhorabuena entonces, lady Flora. Al menos uno de los dos está complacido. Nos vemos esta noche.

Nunca sabría cómo lo hizo. Cuando se lo preguntó no obtuvo respuestas, únicamente evasivas y sonrisas parcas.

El caso es que cuando regresó a Bromley Manor, los criados no daban abasto manejando ramos de flores, tan enormes y variados como exuberantes. Buscando jarrones grandes donde colocarlos, escogiendo las estancias en las que lucirían mejor, aleccionados por una lady Barrow que parecía flotar de entusiasmo.

—Ha sido el señor Spencer, Flora. Él te las ha enviado. ¿No son una maravilla?

—¿Dónde está la abuela?

—Nos espera en el comedor, para el almuerzo. Pero ¿no dices nada?

—¿Qué voy a decir, madre? Vengo de pasear con él, no imagino cómo ha sido tan rápido.

—Es evidente que el encargo ya estaba hecho, querida, previo al paseo. ¿Sabes ya qué traje te pondrás para esta noche?

Flora resopló al borde de un ataque de nervios.

—Madre. ¿Me prometes volver a tu casa si te dejo elegir vestido?

La dama pestañeó muy perdida.

—¿Quieres que me vaya?

—La abuela necesita un poco más de calma de la que le propiciamos nosotras dos estando juntas.

—¡Pero no quiero perderme esta etapa de tu vida! Yo…

Armada de paciencia, Flora se aproximó a su madre y le tomó con cariño ambas manos.

—Estarás al corriente de todo, tienes mi palabra. Cualquier avance, si es que se da, te lo comunicaré de inmediato. Pero por favor, madre, me pones muy nerviosa. Lucien Spencer no es, ni mucho menos, el centro de mi universo.

—Pues debería serlo.

—Yo no soy como tú, lo sabes. Jamás permitiré que un hombre se convierta en la razón por la que vivo y respiro.

—Hija, el amor…

—Porque si permito que eso pase, cuando me defraude o desaparezca, me hará pedazos. Y no pienso consentirlo.

Capítulo 26

Nuestro primer baile juntos

Por un considerable surtido de variadas razones, la velada se prometía peliaguda. Pero ninguno de los dos acertó a imaginar hasta qué punto.

La populosa familia Fowler-Spencer hizo su entrada triunfal en el baile de los Newton, almirante condecorado y esposa de rancia estirpe inglesa, como sucedía en cada ocasión en que se dejaban ver en público. Las damas de la familia se mostraban especialmente agitadas.

—¿Y por qué no podemos conocerla mejor? —persistía Evelyn tras haber recibido ya cuatro contundentes negativas—. Es nuestra vecina y apenas si hemos cruzado un par de palabras…

—*Era* tu vecina —le recordó Lucien con el dedo estirado—. Tú ya no vives allí.

—Es normal que sientan curiosidad, hermano —coincidió Varian—. Nosotros, sin ir más lejos…

A Lucien se le dispararon las alarmas.

—Vosotros dos —señaló a los gemelos—, a buena distancia de ella. Tenéis terminantemente prohibido acercaros a lady Flora o importunarla de cualquier forma. ¡Por todos los santos celestiales! ¿Podré relajarme esta noche?

—Lo dudo mucho, hijo —rio lady Elisabetta alborozada ante la diversión.

—Madre, ¿podría imponer una pizca de orden en este caos? ¿Disciplina? ¿Cass?

Cassian lo miró con los ojos brillantes, conteniendo la risa, pese a que su natural talante no era muy dado a las bromas.

—Lo siento, hermano. No soy el mayor estando presente Henry.

—Henry está ocupado con su esposa, ¿es que no lo ves? Teniendo a Julianna cerca no es capaz de fijarse en nada más. Además, solo aparecen por no desairar a los anfitriones. Saludan y se marchan, Julianna se siente ya muy fatigada. Te corresponde ser el cabeza de familia. Contrólalos a todos.

—No te prometo nada, haré lo que pueda.

Por su parte, Flora también enfrentaba sus dificultades ante una madre exaltada que se empeñaba en ir a intimar con lady Elisabetta.

—Madre, te lo ruego, quédate quieta. Todavía no hay nada formal con el señor Spencer, podríamos quedar en evidencia.

—No veo nada de malo en ir a conocer un poco más a fondo a su familia. De hecho, su madre me parece encantadora. Y el conde de Herrick es muy apuesto. ¿Cuántos hermanos son los Spencer?

—Seis, madre. Seis.

—Seis apuestos caballeros que se cuentan entre los mejores partidos de Londres. Qué orgullosa debe de estar milady como madre. Me gustaría poder decir que Sebastian me tiene igual de feliz, pero ni siquiera sé en qué punto del mapa se encuentra mi hijo en este momento.

—Bueno, quédate a nuestro lado y lo lloraremos juntas.

—¿Te estás burlando de mí?

Lady Barrow levantó su abanico, dispuesta a llamar como fuese la atención de su futura consuegra. Flora dirigió una mirada de súplica a la viuda Bromley, que decidió intervenir.

—¡Mercy Bromley! ¡Guarda la compostura!

La duquesa viuda recogió velas al instante, como un soldado bien disciplinado.

—Sí, madre, cómo no.

—¡Bien por ti, abuela! —aplaudió Flora mucho más aliviada.

Con toneladas de tensión y vigilándola como si tratase de una cría a punto de cometer una trastada, Flora y la viuda consiguieron

mantener a raya a lady Barrow, enloquecida por cruzar la línea invisible que la separaba de los Spencer. Hasta que Lucien apareció a sacar a bailar a la joven, y la dama pudo aflojar parte de su angustia dándole un ratito de conversación.

—¡Y salude al conde y a su señora madre de mi parte! —fue lo último que Flora escuchó mientras prácticamente lo arrastraba hasta la pista de baile.

Él no parecía molesto, más bien todo lo contrario.

—Lady Barrow es adorable.

—¡Por amor del cielo! Seguro que no lo dice en serio. —Lo miró fijamente a los ojos, dispuesta a perderse, una vez más, en aquella bruma aterciopelada y gris—. No lo dice en serio.

—Tiene que gustarme, me recuerda demasiado a la mía.

—Horror, eso quiere decir que podrían llevarse bien en el caso…

—¿En el caso…?

—En el caso de que se conocieran —remató lady Flora con embarazo.

—Ya, claro. Suerte que no se conocen.

—Apenas.

Ambos tragaron saliva. Sonrieron a la fuerza en una mueca torcida y se concentraron en los pasos, lo suficientemente nerviosos como para sudar.

—Baila usted muy bien, milady —alabó Lucien pasado un rato de silencio—. Es grácil y lleva estupendamente el ritmo.

—Si piensa que voy a adularlo con un cumplido idéntico…

—No lo esperaba. Sé que no es usted muy dada a los halagos.

—¿Quién se lo ha dicho? —Se puso en guardia.

—Mi intuición. También sé que soy un bailarín diestro, de modo que no preciso de sus cumplidos.

Flora ronroneó un rugido. Maldito fuera, Spencer. Otra vez leyéndola como a un libro abierto. Anticipándose a lo que diría, cómo y cuándo lo diría. Se sintió en desventaja al no ser tan aguda o él tan cristalino.

Por su parte, Lucien peleaba con su atención dividida. Aquella noche tenía una misión encomendada. Debía recoger un rollo de documentos que otro agente había depositado en un lugar concreto, en la biblioteca de los Newton. Y marcharse con él, para su posterior entrega, a la mayor brevedad.

Sin embargo, la presencia de Flora lo eclipsaba todo. Deseaba detener el tiempo para que aquel baile fuera eterno, y el tacto de su cintura bajo una mano y sus dedos encerrados en la otra, no se disipara. Pensar en abandonarla tan pronto con tantos caballeros alrededor, no era un plato de gusto. Aunque tampoco podía pasearse por la sala con un paquete que no sabía si podría camuflar entre sus ropas.

Así pues, iba a demorar el cumplimiento del encargo lo más posible, para disfrutar de la compañía de la hermosa joven. No había más que hablar.

—Su excelencia el duque de Atholl —bramó uno de los lacayos que daban acceso a los invitados—. Su excelencia el duque de Berwick.

Un súbito revuelo recorrió la sala, en especial entre las damas. Todos se giraron a mirar, interesados, a los cuatro hombretones inequívocamente escoceses, que acababan de hacer su aparición, como si en lugar de a un baile, acudieran al campo de batalla.

—Su excelencia el duque de Roxburge. Su excelencia el duque de Argyll —concluyó la presentación.

Eran enormes. Altos como Lucien, pero mucho más robustos. Y pese a ir ataviados con ropa de gala, mantenían sus *kilts* bajo las levitas. El murmullo de admiración que corrió como la pólvora entre los invitados de los Newton solo fue comparable al retorcer de tripas que sintió Lucien en cuanto detectó que Flora también los miraba.

Los admiraba, para ser más exactos.

—Tarde y causando conmoción. Cómo no, escoceses, gente ruda y carente de modales —siseó entre dientes.

—No serán refinados, pero tienen otras cosas —apreció Flora, obnubilada—. No todo es contención y remilgo en esta vida, mi querido señor Spencer.

—¿Tengo que recordarle que la estoy cortejando y que su deber es atenderme a mí y solo a mí?

Flora se giró a mirarlo como si acabase de reparar en su presencia, eso sí, con un gesto encantador de inocencia fingida.

—Que yo sepa, no simulamos estar prometidos, si es eso lo que insinúa.

—Insinúo que no es correcto mirar de ese modo descarado a otros hombres, menos aún, estando yo presente.

Flora le sonrió deliciosa.

¿Acaso se estaba mofando, la muy…?

—Voy a concederle una pizca de razón. No se emocione, solo una pizca. Le entregaré mis atenciones en exclusiva, solo hasta que uno de esos duques se acerque a pedirme un baile.

Para descalabro de Lucien, en efecto, vio aproximarse, no a uno, sino a los cuatro en comandita, con los hambrientos ojos fijos en Flora, sin duda alguna. Solo que uno de ellos venía un poco más deprisa.

—¿Cómo lo ha sabido?

—También presumo de una intuición aguda, Spencer. Ahora, si me disculpa… Hay ciertos caballeros escoceses a los que debo atender si no quiero pecar de grosera. A usted le importa la educación más que nada, ¿no es eso lo que acaba de decirme?

Capítulo 27

Misión cumplida… con dolor

Si se quedaba allí, como un pasmarote, viéndola danzar sonriente con el bruto de dos metros, acabaría matando a alguien. Quizá lo mejor fuera ocuparse de sus asuntos sin pensar en nada más. En cualquier caso, ya habían agotado los dos bailes que se consideraban decorosos. Sacarla del brazo una tercera vez podría haber desencadenado un pequeño escándalo.

—Hijo, ¿no deberías estar vigilando a tu…?

Lady Elisabetta se le acercó por detrás y apoyó una mano en su espalda. Lucien se tensó de inmediato.

—¿A mi prometida, ibas a decir? Madre, entre lady Flora y yo no hay nada oficial, de momento.

—Bueno, mírala, está ahí, bailando a la vista de todos con ese duque escocés tan atractivo…

Los puños de Lucien se apretaron solos contra sus costados.

—¡Madre! Se lo ruego.

—Deberías ir.

—Lady Flora es libre de conceder sus favores a quien desee. Apenas nos estamos conociendo. Y yo no debo sacarla a bailar más sin comprometerla.

—¡Comprométela, hijo! Esa muchacha es una joya que no deberías perder si sabes lo que te conviene.

Lucien rechinó los dientes, aplastando fuerte contra la madera las suelas de sus botas. Inclinó ligeramente el peso hacia adelante,

con las manos entrelazadas a la espalda. Quién sabe si el tubo con los documentos dentro eran la llave de salida a su actual angustia.

—Me excuso, madre. Tengo algo importante que atender.

Lady Elisabetta se giró sorprendida conforme Lucien se retiraba.

—¿Qué podría ser más importante que…?

Se había quedado sola. Evelyn apareció, con las mejillas sonrosadas de tanto bailar, y se le colgó del brazo.

—Que tu futura prometida —acabó lady Elisabetta en un susurro lastimero.

—¿De qué hablabas, tía?

—Tu primo Lucien, esa muchacha…

—¿Lady Flora?

Evelyn se centró en mirar. La joven a la que milady se refería destacaba brillando en la pista de baile como un auténtico diamante entre piedras. Flora Euston era radiante. Con su cabello rojo denso y rizado recogido de un modo peculiar, trenzado con perlas diminutas y aquellos ojos de color turquesa, insoportablemente bellos.

Era, desde luego, una joven incapaz de pasar desapercibida. Por mucho que se esforzara.

Exactamente igual que el apuesto primo Lucien. Tal para cual.

—Deberían casarse —decidió con un suspiro.

Cruzar la vasta sala hasta la entrada de la biblioteca, topándose con un sinfín de rostros conocidos empeñados en saludarlo, fue una ardua tarea. Una única idea fija en mente: no mirar la zona de baile. No buscar a Flora con la mirada. No.

Pro. Hi. Bi. Do.

Se lo repitió mentalmente un total de seis veces. Y, sin embargo, antes de empujar la puerta que conducía a la biblioteca, miró. Rastreó ansioso el espacio, las distintas parejas, los rostros, buscándola. Allí estaba, rodeada por los brazos de otro de aquellos insufribles duques del norte, con toda probabilidad, sin acordarse de él. Se la veía magnífica, la cabeza erguida, con aquella maraña de

rizos de fuego enmarcándole la cara, centelleándole los ojos a causa de la diversión.

Lucien apretó los puños. Casi furioso. La incomprensible punzada de los celos. Aquello era absurdo. Apenas la conocía, no tenían nada, no se habían hecho promesas ni confesado sentimientos. Solo fingían echando mano de un subterfugio que les convenía a ambos. ¿Por qué le afectaba tanto?

Y se refugió en el silencio oscuro de la otra sala para no cometer una locura.

Sabía a la perfección dónde encontrar el cilindro que contenía los documentos. Él mismo había dado la idea: enmascararlo en la costura lateral de los cortinones más alejados, esos que apenas se rozaban de lejos, a los que las doncellas pasaban los plumeros y poco más, después de que un lacayo infiltrado por la propia Corona se los robara a los Newton.

Mientras sus ágiles dedos deshacían la costura y se apoderaban del botín, su cerebro se permitió dispersarse para regresar, irremediablemente, a Flora. Trató de apartarla, sin éxito. Le fastidiaba tenerla ocupando la mayoría de sus pensamientos a diario, solo porque sí. Sin una razón del tamaño de St. Paul´s que lo sustentara.

Las cosas no podían reducirse a su cegadora belleza. Flora era deslumbrante, pero había conocido muchas mujeres espectaculares en su vida de libertino por el mundo. Y ninguna le había impactado de un modo tan devastador.

Debía de ser porque en el fondo la detestaba. Chocaban de continuo, no se soportaban, eran enemigos cordiales en el más literal sentido del término.

Notó en la mano el liviano peso del cilindro con los documentos. Ya solo quedaba abandonar la residencia de los Newton del modo más clandestino y discreto posible y entregar la valija al siguiente enlace, en un tugurio del extrarradio, a donde un caballero no podía ir sin jugarse la vida.

Y de forma simultánea, se le pasó por la mente la pavorosa escena de lady Flora en brazos del duque escocés, de cualquiera de los cuatro infames, disfrutando de la música, la luz dorada de las

velas y los tirabuzones de la danza. Una visión que, sin entender bien el porqué, le produjo escalofríos.

Dudó.

Manoseó el tubo, lo cambió de mano un par de veces con un nerviosismo impropio del templado Lucien. Igual de extraordinario en él, que siempre ponía el cumplimiento del deber por encima de todo, que por más de un instante vacilara en si seguir adelante con su misión, o esconder de nuevo los documentos y adentrarse en el salón de baile a reclamar su puesto de futuro pretendiente de lady Flora, frente a todos aquellos moscardones babosos.

Con un hondo suspiro de desconcierto, se sobrepuso a sus deseos y exploró cuál sería la mejor ventana para descolgarse y desaparecer.

El desbordante entusiasmo le duró a lady Flora exactamente quince minutos. Los que tardó en percatarse de que Lucien Spencer ya no se encontraba en la sala. O al menos, no donde ella pudiera verlo.

El roce de la mano apoyada en su espalda, el brazo fornido que la sujetaba, el aroma que desprendía el ardoroso duque de las tierras del norte, no la embelesaban del modo sutil y burbujeante que lo hacía todo cuanto llevara el sello de Lucien. Ella no sentía la necesidad, mucho menos la urgencia, de que los largos dedos resbalasen hasta la zona de piel que no cubría el guante, para perderse en el goce del contacto.

Su pulso no se aceleraba como cuando lo tenía enfrente. De irritación o de otras cosas, eso solo el cielo lo sabía. Él despertaba en su interior, sin ningún esfuerzo, emociones fuertes y desconocidas que la vapuleaban. La hacía bailar al son de sus antojos y eso la llevaba a reaccionar como una loba que defiende su territorio.

Con Lucien cerca, el ambiente crepitaba. Se cargaba de tensión y de sensaciones. Y supo que cuando le faltaban, empezaba a ahogarse.

Capítulo 28

Una visita muy florida

Haber llevado a cabo con estrepitoso éxito la encomienda, no fue impedimento para la irritación y el disgusto. Lucien pasó enfurruñado los dos días siguientes. Con una idea fija en mente, empecinada en ocupar todo el espacio disponible.

En la tarde del segundo día, llegó una nota. Cuando el lacayo interrumpió su sesión de esgrima con los gemelos, en la que trataba de impartir al pequeño Colin las primeras nociones acerca del noble deporte del florete, su reacción inicial fue de rechazo.

Enseguida se descubrió a sí mismo desenvolviendo la nota con ansias, ante el juicio divertido de sus hermanos a los que ordenó no abrir las bocas.

«No me ha mandado flores».

—¿Responderá, el señor? —quiso saber el lacayo.

—Por supuesto. —Apartó la máscara y el florete—. Colin, quédate con los tíos y aprende.

Entró en la casa y se apresuró a redactar su breve respuesta.

Lady Flora la recibió con alborozo.

«No he dispuesto de tiempo».

Una nueva misiva voló de Bromley Manor a Herrick House.

«No debería descuidar sus obligaciones. ¿Acaso se siente celoso?»

«¿Celoso yo? ¿De quién? Usted debe de estar soñando. Es que me he convertido en tío».

«Debo darle la enhorabuena, entonces. ¿El bebé del vizconde y lady Julianna?»

«En efecto. Tanto la madre como el pequeño gozan de perfecta salud. Es fuerte y rollizo. Otro irresistible Spencer».

Por más que aguardó impaciente una réplica mordaz, típica de lady Flora, la esperada nota no llegó. La dama no se había tomado en serio su afirmación. ¿Tan evidente había sido todo el tiempo? Desde que los escoceses irrumpieron en su calma serena, destrozando su idílica noche y revolviéndole la bilis.

No insistió. Era lo que más convenía a su dignidad. Dejar la última palabra en su zona de juego, sin mayores argumentos.

No obstante, al tercer día claudicó y le envió cuatro ramos de hermosísimas rosas color crema. No porque hubiese dado su brazo a torcer, no. En breve asistirían juntos a la exposición de flores de invierno del barón Tiggy, y las aguas debían volver a su cauce si pretendían seguir embaucando a la concurrencia con su falso amorío.

Llegaron como siempre, en dos grupos, custodiados por los miembros de sus respectivas familias. El nuevo invernadero del barón era una obra formidable. De todos era conocida la pasión del aristócrata por la botánica y Lucien se preguntó cuál era realmente el motor que movía su vida. ¿Correr riesgos? ¿Contarse a sí mismo que alguna de sus acciones garantizaría la paz mundial para sentirse importante?

Debería ser su hijo. Verlo crecer feliz y convertirse en un buen hombre.

Todavía andaba con una sola pierna, haciéndose a la idea. Puede que demasiado lento. Muy inseguro. Ser consciente de ello le producía escozor.

Divisó a Flora a lo lejos, vestida en un delicado color coral que la hacía resplandecer. Conversando con su abuela, contemplando, acariciando los tallos con una fina mano enguantada en seda blanca.

Y de inmediato deseó ser tocado por esos dedos de ángel.

Carraspeó, molesto consigo mismo.

—Me temo que hemos descuidado nuestro invernadero —le comentó lady Elisabetta en un susurro—. Al abandonarnos Prudence,

nadie quedó al frente de esas labores. No se puede esperar nada extraordinario del servicio. Cumplen, lo mantienen, pero falta emoción.

—¿Emoción? Un concepto que difícilmente vincularía a las plantas, madre. ¿Por qué no lo intenta?

La dama curvó las finas cejas.

—Creo que me agradaría. No lo hice antes porque me parecía una invasión del terreno propio de la condesa. Sabes que Prudence y yo jamás nos tuvimos simpatía en exceso… A ella la habría contrariado.

Lucien asintió sin hablar y sin dejar de vigilar furtivamente a su delicioso objetivo.

—¿Cuándo vas a permitirme intimar un poco más con lady Barrow y con la viuda Bromley?

—Madre, sea paciente. Se lo ruego. Me facilitará mucho las cosas.

Saludando a los anfitriones, agradeciéndoles la invitación y felicitándolos por la exuberante belleza de su invernadero, Lucien reparó en los innumerables criados procedentes de la India que los rodeaban. Portando bandejas, ofreciendo exquisiteces, ataviados de impoluto blanco, sonrientes desde sus profundos ojos negros.

—Quiero presentarles a nuestra protegida —escuchó decir en ese momento a la baronesa—. La señorita Annel Sharmey, recién llegada de Bombay.

La muchacha adelantó una mano destinada a ser besada. Lucien la cumplimentó al punto, igual que ella hacía con lady Elisabetta. De Annel no podía afirmarse otra cosa más que era una criatura divina, de enormes ojos oscuros, cabello negro pulcramente recogido y piel color chocolate. Por un puñado de segundos, Spencer quedó absorto en la contemplación de tanta belleza.

—¿Señor Spencer?

La llamada de Flora, por encima de su hombro, lo hizo descender de nuevo al plano de la realidad. Había estado a punto de entablar conversación con la señorita Sharmey, por pura cortesía para con sus anfitriones, pero de repente se disiparon las ganas.

Todo se redujo a ella, a la vibración hermosa de esa voz que lo atraía.

—Lady Flora, qué alegría volver a verla —silabeó algo confuso por la presencia de su madre y la joven en el mismo lugar— ¿Conoce a mi madre?

—Es un placer, milady. —Marcó una preciosa reverencia.

La hermana del conde de Herrick aleteaba de pura alegría.

—Un placer correspondido, querida. ¿Qué tal su abuela? ¿Y su madre?

—¿Les he dicho ya que parte de los esquejes de nuestras soberbias flores de invierno nos han sido proporcionados precisamente por la viuda Bromley? —canturreó el barón entusiasmado.

—Oh, qué delicia —murmuró lady Elisabetta uniendo las manos en actitud de rezo.

—Mi abuela es una enamorada de las plantas, milady. Debería conocer nuestro invernadero. Estoy convencida de que lo encontrará fascinante.

—Será estupendo, cuente con que lo haré. Justo comentaba con mi hijo Lucien la posibilidad de reflotar nuestra propia vegetación algo alicaída…

Mientras lady Elisabetta acaparaba la charla de Flora, justo como Spencer se temía, él se vio obligado a entretener a la bella Annel. Interrogándola acerca del largo y penoso viaje, lo que echaba de menos de su país natal, lo que más le agradaba de Londres.

Flora deseó estar en otra parte. Las reglas de la cortesía no le permitían desatender a los barones y a lady Elisabetta, muy animados cuando el centro de la tertulia resultaban ser las plantas. No obstante, nada de lo que comentaban repercutía en su interés. Su oído seguía pendiente del intercambio de frases entre Lucien y la hermosa extranjera, del tono que utilizaban. Si por casualidad iba más allá de lo meramente cortés, o se modulaba hacia el coqueteo o la seducción.

Su mano envuelta en encaje se movió para frotar su frente. Estaba perdiendo la cabeza. La Flora que ella conocía no se

planteaba esas cosas, no sufría por la atención de nadie, no competía con otras mujeres.

La Flora que ella conocía era reacia e indiferente al amor. Escarmentada, como estaba, de las promesas sin contenido de un hombre capaz de ensalzar el amor infinito que le inspiraba su esposa, y mantener a una amante al mismo tiempo.

Cayó en la cuenta de que todo empezaba a cambiar, los cimientos de sus creencias se tambaleaban, aunque ignoraba los motivos.

Capítulo 29

La gema que más brilla

—Los Temperley y los Horse compiten por la mejor recepción de té en terraza de invierno —anunció Jurian agitando en el aire dos invitaciones—. Las celebran en días contiguos.

—Menudo atracón de pasteles nos vamos a dar —bromeó Varian tumbándose cuan largo era en el diván de la sala.

—Resulta divertido —rio lady Elisabetta—. Ese afán de las dos familias por rivalizar, son como niños.

—Más que divertido, yo diría grotesco —gruñó Cassian, embebido en la lectura de una carta que acababa de recibir.

—¿Grotesco por qué? —Lady Elisabetta se llevó la taza a los labios—. Mientras ellos se disputan el puesto de mejor anfitrión y las fiestas más exitosas, a nosotros nos granjean un sinfín de buenas distracciones.

—¿Por eso Herrick House se reserva el último evento de la temporada, madre? —indagó Jurian.

—Obvio, hijos míos. La última gema sobre el montón del cofre es la que más brilla.

—Dicen que la enemistad viene de lejos. que Temperley estuvo a punto de pedir la mano de la actual condesa de Horse. Pero otra dama se interpuso en su camino —explicó Jurian, con todo lujo de detalles.

La madre de los Spencer lo espió desde debajo de sus pestañas.

—¿Se oyen ese tipo de chismorreos en los clubs de caballeros?

—Y en las tabernas, madre; y en las tabernas.

—¿Cartas de amor, querido Cass? —bromeó Varian, cuyo pasatiempo favorito siempre era sacar de quicio a su hermano mayor.

Cassian se apresuró a doblar el papel y metérselo en un bolsillo, lejos de miradas indiscretas. Sin dar ni un solo detalle adicional, se centró en su té.

—¡Cassian está enamorado! —canturreó Jurian con un cómico bailoteo.

Su gemelo lo secundó.

—Nada de meteros con vuestros mayores —los reprendió lady Elisabetta con el tono que emplearía para unos niños de cinco años —. ¿Ha vuelto Lucien de la clase de monta con Colin?

—Supuse que estaban en Bromley Manor. Con lady Flora. —Varian volvió a ahuecar la voz para hacerlos reír a todos.

—Solo os advierto una cosa —intervino la matriarca agitando un dedo, muy molesta—, a vosotros dos, rufianes. Llegará el día en que os enamoréis. Conoceréis a alguien que cambiará radicalmente vuestra vida. Y entonces seremos nosotros los que retozaremos con vuestros desconsuelos.

—Eso no va a ocurrir, madre. Téngalo por seguro —anunciaron los gemelos a coro.

Lady Elisabetta puso los ojos en blanco. Había vivido y visto demasiado como para creer semejante patochada. La vida gira sin pedir permiso y el amor, cuando llega, lo arrastra todo en la dirección que se le antoja.

Que se lo dijeran, si no, a Lucien.

Un algo peculiar e indefinible flotaba en el aire cuando lady Flora y Lucien Spencer se encontraron, como por casualidad, en la terraza de invierno de los Horse. Como una especia picante que alguien hubiera esparcido al azar. Una suerte de crispación, tal que si

cada uno de ellos tuviera una ofensa grave que echarle en cara al otro. Aunque se la guardara tras los dientes.

Flora se acercó a la mesa degustación dedicada en exclusiva a los pastelillos de limón, en su más amplia variedad, y Lucien siguió con cautela sus pasos, colocándosele detrás. De inmediato le llegó el perfume de la muchacha, una mezcla de flores blancas y aroma natural que lo volvía completamente loco. Se permitió entrecerrar los ojos y aspirar para llenarse el cuerpo con las notas florales que no olvidaría en semanas.

—¿Qué tal las usanzas exóticas de la India, señor Spencer? —lo sorprendió ella, sin girarse.

Había tomado un plato y escogía una selección de diminutos dulces adornados con merengue.

—Imagino que tan enriquecedoras como las Tierras Altas, milady. Viajar amplía horizontes y expande el alma.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo.

—Lo dice como si le alegrara.

—Es que me alegra. Tenemos un trato, una enormidad de aristócratas medio bobos a los que estafar, y querría que el camino fuera lo más llevadero posible. Confieso que andar batallando el día completo con usted me resulta agotador.

El rabillo del ojo de lady Flora lo repasó de pies a cabeza y ella, a modo de respuesta, solo soltó un delicioso gruñido.

—¿Recibió mis flores?

—Desde luego. Muy bonitas.

—No me las ha agradecido.

—¿Por qué habría de hacerlo cuando usted solo cumple con su obligación de aspirante a pretendiente?

Flora continuaba moviéndose entre las mesas, sin mirarlo, sin prestarle una pizca de atención, mostrándose serena e indiferente. Una bocanada de fuego ardió en el estómago de Spencer. Cerraba ojos y oídos y solo podía imaginarse volteándola entre sus brazos para besarla.

Devorarla a dentelladas, boca con boca.

Luego regresaba de un empellón a la realidad y contemplaba todo aquello: las flores, las fuentes de varios pisos repletas de pasteles y bizcochos. Las bandejas, los infinitos juegos de té de la porcelana más fina. Luz y encajes de seda. Risas y conversaciones en suaves murmullos. Grupos de invitados yendo y viniendo. Y la amarga realidad del no estar solos ni un instante para poder dar rienda suelta a sus instintos.

En ese momento, Flora alzó la cabeza y vio un rostro conocido que enseguida se esfumó. Sir Carnavon se encontraba allí, en la terraza de invierno de los Horse, y era evidente que querría entrevistarse con ella para encomendarle alguna misión. Tenía que deshacerse de Spencer cuanto antes. Lo que tampoco le vendría mal, traería aparejada la deseada calma para su extenuado corazón, que llevaba latiendo al galope desde que lo percibió a su espalda, inconvenientemente cerca. Su pulso, su respiración, entrecortados. La garganta repentinamente seca. Ese cúmulo de sensaciones insoportables que aparecían con su presencia y la alteraban, cuando lo que Spencer buscaba, no era más que un respiro a su incómoda posición de soltero codiciado.

No debía engañarse. Que chocaran de habitual y acabasen discutiendo era el menor de sus problemas.

—Lo siento, debo buscar a mi abuela. Prometí llevarle estos pastelillos.

—¿La acompaño?

—Mejor no. Condúzcase con recato, señor Spencer. No estamos en un baile. Nuestros encuentros deben ser breves y estar bien justificados. Podemos vernos otra vez en un rato. Seguro que tiene señoritas a las que lisonjear.

Él se quedó con el reproche cosquilleando en la punta de la lengua. ¿Por qué demonios se creía con el derecho a decirle lo que debía o no hacer?

Esa mujer era, de cabeza a pies, inaguantable.

Capítulo 30

Una charla sospechosa

—Compruebo que tu palabra era cierta. Tienes un pretendiente a vista de todos. Y los hechos parecen apuntar que con magníficas perspectivas.

—Buenas tardes, Carnavon, yo también me alegro de verte. Y todas esas deducciones salen… ¿de?

—Leo tensión y deseo a raudales en vuestras miradas.

Flora retiró azorada la vista.

—No digas sandeces. Apenas empezamos a conocernos.

—Insisto. Parece prometedor. Hacéis muy buena pareja.

Flora lo repasó desdeñosa.

—¿Eres espía o casamentero?

El caballero sonrió divertido, al tiempo que se inclinaba a robar un pastelillo con la punta de los dedos y se lo mostraba a la joven como si le comentara sus pormenores.

—Esta noche recibirás un nuevo paquete de misivas. Donde siempre.

—¿Y deben de ser entregadas…?

—Otro agente se encargará de recogértelas mañana mismo, en el té de los Temperley.

—No entiendo este rastreo…

—Es imprescindible que la documentación dé muchas vueltas, pase por distintas manos hasta llegar a su verdadero destino. Es una maniobra de distracción de lo más básica.

—De acuerdo. —Flora bajó los ojos para seleccionar el color del pastel que prefería y cuando volvió a alzarlos, Carnavon se había esfumado.

En su lugar, un irresistible Lucien brotado de no sabía dónde, la observaba con curiosidad.

—¿Con quién hablaba?

—Con nadie.

—No mienta, lady Flora. La he visto desde lejos, conversando con un caballero.

«Con demasiada edad para suponer un peligro, todo hay que decirlo» añadió para sus adentros.

—Ah, pues no recuerdo —se escabulló nerviosa—. Será cualquier invitado, que me ha preguntado por la calidad de las pastas.

Spencer guardó silencio, esperando ver en ella un atisbo de sonrisa, una delicadeza destinada a su persona, que no llegó.

—¿Me vigila? —espetó la dama cuando él ya la daba por perdida— ¿Cómo se atreve?

—No tenemos que seguir con esto si la incomoda. —Tragó saliva—. Me refiero a nuestra farsa. No tiene que seguir simulando que acepta mi cortejo si hay alguien que le agrada, si tiene otros intereses o ha conocido a algún caballero que…

Ella dejó escapar una carcajada tan femenina y encantadora, que Lucien se dejó envolver como si se tratase de una manta cálida.

—¿Qué parte del «no me casaré en la vida» no acaba de entender, señor Spencer?

—Las mujeres son antojadizas, podría haber cambiado de opinión. Usted lo hace, a menudo.

Los ojos de la muchacha se tornaron belicosos. Lucien temió que la emprendiera a pastelazos contra su impecable levita. Fijó su postura, clavando las suelas en el entarimado, en espera de una réplica virulenta.

—Así que antojadiza y frívola —repitió con sarcasmo—. ¿Lo dice alguien que ve a una joven bella y extranjera y pierde por completo la sesera?

—¡Yo no he perdido la sesera! ¡En ningún momento!

—Delante de la señorita Sharmey, le faltó ponerse bizco.

—¿Y qué me dice de usted, dejándose arrullar por esos mastodontes escoceses?

Lady Flora controló la risa. Y si pudo hacerlo fue solo porque bajo ella, latía la irritación. No lograr desterrar el recuerdo de la mirada de embeleso de Lucien a la protegida de los Tiggy, la exacerbaba.

—Ya está bien de soportarle reclamos. Será mejor que regrese con mi familia. Usted puede limitarse a enviarme unas flores de disculpa más tarde. Mi familia le corresponderá con otro ramo por haberse convertido en tío.

Al tiempo que le pasaba por delante, él la sujetó del codo impidiéndole avanzar. Se pegó a su cuello de un modo altamente incendiario y peligroso.

—No pienso enviarle nada —advirtió en un susurro provocador—. Pero mañana por la mañana, después del desayuno, Colin irá a verla.

—Me parece muy bien —aplaudió cortante.

—Desea cepillar a los caballos.

—Será un placer acompañarlo.

—¿No se marchaba?

—¿No se marchaba usted?

La distancia entre ellos, en lugar de aumentar, había tendido a disminuir, algo de todo punto irrazonable estando como estaban, rodeados de testigos. Hasta hubo un instante divino en que sus narices se rozaron. Repentinamente consciente de la locura que estaban cometiendo, Lucien la liberó con dos pasos atrás.

—Creo que la viuda Bromley debe de sentirse sola.

—Habrá que ir a remediarlo. No olvide las flores.

La vio avanzar, con el vuelo de su vestido acompañando el movimiento ondulante de sus deseables caderas. Llevándose con ella un pedazo de su ser sin el que no terminaba de respirar bien. Se dijo y se repitió hasta la saciedad que se estaba metiendo en un jardín plagado de zanjas con espinos del que saldría mal parado, si es que salía.

Una indiscutible verdad.

El resto del día fue soporífero para Flora. Soportarlo, una hazaña solo tolerable gracias a las memorias que atesoraba, sus secretos inconfesables. La sensación que despertaba tener a Lucien tan cerca que su aliento la acariciaba por todo el cuello. Desear, nada más verlo, un sinfín de cosas indecentes de las que solo había oído hablar a las criadas. El desconcierto que traían consigo los anhelos de su cuerpo desconocido, con temblores y cosquilleos en sitios en los que jamás antes había reparado.

El que su corazón y su pulso se aceleraran si la miraba.

No era, desde luego, lo que había buscado. Nunca había querido algo así. Esclava de emociones que germinaban solas, descontroladas.

Desde que la vida le regaló la lección más amarga, Flora empezó a valorar su independencia por encima de todas las cosas. Y no estaba dispuesta a que ningún caballero, por apuesto, intrigante y seductor que pudiera parecerle, la destronara.

Se retiró a sus aposentos muy temprano con el pretexto de sentirse algo agotada y tener que madrugar al día siguiente. Esperó hasta bien entrada la media noche para acercarse de puntillas a las caballerizas, a la alforja de Colin, y hacerse con la correspondencia de los espías. Nunca acertaría a entender cómo se las apañaban para colarse y dejarla allí sin ser vistos. Apostaba a que Carnavon no la sacaría de dudas.

A continuación, regresó agitada al lecho y se durmió con los ojos grises de Lucien Spencer desnudándola lentamente.



Capítulo 31

Una opción divertida

Los Temperley habían contratado a tres maestros de ceremonias ¡tres, nada menos! para derrotar por amplia ventaja a los Horse en la decoración, variedad de pastelería francesa fina y hasta de tés. Cerca de una docena de doncellas paseaban bandejas repletas de pastelillos recién horneados, y otros tantos lacayos preparaban tés de distintos aromas y sabores para asombro y regodeo del personal.

Lucien no tardó en dejar varada a su madre con el resto de familia Spencer, e ir al encuentro de Flora.

—Milady —besó su mano—, está usted deslumbrante.

Ella lo repasó con frialdad.

—Ha debido de surgir algún inconveniente, no han llegado las flores.

—¡Santo cielo! ¡Qué obsesión la suya! No se las he mandado. —Sonrió pagado de sí mismo—. Abusa usted de mis sentimientos.

Aun en contra de su vigorosa voluntad, a Flora el estómago le dio un vuelco.

—¿Cuáles sentimientos?

—Mi vivo interés por engañar a todos, claro. Es de esperar que coincidan con los suyos. Porque coinciden, ¿no es cierto?

—Sí, claro, desde luego —replicó con un balbuceo—. No podría ser de otro modo.

—Deberíamos dar un paso adelante.

—¿Qué significa eso?

—Largos paseos por Hyde Park, dos bailes compartidos en cada fiesta, flores a su casa… Sí, no ponga esa cara. Probablemente no tantas como desearía, pero he mandado flores. Muchas veces.

La joven ladeó escéptica la cabeza.

—Debería empezar a visitarla.

Por encima del alto hombro de Lucien, un caballero al que no reconoció le hizo una seña casi imperceptible con las cejas. O al menos, eso le pareció ver. ¿Era el agente encargado de recoger el mazo de cartas? Empezaron a sudarle las manos.

—¿Me ha oído? Debería empezar a visitarla. Como un pretendiente que se toma las cosas algo más en serio.

—¡Ya me visita! Casi a diario.

—A las cuadras. O al invernadero. Y solo cuando Colin llega antes que yo, a recogerlo o llevármelo.

—Si variamos esa situación, la única persona que resultará perjudicada será mi pobre abuela. Siendo la única que respeta mi apuesta de no contraer matrimonio, podría pensar que he cedido y acabar ilusionándose.

Lo miró fijamente. Él la miró a ella. Perdidos uno en las pupilas centelleantes del otro.

—No le haré eso —repitió Flora con firmeza—. Y tampoco deberíamos apresurarnos. Podemos terminar viéndonos en un callejón sin salida.

—Va a tener que explicarme a qué se refiere con tan intrincada metáfora.

—Pues me refiero, estimado señor Spencer, bobo cuando le interesa, a que todo cortejo supone una serie de pasos dirigidos a culminar ante el altar. Si recorremos el camino demasiado deprisa, solo nos quedará vestirnos de gala y darnos el sí quiero.

—Sería una opción divertida.

—No puede hablar en serio, no está en sus cabales.

Enfrentado a su desdén, Lucien pareció caer desde muy alto. La expresión de su rostro cambió de repente, perdió luz, se hizo más frío y mundano. Esbozó una sonrisa torcida.

—Tiene razón, solo bromeaba. ¿Le apetece un té, una limonada? ¿Un pastelito de jazmín?

Flora vio dibujarse en el aire la oportunidad perfecta para deshacerse de las dichosas cartas.

—Sí, por favor. Té con cardamomo, creo haberlo visto por ahí, en alguna parte.

—¿El del olor penetrante?

—Justo ese. Consígamelo y le perdonaré el fallo de las flores.

Lucien se adentró en el bullicio de invitados y servicio, todavía riendo la ocurrencia de la joven. Hasta cuando trataba de azuzarlo o mofarse de él, Flora le gustaba. Le hacían gracia sus bromas, sus ironías, sus segundas intenciones no expresadas. En definitiva, pese a sus muchos desencuentros, le gustaba ella. Lo estimulaba y lo hacía sentir vivo.

No le costó localizar el té en cuestión. Mientras se lo preparaban y la doncella tomaba nota mental de dónde debía servirlo, retorció el cuerpo para observarla desde lejos. Y la vio demasiado cerca de un caballero.

No lo identificó, para Lucien era un completo desconocido. Tampoco es que conversaran, ni siquiera sospechó que se tocasen de ningún modo, pero igualmente, un arrebato de furia lo calcinó por dentro. Porque detectó una suerte de complicidad en las pocas miradas que se intercambiaron.

Un vínculo que, de repente, deseaba solo para él.

Apretó los labios, tiró de los extremos de su chaleco, insufló aire a sus pulmones y acudió a reclamar lo suyo.

Con la sorpresa de que, cuando alcanzó la mesa frente a la que aguardaba Flora, la muchacha conversaba animada con la viuda Bromley. El desconocido había desaparecido y él no iba a poder interrogarla al respecto.

—Milady, tiene una visita.

Flora separó los ojos de la página que devoraba, muy molesta. Justo ahora que el amante de la protagonista había conseguido escalar hasta el torreón donde ella dormía…

—¿De quién se trata? —se interesó a regañadientes.

—El señor Lucien Spencer. Solicita verla.

Era evidente que a testarudo no había quién le ganase. Había dicho de visitarla y por encima de viento y marea, allí lo tenía, visitándola y saliéndose con la suya.

—Que pase —accedió con un bufido muy poco protocolario.

Antes de que la doncella pisara el suelo del recibidor, el caballero ya estaba dentro del saloncito. Desprendiéndose del sombrero, el abrigo, y cumplimentándola con una ligera reverencia.

—Señor Spencer, qué sorpresa tan inesperada.

—Conste que he captado la ironía en su frase.

—Cuantísimo me alegro. ¿Un poco de té?

—¿Tiene bergamota y cardamomo?

—Haremos el intento.

La doncella dobló la rodilla y salió corriendo como una liebre en busca del servicio para el señor. Por descuido, imperdonable a juicio de Flora, la angustiada muchacha cerró la puerta a sus espaldas dejándolos en la más absoluta intimidad. Lucien carraspeó, sin darse cuenta de que permanecía en pie.

—Imagino que querrá sentarse —supuso ella, recorriéndolo con los ojos de arriba abajo, sin ningún disimulo.

—Sí, sí, claro.

—Le insistí en que no era necesario que viniera, pero contra mis deseos y lo razonable, aquí está.

—Aquí estoy. Podemos charlar.

—Lo cierto es que no me atrevo.

—¿Le ha comido la lengua el gato? Ni en cien años podría creerlo.

—Hablemos de lo que hablemos, acabamos discutiendo. Y me provoca usted dolor de cabeza. Créame, hoy es lo último que necesito.

—¿Puedo preguntar qué sucede?

—Asuntos domésticos. Fastidiosos, aunque sin demasiada relevancia.

—¿Es que no tienen ama de llaves?

Sorprendida por el inesperado giro de la conversación, Flora pestañeó incapaz de articular palabra.

—Una casa sin un ama de llaves competente es como un barco a la deriva.

—¡No me diga! ¿Acaso insinúa que Bromley Manor es un cascarón sin timonel?

—Solo si carecen de ama de llaves.

Flora rugió con los dedos crispados, a punto de morderle.

—Es la residencia de mi abuela y solo ella decide qué miembros desea en el servicio. Y si un ama de llaves le sobra…

—Tiene toda la razón, milady. Me disculpo.

—¿Es usted mínimamente consciente de la cantidad de veces que se ha visto obligado a pedir perdón por sus deslices? Pues este es uno de los mayores.

Lucien se perdió en su rostro. En el pétalo floral de su cutis. Como si mirarla fuese el mayor placer conocido. Con una sonrisa tan socarrona como irresistible colgando de su comisura.

—Debe de haberme oído mal. No he pedido perdón, me he limitado a disculparme.

Capítulo 32

Contar con su afecto

—Sepa que lo odio un poco —rugió la muchacha apretando un puño —. Y no me importa decírselo a la cara.

—Puedo vivir con ello.

—Debería haber traído a Colin.

—Entonces no sería una visita formal de cortejo.

—¿Tiene respuesta para todo?

—Para casi todo.

Fuera de la coqueta sala, en el pasillo, la viuda Bromley recibía sorprendida a una apresurada lady Barrow, que llegaba a la carrera y sin resuello, entregando al vuelo a la doncella, sombrero, capa y manguito.

—¿Están ahí dentro?

Sin esperar a que una contestación disipara sus dudas, pegó la oreja a la puerta. La señora Bromley soltó una exclamación de mareante escándalo.

—¿Cómo sabes que…? ¡Mercy! —cayó en la cuenta— ¡¿Tienes espías en mi casa?!

—Por descontado, madre. Si su discreción no fuese tan exagerada, no me habría visto forzada a hacerlo. Su empecinamiento me impide enterarme de nada. ¿Cómo, si no, estaría al tanto de los devaneos de mi hija? Debo intervenir en su futuro —agregó con pasión.

—Pero Mercy, por amor de Dios, esto es inadmisible…

Lady Barrow volvió a pegar la oreja a la puerta y aleteó con la mano ante la cara de su madre, rogando silencio.

—No se escucha nada. ¿Es que no hablan?

Después de degustar el té a sorbitos y agotar la primera tanda de insultos, los ánimos se calmaron lo suficiente como para considerar «simplemente tensa» la reunión.

—Si no queda otro remedio más que charlar, tratemos de buscar un tema común. Seguro que encontramos alguno —propuso Lucien casi entusiasta.

—Colin.

—Colin.

—Nos importa a los dos. Los dos lo queremos.

—Eso es cierto. Y debo agradecérselo, nunca lo he hecho.

—¡Vaya! —Flora quedó petrificada, con la taza suspendida en el aire—. No esperaba oír eso en la vida. No al menos, viniendo de usted.

—Escuche. Enterarme de la noche a la mañana de que era padre, ver brotar del suelo semejante responsabilidad sin haber tenido ocasión de hacerme a la idea o al menos tiempo para acostumbrarme, fue un golpe duro, lo reconozco. Es muy probable que no supiera adaptarme con la rapidez que Colin merecía.

—También cuenta que lo hicieran a sus espaldas, sin contar y al margen de su voluntad.

Lucien asintió con un cabeceo dolido.

—Confío, con toda franqueza, en que lo está haciendo lo mejor que sabe —dijo Flora con inesperada dulzura.

Con un suspiro brusco y seco, Lucien miró a la alfombra.

—¿Y si no es suficiente?

—Por favor, no se torture. Sirve de poco.

—De no ser por mi familia, mi madre, mi tío, mis hermanos… Y personas como usted, Colin podría haberse sentido mal recibido, abandonado incluso.

Flora posó su taza sobre la mesa y, sin titubear, se acercó un poco más a él. Por primera vez, Lucien abría las compuertas y dejaba ver su lado oculto, diferente, vulnerable y sensible.

—En lugar de molestarme porque Colin la quisiera, debí darle las gracias por acogerlo con tanto amor. Muchas veces.

—Colin… ¿me quiere?

—Apostaría a que sí.

Los jugosos labios de Flora se estiraron en una sonrisa encantadora, luminosa y casi infantil. Lucien se la quedó mirando embobado.

—Supongo que no estoy demasiado acostumbrada a que me quieran.

—Será porque no se deja. Cualquiera se sentiría afortunado de contar con su afecto.

Lo había dicho sin pensar. Obviando, para variar, la antipatía mutua que siempre se las arreglaba para saltar a la palestra si estaban juntos, y crear una barrera insalvable entre los dos. Lucien no pudo dejar de cuestionarse si esa facilidad extrema con la que se irritaban no sería una suerte de mecanismo de defensa contra la atracción que sentían. Por lo menos en su caso. No podía poner la mano en el fuego por los sentimientos de lady Flora, aunque le habría encantado.

El liviano peso de una mano de ella sobre su antebrazo lo hizo vibrar. Quiso corresponder a su gesto afectuoso cubriéndola con la suya. Añadiendo, incluso, unas palmaditas amigables. Pero el tacto de la sedosa piel de Flora lo descolocó por completo.

—Su abuela, sin ir más lejos, la adora. Su madre —acertó a decir con voz temblorosa.

Ella le clavó las dos turquesas que tenía por ojos y se detuvo el tiempo. De un modo extraño y casi mágico. Como algo escrito en piedra que tarde o temprano debe suceder. Todo alrededor se hizo difuso hasta desaparecer cuando sus rostros se fueron acercando pulgada a pulgada. Las narices se rozaron con un sugerente cosquilleo. Los alientos se enredaron y los labios se llamaban.

Estaban a punto de fundirse cuando… La puerta se abrió de par en par y lady Barrow entró trinando con alegría.

—¡Queridos! ¡Aquí estáis!

Se distanciaron con brusquedad, roto el encanto del primer acercamiento sensual, lejos las manos de las del otro. Lucien se puso en pie de inmediato para cumplimentar a la duquesa viuda.

—Querido señor Spencer, ya iba siendo hora de conocernos.

—Os conocéis, madre. Lo ha visto mil veces.

Mercy estiró lánguida una mano destinada a ser besada. Como dama refinada de la nobleza sabía muy bien qué esperar de un joven educado con esmero. Lucien cumplió con creces sus expectativas.

—No en estas circunstancias. ¿Se encuentra bien su familia?

—Todos gozan de buena salud, lady Barrow, muchísimas gracias por preguntar.

—Sé que su hermano el vizconde y la deliciosa lady Rothgar han sido padres hace muy poco, deles encarecidamente mi enhorabuena por semejante dicha. Debería invitar a su querida madre a tomar el té en Barrow Hall. ¿Cree que aceptaría?

—No me cabe duda de que estaría encantada. Le transmitiré con gusto su invitación.

Lady Barrow tomó asiento en medio de los dos con un elegante vaivén de sus faldas de seda.

—Y díganme, ¿de qué hablaban?

Desde su posición en el sofá, Flora le envió una mirada llena de resentimiento. A su madre, deseosa de verla casada algún día si el partido lo merecía, jamás le había importado lo de dejarla a solas con un caballero, siempre que fuese en privado y la cosa no trascendiera. Confiaba en el buen juicio de su hija lo suficiente como para hacerlo.

Sin embargo, en aquella ocasión, su impaciencia se había desbordado y, entrando en la sala de forma tan impetuosa, había arrasado con el embrujo que el azar quiso moldear para ellos, de modo tan inesperado como maravilloso.

Malditas fueran las malas casualidades de la vida.

Flora temió que un momento como aquel no volviera a repetirse.

Capítulo 33

El día después

La visión de lady Flora montando a horcajadas con Colin delante, sujetando ambos las riendas, le provocó en el vientre un burbujeo de felicidad. Ojalá pudiera tomar prestada parte de su facilidad para tratar al pequeño. Se fijó en el modo cautivador en que los mechones sueltos de su pelo ondeaban al aire con el trote. La forma en que los pálidos rayos de sol de un día de primavera le bañaban el rostro. Las ganas de vivir que irradiaba toda ella. Su fogosa entereza.

Y con la extraña mezcla, volvió a arremolinarse en su mente la interminable ristra de preguntas sin respuesta que lo había mantenido despierto prácticamente toda la noche: ¿qué había estado a punto de pasar? ¿Se habrían besado de no haber aparecido lady Barrow? ¿Fue un impulso, un momento de debilidad? ¿Tuvo la culpa el haber tratado un tema ciertamente íntimo al que jamás antes se habían aproximado? ¿Haber mostrado una pizca de confianza en ella? ¿Era compasión lo que había impulsado a la joven a perder la compostura?

No quería precipitarse y creer que fuera algo más. Atracción, excitación, una maraña de emociones capaz de dar fruto… para, a continuación, decepcionarse y quedar vacío.

Tan vacío como había vivido hasta que la conoció a ella. Ahora lo veía, había estado tan ciego. Ignoraba lo que era no ser dueño de

tus sentimientos en presencia de otro ser, perder por completo el control cuando la tenía delante.

Sonaba aterrador. Y fascinante al mismo tiempo.

—¿Creo recordar mal o usted y yo habíamos quedado para dar un paseo por Rotten Row, milady? —saludó lo más animadamente que pudo.

Tratando de borrar todo rastro de turbación.

Lady Flora hizo frenar al magnífico ejemplar de monta. Colin lo saludaba desde su lomo con la manita.

—Me temo que el entusiasmo me ha hecho perder la noción del tiempo. —Saltó al suelo antes de que él pudiera acercarse a ayudarla y ella misma estiró los brazos para bajar al niño—. Pero tiene mi palabra de que estaré lista en un periquete. Mientras, Colin puede explicarle todos sus progresos.

—Sí, padre, ya he montado solo hoy. En el caballito.

Lucien clavó una rodilla en tierra para ponerse a su altura y recomponerle la chaquetilla.

—¿En serio? No puedo creerlo, qué fabulosa noticia.

Flora se había perdido en algún cobertizo a su espalda y no habían pasado más de cinco minutos cuando volvió a salir, con un vestido distinto, impecable y muy apropiado para un paseo de mañana. El cabello, no obstante, seguía desordenado, asunto que ella solventó encajándose un precioso sombrero.

—¿Queda muy mal?

Lucien se acercó a ella. Muy a su pesar, ligeramente inseguro. Recolocó sus mechones y el lazo que ataba el tocado, y ella se dejó hacer. Tuvo la sensación de que mientras la rozaba, aun con tanta sutileza, se le secaba la garganta y el corazón emprendía un galope por salirse de su cuna.

—No me malinterprete, pero ¿acaso tiene el armario en las caballerizas?

—Solo un par de vestidos y el resto de baratijas fútiles que usamos las damas, como chapines, guantes y sombreros, por si acaso. Todo dentro de un baúl. —Remató su travesura con un encantador guiño del que Lucien quedó prendido— ¿Qué te parece,

Colin? —Giró en una pirueta graciosa— ¿Parezco alguien adecuado con quien pasear por el parque?

—Está usted guapísima. —Al pequeño, los ojos le soltaron un destello.

—Si no fuese porque todo el mundo empezaría a hablar, podríamos llevarlo con nosotros —se le escapó involuntariamente a Lucien.

Los ojos claros de Flora lo perforaron con una sombra de melancolía en las pupilas.

—Pareceríamos una familia.

Una familia. Qué bien sonaba. Condenadamente bien.

La madre que sin dudar habría escogido para su niño, alguien alegre, sensible, optimista y tan adorable que no podías quitarle la vista de encima por más que te esforzaras. Una muchacha fuerte y valiosa que no pensarías que pudieses encontrar entre tanta damita remilgada de la alta sociedad.

—Y eso daría lugar a muchos chismes —completó él con tono grave.

—No pasa nada. —La vocecita aguda de Colin interrumpió el intercambio mudo de emociones entre los dos adultos—. Me quedaré con la abuelita.

Flora se agachó y le dejó un sonoro beso en el moflete rosado.

—Claro que sí. Se pondrá muy, muy contenta. Me ha contado un pajarito que te está esperando con chocolate caliente y bizcochos.

El pequeño le entregó una mano y a continuación, tomó la de su padre con la que le quedaba libre. Enganchado a ambos como si fuese un monito, dando saltos eufóricos, salvaron el camino que los separaba de Herrick House, donde dejaron a Colin al cuidado de lady Elisabetta y montaron en uno de los carruajes de la familia.

El trayecto, ahora que se encaraban a solas, fue algo tirante. Sin la adorable presencia del niño forjando un parapeto protector, enfrentarse el uno al otro sin obstáculos resultaba turbador. Como si lo que había estado a punto de suceder el día anterior llegara a llamar a la puerta dispuesto a avergonzarlos.

No fue hasta que descendieron del carruaje, en el que cruzaron muchas miradas furtivas y escasas palabras, que la brisa helada de Hyde Park los desentumeció y la marcha pausada volvió a calmar los ánimos alterados.

Lucien se decidió a lanzar la primera piedra con un largo suspiro de sosiego.

—Lo que pasó ayer… —comenzaron los dos al mismo tiempo.

Rieron y callaron antes de terminar la frase. Como el caballero que era, Lucien le cedió el turno de palabra, aunque Flora se mostraba arrepentida de su arrojo.

—No, no, señor Spencer. Diga usted.

—Prefiero escucharla. Me interesa lo que tenga que decir.

Con franqueza, era mucho, muchísimo más que interés. Se moría por dentro. De ansiedad, de ganas de conocer qué la había impulsado a ella a buscar la caricia que se extinguió antes de nacer.

—Usted mostró una confianza digna de encomio al compartir conmigo cómo se siente con respecto a Colin. Puedo entender su impotencia, su frustración al no haber dispuesto de preparación. Un hijo no es un paquete que se deja en la puerta sin previo aviso. Fue injusto y bastante cruel.

No era ese precisamente el tema que creyó que iba a tratar. Pero escucharla hablar con esa cercanía le calmaba el corazón herido. Las opiniones de Flora, sin importar acerca de qué las expresara, llegaban siempre cargadas de verdad y sabiduría y, en este caso, de compasión. Disponían de brillo, no eran superficiales y tontas como casi todas las conversaciones que había tenido el disgusto de padecer en su vida.

Cuando sus hermanos tuvieron la fortuna de encontrar a sus esposas, los que permanecían solteros estuvieron de acuerdo en que Henry y Rhys se habían llevado a las dos mujeres más inteligentes y completas de la tierra, junto con sus primas Fowler.

Se equivocaba. Quedaba Flora.

—Y puesto que usted tuvo la deferencia de abrirme su corazón, creo que debo corresponderle de igual manera —la oyó decir.

No pudo reprimir una sacudida que le envaró la espalda y le encogió el alma.

Capítulo 34

Confesiones

—Tengo una pregunta suya pendiente de respuesta, algo por lo que usted se interesó y yo tomé en su día como una ofensa.

—Lady Flora, quede claro que no es preciso…

—Insisto. —Se mantuvo firme—. No solo se lo debo. Quiero hacerlo. Me preguntó quién me había roto el corazón para que no quisiera entregarlo nunca más, para que mi juicio acerca de los hombres fuese tan catastrófico. Pues se lo diré: mi padre.

—¿Su padre? Tenía entendido que falleció.

—En efecto. En un terrible accidente de carruaje. Yo tenía solo once años y él representaba mi ideal de hombre perfecto. Si soñaba con enamorarme o casarme, no podía figurarme nada mejor que alguien igual al duque. Si no estaba a su altura, no valía nada. Se le llenaba la boca proclamando cuánto amaba a su esposa, lo importante y vital que era para él la familia. Pero lo cierto, señor Spencer, lo cierto es que nos mentía.

Lucien la escuchó jadear. Flora marcó una pausa para tomar aliento y contuvo un sollozo que pugnaba por escapar de entre sus labios. Él respetó su silencio mientras fue necesario.

—Nos engañó a todos sin piedad alguna —retomó la joven con tono cadencioso—. Sus principios de caballero enamorado, sus promesas, sus muestras de cariño. Todo estaba hueco como una nuez que no ha germinado. Porque la realidad, señor Spencer, es que ese hombre locamente enamorado de su mujer tenía otra. Una

amante de la que nada sabíamos, y que lo acompañaba aquel fatídico día. Murió a su lado en el carruaje.

Lucien se mordió el labio inferior, impresionado por lo que acababa de escuchar.

—No sabe cuánto lo siento.

—Ver a mi madre romperse en pedazos por el dolor y la vergüenza no resumió todo mi castigo. Lo peor fue ver cómo su imagen de hombre perfecto se convertía en añicos ante mis ojos. ¿Qué me queda por creer ahora, después de esto? ¿Cómo pedirme a mí misma que confíe?

—Lamento mucho lo que ha tenido que pasar. Podría asegurarle que todos los hombres no son iguales, pero sonaría a justificación barata.

La muchacha detuvo sus pasos. Cuando Lucien la miró, tenía los ojos inundados de amargas lágrimas.

—De verdad parecía amarla. Me refiero a mi madre. ¿Cómo es posible mentir tan bien? Mirarte a la cara y susurrarte que te aman por encima de todas las cosas siendo mentira. Se rio de nosotros, de todos nosotros, todo el tiempo.

Lucien sintió el irreprimible deseo de abrazarla, de hacer suyo el dolor de Flora. ¿Cómo explicarle que lo habría dado todo, lo más valioso que poseía, con tal de que su sufrimiento desapareciera?

Ella se enjugó las lágrimas con un movimiento veloz de su mano enguantada.

—Como puede comprobar, cada cual guarda sus cuitas y sus penas en lugar seguro. Solo que la suya tiene los ojos grises, una nariz pecosa y la sonrisa más bonita que he visto nunca. Sea paciente, todo se solucionará.

—Flora —pronunció él, ronco, con la garganta repentinamente áspera—. Permítame decirle que es usted… increíble.

—Podría ofrecerme su brazo —desvió la charla, azorada.

—Aquí lo tiene, faltaría más.

Flora se sujetó con las dos manos, como si aquella musculosa extremidad fuera su única ancla al mundo, lo único sólido que podría mantenerla en pie. Mientras hablaba aparentando normalidad se había tambaleado ligeramente, y estuvo a punto de caer cuando las

lágrimas que a duras penas contenía estuvieron a punto de devastarla. Ella había luchado con todas sus fuerzas porque Lucien no detectara su incomodidad.

Caminaron un rato en silencio. Desaparecida toda la tensión que siempre había crepitado entre ellos, sustituida por una suerte de afectuosa cordialidad. Tal que si fuesen verdaderos amigos desde la niñez.

—Se siente uno mejor, ¿no le parece? —Lucien dejó salir el aire retenido—. Más ligero.

Ella comprendió en el acto.

—¿Después de abrir el alma? —Asintió—. Siempre que no la dejes al descubierto ante alguien inadecuado que acabe hiriéndote.

—¿Cuándo vamos a poder acompañarte a alguna reunión social, tía?

Esa pregunta lanzaba al aire con tono lastimero la vehemente Sienna, cuando Lucien entró en la salita. Milady, cargada de paciencia, intentaba bordar. Sus dos sobrinas más jóvenes hacía ya rato que habían abandonado sus bastidores de cualquier forma sobre los asientos, y se dedicaban a atosigarla con preguntas acerca de fiestas y bailes.

—Cuando tengáis edad suficiente. —Suspiró—. Una señorita no puede andar dejándose ver por ahí sin ningún recato antes de tiempo.

—Vais a levantarle dolor de cabeza a tía Elisabetta —advirtió Lucien jocoso. Se plantó delante de las tres, ataviado con sus mejores galas—. ¿Qué tal me veis? ¿Seré el caballero más apuesto del baile esta noche?

Mientras las dos chiquillas gritaban un «síííí» emocionado, lady Elisabetta lo evaluó con los ojos de pies a cabeza.

—¿Y ese repentino interés por destacar? Había oído decir que a Lucien Spencer le traen sin cuidado los encuentros de alta sociedad.

—¿Qué hay de malo en querer lucir del mejor modo posible?

—¿Algún motivo en concreto, querido hijo?

—Madre —se inclinó para besarla en la mejilla a modo de despedida—, no invente, que nos conocemos.

—Como te niegas a contarme nada de lo que está sucediendo… Diría que ese brillo inusual en las pupilas es tu mejor adorno.

—Tío Lucien, ¿te has enamorado? —preguntó curiosa la joven Diana.

—¿Se ha dormido Colin? —interrumpió al punto milady, un cabo de apoyo que Lucien agradeció en el alma.

—Antes de llegar al segundo capítulo del libro —sonrió con ternura—. Era esperable, gasta tanta energía durante la jornada que no le queda nada cuando llega la noche.

—Diviértete, hijo —fue su afable despedida, si bien él percibió una especie de retintín en el tono, en el que no quiso indagar.

El baile se celebraba en la rica residencia de los Collenton y por primera vez, Lucien asistía en solitario, sin el arropo de toda su familia. Tan solo los gemelos, si es que lograban desengancharse de la barra del bar de White´s, era posible que aparecieran. Pero debía recoger unos documentos depositados en el invernadero de aquella casa, con lo que su presencia resultaba inevitable. En cualquier caso, allí se reuniría con gente conocida, otros caballeros del club… Y con lady Flora.

No le molestaba reconocer que le ardía en el vientre una extraña excitación pensando en volver a verla. Rodearla con sus brazos al bailar, embriagarse con su delicioso perfume. Sentir que todas las atenciones de la muchacha le pertenecían, aunque fuera por un rato. Saborearlas.

Algo que jamás había deseado. Si asistía a un baile era para aburrirse hasta la muerte. Si deseaba emociones fuertes, visitaba un burdel.

Flora había tenido la habilidad de cambiar todo eso.

No obstante, una duda enorme lo corroía, empañando su inocente entusiasmo.

No era la recogida de los papeles lo que lo preocupaba. Era el lugar desconcertante en el que debía entregarlos a continuación.

Capítulo 35

No es más que un cuento

Nada más llegar, en el espacioso salón donde se celebraba la fiesta, Lucien fue recibido con inusitado alborozo por un grupo de amigos de Eton a los que últimamente frecuentaba menos. Justo desde que había dejado de sentir interés por las juergas hasta altas horas de la madrugada, el juego y las mujeres envueltas en licor.

Desde que el pequeño Colin apareció en su vida.

—¡Spencer! —Uno de ellos agitó el brazo en lo alto— ¡Dichosos los ojos!

—Acompáñanos.

—Están sirviendo un jerez español de increíble calidad. Pruébalo. Es tan dulce que se te pega al paladar y permanece ahí, regalándote muchos minutos de placentero deguste.

—Tan dulce como las sonrisas de lady Flora Euston.

La cabeza de Lucien viró en seco buscando al responsable de la broma. Un patético intento de gracia que le había molestado bastante. No soportaba oír su nombre en otros labios que no fueran los suyos.

El caballero recibió el impacto brutal de su mirada como si fuera un golpe físico, y captó el mensaje sin dificultad. Sus manos, con las palmas al descubierto rogando paz, se alzaron a la vez.

—Tranquilo, Spencer. Tranquilo.

—No se te ocurra perder las formas en lo que a ella refiere —silabeó Lucien a modo de advertencia.

—¿La estás cortejando? —quiso saber otro.

—Apenas empezamos a conocernos. Ni siquiera he pedido permiso para visitarla.

—Pensábamos que era una dama inalcanzable, a la que todo el mundo desea, pero que, por algún motivo, no permite que nadie se acerque.

—Resulta imposible que te conceda más de un baile —coincidió otro de los caballeros—. Y la mayor parte de las veces, ni el primero.

—Habrá que decir, pues, que eres afortunado, Spencer.

—Soy apuesto. Irresistible e interesante —se mofó él, abriendo y cerrando su levita—. Tarde o temprano tendréis que rendiros a la evidencia.

Mientras jugaban a picarse entre ellos como si de repente fueran quince años más jóvenes, los sagaces ojos de Lucien rastrearon el espacio. No vio a lady Flora por ninguna parte. Había dado por hecho que asistiría. A tal punto, que no llegó a preguntarle. Si Flora no estaba, su paso por la fiesta sería más que efímero. Despedirse de sus amigos sin levantar sospechas, buscar el lugar señalado en las instrucciones recibidas, hacerse con los documentos, salir zumbando.

Al extraño punto donde debía entregarlos.

Una vez allí, los colocó con cuidado, de forma que a primera vista no fueran visibles, pero tampoco se malograran. Y, dispuesto a saciar su curiosidad, se escondió donde él mismo no fuese descubierto.

Esperó. Esperó. Hasta que vio llegar una silueta en movimiento, que conforme se acercaba se hacía mucho más nítida. Y no dio crédito a que se tratase de Flora.

Había esperado a cualquiera. Un mozo de cuadras, un palafrenero, un lacayo, el mayordomo. Incluso un vecino. Estirando mucho la imaginación, hubiera podido tratarse del actual duque de Barrow, el jovencísimo hermano de Flora. ¿Por qué no?

Pero ¿ella?

¿Cómo es que una dama de su condición se hallaba implicada en aquel turbio tejemaneje?

Todos los músculos del cuerpo se le pusieron tensos, viéndola entrar y caminar hasta la alforja colgada de un gancho en la pared. Con la seguridad y el desparpajo de quien ya ha hecho lo mismo antes. Rebuscó y sacó los documentos, y cuando ya los tenía en su poder y se giraba para marcharse…

Chocó contra un muro sólido e impenetrable de puro acero. Con unos ojos del color del humo y las tormentas que la miraban sin entender. Con una reacción algo infantil, Flora trató de esconder los papeles a su espalda.

—¡Santo Dios! ¡Qué susto me ha dado!

—¿Qué hace aquí a estas horas? —interrogó él, áspero.

—¿No cree que eso debería preguntárselo yo? Estoy en mi casa.

—Vine a verla —mintió con desfachatez.

—Sin avisarme. —Flora lo estudió suspicaz.

—Quería darle una sorpresa. Dejarle una nota junto a su silla de montar.

La joven hubiera dado lo que fuese por aceptar aquella excusa tan… ¿romántica? Lo malo es que no la creía. Algo en el distorsionado tono de voz de Lucien le indicaba que no debía fiarse de lo que con tanta firmeza aseveraba.

—¿Y usted? ¿Qué viene a hacer a medianoche a las caballerizas? ¿Acaso hay algún caballero que le deja cartas de amor? *Otras* cartas de amor.

Ella se irguió, digna como una reina.

—¿Y qué, si lo hubiera?

—Podría sentirme ofendido.

—No entiendo la razón. Al fin y al cabo, lo nuestro no es más que un cuento.

—¿Qué es eso que oculta con tanto afán?

En lugar de responder, Flora consideró que lo tenía demasiado cerca y reculó tres o cuatro pasos para ponerse a salvo de la tentación.

—¿No va a enseñármelo?

—No tengo por qué. Son asuntos de familia, no le conciernen.

—Creí que éramos amigos, que confiábamos el uno en el otro.

—Empezamos a hacerlo —musitó ella con dureza—. Queda mucho recorrido.

Lucien sufrió una sacudida, con la certeza de que la brecha existente entre ellos, que hacía poco había empezado a cerrarse, de repente se ensanchaba. Una voz interior le aconsejó no seguir con el interrogatorio, pero por alguna causa, no podía detenerse.

—¿Tiene que ver con su hermano?

—¿Con Sebastian? En absoluto.

—¿Está ayudándolo, protegiéndolo de alguna manera?

—Le he dicho que no —zanjó sin atisbo de sonrisa—. Mi hermano es casi un niño, no tiene por costumbre inmiscuirse en mis asuntos.

Lo cual equivalía a afirmar que él sí. Y que el hecho la desagradaba.

Lucien notó una punzada en medio del pecho. Puede que lo poco que habían avanzado, el pequeño puente de confianza tendido acabara de quebrarse con aquella sarta de mentiras. Ella estaba implicada en una cuestión peligrosa que podía comprometerla de un modo serio caso de que algo se torciera, y se lo estaba negando.

Impidiéndole protegerla como deseaba. Sacándolo de su vida de una patada, igual que un objeto molesto o que sobraba.

Regresó de un empellón a la cruda realidad, de la que habría huido gustoso, donde Flora lo repasaba con sus chispeantes ojos turquesa convertidos en rendijas.

—¿Algo más que desee averiguar a estas horas intempestivas, señor Spencer? Porque será mejor que nadie de mi familia sospeche siquiera que ha tenido el atrevimiento de planear esta visita. Podría salirle muy caro.

No concedió oportunidad para una disculpa. Ni una reverencia o un adiós.

La airada muchacha dio media vuelta, cuidándose de mantener ocultos los documentos que portaba, y abandonó las cuadras dejando a un Lucien pasmado y boquiabierto.

Capítulo 36

Ausencia

¿Quería verla? Por supuesto que sí. ¿Aclarar lo sucedido la noche anterior en Bromley Manor? No era necesario. Quedaba patente que lady Flora, de algún modo que no acertaba a explicarse, tampoco a aceptar, colaboraba con ese retorcido movimiento en favor de los revolucionarios franceses que prometía mantener a raya a los gobernantes más sanguinarios y, con ello, la paz en Occidente.

Se le antojaba inconcebible que una dama de su alcurnia hubiese llegado a zambullirse en semejante enredo. ¿Cómo había sucedido? No es que no ardiera en deseos de saberlo, pero si le hacían escoger entre aliviar su curiosidad malsana o proseguir su relación desde el punto en que la habían dejado, sin dudar, se quedaba con esto último.

Empezaba a ser consciente de cuánto le importaba la muchacha. Mantenerla en su vida, no perderla.

Así y todo, nadie discutiría que abordarla pasada la medianoche en su propia casa para someterla a interrogatorio, no había sido la más feliz de las ideas. Demasiado osada e invasiva teniendo en cuenta la peculiar personalidad de lady Flora.

Ahora lo veía claro y se arrepentía. Aunque si volviera a darse minuto a minuto la noche anterior, probablemente habría repetido paso a paso sus acciones.

No era de su incumbencia, no. Pero no quería verla implicada en aquello. Que no es que fuera peligroso a primera vista, es que

podía conllevar ramificaciones catastróficas para su reputación, con un simple desliz.

Empezó por enviarle flores.

No obtuvo respuesta. Repitió el intento. Esta vez con un ramo doble, mucho más grande, infinitamente más caro, aunque sabía que ese dato sería lo último que alguien como Flora apreciaría.

Tampoco supo nada de ella.

En el desayuno, entre risas y charla promovidas sobre todo por los gemelos, Lucien se dirigió al pequeño Colin.

—Llevas tres días sin visitar a lady Flora, ¿ha salido de viaje o habéis peleado?

Lady Elisabetta alargó una tostada recubierta de mantequilla y sabrosa mermelada a su nieto, y tomó la palabra.

—Llegó una nota anteayer. La joven no se encuentra bien y desea pasar unos días recluida en su alcoba para evitar empeoramientos. Colin irá a verla cuando se encuentre más repuesta, ¿verdad, cariño?

Colin asintió emocionado y su padre hizo una bola apretada con sus sentimientos, tratando de bajarla a base de café.

Qué malestar más oportuno.

Saltando por encima de sus sospechas de que el pretexto pudiera ser falso, también le otorgaba una inmejorable excusa para ir a verla. Pese a lo plomizo y destemplado del día, dio un paseo a caballo hasta la propiedad de la viuda Bromley y llamó a la puerta interesándose por lady Flora.

—Milady se encuentra indispuesta —fue la reiterada respuesta que recibió, uno tras otro, los tres días que acudió a cumplimentarla.

Casi después de una semana, Herrick House recibió nota manuscrita de milady, invitando al joven Colin a acompañarla a pasar la tarde. Lucien encargó a un criado que lo llevase, pero se emperifolló como si fuese a asistir a un baile para recogerlo.

Curioso. No estaban ni en las caballerizas ni en el invernadero.

Cuando más desconcertado se veía, un lacayo lo abordó con un sonriente Colin de la mano.

—¿Has visto a lady Flora? —indagó con aire relajado, en el camino de vuelta. El pequeño asintió sin perder la sonrisa—. Sin

embargo, no habéis montado a caballo, ni los habéis cepillado o dado golosinas…

—No.

—Tampoco habéis bajado al invernadero. ¿Dónde os habéis escondido?

—En su alcoba.

Spencer consideró seriamente la posibilidad de preocuparse.

—Pero milady, ¿se encuentra en buen estado de salud?

—Está muy bien. Igual que siempre.

Lucien alzó una mirada desesperada al cielo. ¡Santo Dios! Solo tenía cinco años, no podía pretender que conversara como un adulto. O que adivinase el interés detrás de sus palabras y le facilitara toda la información que, de momento, extraía gota a gota.

—¿Y qué habéis hecho?

—Hemos jugado a los piratas. Padre, yo era un pirata con sombrero y una espada larga. Y secuestro princesas.

—Vaya, qué dramático. ¿Y qué papel desempeñaba lady Flora?

—Ella era la jefa de los piratas.

«No sé por qué no me sorprende» se dijo Lucien para sus adentros.

—Lady Barrow era la princesa que raptamos. Chillaba todo el tiempo. Y la señora Bromley es una maga que consigue que nuestro barco pirata vuele sobre el mar.

—Veo que toda la familia se implica —reparó con una chispa de admiración.

—Sí, si se lo pide lady Flora.

Los ensayos de Spencer por coincidir con la joya de la casa dieron igual. Ninguna de sus tretas surtió el menor efecto. A Colin siempre lo devolvía alguien del servicio, y la zona de recreo y juegos parecía haberse trasladado a sus aposentos, a los que, por razones obvias, él no podía acceder.

¿Así había acabado su camaradería? ¿Muerta y enterrada de la noche a la mañana? ¿Por un par de estúpidas preguntas que hizo movido por la preocupación? Su afán nunca fue entrometerse, ni chismorrear. Solo buscaba su bienestar.

Tal tratamiento no solo era injusto, era inaceptable.

De modo que decidió que, contra viento y marea, insistiría sin flaquear.

Volvería a Bromley Manor cuantas veces fuese necesario, hasta que a lady Flora se le pasara el berrinche y consintiera recibirlo. Y lo más chocante de todo fue que en ningún momento se planteara estar humillándose.

Solo ansiaba conseguirla a ella. Aceptando la vía que el destino le impusiese.

Golpeó resuelto la aldaba, aprovechando los segundos que se demoraba la apertura para estirar su chaleco, tirando de los bajos. Por enésima vez, reclamó reunirse con lady Flora. Cuando ya esperaba otra negativa…

—Pase, por favor, señor Spencer. —El diligente mayordomo le franqueó el paso—. La señora Bromley lo atenderá de inmediato.

En efecto, así fue. La viuda bajó ataviada con un abrigado vestido de suave lana en color ciruela. El cabello cano recogido a la altura de la nuca y su sempiterna sonrisa curvada entre los labios. Lucien la saludó besándole la mano.

Ni rastro de la díscola muchacha pelirroja.

—¿Me acompañará a un jerez, joven? Para usted tengo un excelente brandy. Hace frío hoy, las chimeneas no bastan. Creo que nuestros cuerpos piden algo más enérgico.

Lucien lo aceptó todo sin rechistar: el paso al salón de recibir. El sofá tapizado en terciopelo. La copita de licor. La charla intrascendente acerca del tiempo y la tardía primavera, las posibles lluvias y la salud de todos y cada uno de los miembros de la interminable familia Fowler-Spencer.

—¿Lady Flora curó de su indisposición? —lanzó cuando al fin, agotaron todas las fórmulas de cortesía.

—No puedo afirmar que se haya comportado de modo natural en la última semana. Estaría faltando a la verdad. Pero es un estado

que Flora atraviesa con frecuencia.

Lucien ladeó el cuello expresando el máximo interés, reteniendo el latigazo de ansiedad que le exigía saber más. La anciana se mojó los labios con el jerez y lo paladeó un instante, dispuesta a hacerlo sufrir.

Capítulo 37

Una copa para relajar

—Sepa usted que mi nieta adoraba a su padre. Su muerte fue un golpe terrible. Lo demás, que ya debe usted de saber, por bochornoso e inconveniente que resulte, un gran desengaño. Para todos, no solo para ella. Sin embargo, Flora es especialmente sensible a las emociones fuertes.

—Lo sé. Milady mostró tener una enorme confianza en mí al contármelo. Me sentí honrado, si me permite decirlo. Jamás la traicionaría.

La dama asintió dando unas breves sacudidas con la cabeza.

—Tenga paciencia con ella, señor Spencer. Ha sufrido mucho y es terca como una mula. No obstante, puedo asegurarle que usted le está haciendo mucho bien.

Lucien apretó los labios. En las condiciones que enfrentaban justo ahora, con Flora detestándolo, negándose a verlo tras haberla pillado con las manos en la masa, no le quedaba más remedio que poner la afirmación en tela de juicio.

—Apuesto a que es la presencia de Colin lo que nos llena a todos de optimismo y felicidad —aventuró sin apenas sonreír.

—Cierto, salvo que junto a Colin invariablemente aparece usted, que es su padre. Estoy en condiciones de aseverar que se ha convertido en el primer amigo que tiene mi nieta en años.

—Resulta casi… abrumador. —Spencer notó cómo le ardían las mejillas y sintió mucha vergüenza.

—Háblame de usted, Lucien —lo animó la viuda, como si no se hubiese percatado de su azoro.

—¿Qué puedo decirle, señora Bromley? Me tengo por un buen hombre, un hombre de familia que quiere a los suyos por encima de todas las cosas y trata de protegerlos lo mejor que sabe. A quien seguramente le queda mucho por aprender. No digo que no cometa errores que induzcan a considerarme indiscreto o metomentodo…

Y mientras desgranaba con mucha modestia su particular forma de vida en el seno de una familia tan bulliciosa, desde el corredor, fuera de la sala, Flora escuchaba a escondidas. Con el corazón saltándole dentro del pecho en una incomprensible mezcla de admiración y deseo que la empujaban a querer entrar y arrojarse en sus brazos.

Un impulso altamente inadecuado, irreverente, inspirado, cómo no, por un maldito entrometido, seductor como el condenado diablo.

—Buenas tardes. ¿Podría ver al señor Spencer?

Mortimer entrecerró los ojos, cegado por la resplandeciente belleza de aquella jovencita que formulaba preguntas tan poco claras.

—¿Podría indicarme a qué señor Spencer en concreto se refiere?

—Oh, disculpe. Lucien. Lucien Spencer.

—El señor se encuentra en la biblioteca, entrevistándose con uno de los tutores del señorito Colin. Si es tan amable de pasar al salón y aguardar, daré aviso enseguida.

Ella asintió agradecida y lo siguió a la estancia en cuestión, una amplia sala de recibir contigua al vestíbulo, decorada en delicados tonos azul claro y crema. Elegante y confortable. Tenía que admitir que la atmósfera de Herrick House era curativa y balsámica, que pese a ser la residencia de una familia tan numerosa, reinaba la calma, todo estaba ordenado y extremadamente limpio. Los cuadros de las paredes, muchos de ellos retratos de la gran estirpe, eran

entrañables. Lady Elisabetta y su hermano el conde, con la esposa de este. Milady rodeada de sus seis irresistibles hijos, las descendientes de lord Herrick, tres preciosas damiselas de cabello rubio e increíbles ojos de cielo. Los perros de la familia…

Se entretuvo en observarlos hasta que una voz grave y varonil que conocía muy bien la asaltó por la espalda.

—Lady Flora. ¡Qué inesperado placer!

—Señor Spencer —respondió comedida, manteniendo bien sujetas las riendas del entusiasmo.

—¿Le han ofrecido ya algo de beber? ¿Té, café?

—¿Quedaría muy poco refinado si le sugiero una copa?

A Lucien se le escapó una sonrisa juguetona. No haría alusión a las muchas veces que había ido hasta Bromley Manor pretendiendo verla. A las muchas veces en que ella le había dado con la puerta en las narices. Al sentimiento de frustración que su persistente negativa había generado. A lo mucho que la había echado en falta.

No lo haría.

—No, si mi madre no se entera. Tome asiento mientras lo sirvo. ¿Whisky?

—Whisky estará bien —aceptó la dama con un suspiro.

—¿Hay nervios que necesita calmar? —Como ella no le respondió, Lucien continuó de espaldas, inclinado sobre la mesita de los licores. Cuando se giró, llevaba una copa en cada mano—. Dígame qué es lo que le ha ablandado el corazón, necesito saberlo.

Ella se limitó a tomar su copa con gesto risueño.

—Si algo la ha hecho cambiar de opinión respecto de nuestro desencuentro —insistió el joven—, me gustaría saber qué es. Para reservarlo como arma secreta en lo sucesivo.

Flora no iba a mencionar, ni en sueños, su vergonzoso episodio de fisgona tras la puerta. Así que sonrió más, agitó con gracia la cabeza, y respondió a una pregunta que nadie le había hecho.

—En realidad, pensándolo con calma, no tuvo tanta importancia. Usted preguntó y yo me enfadé demasiado cuando, a fin de cuentas, solo se trataba de unos documentos que alguien dejó

por equivocación en mi casa. Estoy obligada a hacerlos llegar a su verdadero destinatario.

—¿Por equivocación? —indagó Lucien, suspicaz.

—Eso he dicho.

—¿Y cómo sabe a quién debe entregarlos?

Flora titubeó un largo instante.

—Lo averiguaré.

—No imagino cómo —machacó él.

Milady le dedicó una intensa mirada de reproche.

—¿Quiere que discutamos de nuevo? He venido a tenderle un puente de concordia con la mejor de mis intenciones…

—Flora.

—Insisto. Me he desplazado hasta aquí dispuesta a olvidar su osadía de la otra noche y a que volvamos a recuperar nuestra relación de buena vecindad, no a que se entrometa de nuevo y me someta a un interrogatorio carcelario.

—Mire. —Impaciente, levantó una mano—. Sé a lo que se dedica. Y sé con cierta proximidad lo que contienen esos papeles.

La expresión femenina fue de asombro primero, de irritación después.

—¿Y puedo saber el origen de tanta sapiencia?

—Yo mismo los coloqué dentro de la alforja.

La joven se puso inmediatamente en pie. Tensa y con los puños apretados, como si se hallase en un callejón sin salida del que urgía desesperadamente escapar.

Lucien no se amilanó.

—Y ahora que yo también he confesado, ¿qué tal si nos dejamos de rodeos y empezamos a hablar con la verdad por delante?

Era temerario pensar que ella le concedería una oportunidad, pero había que intentarlo. Por descontado, Flora le dio de nuevo con una negativa en la cara. Antes de poder aplacarla, impedirlo de alguna forma, la joven había desaparecido.

No dejaría así las cosas. No esta vez.

Salió a la carrera tras ella. La alcanzó a medio camino de los jardines traseros, la vía más rápida para cruzar la propiedad hasta

Bromley Manor, evitando la calle y un gran rodeo. De tres zancadas se puso a su altura. Sin detenerse a sopesar las consecuencias de sus actos, la aferró del brazo para que frenara.

Flora se lo sacudió de encima con mucha más fuerza de la que cabía esperar.

—¡No se atreva a tocarme! ¿Es que ha olvidado que es un caballero?

—Esas cosas no se olvidan.

—Entonces, permítame continuar.

—Pare. Deténgase. Tenemos que hablar. Y es importante.

—No tengo nada que decir. Usted tendría que explicar por qué razón entra sin permiso en mi casa y deja, donde le parece, documentos que no le pertenecen. Tiene mucha suerte de que no me importe en absoluto la respuesta. Por eso no se lo preguntaré.

Lucien quedó perplejo. Abrió la boca, aunque no llegó a decir nada. Solo logró reunir la valentía suficiente para perseguirla sin importunarla, sin alzar la voz.

Eso sí, de modo obstinado.

Si a Flora se le había pasado por la cabeza que se rendiría, es que no lo conocía en absoluto.

Capítulo 38

Todo por su bien

La caminata fue extenuante. Al menos, hecha a aquel ritmo endiablado. Flora caminaba acelerada, a pasos largos, con los brazos rígidos, pegados a los costados. En un momento dado, giró bruscamente sobre sus talones y lo encaró furiosa.

Estaban justo en la valla de lindero que separaba ambas propiedades.

—¡Le he dicho que no me siga! Creo que esta amistad nuestra ha llegado a su fin.

—¿Sabe lo que debería decirle? —siseó Lucien, controlando a duras penas el mal humor.

—¿Adiós? —sugirió ella irónica.

—Debería decirle ¡qué la zurzan!

—Cómo… —subió el tono—, ¿cómo se atreve?

—Oh, disculpas, ¿cómo he podido ser tan grosero? Que la zurzan, ¡*milady*!

El pecho de la muchacha se agitó de forma evidente, subiendo y bajando con una respiración entrecortada por el disgusto y la ira contenida. Dio por finalizada la charla, enfiló nuevamente el camino e inició la huida muy dispuesta. Pero una garra que ya le era familiar volvió a trabar su brazo, esta vez con mayor ímpetu.

—Debería decírselo, pero no puedo. Porque no logro permanecer impasible tratándose de usted. Me importa su

seguridad, su honor, que se meta en un lío o que la comprometan. ¿Quién ha sido? ¿Quién la ha involucrado en algo tan turbio?

—Usted mismo es parte de ello, lo admitió hace un rato. No se atreverá…

—¿A qué?

—A tener la desfachatez de prohibirme algo que usted también hace.

—¡Es diferente! —se desesperó.

—¿Porque usted es un hombre y yo solo una débil mujer inútil? Lucien, deje de ser correcto y anticuado. El asunto no es tan peligroso.

—¡Porque yo no tengo nada que perder!

Ella lo observó confusa. Sin saber qué replicar a aquello, que sonara inteligente.

—De acuerdo —retomó él—, no se juega la vida, si es eso a lo que se refiere. Pero ¿imagina qué pasaría si la cazan portando correspondencia francesa?

Flora alzó muy digna la barbilla.

—La hermana de un duque jamás pisaría una celda.

—¿Y qué me dice de su reputación? Estaría arruinada, acabada. Sus opciones de matrimonio, su…

Flora lo calcinó con unas pupilas llenas de fuego.

—¿Matrimonio? Muy pronto ha olvidado que mi interés en ese punto es igual a cero.

—¿Ha pensado en su abuela? ¿En el disgusto que podría darle?

Ante ese golpe bajo pero inteligente, Flora pareció apagarse. Incapaz de responder lanzando un dardo afilado de los suyos.

—¿Ve como usted y yo no podemos siquiera ser amigos? —gritó al borde del sollozo—. Malgastamos el tiempo peleando.

—¡Esto no es una pelea! Es una testarudez suya, de lo más absurda.

Los ojos de la muchacha estaban enrojecidos y muy húmedos. Lucien supo que, no solo había bajado sus defensas, sino que estaba a punto de derrumbarse. Y porque se sintió culpable de

hacerla sufrir, tuvo que repetirse un sinfín de veces que todo era por su bien.

Aprovechando ese instante de abstracción en que aflojó la presión sobre su antebrazo, Flora se liberó. Siguió caminando a marcha forzada hacia su casa, sin importarle ya que Spencer siguiera ahí, pisándole los talones, más tozudo si cabe que ella misma. Le había confesado que él también manejaba correspondencia enemiga, lo más sensato sería detenerse e intercambiar pareceres.

Podían, incluso, colaborar juntos.

Pero su orgullo le impidió hacerlo. Agachar la cabeza frente a alguien tan engreído como Spencer se le hacía demasiado cuesta arriba.

—¡Deténgase! —le ordenó Lucien desde atrás. Como era de esperar, ella no le hizo el menor caso— Demonios, ¡pare! ¡Le he dicho que pare!

—Va listo si piensa que va a aleccionarme sobre lo que puedo o no puedo hacer —refunfuñó la dama—. Para eso ya tengo a mi madre.

Mucho más cerca de la entrada principal de Bromley Manor, una escena de todo punto inesperada fue, para la muchacha, la brida radical que Spencer no había conseguido crear. Flora frenó en seco, asustada por lo que estaba viendo. Tres hombres con impecables uniformes oscuros, chalecos rojos y las distintivas chisteras altas, discutían acalorados con el mayordomo de Bromley Manor y dos lacayos. A los miembros del servicio se les veía de lo más apurado ante los agentes de la autoridad policial.

—¿Qué ocurre? —cuchicheó Lucien muy cerca de su oreja.

Un excitante escalofrío le recorrió la espalda, aunque no supo qué responder, salvo encogerse de hombros y espiar. Con la mala fortuna, que el angustiado mayordomo la divisó aún a lo lejos.

—¡Milady!

Lucien se adelantó con brío, asumiendo un papel que no le correspondía.

—¿Sucede algo grave?

—Piden registrar la mansión, milady —explicó atragantado el pobre hombre.

—¿Qué clase de disparate es este? —se irritó la muchacha.

Sintió la mano de Lucien deslizarse envolviendo la suya.

No solo le mostraba apoyo y protección. También le rogaba calma, prudencia y que se mantuviera en silencio. Flora captó el mensaje como si estuviera pronunciado en voz alta.

—¿Dónde está la señora? —quiso saber Spencer.

—Se retiró hace unas horas, aquejada de un terrible dolor de cabeza —informó el agobiado mayordomo.

—Obviamente —Lucien se dirigió a los agentes de la autoridad con tono grave—, no podemos importunarla.

—¿Y usted quién es? —El agente que hacía de interlocutor lo repasó con interés de pies a cabeza.

—Lucien Spencer. Hermano del vizconde Rothgar, sobrino del conde de Herrick. Amigo de la familia y vecino de la residencia.

—Discúlpenos, señor, tenemos mandato de registro.

—¿Y cuál es el motivo, si puede saberse?

—Han informado de la presencia de un individuo sospechoso en torno a la residencia.

Los dedos de Flora apretaron los suyos. Muy en su papel de caballero pudiente encrespado, Lucien arqueó con desconcierto las cejas.

—¿No tendría entonces más sentido una orden de protección en favor de estas damas?

El que parecía llevar el mando titubeó, cazado por sorpresa.

—Nosotros…

—En esta casa solo viven dos señoras respetables cuya honorabilidad no permitiré que nadie ponga en duda. Respondo por ellas.

—Pero nos han dicho…

—Si hay alguien sospechoso de lo que sea rondando, deberían centrar sus esfuerzos en garantizar el bienestar de milady y la señora Bromley, su integridad, en lugar de tratarlas de forma irrespetuosa. Algo tan ofensivo como un registro es de todo punto inconcebible.

—Mire, señor…

—Spencer —repitió impaciente—. Lucien Spencer. Insisto. Tanto yo como mi familia, incluidos el conde y el vizconde, respondemos por estas damas de reputación intachable. Si debo personarme en alguna parte, solo tiene que tomar nota y avisarme. Mi casa es justo la que encontrará a continuación en la calle.

Tras un embarazoso puñado de segundos en los que los agentes cruzaron miradas de perplejidad con los labios apretados, finalmente, el de la voz cantante asintió.

—De acuerdo, señores. Nos retiramos. Disculpen las molestias. Milady.

Lo hicieron de mala gana, pero lo hicieron. El buen mayordomo parecía a punto de desmayarse, a Lucien le recordó a Mortimer con sus sofocos. Los dos lacayos resoplaron de alivio antes de desaparecer con una reverencia y la pareja de jóvenes quedó nuevamente a solas.

Tomados de la mano.

Capítulo 39

La punta de una llama

Flora fue la primera en deshacer el lazo con un tirón, como si sus dedos acabaran de rozar la punta de una llama. Lucien recibió su gesto de abandono con un agudo latigazo de malestar.

—¿Lo ves? —la reprendió, prescindiendo del tratamiento alejado y formal— ¿Ves que no exageraba cuando te advertí que todo esto podía desmadrarse y desembocar en un tremebundo lío?

—Pe… pero…

—Seguramente, el individuo que han avistado es quien vino a depositar más documentos

—Por fortuna, no hay consecuencias que lamentar.

—¡Podría haberlas habido! ¿Quién demonios te ha convencido para que te expongas en algo tan estúpido que no va a reportarte el menor beneficio?

Los ojos de la muchacha recorrieron con aprensión la fachada de la imponente casa hasta detenerse en uno de los ventanales de la primera planta.

—La abuela está haciendo señas; parece que nos llama.

—¿Vas a contárselo?

Ella entrecortó un largo suspiro mientras se mordisqueaba el labio inferior en un gesto que, en otras circunstancias, habría conducido a Lucien directamente a la locura.

—Cuéntaselo, Flora. Y deja de hacerlo, por lo que más quieras.

—Ya te he dicho que no me prohibirás intervenir en algo en lo que tú también estás implicado. Si yo corro peligro, tú puedes correrlo igualmente.

—Si ese es tu deseo, lo dejo —recalcó él con firmeza tras una dilatada pausa—. En serio, tienes mi palabra, lo dejo. Lo dejamos los dos.

—Los dos —repitió Flora como un eco.

Qué bien sonaba.

—A la par. Como si fuéramos un solo cuerpo.

No hicieron falta palabras para decirse todo lo que sus ojos estaban contando. Aquellas bocas no podían esperar más, no sabían cómo hacerlo, cómo retener las ganas de entrar en contacto y devorarse sin permiso. Los labios húmedos y entreabiertos, llamándose a gritos.

Lucien deseaba, necesitaba con urgencia besarla.

Flora pedía al cielo ser besada, para poder responder con idéntico ardor.

Sin embargo, ninguno de los dos consiguió olvidar que la abuela de la muchacha contemplaba la escena desde la ventana, un acercamiento fuera de todo decoro, que bastante comprometido resultaba ya.

De modo que se tragaron el ansia y se distanciaron.

La viuda Bromley aguardaba algo nerviosa en su gabinete, con té para tres ya servido, y hasta quiso incorporarse cuando los vio llegar. Ambos se abalanzaron a fin de sujetarla y evitarlo.

—¿Alguien puede explicarme por qué ha tenido lugar tan desagradable incidente? La policía en mi casa. ¡Qué afrenta!

—Abuela…

—Al parecer, habían localizado a alguien sospechoso merodeando la propiedad —se adelantó Lucien con talante desenvuelto—. Solo querían asegurarse…

—¿Sospechoso de qué, exactamente?

—No tiene que preocuparse, señora. —Le sonrió tranquilizador—. Todo está bien, ya se han marchado.

No es que la viuda no agradeciera los intentos de Spencer por serenarla, pero sus pupilas estaban clavadas sin misericordia en su nieta, a modo de reclama muda de más explicaciones. De la verdad.

Al final del escrutinio, Flora dejó escapar un suspiro.

—Abuela, ¿estás preparada para lo que tengo que contarte? ¿Recuerdas a sir Carnavon?

—Necesito una copa —gorgoteó la anciana—. Que le den al té. Spencer, ¿me la sirve?

—Será un placer. ¿Desea otra, lady Flora? —ofreció él, ya de pie.

—Sírvasela sin preguntar. Dadas las circunstancias, un poco de alcohol y desinhibición nos vendrá bien a todos. Hija… ¿cómo te has dejado enredar?

—Pensaba en el bien de nuestro país, abuela, en la paz…

—No discuto que el fin sea noble, querida. Pero una muchacha de tu condición no puede verse envuelta en ese tipo de asuntos. Así que Carnavon. —Meneó la cabeza incrédula—. El mejor amigo de tu padre regresa de entre los muertos. Ha sido muy imprudente.

Lucien llegó hasta ellas y le ofreció una copita llena hasta la mitad a cada una. Leyó en los ojos de la viuda, que pronto le pediría una segunda ronda.

—Tienes que reunirte con él e informarle de que lo dejas. Flora, te lo suplico, si no lo haces por ti, ni por el apellido familiar o el título que ostenta tu hermano, hazlo por esta pobre vieja a la que podrías matar de un disgusto.

—No sé cómo localizarlo, abuela. Es igual que un fantasma, él me busca y me aborda. En el parque, en un baile, en el lugar más insospechado. Y antes de que pueda reaccionar, se esfuma.

—Mañana noche hay un recital de arpa en la residencia Walker y creo que estamos todos invitados. Quizá sería un buen

momento…

—Todo depende de él, abuela. Si ese es su deseo, acudirá.

—Procura que tu madre no se entere de nada. Recuerdo haberla visto muy dolida con la desaparición de sir Carnavon.

—Cuenta con ello.

Los ojos azules de la anciana, un poco vidriosos a causa de los años, se dirigieron con amabilidad hacia Lucien.

—Debo agradecerle el que se haya hecho cargo de todo. Mi mayordomo me ha puesto al corriente. Creo que se ha convertido usted en su héroe. El pobre lo recuerda como «el hombre del año». Temo que vaya a contárselo a todo el mundo.

—Tiene mi palabra de que no he llevado a cabo heroicidad alguna. Solo lo que cualquiera en mi lugar habría hecho.

—Cualquiera con el suficiente arrojo y valentía, señor Spencer. No piense que todo el mundo está dispuesto a dar la cara por otro ante las autoridades. Es triste convertirse en una mujer sola y medio aislada, sin un caballero que te proteja debidamente en una sociedad como la nuestra. No imaginan la de veces al día que echo de menos a mi querido esposo. Mi respaldo perfecto.

Flora hundió la cabeza en el pecho. Era muy posible que aquellas dulces palabras se las estuviese dedicando a ella, a modo de cariñosa reprimenda. Pedir auxilio, dejarse ayudar, no era un signo de debilidad. Ser una mujer capaz e independiente no necesariamente implicaba un rechazo casi visceral a la presencia masculina. Empezaba a entender lo que la abuela llevaba años tratando de explicarle.

Si tan solo pudiera confiar… Si pudiera…

Seguía ensimismada en sus pensamientos, con la mirada perdida en las llamas de la chimenea, cuando Lucien se puso en pie y anunció su partida. Quiso despedirlo con alguna fórmula adecuada de cortesía, pero su lengua se negó a obedecer, lenta para articular palabras. Fue su abuela la que salió al paso de la requerida educación en tan penoso escenario.

—Espero verlo mañana en el recital de los Walker, señor Spencer. Y de nuevo, nuestro eterno agradecimiento. Por todo.

Capítulo 40

Nada más que la verdad

De no ser por su convencimiento de que en el recital encontraría a Carnavon, Flora habría rehusado la invitación. Estaba demasiado confusa en lo que a Spencer se refería. No le agradaban las cosas que se daban la vuelta por completo con la malévola intención de desconcertarla.

Y ahora no sabía qué pensar.

Prefería continuar irritada, rabiosa en el momento en que se dirigía a ella sin siquiera saber por qué, que mantener a raya aquella excitación de fuego que se la comía viva estando Lucien presente.

Se le había ido de las manos. Lo que sentía por él había roto las cuerdas y galopaba libre y temible. Aquella paz, la impresión de seguridad que le transmitía. Cómo se veía a sí misma a través de sus ojos. Si lo imaginaba interesado en otra, le hervía la sangre. Y ella no quería aquellas emociones, jamás las pidió. Todo se resumía fatalmente en una sensación de dependencia que la ahogaba.

Lo que la desdichada experiencia familiar le había enseñado era que los hombres son torticeros. Que fingen y mienten para conseguirte. Incluso después, con la intención de mantenerte a su lado, para a continuación, hacerte añicos el corazón.

Se llevó la mano al pecho, agitada. Notando cómo latía delirante y frenético.

Tanto la abuela como ella habían hecho malabares con tal de mantener a lady Barrow lejos de aquel recital, y del peligro de ver a Carnavon y sufrir un ataque. Las inquietas pupilas de Flora

rastreaban el salón en busca del agente de la Corona. Sin concentrarse ni oír apenas nada de lo que le decían, sonriendo y asintiendo a todo por corrección. Más fuera que dentro.

Hasta que le pareció vislumbrarlo.

Al fondo. Cerca de los enormes ventanales que comunicaban con las terrazas.

Solicitó excusas ante su abuela y el matrimonio octogenario con el que esta conversaba para ausentarse y, al cruzar la zona donde se exponían las bebidas, sus ojos captaron otros del color del humo que la vigilaban.

Flora intercambió un gesto apenas perceptible con Lucien para que no interviniera. El lenguaje corporal que habían desarrollado funcionaba solo, era un efecto inmediato y mágico creado para ellos dos. Él fue capaz de adivinar la premura y la angustia en la joven, como también la orden de que se mantuviera al margen. Eso solo podía significar una cosa: el tal Carnavon estaba al acecho.

Lucien se moría por echárselo a la cara y decirle cuatro cosas.

Podía ser casi de la familia, pudo haber sido en su momento un segundo padre para Flora, tenía, desde luego, más derecho sobre ella que él, pero implicarla en algo que podía volvérsele en contra con el único objeto de satisfacer una conveniencia era imperdonable.

No obstante, conocía su lugar. Y era la retaguardia. Se mantendría invisible salvo que ella lo necesitara.

A pasos cortos, permitiendo que Carnavon supiera dónde se encontraba, Flora se internó en los jardines. Verdes y frondosos, exquisitamente cuidados, contaban con un pequeño laberinto de setos altos, el punto ideal para perderse con un amante y dar rienda suelta a los instintos del amor, lejos de ojos críticos.

—Mi querida niña…

Esta vez, la frase la sobresaltó. No era un saludo, ni una bienvenida. Fue pronunciada con un tono lastimero que expresaba arrepentimiento y dolor.

—Carnavon, yo… No puedo continuar.

El caballero la tomó de las manos con sumo afecto.

—Lo sé, lo sé, iba a pedírtelo yo mismo. Alguien debe de haberme identificado cerca de Bromley Manor. Por nada del mundo toleraría ponerte en riesgo. Espero que puedas perdonarme.

—Hay tantas cosas que te quiero preguntar. ¿Por qué yo? ¿Por qué me buscaste como colaboracionista? No era solo porque fuese audaz y competente.

Carnavon bajó la cabeza.

—Por favor… —rogó ella en un susurro amortiguado.

—Tu padre siempre decía que tenías derecho a que se te ofreciera participar en la defensa del país, y a decidir libremente sin ningún tipo de obligación. Que eras perspicaz, juiciosa y muy valiente. Que habrías sido el mejor duque de Barrow. Una verdadera patriota.

—¿Y…? No recuerdo a mi padre implicado con desmesura en cuestiones políticas.

—Flora. El duque…

—Preferiría no mencionarlo. No me trae recuerdos agradables —solicitó con la voz rota.

—Tu padre, al igual que yo, era agente de la Corona.

Flora abrió los ojos cuanto pudo.

—Es hora de que lo sepas.

—Agente… ¿de la Corona?

—No solo eso. La dama que falleció con él, la que lo acompañaba en el carruaje, no era, ni mucho menos, su amante. Era otra agente colaboradora con la que debía intercambiar cierta información vital.

La muchacha abrió la boca, repentinamente seca, pero de ella no brotó ningún sonido.

—Sospechamos que el accidente fue provocado, pero tras una larga investigación no reunimos pruebas concluyentes. Te juro que lo intenté. Durante años.

El bello rostro de Flora había palidecido con violencia. Carnavon temió que se desvaneciera.

—Lo siento. Siento haber permitido que creyerais algo tan horrible de mi leal amigo. El duque amaba a su duquesa más que a nada en este mundo.

—¿Mi padre… no engañó a mi madre? ¿Nunca?

—Jamás. La quería con todo su corazón.

—¡Tú lo sabías! ¿Por qué? ¿Por qué te lo callaste?

—¡Era información confidencial entonces!

—¿Y más tarde?

—Te lo estoy contando ahora. Han pasado muchos años, no hago mal a nadie confesándotelo. Entiéndelo, Flora, no dependía de mí el desvelároslo.

La joven retrocedió un paso, con la sensación de encontrarse al borde de un abismo que probablemente quería saltar. Con un nudo espantoso en mitad de la garganta que le impedía respirar.

—Pero te fuiste. Eras nuestro principal apoyo y desapareciste. Fue cruel…

—Fue lo único que cabía, chiquilla. No solo debía callar e investigar. Lo… lo que siento por tu madre…

—¿Mi madre?

—Lo que siento por ella no es decente. La mujer de mi mejor amigo, de mi compañero. Tenía que desaparecer.

El suelo que pisaban los pies de Flora se tambaleó vertiginosamente. Demasiados secretos desenterrados al mismo tiempo. Un huracán dispuesto a barrerlo todo con desmedida brutalidad. Sus creencias desde niña, sus miedos, sus diques de contención. Los principios que habían regido su relación con el romanticismo y el amor…

—Ella… ella debería saberlo —balbuceó—. Eras muy importante, te nombraba todo el tiempo, durante años te echó en falta hasta que se acostumbró a tu ausencia.

—Hubo un momento en que pensé que sería mi esposa. No obstante, caprichos del destino, el elegido acabó siendo tu padre. Ahí permanecí, siempre a su lado, sintiéndome feliz al verlos felices.

—Como su más fiel compañero.

—Lo intenté, Flora. De veras que lo intenté. He cometido muchos errores por los que debo pedirte perdón. Incluido el haberte reclutado para la gestión de correspondencia. Lo hice pensando que honraba la memoria de tu padre, imaginando que él también te lo habría ofrecido para que, sin presiones, decidieras.

—Supongo que necesitaré tiempo para digerir tantas revelaciones.

—Sería lo natural. No voy a molestarte más, tienes mi palabra de caballero.

—¡No! —Flora temió que volviera a volatilizarse en la penumbra—. Tienes que visitar a mi madre, ella debe saberlo…

—Pídeme cualquier cosa, mi querida niña, cualquier cosa menos eso.

—Te lo pediré con insistencia hasta que me lo concedas. Si ella te corresponde, papá os daría su bendición. Estoy más que segura.

Aun rodeados de oscuridad, Flora percibió el azoro en el rostro de Carnavon.

—Por favor —instó con un hilo de voz—. Mamá lleva sola demasiados años. Dime que al menos te lo pensarás.

El caballero inclinó la cabeza en una seña que Flora interpretó como confirmación.

—Y gracias por habérmelo contado. Aunque hayas tardado siglos.

Carnavon no tardó en volverse aire, como de costumbre. Como si ni siquiera hubiese pasado por allí. Flora se derrumbó en un banco cercano con el corazón en un puño, sujetando el torrente de lágrimas que luchaban por saltar.

Sintiendo, en simultáneo, que un peso terrible que la había aplastado durante la mitad de su vida acababa de evaporarse.



Capítulo 41

Fuegos de artificio

Lucien se hizo visible tras un recodo. Solo que Flora estaba demasiado alterada como para verlo. Cuando él llegó hasta su costado, ella miraba al cielo, sujeta al borde del banco con las dos manos y los nudillos blancos por el esfuerzo del agarre. Los ojos le brillaban encharcados por unas lágrimas que tardaban más de la cuenta en derramarse.

No hubo un pisar una rama que hiciera ruido al quebrarse. Tampoco sucedió que bajo sus pies crujiera una montañita de hojarasca. Fue su olor particular el que envolvió a la muchacha y la alertó de su presencia. Se puso en pie de un brinco y sin pensárselo un segundo siquiera, se arrojó en sus brazos.

—Oh, ¡Lucien!

Spencer la recibió atónito, pero encantado.

Un impulso irracional. Una locura escandalosa. Los dos abrazados en mitad de la noche en un jardín, rodeados de vegetación y de luz de luna. Movidos por una ridícula sensación de inmunidad, cuando lo cierto era que cualquiera, en cualquier momento, podía descubrirlos. Y por encima del peligro y del riesgo, Lucien no la habría dejado escapar por nada del mundo. Fue un abrazo hermoso, tierno, lleno de sentimiento, de voluntad de consuelo y de… amor.

La mano de Spencer rodeó la nuca de Flora, la atrajo hacia sí y le besó el pelo. La joven temblaba pegada a su cuerpo, a punto de romper a llorar.

—Me vas a disculpar —susurró él antes de distanciarse unas pulgadas, acto que le costó la misma vida—, lo he oído todo. Necesitaba saber si estabas en buenas manos, qué clase de tipo era ese tal Carnavon.

Flora se pasó la mano enguantada por la mejilla. Seguramente se llevó consigo alguna lágrima rebelde. E hizo lo imposible por sonreír.

—Un buen tipo, como habrás podido comprobar.

—También tu padre.

—¡Por las barbas de Merlín, Spencer! —Se le quebró la sonrisa en una mueca dolida— ¡Vaya si es cierto que lo has escuchado todo!

—No me arrepiento.

—Qué impropio de un caballero honorable —farfulló.

Si bien, bajo su aparente contrariedad, se escondía una sonrisa atada.

—¿Te encuentras bien?

—Como le he dicho a Carnavon, necesitaré tiempo. Todo es demasiado inesperado. Cuando te pasas la vida creyendo algo y de repente se viene abajo. Mi padre… —Alzó hacia él unos ojos turquesa llenos de luz sobrecogedora—, mi padre no nos mintió. ¡Nunca! Él nos amaba, amaba a mi madre, todo lo que prometía resultó ser cierto.

—Claro que sí.

Flora volvió a sentarse en el banco, con las manos escondidas entre las rodillas, con el aspecto de una niña indefensa. Lo más sensato era salir de allí cuanto antes, lo prudente, evitar que los vieran haciéndose compañía en soledad. Sin embargo, ninguno de los dos cedió a las normas sociales, a la presión de lo apropiado. Solo a sus deseos más íntimos. De modo que Lucien también se acomodó a su derecha, cubriéndola de la vista con su corpulenta figura, si alguien pasaba justo por aquel sendero.

—Cuando ayer te dije que había aceptado ser agente de la Corona porque no tenía nada que perder, te mentí —comenzó, arrancando a Flora de su estado volátil—. No fue intencionado, en

realidad, llevaba tiempo engañándome a mí mismo, convencido de que no había nada en mi vida que mereciese lo suficiente la pena.

—Lucien…

—Quizá es lo que deseaba, disponer de la libertad de arriesgarme sin que nadie más que yo saliera perjudicado si el asunto se complicaba.

—Pero tienes a Colin —comprendió ella con infinita dulzura.

Lucien sacudió la cabeza.

—Apareció en mi vida cuando yo acababa de tomar mi decisión más crucial. Convertirme en agente. No en alguien que marea y traslada un puñado de documentos, no esta nimiedad. Se supone que acometería misiones realmente peligrosas, construyendo en beneficio del país. Al principio me enfadé, me sentí frustrado y furioso porque mis planes se habían ido al traste. No obstante, luego… me di cuenta de lo que ese niño significa en mi vida. Y además apareciste tú. Todo cambió.

—¿Yo?

Ambos llevaban rato perdidos en las pupilas del otro. Atrapados por un grito de anhelo sin sonido, sin palabras, pero grande.

—¿Qué puedo decir? Si desde que te conocí soy un maldito moribundo. Un condenado cuya supervivencia depende de que esos ojos me miren. ¿Te parece justo?

Los deseables labios de Flora se entreabrieron invitándolo a acercarse. No era el lugar oportuno, tampoco el momento, y pese a ello, ¿quién le decía no a ese deseo encarcelado durante meses en espera de florecer?

Posar su boca sobre la de ella no semejó, desde luego, una apertura de pétalos. Más bien la explosión de unos inmensos fuegos de artificio capaces de iluminar todo el cielo. Sin pensar, ni por un solo segundo, que pudieran verlos.

Sin pensar, ni por asomo, que ya los habían visto.

Los gemelos Spencer que, con una botella de whisky en la mano, habían buscado cobijo en la zona más oscura del jardín para degustarlo a placer. Fue girar una esquina y encontrarse a la pareja entregada a la pasión de un beso interminable. No fue difícil

identificarlos. Un intercambio de miradas, un asentimiento, y los dos se colocaron de guardia en el corredor que conducía al improvisado nido de amor, decididos a cortarle el paso a cualquiera que intentase entrar.

—No, milady, por aquí no. Créame, está muy oscuro, podrían tropezar.

—No, caballero. El laberinto está plagado de socavones, sería una terrible desgracia que usted o su esposa acabaran haciéndose daño.

—Podrían, incluso, romperse un tobillo.

—Mi hermano ha estado a punto de lograrlo hace apenas dos minutos.

Los invitados que por una u otra razón buscaban la intimidad de aquellos recovecos, retrocedían espantados, al tiempo que agradecidos por la advertencia.

—Muy amables, señores. Gracias por sus avisos.

Y se esfumaban a toda prisa con tal de mantener enteros sus miembros, ignorando que, con ello, garantizaban la privacidad de los recién estrenados amantes.

Aguantando con mucho esfuerzo una carcajada, Varian y Jurian se golpearon mutuamente las costillas con los codos. Orgullosos de su ingenio, encantados de lo que eran capaces de conseguir.

Pensando en lo que exigirían de su hermano mayor como precio a su servicio.

Capítulo 42

Lo que sucedió en realidad

Fiel a la vieja tradición inglesa de que una buena taza de té es capaz de recomponer hasta lo más terrible, Flora se había hecho servir unas cuatro aquella tarde. Bajo la inquisitiva mirada de halcón de su abuela, que no se apartaba de ella, repasándola con preocupante persistencia. Tanta que la muchacha temió ser transparente y que a través de su piel pudieran leerse sus más íntimos secretos.

En concreto, la placentera turbación que trajo consigo el beso de Lucien Spencer.

—Entonces, ¿el recital de arpa te resultó divertido?

—Sí, abuela, mucho. De lo mejor que se ha visto últimamente en este tipo de eventos —respondió con premura, como si de repente hubiese olvidado que la anciana también asistió.

«El beso. El beso. El largo, húmedo, caliente e inolvidable beso».

—Me dejaste sola un prolongado intervalo de tiempo. Acabó el interludio y no apareciste hasta mucho después, desencajada y nerviosa. ¿Puedo saber qué sucedió?

—Ya te lo dije, abuela. Carnavon apareció como por arte de magia y me llevé un buen susto del que costó recuperarse.

«Luego también me besaron. De un modo que jamás pude soñar».

—Lo que ocurrió en realidad —silabeó la viuda Bromley.

Flora casi pudo ver el dedo de la anciana retorciéndose dentro de su herida.

—¡Es la verdad! —gimió con desespero—. Vino a buscarme. Lo previne de que no continuaría colaborando, pero por algún motivo, él ya parecía estar informado. Su intención era precisamente, rogarme que me retirara.

Cortó el caudal de sus palabras con un ensayo de sonrisa tan tensa como falsa, rezando porque fuera suficiente. Se estaba guardando, desde luego, mucha munición. Y mientras daba unos sorbitos apresurados a su té hirviente, llegó a la conclusión de que iba a tener que contar bastante más.

Suspiró resignada. Hablaría. Pero no del beso.

El beso le pertenecía por entero.

—De acuerdo, abuela. Luego no te atrevas a acusar de que se ponen a tu alcance datos capaces de causarte un ataque.

La viuda Bromley pareció hundirse en el respaldo de su asiento, más que cómoda, dispuesta a atender con los cinco sentidos.

—Conversamos acerca de cosas… muy delicadas. Reveló detalles de la vida… y de la muerte de padre, que me dejaron perpleja. Hemos estado tan equivocadas todos estos años. —Se inclinó brusca hacia adelante—. ¿Tú sabías que padre era agente al servicio de la Corona?

La venerable anciana ladeó la cabeza, escasamente sorprendida.

—Siempre me pregunté por qué no lo era. Al fin y al cabo, el duque reunía todas las cualidades exigidas y alguna que otra más.

—Y la dama que viajaba a su lado aquella noche no era su amante. No mantenían ningún tipo de relación amorosa o romántica, abuela. Era su contacto en la misión. Otro agente, nada más.

Esta parte de la confidencia sí logró quebrar la aparente indolencia de la anciana aristócrata. Se llevó la mano a la boca para ocultar un gemido.

—Madre debería saberlo —añadió Flora consternada.

—Desde luego.

—Pero no entiendo cómo podría contárselo sin desvelar mi fuente de información.

—Mercy celebrará saber que sir Carnavon está vivo y de vuelta en Londres.

Flora se mordió el labio inferior.

—Él no quiere verla.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—No pararás hasta sonsacármelo todo, ¿verdad que no, abuela malvada?

La anciana se encogió graciosamente de hombros y le sonrió cómplice.

—Por descontado que no, ya me conoces. No me resisto a un buen chisme. Y este de Carnavon con tu madre promete.

—Está enamorado de ella. Lleva enamorado de mi madre desde que la conoció. ¿Eso también te lo figurabas?

—Eso siempre lo supe. Carnavon, el hijo del almirante, y tu padre, el hijo del duque, eran inseparables. No obstante, para ser justos, Carnavon la conoció primero. Y hasta creímos durante un tiempo que él sería el elegido. El innegable atractivo de tu padre tiró por el barranco todos sus sueños.

—Seguramente se sintió traicionado, y a pesar de ello, jamás les fue desleal —se admiró la muchacha—. Nunca deshonró la amistad que los unía.

—Carnavon es de una nobleza infinita, puedes creerme. No me disgustaría en absoluto que retomara lo que tuvo con Mercy en su juventud. Tu madre lleva sola demasiados años.

—Eso mismo le dije yo.

—En cuanto Sebastian crezca y encuentre esposa…

Flora rodó los ojos. Algo inconcebible tratándose de su hermano.

—Se quedará sin nadie —sentenció la señora Bromley—. Y todavía es muy joven.

—Deberíamos ayudarlos a reencontrarse.

—Espléndida idea, querida. ¿Un pastelillo?

—Solo que Carnavon pretende no manchar la memoria de padre acercándose a la que fue su compañera y el amor de su vida. Gracias.

—Paparruchas. Se le pasará en cuanto inviertan un par de horas juntos, te lo aseguro. Ya sabes cómo son estas cosas del corazón. Indomables. Porque lo sabes, ¿verdad?

Otra vez aquellos ojos azules de halcón fijos en ella, traspasándola como si fuese el vidrio de un ventanal. Otra vez la sensación de sofoco al recordar el beso. El beso que no olvidaría, pero del que se negaba a hablar. Era suyo, no lo compartiría con nadie por miedo a que lo que había sentido, ya de por sí irreal, se esfumara.

—Muy honorable de tu parte pensar en propiciarle amor a tu madre, pero ¿qué me dices de ti?

—¿De mí? —consiguió balbucear.

—Sí. Imagino que algunos cimientos que sostenían tu férrea resistencia al matrimonio acaban de resquebrajarse.

—No te diré que no estás en lo cierto —claudicó con un tono que sugería justo lo contrario.

—Me gusta el señor Spencer.

Una ráfaga de insoportable calor le subió a Flora desde el vientre.

—Y a tu madre, con la que esperas hacer de casamentera, también le gusta.

—Abuela…

La dama levantó una mano exigiendo serenidad.

—No pienso presionarte. Esto es cosa tuya. No obstante, ese niño necesita una madre y tú lucirías sencillamente perfecta en ese papel.

Flora retuvo el aire en los pulmones. Su mente acababa de volar a la noche anterior, dentro del laberinto.

Lucien había rodeado su cintura con un brazo exigente. Su mano libre se deslizó a lo largo de su cuello, de abajo arriba, hasta alcanzar la base de la oreja. Y allí había permanecido acariciando con el pulgar la línea de su mandíbula, su mejilla. Sobre ella, Flora se había atrevido a acurrucarse un segundo, cerrando los ojos, entregada a lo que estaba a punto de suceder. Era inevitable. Aquella tensión insufrible entre ellos desde el comienzo. Se desearon

el primer día, mucho antes de conocerse, mucho antes de ser lo suficientemente humildes como para admitirlo.

El momento sublime en que los labios de ambos se tocaron... No volvería a dejarle dormir. Un roce tímido primero, una caricia temblorosa y larga después. A continuación, se desató la furia. Lo que cargaban en las venas saltó por los aires en un acto de entrega absoluta. No fue solo el placer físico del beso, el roce de las lenguas, los estremecimientos, el espasmo en el vientre. Fue mucho más.

La certeza de reunirse con el alma gemela que ambos habían perdido la esperanza de hallar.

—Flora, ¿Flora? ¿Te encuentras bien, querida? Estás como congestionada.

La muchacha sacudió la cabeza, aturdida. Sintiendo cómo el rubor se extendía desde el centro de su escote hasta el cuello, explotando en sus mejillas. Tragó saliva.

—¿Te está sentando mal el té?

La joven posó la taza en la mesita cercana y se puso en pie con un ademán destemplado, impropio de una señorita de su rango.

—Creo que montaré un rato.

—¿A estas horas?

—Todavía queda luz y estaré de vuelta para la cena.

—Llévate a una doncella.

—¿Para que se parta la crisma a mitad del paseo? Abuela, no saben montar.

—Pues que te acompañe algún mozo, Flora, no vayas al parque sola, ¡no vayas!

Hizo creer a su abuela que obedecería, cuando lo cierto era que no tenía la más mínima intención. Necesitaba volar en solitario. Una corta cabalgada que le permitiera liberar tensiones a ella y a su caballo. A ver si el intenso y acelerado ritmo con el que su corazón había decidido torturarla, se calmaba.

Aquel modo enloquecido de palpitar no auguraba nada bueno.

Capítulo 43

Sin saber qué hacer

—¿Permite que la acompañe?

Con un sobresalto ante lo sorpresivo del llamamiento, milady se giró a mirar por encima de su hombro. Ver allí a Lucien, alto y apuesto como un príncipe de cuento, con las riendas de su caballo en la mano, sonriéndole con ojos de tormenta en calma, casi cálidos, la sobrecogió de una forma inexplicable. Su loco pulso se había puesto a batir como si quisiera matarla.

¿Ya no se tuteaban?

—Si le apetece cabalgar a horas tan intempestivas…

—Con usted, al fin del mundo.

Hermoso lo que acababa de decir, sonaba a promesa romántica. Ocultando su sonrojo como buenamente podía, Flora montó.

—Lo cierto es que llegué hace un buen rato —retomó Lucien con calma—. Me entretuve holgazaneando cerca de las cuadras, por si la veía.

—Hubiera sido mucho más efectivo enviar a alguien a que me avisara.

—No quería, por nada del mundo, importunarla.

—¿Quién dice que me importuna? A estas alturas, señor Spencer, ya nos conocemos, anticipamos nuestros mordiscos —rio.

Él le siguió la broma con una carcajada suave. Le brillaban los ojos cuando la miraba. Los dos caballos iniciaron una marcha lenta en dirección a la salida de Bromley Manor.

—Con franqueza, creo que por primera vez en mi vida no sabía bien qué hacer. No quiero cometer un error fatal que destruya lo que con tanto esfuerzo hemos conseguido. Admitirá que juntos somos como un volcán a punto de erupcionar.

Un cosquilleo que no era del todo desagradable recorrió la espalda de Flora.

—Ahora sabemos cosas del otro que nadie más conoce —dejó caer con marcada inocencia.

—Es un comienzo que suena prometedor.

—Ya sonó en el pasado la misma música. Y volvimos a batallar.

Lucien iba a echarle la culpa a su carácter del demonio, al de ella, a su capacidad para irritarse con una sola frase. Y, sin embargo, enseguida asumió que no eran tan diferentes. Los dos se mantenían en guardia, siempre con los escudos altos, listos para atacar antes de que defenderse fuera necesario. Ninguno de los dos era, realmente, culpable o inocente del todo.

—La abuela piensa que deberíamos favorecer un encuentro entre mi madre y sir Carnavon.

Lucien agradeció el giro en la conversación.

—Quizá una cita doble, un inofensivo paseo por el parque.

—Tendría que jugar con los horarios. Y que tanto el uno como la otra fueran puntuales. Estoy segura de que una vez se miren a los ojos, harán solos el resto del trabajo.

Su voz repiqueteaba soñadora. Con un deje ilusionado que Lucien nunca antes había detectado. La amargura que solía teñir los finales de sus frases se había suavizado, por no decir, desaparecido.

—Una mirada directa a los ojos es un sendero inmediato al alma —musitó Lucien en una suerte de dulce gruñido.

—Algunas veces —concedió ella a medias.

—¿Puedo ayudar? Con el plan entre lady Barrow y sir Carnavon.

Flora le dedicó una sonrisa traviesa.

—Si lo necesito, se lo haré saber.

—¿Y podríamos…?

—¿Qué? —lo azuzó ella con precipitación.

—No importa, olvídelo.

—Lucien…

—¿Podríamos prescindir del tratamiento formal? Volver a tutearnos, como antes.

—Solo fue un breve espacio de tiempo.

—Pero fue hermoso. Flora, me siento feliz a su lado.

Ella se puso como la grana.

—Me… alegra oírlo.

—Querría que fuese mutuo. ¿Lo es?

Ella escondió su respuesta en una sonrisa tímida. Lo miró desde debajo de sus espesas pestañas.

—Hace preguntas muy atrevidas y demasiado directas, ¿lo sabía?

—Llevamos semanas fingiendo un cortejo delante de todo el que quiere mirar. Y no nos ha ido nada mal, nadie ha muerto, no se ha derramado sangre. ¿No iría siendo hora de que empezase a ser auténtico?

—¿Me está pidiendo…?

Lucien no esperó a que ella retomase la idea o acabara la frase.

—Permiso para cortejarla, sí.

—Pero usted sabe que yo no deseo…

El ligero temblor que advirtió en su voz le dio alas para lanzarse de cabeza a su destino que, incomprensible e inevitablemente, pasaba por ella.

—Confiaba en que hubiese cambiado de opinión.

—Digamos que acerca de algunas cosas, se ha suavizado.

—Permita que conociéndonos mejor sigan ese camino. Para terminar suavizadas del todo.

—Hablando de caminos…

Los ojos turquesa de Flora atraparon los suyos con una mirada franca y valiente que le erizó el vello, le encogió el estómago y le estrujó sin misericordia el corazón. Acto seguido, azuzó divertida a su caballo y desapareció al galope en la distancia del sendero flanqueado de árboles.

Conteniendo la risa, Lucien la imitó tratando de darle alcance.

Colocado por fin en paralelo, inclinados los dos sobre los cuellos de sus monturas, disfrutando del golpeteo del viento en la cara y la velocidad, haciendo gala de su pericia como jinetes, recibieron la fina lluvia desgranada al abrirse el cielo. Se empaparon. Cabello, piel y ropa. Sin que el chaparrón los empujara a desistir de la carrera que culminaron casi en las proximidades de Bromley Manor, y a la par.

—¡Me ha dejado ganar! —bromeó ella, radiante, tirando con delicadeza de las riendas.

—En serio, conociéndome, ¿piensa que haría algo tan ridículo?

Flora se lo pensó mejor, sin poder dejar de reír.

—Francamente, no. No lo haría.

—Antes muerto y enterrado. Un Spencer jamás cede.

Cuando se dieron cuenta de que volvían a competir, estallaron en carcajadas. Atravesaron la verja y alcanzaron la zona de las cuadras, oyendo el chapoteo de los cascos contra los pequeños charcos.

—¿Quiere entrar en calor con una taza de té y un pedazo gigantesco de tarta de limón? Es la preferida de Colin.

Lucien saltó del caballo al suelo, le palmeó el cuello agradecido, y se acercó hasta Flora para tomarla de la cintura y ayudarla a bajar. Durante todo el movimiento, sus cuerpos entraron en contacto por innumerables puntos. Curvas y ángulos que encajaban a la perfección, como moldeadas a medida. La fue dejando caer muy despacio, saboreando cada pequeño roce, hasta que las suelas de sus botas tocaron el suelo mojado.

Sus rostros tan cerca. Sus bocas a escasas pulgadas. El vaho que provocaba el frío escapaba de entre sus labios formando volutas que se enredaban y bailaban entre ellas.

—Flora.

Ella tragó saliva. La garganta en carne viva.

—Lucien.

Buscaron con ansia el beso, con incontenible deseo.

Y al encontrarlo, fue como resbalar y caer por un abismo infinito, quedar flotando a la altura de las nubes sin miedo a nada,

sostenidos por las alas de los ángeles, envueltos en seda tibia y placer.

Capítulo 44

Paraíso

Sus labios se fundieron en uno solo. Con los ojos cerrados y sin dejar de estrecharse, se adentraron en las caballerizas, ahora desiertas. No solo era el chaparrón, también la hora. Con probabilidad, todo el mundo estaba en la casa, atendiendo a sus tareas o preparándose para la cena. La abuela debía de estar intranquila, le había aconsejado que no saliera a cabalgar tan tarde…

Las ideas, las alarmas se arremolinaban en su mente sin orden ni concierto y tal como llegaban, Flora las despachaba de un empellón. Por una vez en su vida estaba dispuesta a colocarse por delante del resto de las obligaciones. Deseaba a Lucien Spencer, ¡santo cielo! ¡Cómo lo deseaba! Y solo tenía que leer en sus ojos para cerciorarse de que el anhelo era mutuo.

¿Por qué no satisfacerlo?

Aunque él no la cortejara después. Aunque arruinase su reputación. Aunque… ¿Qué más daba? Tanta regla, tanto corsé, tanta renuncia a ser feliz envuelta en prejuicios malsanos. Iba a concederle a su cuerpo el capricho del goce. Sin permitir que nada enturbiara aquel momento que se preveía idílico.

Lucien la empujó a lo largo del pasillo, haciéndola caminar de espaldas, pero sin soltar ni aflojar los brazos que la rodeaban como un aro protector. Casi al fondo, había una pequeña cuadra sin ocupante, recién limpiada, con heno fresco y oloroso. De un patadón, Spencer encajó la puerta y ambos se dejaron caer sobre la

pila de paja, ebrios de calentura. Flora no solo sentía el ardor de sus besos, su lengua, sus dientes, su aliento devorándola. Sentía sus manos por todas partes, como si cada caricia se multiplicara expandiéndose por su piel bajo la ropa mojada, como oleadas de placer casi insoportables.

Lucien la cubrió con su peso. Retiró con la punta de los dedos los mechones rojos empapados que se pegaban a su frente y sus mejillas, y aprovechó el instante de pausa para contemplarla. Flora era lo más bonito que había visto en su vida. Era perfecta. Y, sin embargo, no era eso lo que más lo atraía. Era su espíritu indómito, su carácter arrollador, el modo en que observaba las cosas como una guerrera con las espadas en alto.

Flora era puro fuego. Fragilidad bajo capas de fortaleza. Oro y piedras preciosas.

—¿Tienes frío? —le susurró, ronco de deseo.

—Tú te encargarás de que eso no ocurra.

—¿Estás segura…?

Por toda respuesta, los dedos de la muchacha se enredaron en el pelo de su nuca tirando hacia ella, volviendo a besarlo. Besos cada vez más atrevidos, más osados, más profundos. Y cuando la mano libre de Spencer reptó bajo su ropa, acarició la seda de sus muslos, la zona interior, más sensible, buscando su sexo palpitante y húmedo, sintió que se derretía abrumada por una explosión de sensaciones desconocidas.

Lucien temió que la sangre hirviente le estallara dentro de las venas. La insoportable tensión de la efervescencia, la excitación que lo mantenía receptivo a cualquier estímulo, por sutil que resultara. Perdido en la fragancia inusual de Flora. Rendido por completo a lo que ella significaba, a lo que le hacía sentir. Al modo inconsciente en que ella manejaba los hilos de su voluntad y su conciencia.

Palpar la seda de su piel en las zonas más íntimas fue como arrojarse directo a las llamas. Un estallido de calor que estuvo a punto de marearlo. La forma en que ella se estremecía bajo sus caricias, tan deliciosamente irresistible. Lamió con su lengua mojada a lo largo del cuello arrancándole gemidos de placer que lo enloquecieron.

Mientras sus dedos separaban hábiles los pliegues de su sexo y jugueteaban con ellos para conducirla al éxtasis, su boca, sus labios, su dulce saliva se ocupaba del resto, sellando con besos y pequeños mordiscos cada pulgada de carne erizada por la conmoción. Lucien se preguntó si sería capaz de mantener a raya su explosiva entrepierna, ya dolorosa, sin derramarse.

Los jadeos de Flora, su olor, sus grandes ojos entrecerrados buscándolo con una insoportable mezcla de inocencia y lujuria desbordada, eran demasiado. Su cuerpo se arqueó bajo él, sus dedos se clavaron en sus hombros con auténtica desesperación cuando el estallido final tuvo lugar. Y Lucien la silenció con otro beso.

El beso más dulce que recordaba haber dado en toda su existencia.

Flora apenas si podía articular palabra. La garganta seca a causa de los gemidos encadenados. Las mejillas ruborizadas como pétalos de rosa inglesa. El pecho subiendo y bajando, agitado por un corazón que más que latir, galopaba.

Lucien la contempló extasiado, tanto como le permitió el bulto infame en su entrepierna, reclamando con urgencia ser recolocado. Se retorció sobre sí mismo para tirar del pantalón y concederle espacio, ya que regalarle alivio no era algo que pudiera concederse, de momento.

—Eres maravillosa —musitó, acariciándole el rostro con la punta de la nariz.

Notó los dedos femeninos peinando su cabello, hundiéndose en los mechones húmedos de su cabeza para mimarlos, rendida a su suavidad. Flora no sabía qué nombre poner a todo lo que había sentido, a la avalancha de sensaciones físicas, a los temblores en el vientre, al calor. Pero sí que había sido tan placentero como para no olvidarlo mientras fuese capaz de respirar.

—Mi abuela debe de estar desesperada buscándome —musitó pasado un largo rato, cuando por fin su lengua decidió obedecerla en el arte de formar palabras.

Con un último beso en la frente y una sonrisa de asentimiento, Lucien se incorporó quedando en pie ante ella,

ofreciéndole una mano para que se levantara.

Una vez sobre sus pies, Flora se las compuso para arreglar el traje de montar lo mejor posible. Lucien la retuvo todavía unos instantes, tomada por la cintura, con la otra mano enredada en su brazo. Había tanto que necesitaba decirle. Su corazón, muchos años cerrado y endurecido, había dispuesto abrirse de par en par y dejar salir incontables emociones agazapadas de las que ni siquiera era dueño.

Flora se había apropiado de todo. De su mente, de su osadía, sus sentidos, de su capacidad de decisión. De repente, nada importaba demasiado si no era a través de ella.

—Gracias —lo sorprendió en un susurro.

—¿Por qué?

—Por mostrarme el camino del amor. Del que siempre he escapado, el que por norma me negaba a ver. Por arrancar la venda de mis ojos con tanta dulzura.

—¿Puedo enviarte flores mañana?

Ella reaccionó con una carcajada que sonó a campanillas de cristal y le alborotó el alma.

—Irresistible señor Spencer, puede mandarme lo que guste.

Fue para los dos una noche extraña. Tras una cena en familia sumidos en una especie de lejano letargo, tumbados luego en sus lechos, abandonados en el recuerdo del otro. Suspirando por revivir la experiencia cuanto antes.

Todo había dejado de afectar. Nada era lo bastante transcendental.

Ellos.

Su toque. Sus suspiros. Su roce. Lo que habían experimentado. El modo en que sus ojos se enredaban y quedaban enganchados sin remedio. Como si formasen parte de una misma y única realidad.

¿Eso era el amor? Se preguntaron al unísono, cada cual en su lugar.

Porque Flora lo desconocía. Había malgastado tantos años temiéndolo, que ahora le costaba creer que fuese algo tan simple, por entero sublime, que te aúpa al Paraíso en volandas. En cuanto a Lucien…

Ni siquiera entendía cómo ella no había oído el desesperado latir de su corazón mientras la tocaba. Un tambor violento golpeando como un eco contra las paredes de la pequeña cuadra. Como hombre soltero dado a los placeres de la carne, su dilatada experiencia no le había regalado algo parecido antes. Desear intensamente el cuerpo, las caricias de una mujer, al tiempo que te desvelaban su suerte, su futuro, su bienestar.

Demasiado complejo. Demasiado inesperado.

Capítulo 45

El valor de una familia

Cuando Mortimer escoltó a la viuda Bromley y a su nieta lady Flora a la terraza acristalada, donde aguardaba el resto de la familia para el té, una sonrisilla satisfecha que pocos le conocían al mayordomo colgaba de su boca.

El chisme de que el cortejo entablado entre el codiciado Lucien Spencer y la preciosa hija del difunto duque de Barrow avanzaba a buen paso, con visas de convertirse en compromiso más pronto que tarde, había corrido como la pólvora entre los miembros de altas familias y su servicio. Y de todos los destinatarios del rumor, las familias Fowler-Spencer eran los que con más sinceridad y mejor lo celebraban.

Tanto el conde de Herrick como su hermana, lady Elisabetta, se pusieron de inmediato en pie para recibir a sus invitadas. Los acompañaban lady Evelyn y sus dos hermanas pequeñas. Todas con amplias sonrisas de oreja a oreja que se paralizaron en cuanto vieron aparecer a Flora.

—Bienvenidos —empezó diciendo lord Herrick.

Ofreció galante el brazo a la viuda Bromley, que lo aceptó con gusto.

Las pupilas de las cuatro mujeres seguían fijas en la nieta de la dama.

—Querida —lady Elisabetta pestañeó perpleja—, ¿juzgarías muy inconveniente preguntarte… qué demonios llevas ahí a la espalda?

El conde dio un respingo, como si acabara de percatarse de la presencia del objeto traslúcido que sobresalía por los costados de Flora como las alas de un gigantesco murciélago. Lucien, apoyado en las columnas del pórtico, recién vestido para el té, se entretenía contemplando la escena y soltó una carcajada amortiguada solo a medias.

—¿Esto? Ah, eh… —Flora titubeó—. Es una cometa. Para Colin.

—¡Para mí! —chilló entusiasmado el pequeño, corriendo por la terraza acristalada como una liebre.

Los anfitriones estiraron el cuello para contemplar el pálido sol luciendo en el cielo. Una primavera tan tímida como avanzada que no había logrado que las temperaturas ascendieran demasiado y, aun así, les regalaba un bonito día.

—¿A qué esperamos? —propuso el conde alborozado— ¡Vamos a estrenarla!

—Yo me encargo, tío —intervino un radiante Lucien uniéndoseles—. Usted disfrute el té. Los pastelillos se enfrían.

Los mayores se acomodaron en la zona cubierta junto con lady Evelyn, que, sin haber puesto sus sospechas de embarazo en conocimiento de nadie, prefirió mantenerse al margen de saltos y carreras. Diana y Sienna, las Fowler menores, se habían lanzado al exterior sin volver a acordarse de los bollos calientes por los que tanto habían porfiado desde el almuerzo. Con su primo Lucien, Colin y Flora, riendo alborozadas tras una cometa de colores empeñada en elevarse antes de tiempo, parecían dos hadas felices.

Lady Elisabetta soltó un largo y elegante suspiro como acompañamiento a su taza de té, directa a los labios.

—Espero que sepa, señora Bromley, que su nieta es una auténtica bendición del cielo para todos nosotros.

—Podría decir otro tanto acerca de Lucien. —Volvió los ojos azules hacia la tierna escena—. Ambos se hacen mucho bien.

Con ellos allí fuera, los rayos del sol parecían vibrar más furiosos que antes. Por fin, la cometa se elevó en línea perfecta, sin serpentear ni temblar. Colin palmoteaba y saltaba dando gritos, todo al mismo tiempo. Flora sujetaba el hilo de la cometa, mirando a lo alto con sus expresivos ojos turquesa, aguardando a que subiera

lo bastante para pasarle el control al niño. Entonces Lucien se pegó más a ella, y las manos de los dos acabaron trenzadas sobre la fina cuerda.

La pícara mirada de complicidad que intercambiaron no pasó inadvertida para nadie.

—Eran dos corazones cerrados a cal y canto —analizó la viuda Bromley con una chispa de nostalgia— que han conseguido abrirse.

—En el caso de mi hijo era más desinterés que cerrazón —admitió lady Elisabetta con un suspirito—. Jamás vi a Lucien interesado en ninguna joven. Ni siquiera cuando Rhysand encontró a Anne. El inalcanzable Rhys enamorado como un chiquillo. Rhys ¡ilusionado! Rhys ¡casado! —Levantó expresiva los brazos—. Pensamos que su ejemplo sería el camino a seguir para Lucien, siempre han estado muy unidos. Pero no.

—La idea del matrimonio siguió pareciéndole tan repulsiva como de costumbre —completó el conde con una risita.

—Solo que ahora… —intervino sagaz lady Evelyn—, quizá no estemos tan seguros de que tal actitud persista.

—Mirando cómo se conduce cuando Flora está presente… —volvió a suspirar la hermana de lord Herrick.

—Da gusto verlos —coincidió la viuda Bromley con una orgullosa sonrisa—. Son adorables. Los tres.

Todos se felicitaron a un tiempo, al borde de un brindis con sus coquetas tazas de porcelana.

—Debe sentirse orgullosa por los hijos que ha criado, lady Elisabetta —halagó la viuda con tono afectuoso—. No ha debido resultarle fácil, es una ardua tarea, pero debo insistir en que la ha llevado a cabo de maravilla.

La mirada de Elisabetta Fowler se paseó por la extensión de jardín, deteniéndose con suma complacencia en cada figura en movimiento. De entre sus labios curvados, casi por casualidad, escapó un gemido.

—No voy a negar lo mucho que como madre y dama de sociedad los admiro. Dos de ellos felizmente casados ya. El tercero en ciernes…

—¿Y el resto? —se interesó la viuda Bromley con un gorjeo pícaro—. Son tantos y todos tan apuestos.

—Mi querido y sensato Cassian hace algún tiempo que se deja acunar por los encantos de la señorita Rose Fairfox. Admito que todo va mucho más lento de lo que me agradaría, pero así es Cass. Prudente y cauteloso. Muy prudente.

La viuda alargó una mano enguantada para posarla en el antebrazo de milady. Le regaló un par de apretoncitos cariñosos.

—Concédale todas las pausas que precise. Cada cual debe de ser fiel a sus principios. Y el matrimonio no es un paso que tomar a la ligera.

Los gritos de júbilo procedentes del jardín, donde la cometa ascendía sin freno hasta perderse entre las nubes, atrajeron de nuevo su atención.

—No hay nada como una familia unida —murmuró el conde, para sorpresa de todos—. Es el mejor regalo que puede hacerte la vida.

—¿Echas de menos a Prudence, querido? —se atrevió a preguntar su hermana.

Armand Fowler sonrió, dejando claro que, al igual que Elisabetta, no ponía inconvenientes a tratar un tema familiar tan íntimo estando la viuda Bromley presente.

—Solo cuando no recuerdo nuestras interminables discusiones, su rictus amargado de continuo, sus exigencias. Ojalá mi esposa volviera a ser la que un día fue. Todavía tendríamos alguna oportunidad de ser felices.

—Ella parece satisfecha con su sencilla vida en el campo —opinó Evelyn, estremecida por el recuerdo de su madre.

—Tu tía es una verdadera santa —sonrió lord Herrick, volviendo la vista hacia la explanada donde los demás jugueteaban.

Y cuando regresaron, Flora con las mejillas arreboladas, Lucien con Colin a caballito sobre sus hombros, Sienna y Diana tirando del hilo de la cometa, discutiendo por manejarla, todos supieron con certeza que, al hablar de los regalos de la vida, el conde había dicho una gran verdad.

Capítulo 46

Comprar guantes

Llegarse hasta Bond Street a comprar guantes fue un absurdo, inmedible, inconcebible error. ¿Qué necesidad tenía Flora de adquirir más guantes? Ninguna. Tenía infinitos pares, no habría sido necesario.

Pero claro, el destino tiene formas muy caprichosas de salirse con la suya, teje enredos de los que resulta imposible escapar y aquella tonta ocurrencia fue uno de ellos.

El día había amanecido torcido, con la llegada de una breve carta en la que Carnavon anunciaba su marcha al continente a causa de una misión. No marcaba una fecha de regreso, le deseaba lo mejor tanto a ella como al resto de la familia sin mencionar a nadie en particular, y su partida daba al traste con los planes casamenteros de Flora en relación a su madre. Al final tendría que alegrarse de no haberla puesto al corriente de la presencia de su viejo amigo en Londres.

Debió tomar esa nota como una llamada de atención. Un funesto presagio.

Pero no lo hizo.

Nada más entrar en el coqueto establecimiento, Lady Flora había advertido la presencia de una deliciosa joven que la buscaba con insistencia en la mirada. Pero enseguida la había olvidado para centrar su atención en los artículos expuestos y en los tímidos

comentarios de su doncella, hasta que volvía a verla y la rueda rodaba desde cero.

Finalmente, como cabía esperar, la joven desconocida se adosó a su flanco y tomó un par de finos guantes con la punta de los dedos.

—Exquisitos, ¿no le parece?

—¿Eh? Sí, son preciosos. Un encaje delicado.

—Francés, con toda seguridad.

—Es muy probable —repuso Flora, viéndose obligada a responder por pura cortesía.

—Usted, ¿los compraría?

Flora detectó un extraño matiz en su tono. Algo que tiró de su voluntad como una cuerda de seda. La mujer era algo mayor que ella, con una brillante cabellera negro azabache y unos ojos rasgados de gata del color del ónix.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Hablo con lady Flora Euston, ¿correcto?

La muchacha pelirroja pestañeó confusa. Su interlocutora no aguardó su respuesta para presentarse.

—Soy Philippa Logan. La madre de Colin. —Esbozó una sonrisa maquiavélica que le erizó a Flora el vello de todo el cuerpo—. Sé que se moría por conocerme.

Horas más tarde, a salvo en Bromley Manor, reclinada en un diván engullendo a tragos una infusión para los nervios, milady aún se preguntaba cómo logró abandonar la tienda sin tropezar y caer de bruces, con el corazón galopando de aquella manera. Lanzándose a la calle con una mano en el pecho que trataba en vano de controlar su descompasada respiración.

¡La madre de Colin!

¿La madre de Colin?

Aquella mujer…, ¿no estaba muerta?

Entrecerró los ojos y bebió otro sorbo. No escuchó entrar a su abuela, solo se sobresaltó al verla ya allí, apoyada con las dos manos

en su bastón, repasándola con pupilas preocupadas.

Flora se enderezó de un brinco.

—¡Abuela!

—Tranquila, hija, recuéstate. —Escogió una mullida butaca frente a su nieta y la chimenea—. La señora Beng me ha informado de que regresaste algo indispuesta de tu jornada de compras.

—Habrá sido el calor…

Los ojos de la anciana se achinaron con suspicacia. Menuda mentira floja.

—Bueno —tartamudeó Flora peleando por imprimir naturalidad a su tono—, está avanzada la primavera, convendrás conmigo en que las temperaturas son ahora mucho más benignas.

—¿Tanto como para sufrir un sofoco? No tenemos encendidas las chimeneas por gusto, querida.

Flora no era tonta. Sabía de sobra cómo funcionaban las cosas, de modo que no tardó en darse por vencida. Agachó la cabeza.

—Mi doncella se ha ido de la lengua.

—Más bien sí. Del todo y hasta el final.

—Abuela, ¿es posible?

La dama emitió un apasionado suspiro.

—La vida me ha enseñado que casi todo lo que podamos imaginar, por terrible que parezca, puede suceder.

Azuzada por su sentencia, Flora se arrojó del diván a tiempo para despachar la taza de té antes de volcarla sobre la alfombra.

—Tengo que ir a verlo. Tiene que explicarme. Tengo que saber…

La señora Bromley agitó un dedo por delante de su cara.

—Quédate justo donde estás y no te metas.

—¿Qué dices, abuela?

—Si esa mujer no miente, es quien dice ser y está en la ciudad, también irá a visitar al señor Spencer. Y será el momento en que ellos desentrañen sus enredos. No te metas —silabeó para recalcar mejor la orden.

Los ojos de Flora la miraron implorantes. Las manos fuertemente apretadas sobre el regazo.

—¿Cómo puedes pedirme eso? Estábamos a punto de prometernos…

—Y ahora todo depende de lo que suceda con este inconveniente inesperado. Pero así son las cosas, querida, te toca esperar.

Lucien tuvo la mala fortuna de no estar solo cuando el mayordomo anunció la visita que solicitaba verlo. Y la suerte formidable de que solo se tratara de su madre. Ni su tío, el conde, ni sus bulliciosas primas, ni ninguno de sus tres hermanos Spencer. Nadie a quien pedir que se marchara, salvo lady Elisabetta.

Y a la dama le bastó comprobar la súbita palidez instalada en el rostro desencajado de su hijo, para decidir que nadie ni nada la movería de allí, hasta averiguar qué ocurría.

La joven anunciada como señorita Logan, se abrió paso en la sala como si Herrick House al completo le perteneciera. Madre e hijo intercambiaron una mirada de angustia.

—Te lo ruego, déjanos solos —rogó en un murmullo casi inaudible.

—De eso nada. Estoy en mi casa, no hay razón por la que no deba recibir a esta señorita tan encantadora —le sonrió amplia— que, ¿es…?

—Philippa Logan, milady. —Hizo una perfecta reverencia ante la anfitriona—. Espero que su hijo Lucien haya tenido ocasión de hablarle de mí. Me consta que conoce a mi hijo, el pequeño Colin.

Esta vez, el color se retiró con brusquedad de las mejillas de la dama. Su cuello giró un segundo y sus ojos lanzaron una pregunta desesperada al aire, algo como «¿esta mujer no había muerto?». Pero fue eso, un brevísimo instante que no llegó a cuajar.

Enseguida, el desconcierto fue sustituido por una sonrisa de bienvenida mil veces ensayada, porque Elisabetta centró sus desquiciados nervios en ofrecerle asiento.

Capítulo 47

Y ahora, querido…

Philippa los sondeó alternativamente, con ojos sagaces y una sonrisa torcida colgando de su comisura.

—Ni siquiera sabía que yo existiera, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que…

—No importa, milady. Me lo figuraba.

—¿Qué has venido a hacer a esta casa? —bramó Lucien conteniendo la ira a duras penas—. Pensé haber entendido que, cuando te deshiciste de tu hijo, cuando lo dejaste como un arcón olvidado en la puerta la noche de navidad, sin más protección que una carta en la que te desentendías de todo, sería para no volver.

Philippa estiró unas arrugas invisibles de su fastuosa falda.

—Las cosas a veces no salen como una desea. Y se hace preciso replantearlas.

Lady Elisabetta se puso en pie como impulsada por un resorte.

—Voy a ordenar que sirvan un poco de té y a concederles la privacidad que la ocasión merece.

Pareció que Philippa iba a oponerse, pero la hermana del conde se escabulló antes de que pudieran frenarla. Clavó sus ojos sin piedad en el rostro desencajado de Lucien.

—Sigues tan endemoniadamente atractivo como te recuerdo.

—No te llevarás a Colin.

—No he venido a llevármelo.

—¿Por qué no diste la cara en su momento? ¿Por qué no me contaste que esperabas un hijo mío? ¿Qué ha sido de él todos esos años? Tengo derecho a saber algo más que cuatro líneas mal redactadas en un papel húmedo.

—Bueno, estaba casi segura de que pese a que te tienes por un caballero, dato que tus modales corroboran, tus sentimientos por mí distaban mucho de ser lo que yo necesitaba en aquel momento. Me refiero a cuando descubrí mi estado de buena esperanza. Y había un conde interesado en cortejarme…

Lucien abrió los ojos con desmesura, controlando la repentina náusea.

—¿Me estás diciendo que ibas a hacerle creer que el bebé era suyo?

En ningún momento Philippa perdió la calma. Ladeó el cuello de forma seductora.

—¿Por qué no? Solo había que aligerar un poco.

—Veo que no te funcionó.

—Con él sí, querido, pero su detestable madre supuso un obstáculo insalvable. Primero lo convenció para que esperara al nacimiento y comprobar los parecidos. Ya ves, ni que fuera un dato fiable.

Lucien pensó en la carita de Colin, un calco de él mismo, en todos sus rasgos. Y en la insoportable idea de que otro hombre lo hubiera criado en su lugar.

—Me encerraron en el campo durante toda la gestación, como a una monja. Y cuando nació, la muy bruja siguió porfiando con que no se trataba de su nieto. Entre batalla y batalla transcurrieron dos largos años en los que fue imposible formalizar mi delicada situación.

—¿Y el niño? ¿Quién se ocupaba…?

—Las mujeres del campo le tomaron cariño. El muy bribón se hace de querer. Mientras yo dedicaba todos mis esfuerzos a ganarme de nuevo al conde, sacándole de dentro el veneno que su odiosa madre se había encargado de sembrar. Y cuando estaba a punto de conseguirlo, cuando ese pusilánime por fin decidió enfrentarse a la hidra e imponerme como su legítima esposa… ¡Adivina!

Lucien sacudió la cabeza, sintiendo un insoportable pellizco en la boca del estómago.

—¡Se murió! ¡Milord se murió! Se cayó del caballo y se abrió la cabeza. Por supuesto, a su madre le faltó tiempo para desalojarnos de su propiedad, argumentando que tenía convencimiento pleno de que ese niño no formaba parte de su familia y que jamás vería un penique de la herencia.

—¿Y a dónde fuiste?

—Dejé al niño al cuidado de las campesinas y viajé a Europa. Tratando de buscar un marido que nos diera a ambos una vida digna.

—Entonces… Colin apenas te conoce.

—Es pequeño aún, disponemos de mucho tiempo.

—¿Disponemos?

—Claro, querido Lucien. Porque tras tanto jugar a trotamundos llegué a la conclusión más obvia, el niño debe estar con su verdadero padre. Y con su madre. Los tres unidos. Formando la idílica familia de la que por costumbre escapaste.

—No se te habrá pasado ni por la tela del juicio…

Philippa frunció los labios en un puchero infantil y no respondió.

—Siempre pensé que buscabas un título, que era lo que ansiabas por encima de cualquier otra cosa.

Ella se encogió de hombros.

—Estar emparentada con un conde y un vizconde, dentro de una de las familias más ricas e influyentes de Londres tampoco es mal trato.

Lucien saltó de su asiento, conteniéndose para no golpear algún mueble.

—¡Esto no es ningún maldito trato! ¡Se trata de mi hijo! No es un objeto con el que puedas negociar, sucia manipuladora.

Las facciones de Philippa se transformaron de un modo espantoso. De dulces y tentadoras, pasaron a contraerse y hacerse monstruosas. Se inclinó hacia adelante en una postura amenazadora.

—Puedo pregonar a los cuatro vientos que Colin es hijo mío, que tratas de arrebatármelo, de quitarme de en medio porque soy un estorbo para tu historia de amor con la duquesita. Puedo hacer de tu vida un infierno, destrozar tu reputación y la suya. Arrastrar esa honorabilidad a la que tanto mérito dais, por el fango. ¿Crees que no puedo? Ponme a prueba.

Lucien apretó con desesperación los puños.

Vio cómo la mujer a la que una vez había amado se levantaba, estiraba indolente su falda y se dirigía a la puerta.

—Te concedo exactamente siete días para que lo pienses, no te atreverás a no llamarme generosa. Después de eso, dará comienzo mi actuación.

—Debes de estar bromeando, este chantaje… No puede ser que hables en serio.

—Con la fortuna nunca bromeo. Así que ya sabes, querido, dispones de una semana para despachar a la pelirroja y poner en orden tus asuntos antes de convertirte en mi esposo.

Y continuó su sinuoso camino buscando la salida.

—Philippa —llamó Lucien con voz ronca por el odio.

Ella se giró a mirarlo por encima del hombro desde cerca de la puerta.

—Todo esto es por Colin, ¿verdad?

—Por supuesto que es por Colin. Por asegurar su bienestar.

Él dibujó una sonrisa amarga.

—Pues has llegado, has escupido tus condiciones y ahora te vas. Y ni una sola vez has preguntado por él o has pedido verlo.

Lady Elisabetta tomó asiento a su lado y le tomó una mano. Lucien no se inmutó. Su mirada continuaba perdida en la nada, su mentón apoyado en la mano derecha, su ceño fruncido.

—No he podido evitar oírlo todo. Esa mujer es una auténtica víbora.

—Dígame algo que no sepa, madre.

—No puede chantajearte con Colin.

—Colin no le importa. Pretende separarme de Flora, busca que me case con ella y la cubra de riquezas.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, le juro que no lo sé. La felicidad de mi hijo me importa más que nada.

—Y no está a su lado.

—Desde luego que no. Pero tampoco puedo permitir que esto lo alcance. Bastante tendrá que enfrentar siendo un hijo nacido fuera del matrimonio.

—No estarás pensando… en claudicar.

—Debo meditarlo, madre. Debo sopesar todas las alternativas.

Capítulo 48

Verdades dolorosas

Lucien malgastó la mitad del plazo de que disponía encerrado en sí mismo como una ostra. Ignorando que Flora estuviese al tanto del doloroso asunto y, por descontado, que su madre se hubiera encargado de informar convenientemente al resto de la familia.

Al completo.

Incluida la prima y los hijos que ya no habitaban en Herrick House.

Si en algo coincidieron todos, tras largas horas de acaloradas discusiones y algún que otro escarnio impropio de su condición, fue en que no podían ceder a un vil chantaje y que a aquella mujer había que pararle los pies del modo que fuera.

El escándalo más oscuro se cernía sobre ellos y no veían modo de soslayarlo.

Cuando pudo mantenerse erguido sobre sus lustrosos zapatos, Lucien atravesó a zancadas bruscas la heredad hasta el camino limítrofe con Bromley Manor y buscó a Flora. La muchacha lo recibió impaciente y desesperada, rozando la angustia mortal.

Sin necesidad de palabras, nada más verse, se arrojaron uno a los brazos de otro, buscando el consuelo que les urgía para respirar.

—¿Lo sabes? ¿Sabes lo de Philippa? —murmuró él en un hilo ronco a punto de quebrarse.

Eran sus primeras palabras en días.

Flora asintió, desolada.

—Ella misma me abordó. Creo que hizo lo posible por hacerse la encontradiza. Puede que antes incluso de enfrentarse contigo. Sin embargo, la abuela me aconsejó que me mantuviera al margen —añadió adelantándose a su obvia pregunta.

Lucien se derrumbó sin fuerzas en el sofá. Flora se colocó a su lado, rígida, muy al borde. No quería escuchar nada de lo que él había venido a decirle. No quería.

Antes prefería morir que perderlos. A él y a Colin.

—Es una situación… —barbotó cegado de irritación—, difícil. Nunca pensé que tendría que enfrentarme a algo así.

—¿Por qué dijiste que ella…?

—¿Por qué dije que había muerto? ¡Porque era cierto!

—¿Cierto? —aulló Flora con voz aguda por los nervios.

—¡Desde cierto punto de vista! Philippa ya no significaba nada en mi vida, ¡hacía años que hasta su recuerdo se había esfumado! Y cuando trajeron a Colin a Herrick House, lo acompañaba una repulsiva nota en la que se desentendía por completo de su cuidado. —Sus ojos grises se elevaron para anclarse en los de ella— ¿Qué podía hacer? ¿Asfixiar a mi familia con toda esa vergonzosa información? Jamás creí que tendría la desfachatez de volver. —Cubrió un instante parte de su cara con una mano abierta. Se le veía desesperado—. Resultaba más sencillo darla por desaparecida para siempre.

La joven Euston movió arriba y abajo la cabeza, pesarosa. Tenía el corazón hecho pedazos, viendo el final de su hermosa historia de amor, antes incluso de florecer.

—¿Qué busca? ¿Dinero?

—Ojalá fuera solo eso. Le daría todo el que tengo y más con tal de perderla de vista. Quiere un matrimonio, una posición, influencias, pavonearse orgullosa del brazo de un caballero respetable, que la inviten a las fiestas… Es lo único por lo que esa mujer aborrecible ha luchado siempre.

—¿Y Colin sabe…?

—No, en absoluto. Mi hijo no sabe, ni sabrá mientras podamos evitarlo, que esa mujer ha reaparecido. ¿Sabes que apenas

pasó tiempo a su lado desde que nació? Lo dejó al cuidado de unas labriegas en el campo. Es… es…

Las dulces manos de Flora envolvieron las suyas y Lucien sintió cómo un ramalazo cálido y consolador lo recorría.

—Esto no puede estar pasando —rugió furioso—. No en este justo momento. Flora, quería pedir tu mano.

—Y yo te la habría concedido. —Endureció el gesto—. Pero ahora debemos aceptar que el rumbo de nuestro destino ha variado.

Lucien la miró desconcertado.

—No puede ser que estés pensando… Creí que afrontaríamos esto juntos. Los dos contra lo que sea. Por nuestro futuro, por nuestro amor.

—Intento pensar solo en Colin.

—¡Philippa no es lo mejor para Colin!

—¡Deberías haberlo pensado cuando decidiste no ser honesto conmigo! Y asegurar que esa mujer había muerto cuando estaba viva, en algún lugar del país. ¡Sabías que esto podía pasar!

—¡De acuerdo! ¡Me equivoqué! ¿Es eso lo que quieres oír? Te lo concedo.

—Por una vez no es cuestión de ver quién vence —le recordó la joven con gravedad.

—Tenía tanto afán de no volver a verla en mi vida que preferí pensar que había muerto, solo así yo podría empezar desde cero. —Sus ojos vidriosos se posaron en ella. Recorrieron sus mechones de pelo rojo, viajaron por el fulgor de sus ojos turquesa— ¿Va a separarnos? ¿Concederemos tal poder a esa persona horrible?

—¿Acaso ves otra salida? Te lo repito: tienes que pensar en Colin.

—¡Colin te quiere a ti!

Esa verdad resonó dolorosa en los oídos de Flora. Demasiado cruda y despiadada. Las cosas habrían sido más sencillas de romper si no tuvieran ya tanto construido. Tantos lazos de amor entre ellos tres… No solo Lucien, a quien adoraba. También el pequeño pecoso se le había metido dentro del corazón, hasta lo más profundo. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquella pérdida?

Se mordió el labio inferior.

—Ojalá supiera qué decirte. Es su madre.

—Una madre indigna que pretende cazarme amenazando con escándalos, barro y revelaciones.

—Que más pronto que tarde alcanzarían a tu familia. Y a Colin. No quiero eso para él.

—Podemos marcharnos. Lejos. Los tres.

—¿Y olvidarnos de toda la gente a la que queremos? ¿No volver a ver a mi abuela, a mi madre, tus hermanos? No, Lucien, huir siempre queda para los cobardes.

El joven se puso en pie con repentino ímpetu. Frotándose la nuca, frenético mientras recorría el espacio en círculos cada vez más apretados. Sintiéndose enjaulado, atrapado sin remedio.

—No puedo soportar ni verla, imagina convertirla en mi esposa.

—No creo que eso la preocupe demasiado.

Lucien frunció el ceño. Petrificado. Parado en medio de la sala, mirando a Flora como si no pudiera comprenderla.

—Estás… ¿estás de acuerdo?

—No, desde luego que no. Solo en que, si es necesario hacer sacrificios, se hacen.

Así hablaba la Flora indómita que él conoció meses atrás. La que no parecía sentir afecto por nadie. La de la costra dura. La protegida tras un escudo para que los sentimientos no la hirieran.

—Sé franco contigo mismo. Si yo no hubiese aparecido, no te costaría aceptar sus condiciones. Jamás creíste en el matrimonio, pensabas que, de tener que aceptarlo, sería solo una firma estampada en un papel y tú continuarías con tu disipada vida como si nada.

Lucien la contempló horrorizado.

—¡No puedo hacer como que no existes, maldita sea! ¡Flora! ¡Te quiero!

Ella se sacudió por dentro. Toda su piel erizada. El escozor de unos ojos que pedían poder llenarse de lágrimas sin sentir vergüenza. El aire que los separaba, ardiendo.

—Sí puedes. Cuando debes.

—Tiene que haber otro modo…

—Si das con él, no olvides avisarme. Entretanto, será mejor que dejemos de vernos.

Ella también había abandonado el asiento y caminado hasta los largos ventanales. Se abrazaba a sí misma para no temblar, fingiendo que observaba el jardín exterior.

—Mírame, Flora, mírame.

—No voy a mirarte, Lucien. He dicho lo que tenía que decir, no lo pongas más difícil.

«Porque si te miro no soportaré verte salir por esa puerta».

—¿Y ya está? ¿Lo has decidido tú? ¿Sacrificarnos a todos? ¿Tirar por la borda nuestro amor?

Flora apretó los dientes de tal modo que temió quebrarlos.

—¿Cuál es el problema? ¿Que no te bastas para deshacer el entuerto que con tan mal tino causaste hace cinco años?

El rostro de Lucien se descompuso. Perdió el color y se llenó de aflicción. Flora se arrepintió en el acto del arrebato. Había ido demasiado lejos. Había sido innecesariamente cruel. Aquella infamia no era, desde ningún aspecto, precisa. Encaró el ventanal para sentirse a salvo de su escrutinio.

—No puedo entender que no enfrentemos esto unidos —silabeó él con desgarro, pasados unos instantes.

No obstante, ninguno de los dos modificó su posición para ir en busca del otro. Flora continuó con los brazos cruzados sobre sí misma y la mirada perdida en el soleado exterior, mientras las manos de Lucien se convertían en puños, rígido en medio de aquella sala repentinamente helada.

—Márchate, te lo ruego —dijo ella manteniendo firme su posición.

—Flora, amor mío…

—Márchate. No me obligues a repetirlo.

Lucien estaba a punto dar un paso adelante, pero lo cortó en seco. Retrocedió espantado. Incapaz de discernir cómo habían llegado a aquel horrendo desenlace, cuando él únicamente había venido buscando una cómplice con la que vencer a Philippa.

El aire dejó de llegar a sus pulmones. Notó una presión amarga en el pecho, un malestar que provocó que la habitación

girase delirante a su alrededor. Quiso murmurar una despedida, pero ni su lengua ni su garganta colaboraron. Todo su cuerpo se negó a expresarse.

De modo que solo quedaba dar media vuelta y desaparecer.

Tras oír cerrar la puerta, Flora se derrumbó. El llanto desesperado que había estado conteniendo con un esfuerzo sobrehumano se derramó libre de ataduras y frenos. Su cuerpo, de pronto flojo y sin apenas fuerzas, resbaló hasta dar con las rodillas en el suelo. superada por la enormidad del esfuerzo de fingir entereza, indiferencia y hasta frialdad, cuando lo cierto era que se moría por dentro.

Así, rendida y medio ahogada en un torrente de amargas lágrimas, la encontró la viuda Bromley: con el corazón encogido, acurrucada sobre sí misma, deseando morirse.

Capítulo 49

Amenazas veladas

—¡Querida! ¡Querida! —Corrió hacia ella— ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Vengan!

La anciana mujer trató de auxiliarla, que se incorporase, pero le fue imposible. Puede que el cuerpo de Flora estuviese allí, desmadejado sobre la alfombra, pero su alma se hallaba a muchas millas de distancia y ella apenas si podía enderezar la espalda.

Dos doncellas acudieron presurosas a la llamada de su señora, con los ojos desencajados al comprobar el estado de la joven dama.

—Ayudadme a levantarla, vamos, con cuidado. Llevémosla a su alcoba. Y que preparen una tisana para los nervios bien cargada. Con unas gotitas de láudano.

La anciana Bromley tomó asiento en un butacón junto a la cabecera de la cama y no se movió de allí bajo ningún pretexto. Estuvo presente durante el examen del doctor, que no encontró nada preocupante salvo un agitadísimo estado nervioso. Recomendó reposo, buenos alimentos ligeros y más reposo. Estuvo allí cuando pelearse con la llorosa Flora fue el único método para conseguir que sorbiera un poco de sopa. Y estuvo allí mientras la muchacha dormitaba y sollozaba en sueños, inconsolable.

Cuando por fin despertó del todo, bastante más sosegada, su abuela le tenía apresada la mano y ella podía percibir el temblor del pulso de la anciana señora. También su amorosa calidez.

—Dime que no has avisado a mamá.

La viuda Bromley negó con firmeza. Flora resopló aliviada.

—Menos mal. Me avergonzaría el que me viera así. Esta manera de perder el control no es propia de mí.

—Supongo que es parte del proceso de enamorarse, durante el que todo cambia y solemos sorprendernos a nosotros mismos con reacciones inesperadas.

—Abuela, santo cielo…

—¿Qué ha ocurrido exactamente? ¿Habéis vuelto a discutir?

Entre hipido e hipido, Flora relató los pormenores de la espinosa situación. Su quebranto al comprobar que no había nada en su mano para evitar el desenlace que se adivinaba, espantoso y amenazador, en el horizonte.

—Has hecho bien apartándote —juzgó tras oírla sin interrumpir.

—¿A qué precio, abuela? —Tiró de las sábanas queriendo cubrirse el rostro—. Creo que enfermaré de tristeza.

—Este asunto deben ponerlo en orden ellos. Y no, no vas a morirte, querida. Te lo digo por experiencia. Estas cosas duelen, marcan, pero no te matan.

Flora no estaba tan segura. El punzante dolor incrustado en el pecho, el latigazo al respirar le contaba cosas muy distintas. Notó la insegura mano de la anciana acariciarle el pelo.

—¿Quieres que viajemos al continente? Podemos ir las tres. A tu madre le vendrá bien despejarse, un poco de distracción; al fin y al cabo, nuestro brillante plan con Carnavon se ha ido al traste. Un viaje largo y formidable que no olvidemos jamás.

—¿Y regresar y encontrármelos casados? —gimió con los ojos de nuevo arrasados en lágrimas.

La dama suspiró arrinconada.

—Entiende que no hay paso que de momento puedas dar. Hay en medio un niño que no tiene culpa de nada, Flora. Hay que protegerlo. De que lo señalen con el dedo, de los escándalos. Al propio señor Spencer. ¿Cómo crees que lo mirarían todos si se corriera la voz de que arrebató por las malas el niño a su madre?

¿Cómo te mirarían a ti, que te colaste en la historia para convertirte en madre sustituta?

Flora dejó caer los hombros, sin fuerzas. Luego hundió la cabeza.

—¿Te sientes con ánimo como para bajar al salón? He mandado hacer una de esas tartas de limón que tanto te gustan.

—También son las preferidas de Colin… —dijo sin pensar—. Oh, abuela —se lanzó a sus brazos—, ¿por qué hemos tenido tan mala suerte?

Todos los intentos de la anciana aristócrata de arrancar un esbozo de sonrisa a su nieta fueron en vano. La muchacha se veía consumida, pálida y ojerosa, como si la vida hubiese decidido abandonarla y ella no fuera a poner ningún impedimento.

—Flora, querida, sé que hiere, pero debes aceptarlo.

—No puedo, abuela, ¿es que no lo entiendes? No estoy acostumbrada a rendirme, no es mi manera de ser…

—En este caso tendrás que tragarte tu orgullo.

La acusación la hizo respingar, ofendida, pero viva por primera vez en horas.

—¡No es orgullo! ¡Es amor propio y amor a la gente que me importa!

—Lo sé. Pero tendrás que admitir que el vínculo entre madre e hijo es sagrado, Flora, no puedes interponerte…

—¡Flora! ¡Flora!

Aquella vocecilla… Entró en la sala acompañada de un pequeño bulto de cabello rizado que cruzó a la carrera, para precipitarse a los brazos abiertos de la joven. Enterró la cabecita en su regazo y buscó con desesperación sus manos para aferrarse a ellas como si fueran lo único que podría salvarlo de caer por un precipicio.

—¡Colin! ¿Qué haces aquí?

—No quiero irme, no quiero estar con ella, ¡no quiero!

Las dos confusas damas empezaron a ver la luz cuando, por delante de un lacayo muy apurado, la joven que Flora ya había tenido el disgusto de conocer en Bond Street entró y se les enfrentó, haciendo temblar el suelo de la residencia con cada paso.

Mientras la viuda Bromley se ponía teatralmente en pie, Flora se ocupó de apaciguar al niño.

—Pero ¿qué modales son estos? —aulló la propietaria de Bromley Manor—. Usted no puede invadir de ese modo una casa ajena…

—¡Claro que puedo! Puedo cuando ustedes tienen retenido aquí a mi hijo y solo vengo a rescatarlo. —Philippa dio varios pasos al frente, agarró de un brusco tirón la manita del niño y lo apartó de Flora.

La muchacha se vio incapaz de reaccionar. Abrumada ante el desgarrado llanto del pequeño y la furia que despedían las pupilas de la mujer.

—¿Qué clase de tonterías está diciendo? Nosotras no…

—¡Vámonos de aquí! —chilló Philippa como una energúmena.

Lo arrastró hacia la puerta, pese a que el niño se resistía con todas sus fuerzas, tratando, con su manita libre, de liberar el cepo que le apresaba la otra.

—¡Suéltelo! —fue lo único que pudo reclamar Flora.

—¡No se meta! —espetó Philippa, de espaldas.

—¡Déjame! ¡Déjame! —reclamó Colin entre sollozos— ¡No quiero ir contigo!

—¡Vendrás donde te diga! ¡Para algo soy tu madre!

Con palabras no vencería la obstinada oposición del niño. Los piececillos de Colin se apretaron contra el suelo para impedir el avance y la fuerza que Philippa ejercía en su contra lo hizo resbalar.

Solo hasta que la pérfida mujer se hartó del espectáculo ante dos damas cuya opinión, para su desgracia, gozaba de gran peso social. No halló otra manera de ponerle fin que estirar la mano y descargar una brutal bofetada en la mejilla del pequeño.

—¡Por muy madre suya que sea, no tiene derecho a maltratarlo! —rugió Flora entrecerrando los ojos.

Philippa no le hizo ningún caso. Continuó su huida hacia la puerta sin responder. Sin embargo, de súbito, se giró y lanzó sobre su hombro una mirada implacable dirigida a su rival.

—¿Y usted, milady? ¿No tiene por ahí ningún marqués adinerado con el que casarse? Podría tener al hombre que se le antojase. Deje en paz al señor Spencer, déjenos en paz a los tres, ahora somos una familia, tenga la decencia de respetarnos.

—¡Usted no puede hablarnos de ese modo! —le gritó la pelirroja con centellas en los ojos claros.

Philippa agitó un dedo estirado en el aire.

—No vuelvan a acercarse a mi hijo. Ni se les ocurra. O les juro que se arrepentirán.

Horas más tarde, la viuda Bromley había consumido más tisana relajante que su nieta en los tres últimos días. La visión de aquella espantosa mujer arrastrando por la fuerza al indefenso Colin la había espeluznado. El modo carente de cariño con el que lo trataba, el hecho de no haberlo mirado siquiera a los ojos. Sus gritos coléricos. Más bien parecía, el gran temor del señor Spencer, que el pequeño no fuera sino un medio para lograr sus fines.

Ahora entendía mucho mejor el sufrimiento de su nieta, los horrores que podía desencadenar una decisión como apartarse, dejando vía libre a aquella serpiente. Dio gracias al cielo por haberle abierto los ojos. Todavía estaba conmocionada por lo vivido: Colin arrastrado fuera de la casa, sin piedad, con violencia y sin ningún miramiento.

Pues ella acababa de cambiar de opinión. El lazo que unía a un hijo con su madre quedaba claro que no siempre debía considerarse sagrado, so pena de generar daños mayores.

Y su mente empezó a concebir un plan… para el que necesitaría muchos cómplices.

Capítulo 50

Una invitación al té

Durante cuatro interminables días, Philippa no supo nada de los Spencer. Tanto que llegó a dudar de que su artimaña hubiera surtido efecto. Hasta donde sabía, Lucien era un libertino amante de la diversión, nada dado a enamorarse. ¿Pudiera ser que su encaprichamiento por la hija y hermana del duque lo hubiera trastornado al punto de resquebrajar sus planes?

Su orgullo de mujer hermosa se negaba a aceptarlo. Debía tratarse, más bien, de un asunto de familia. Philippa había hecho indagaciones. Los Fowler-Spencer eran dos familias que funcionaban como una sola. Estaban muy unidos, no era solo que vivieran juntos. Se defendían entre sí como una leona a sus cachorros. Si no se ganaba a los demás miembros del clan lo tendría, pero que, muy difícil, con Lucien.

En la mañana del quinto día, al siguiente de cumplido el plazo que le otorgó a su antiguo amante, recibió una nota en la casa de huéspedes donde se alojaba. Firmada por la matriarca de los Spencer, lady Elisabetta, invitándola a tomar el té para conocerse mejor. La perspectiva la puso de inmejorable humor. Por fin iban a entrar por el aro de sus requerimientos. Si nadie soltaba ninguna inconveniencia que la hiciera salirse de sus casillas, estaba segura de poder comportarse como toda una damisela digna del ilustre apellido, y meterse a las damas en el bolsillo.

Vestida con sus mejores galas, alquiló un carruaje para recorrer las escasas calles que la separaban de Herrick House, con

tal de presentarse como alguien de rango y posición. Pero cuando el mayordomo la condujo a la salita de recibir, no distinguió a ninguna dama que, por edad, pudiera ser milady. Dos encantadoras jóvenes se pusieron en pie para recibirla con almibaradas sonrisas en los labios.

—¿Señorita Logan? ¿Philippa?

—¿Podemos llamarla Philippa?

—Estamos encantadas de conocerla… Por fin.

La recién llegada pestañeó confundida. Ambas eran rubias y preciosas, de expresivos ojos claros y vestían con estilo y calidad.

—¿Disculpe? —trató de excusarse con su tono más inofensivo.

La muchacha que la había abordado en primer lugar, más resuelta, le tomó las dos manos en un gesto afectuoso.

—Soy lady Evelyn, hija de lord Herrick y prima de Lucien. Le presento a mi querida prima Anne, es la esposa de Rhysand, otro de los hermanos Spencer.

Philippa marcó una ligera reverencia con tan poca gracia como ganas y solo frente a la muchacha que ostentaba un título.

—Venga a sentarse —prosiguió Evelyn—. Mi tía ha despertado algo indispuesta y le ruega que disculpe su demora.

—No va… ¿milady no va a asistir?

—¡Por supuesto! —sonrió Evelyn con amplitud—. No se perdería esta visita por nada del mundo, está muy ilusionada. Solo tardará un poco en bajar. Pero aquí estamos nosotras, dispuestas a entretenerla el tiempo que haga falta.

—Al fin y al cabo, pronto seremos familia —intervino Anne con su acostumbrada dulzura—. Deberíamos intimar.

—¡Es cierto! —festejó Evelyn—. Ustedes dos serán cuñadas. ¿Un pastelillo?

Philippa lo aceptó a regañadientes, convencida de que aquellas dos damitas eran tontas de remate. Y antes de poder negarse, tenía en las manos una taza rebosante de aromático té. El parloteo de lady Evelyn parecía inagotable y el soniquete monótono de su voz, insufrible.

—Todos adoramos a Colin, es un niño encantador. ¿Sabía que estoy embarazada?

—Pues no. Mi más sincera enhorabuena —felicitó tirante, deseosa de que aquello acabara cuanto antes.

Sincera era justo lo que no parecía.

—Precisamente, antes de que usted llegase, mi querida Anne y yo discutíamos un asunto crucial.

—No me imagino cuál podría ser —aventuró con sarcasmo.

Evelyn no pareció captarla.

—Sobre la conveniencia de ser madres. Philippa —la observó con ansia y los ojos muy abiertos—, su juicio nos sería de gran ayuda para dirimir esta espinosa cuestión.

—¿Yo? No creo que pueda ayudarlas en nada.

—¡Por supuesto que sí! —casi chilló Evelyn con súbita alegría — ¡Es usted madre! Mi testaruda Anne no termina de decidirse.

—Evelyn, te lo suplico, déjalo… —quiso intervenir Anne con un hilo de voz.

—Ve en la labor de crianza una responsabilidad que no sabe si quiere asumir —agregó lady Evelyn en un susurro confidencial.

—Que no *sé* si estoy preparada para asumir —la corrigió la otra de inmediato.

—No sabes, no quieres, ¿qué más da?

—Pues la diferencia resulta patente, querida, ¿no le parece, señorita Logan?

Philippa arqueó una ceja y se encogió sutilmente de hombros, centrándose en su taza, a ver si se cansaban.

—Yo creo que traer un hijo al mundo es la mayor bendición del cielo —retomó Evelyn con aquella irritante voz de pito—, ¿usted qué opina?

La invitada acababa de poner los ojos en blanco. En lugar de responder, dio un largo sorbo a su té, confirmando sus sospechas. Menudo par de bobas.

—¿Señorita Logan? —la apremió Evelyn, con voz de falsete y sonrisilla timorata.

—Con franqueza, no creo que sea un asunto donde deba intervenir…

Las blancas manos de Evelyn aletearon por delante de su cara.

—¡No diga eso! Muy pronto vamos a ser familia, prácticamente hermanas. No solo tenemos la obligación de intimar y conocernos más a fondo. Es que debe usted intervenir con toda libertad en cualquier discusión que se tercie.

—Y ofrecernos consejo a las más inexpertas —agregó Anne con deje lastimero.

Philippa le clavó unas pupilas calculadoras e inclementes. Sin un pestañeo que lo suavizara.

—El caso es que Rhys y yo queremos viajar por todo el mundo, ¿sabe? —expuso la muchacha con su delicada vocecita de cristal—. Y estamos de acuerdo en que convertirnos en padres no es uno de nuestros objetivos a corto plazo. Ni a medio —añadió tras pensarlo.

—¡Debes convencerlo, querida! ¿No le suena sensato, Philippa? Los maridos enamorados siempre acaban haciendo lo que les pedimos si sabemos solicitarlo con insistencia y astucia.

—No veo por qué habría de convencerlo de nada. —La voz de Philippa sonó como una lija, rasposa y desagradable. Todavía resistiéndose a decir lo que realmente pensaba.

—Por la hermosa labor de las mujeres al tener familia. ¿Acaso no es esa nuestra principal tarea? —preguntó Evelyn, todo ingenuidad.

Philippa la miró con recelo.

—¿En serio se cree usted toda esa sarta de tonterías?

—¿Tonterías? ¿Los hijos son tonterías? ¿Desde cuándo?

—Los hijos son el peor freno a la felicidad que una mujer puede ponerse por delante. En su mano está evitar tenerlos, ya se sabe. Y le aseguro que esquivándolos será mucho más feliz.

Las cejas de Anne se arquearon, acompañadas de una sonrisa de satisfacción en la que se leía «¿lo ves?». Evelyn negó abrumada con la cabeza.

—No puede ser que usted crea eso. Tuvo a Colin…

—Porque pensé que con ello cazaría a un buen partido —reconoció la otra sin inmutarse.

Las dos jóvenes se llevaron la mano a los labios para ahogar una exclamación de asombro.

—¿No fue por amor? —susurró tímidamente Anne.

—¿Por amor? —Philippa dejó ir una carcajada muy poco refinada—. Me van a perdonar, pero cualquiera que se enamore de Lucien y espere ser correspondida es que no está en sus cabales.

—Entonces…

—Permita a su prima decidir lo que quiere hacer con su vida —se envalentonó al comprobar la absoluta reverencia con la que las muchachas la atendían—. Le recomiendo que engañe cuanto pueda a su esposo si, de repente, lo asalta la ridícula urgencia de convertirse en padre. Los niños no son más que un tremendo estorbo.

—No habla en serio, claro —balbuceó lady Evelyn con la boca abierta.

—¿No querían franqueza? Ahí la tienen.

—Y se agradece —tartamudeó Evelyn horrorizada—. No obstante, usted, Colin… debe quererlo, es un muchachito encantador, de los que hacen que sus padres se sientan orgullosos. Estoy convencida de que usted haría lo que fuera por ese niño…

Philippa la fulminó con una mirada gélida. Dejó parsimoniosa la taza sobre la mesita y a continuación, estiró la espalda.

—Yo jamás en mi vida habría parido un hijo si no pudiera convertirlo en la llave que resuelva mi futuro.

Dicho lo cual, paseó triunfante las pupilas por su atento auditorio. A aquellas dos pánfilas de buena casa estaba a punto de darles un ataque.



Capítulo 51

Una puerta que se abre

—Estoy convencida de que nos toma el pelo. Que bajo todas esas palabras terribles se esconde una madre amorosa que… —insistió Evelyn con debilidad.

—Que no piensa molestarse en bregar con un crío estúpido mientras existan niñeras e institutrices. —Observó con arrogancia las caritas demudadas de las dos jóvenes, sintiendo algo de lástima por ellas y por su evidente ingenuidad—. Tómense esto como una lección de vida, queridas, procedente de alguien que ha tenido la suerte de conocer mucho más mundo que ustedes.

De repente, las puertas dobles a su izquierda se abrieron, y una exquisita dama que bien podría ser su futura suegra, apareció recortada en el dintel. Con una sonrisa amplia como la fortuna de los Spencer, Philippa hizo amago de levantarse a saludarla, pero la visión espeluznante tras lady Elisabetta, unida a su duro rictus, la detuvieron en seco. Su mirada espantada y censuradora fija en ella, la hizo palidecer con violencia.

—¡Milady!

—Señorita Logan. Es cierto lo que acabo… ¿lo que *todas* acabamos de escuchar?

Los temblorosos ojos negros de Philippa resbalaron desde la contrariada expresión de la hermana del conde, al nutrido grupo de damas de alta sociedad situadas tras ella, como una aterradora

muralla impactada por sus insensatas palabras, dispuestas a condenarla y no perdonarle la vida.

—Había invitado a las damas más ilustres de Londres a conocerla y… nos encontramos con esto —señaló lady Elisabetta con sonrojo—. Soy incapaz de expresar lo que siento, el concepto equivocado y exageradamente benévolo que un día me hice de usted. Debo pedirle que abandone Herrick House de inmediato, para no volver.

Philippa soltó a toda prisa la servilleta que aún sostenía en las manos y trató de avanzar un paso. Pero milady reculó para mantener las distancias, con las manos fuertemente enlazadas contra su regazo. La repulsa que emanaba de todas las mujeres allí reunidas, su rechazo absoluto, era tan evidente que parecía físico.

Algo sólido que la golpeó en la cara como una bofetada.

—Le he rogado que se marche —insistió lady Elisabetta con gelidez—. No me obligue a ordenárselo.

—Pero milady, no irá a pensar que todo esto lo hemos dicho en serio… Era… Era…

—¿Una broma? —intervino lady Evelyn con un tono de voz completamente distinto, decidido y firme—. Nadie en su sano juicio creería que todo el veneno que ha escupido acerca de su propio hijo es una mofa.

—Es usted una mujer horrible —agregó Anne, cuya voz también había cambiado.

Una trampa.

En un pestañeo, Philippa, que se tenía por astuta, lo comprendió todo. Aquellas dos mujeres no tenían nada de infantiloides estúpidas, habían estado fingiendo para atraerla al engaño y animarla a soltar por la boca, sin ton ni son, aquella sarta de desatinos. Philippa había llegado a creerse en una posición lo bastante firme como para exponer su parecer con la arrogancia y superioridad que la caracterizaba, y todo había terminado siendo un imperdonable traspié. De consecuencias catastróficas.

—La buena sociedad inglesa no la perdonará en la vida, señorita Logan, téngalo claro.

Desesperada, Philippa miró a un lado y otro, recorrió frenética todos los rostros buscando algún apoyo, sin encontrarlo. Tomó de un tirón su bolsito, olvidado en la butaca, y salió corriendo como si la persiguiera un matarife. Todas las damas contemplaron su caída y vergüenza, así como el modo histérico en que no aguardó que el lacayo le abriese la puerta para huir en desbandada.

Lady Elisabetta dejó ir un suspiro de profunda satisfacción.

—En fin, señoras, espero que puedan perdonar este desagradable incidente y olvidar cuanto antes a esa aborrecible mujer, que ningún vínculo tiene con esta familia. Tenemos dispuesto un surtido de pastelillos y bollitos que harán las delicias de la más rencorosa. ¿Les apetece probarlos?

La segunda parte del osado plan familiar se puso en marcha dos días más tarde. Cuando Philippa, seguramente cocinada en su propio jugo, desesperada y medio demente tras largas jornadas de encierro y soledad en su cuarto de la casa de huéspedes, pensaba que por culpa de su lengua demasiado suelta se iría con el rabo entre las piernas y los bolsillos vacíos.

Arriesgada como la fase anterior, ya que todo dependía de la reacción de aquella mujer, que podía ser imprevisible. Si en lugar de escupir todas aquellas atrocidades hubiera sido prudente y no hubiese cedido a las tentaciones de lady Evelyn, nada habrían tenido en su contra. Sin embargo, ahora, por culpa de su imprudencia y falta de comedimiento, no podría mirar a los ojos a nadie de la alta sociedad a la que se moría por pertenecer.

Era el momento de ofrecerle la zanahoria al burro.

La visita del abogado de los Fowler-Spencer la tomó por sorpresa. Traía un cartapacio que colocó sobre la única mesa del cuartucho y le indicó con un gesto, después de presentarse, que lo leyera.

—Tómese su tiempo, señorita Logan. Lord Herrick ha sido asombrosamente generoso. Si me permite mi opinión, mucho más de lo que la situación y su persona merecen.

—¿Lucien recurre a su tío para que le solvente los problemas? —ironizó con evidente desprecio.

El rostro adusto del letrado no se alteró lo más mínimo.

—El señor Spencer no está al corriente de este acuerdo. Según tengo entendido, se negó en todo momento a entregarle un solo penique. Creo que es mucho mejor que siga ignorándolo, corre usted el riesgo de perder y quedarse sin nada.

Con los labios apretados por la rabia, Philippa devoró las frases contenidas en los documentos.

—Es mucho dinero —bufó incrédula.

—Le permitirá instalarse en cualquier lugar de su elección, desde luego fuera de Inglaterra, comenzar de cero y vivir con holgura y dignidad. A cambio de esa pequeña fortuna, debe usted firmar la renuncia a su hijo Colin, que quedará bajo la tutela exclusiva de su padre y familiares.

Philippa cruzó los brazos contra el pecho y lo repasó de pies a cabeza, belicosa.

—¿Me admite un consejo? —La voz serena del abogado cortó como una tijera sus cálculos—. Sea sensata por esta vez.

—Pero yo no… —trató de rebelarse.

—No conseguirá un trato más favorable, señorita Logan. Dadas las circunstancias, esto es todo un milagro del cielo. Y tampoco estoy aquí para negociar. Si no acepta firmar, recogeré mis cosas y no volverá a saber de mí. Ni de la suculenta oferta que puede salvarle la vida.

Philippa se mordió la cara interna del carrillo mientras su pecho subía y bajaba impulsado por el fuelle de una respiración forzada. El hombre aguardó paciente, con las manos cruzadas sobre el regazo, sin separar de ella los ojos, hasta que por fin resopló.

—De acuerdo. Firmaré.

Se dejó caer sobre la silla como un fardo de piedras, tomó la pluma que el letrado le ofrecía y garabateó furiosa su nombre al pie de los documentos. Acto seguido se levantó y los alargó de vuelta como si contuviesen zarzas.

—¿Cuándo podré cobrar la cantidad?

—Cuando guste. Aquí tiene usted el cheque.

Ella se lo arrancó de las manos, como si temiera un cambio de opinión. El abogado esbozó una sonrisa condescendiente, recogió sus pertenencias y se dirigió a la puerta.

—Se le conceden tres días para abandonar Inglaterra. Y por favor, señorita Logan, recuerde el compromiso que ha firmado: no regrese.

Capítulo 52

El baile de los perdones

Seis días atrás…

—¡Por amor del cielo! ¿Cómo pudiste involucrarte con una mujer así?

La pregunta de lady Elisabetta flotó por el aire, tan rota como había sonado. Lucien se resistía a poner al corriente al resto de la familia, al menos de momento, hasta haber tomado una decisión. Lo cual no era sencillo y se adivinaba trabajoso.

Enredada en su furia latía tanta vergüenza. El arrepentimiento por haberse confiado, por pensar que Philippa no volvería a molestarlos, que se contentaría con deshacerse del incordio que suponía el niño. Por haberla, de algún modo extraño e incomprensible, amado una vez.

—Fue hace mucho tiempo, madre, nada serio, un mero entretenimiento de solteros descerebrados. Y ten por seguro que daba la impresión de damita cándida e inofensiva.

Milady rodó los ojos exasperada.

—No solo quiere dinero —añadió Lucien con las mandíbulas prietas.

Su madre lo miró con curiosidad.

—Ah, ¿no?

—Busca posición, formar parte de una familia respetable, que la gente se incline al verla y ser la primera en su lista de invitados

cuando den fiestas.

—Bien —resonó una voz frotunda a sus espaldas—. Pues precisamente eso será lo que le quitemos.

Se trataba de la viuda Bromley, acompañada de una cabizbaja Flora, tan pálida y callada que no parecía ella. Así empezó a fraguarse la trampa que le tenderían a la señorita Logan y cuyo éxito dependía, amén de los talentos para el teatro de lady Evelyn, por todos sus parientes ya conocido, del nivel de irritabilidad que lograran sembrar en Philippa. Si llegaba a perder el control, habrían ganado.

Tras convocarla a tomar el té como si ya fuera un componente más de la codiciada familia, lady Elisabetta se reuniría en la sala contigua con lo más granado de la alta sociedad londinense, las damas capacitadas para consentir o negar a Philippa el acceso a su exclusivo círculo, y se las apañaría para que todas escucharan lo que tuviera que decir, aunque si no lo escuchaban, tampoco es que importase demasiado: bastaba que Philippa creyera que lo peor había sucedido.

Para evitar comprometerse demasiado, tanto Evelyn como Anne se expresarían en tímidos susurros con una voz aflautada que no les pertenecía, pero que las hacía parecer bobas.

Las pescadoras arrojaron la red encomendándose a todos los santos y la treta fue exitosa. La merluza había picado el anzuelo. Alguno había que todavía no daba crédito.

Solo quedaba celebrarlo.

Lady Elisabetta y su hermano, lord Herrick, organizaron una gran velada de baile y banquete, sin ninguna razón particular de cara a los invitados, salvo la acostumbrada fiesta de fin de temporada, aunque con todos los motivos de cara a ellos mismos.

Desde el día en que las matriarcas se reunieron a confabular, Lucien y Flora no habían vuelto a verse. Y en el transcurso de aquella reunión tampoco habían cruzado una sola palabra.

Los dos sentían profundamente muchas de las cosas escupidas en el calor de la disputa, cuando el temor y hasta la

seguridad de no volver a estar juntos los empujó a ser hirientes. Desconsiderados. Era inconcebible el modo como el dolor más intenso puede animarte a ofender a la persona a quien más amas.

Hasta analizando su insultante discusión podía deducirse cuánto se deseaban.

Flora estaba preciosa, vestida de azul intenso, con una miríada de diminutos brillantes trenzados entre sus mechones rojos. Los ojos como dos estanques azules, empañados de emoción. Pero seria y apartada de Lucien. Flanqueada por la viuda Bromley y por lady Barrow, parecía la figura de una diosa inalcanzable esculpida en mármol. Nada más verla, el latido de Lucien se disparó al infinito.

Carraspeó para aclararse la garganta y se encaminó con paso decidido hacia donde se encontraba, poniendo empeño en no cruzar su mirada con la de ella. Tras saludar con sendas reverencias a las damas mayores, extendió su mano solicitando un baile.

Flora lo miró desconcertada, directamente a los ojos.

—Creo que no me apetece mucho bail…

—Por supuesto que quiere —la arrolló lady Barrow, propinándole un discreto empujoncito que la propulsó sin remedio a los brazos de Spencer—. De hecho, estará encantada.

—¡Que os divirtáis! —deseó la viuda sonriente, con una mano en alto a modo de saludo.

La música marcó sus primeros compases y Flora no lo miraba. Se mantenía rígida y ausente, como si la obligasen a danzar por compromiso con un total desconocido.

—¿También te has encargado de seducir a mi madre y a mi abuela? —gruñó entre dientes nada más iniciarse los pasos.

Él conservó la calma de un modo ofensivamente natural.

—¿Por qué habría de hacerlo? No me interesa seducir a nadie que no seas tú, mi adorada Flora.

—Puedes ahorrarte el tono de suficiencia, Spencer. —Describió un par de graciosos giros, unieron sus manos y Lucien notó el temblor bajo el guante de seda—. Todavía no comprendo por qué demonios no me dijiste que ella vivía.

Él puso los ojos en blanco y estuvo a punto de soltar un bufido.

—¿Vamos a volver a eso?

—Tantas veces como sea necesario hasta resolverlo. ¿Por qué no me lo dijiste? De estar advertida, todo habría resultado mucho menos escabroso… y humillante.

Lucien marcó una pirueta a su alrededor, una venia ligera, y volvió a tomarla posesivamente de la cintura.

—Si hice mal, te pido mil perdones. Te los pediré las veces que haga falta. Pero que sepas que volvería a hacer exactamente lo mismo, en una y en mil vidas. ¿Por qué concederle a una mujer como ella el poder de inquietarnos?

—¿Entonces? —Un matiz de desesperación tiñó su pregunta.

—Una vez todo ha terminado, lo inteligente es retomar donde lo interrumpimos.

—¿Como si no hubiera pasado nada? ¿Como si ese niño no tuviera una madre?

—Como si esa mujer que lo trajo al mundo no fuera una indeseable con la que no debe tener contacto.

—¿Y si regresa? —quiso saber con voz ahogada.

—No regresará. En contra de mi voluntad, mi tío le ha facilitado fondos suficientes como para establecerse donde le plazca. Sin estrecheces.

—¿Y si…?

La mano de Lucien ascendió segura por su espalda y con un suave tirón, la pegó a su cuerpo mucho más de lo que la pieza de baile requería y el decoro aconsejaba. Los labios de Flora se abrieron por la sorpresa y él clavó en ellos sus ojos de humo, preguntándose por qué demonios no la sacaba a rastras de la sala y se la llevaba a algún sitio privado donde poder devorarla largamente.

—Cariño, deja de preocuparte —la tranquilizó, absolutamente embriagado por su perfume—. Ha firmado de puño y letra su renuncia a Colin. Legalmente dejó de ser su madre, está todo por escrito. Ni siquiera le está permitido vivir en Inglaterra.

Flora tragó con dificultad el nudo que le impedía respirar hasta colmar los pulmones. No sabía manejar la desazón que la estrujaba por dentro, de todo punto desconocida, a diferencia de

Lucien, que se mostraba sereno y en pleno dominio de la situación. Ella no lograba calmarse.

No le costó entender que todo lo provocaba el pánico a perderlo. A que esa sucia y farfullera solución que entre las tres familias habían ideado, estallara en el aire como una pompa de jabón, y Philippa volviera para hacer añicos sus esperanzas de felicidad. El poder del miedo la llevó a calcular la intensidad de su amor por aquel hombre y por su hijo.

En ambos casos… ¡Era enorme!

—Entre un sinfín de cosas y el dinero, como suele ser normal tratándose de Philippa, ganaron las libras —recitó Lucien sin perder el brillo en la mirada.

Flora se atrevió a alzar la cara, buscando los ojos que una vez le causaron tanta irritación. Para su sorpresa, se encontró con dos lagunas calmas del color de la plata que la estudiaban con una mezcla de preocupada veneración. Los dedos de Lucien se enredaron en su muñeca.

—Que Dios me perdone, Flora, no puedo vivir sin ti.

Capítulo 53

Hombre casado y sin trabas

—Yo…

—No sé ni respirar si no te tengo a mi lado. ¿Es que no podemos olvidar toda esta pesadilla y empezar de nuevo?

Flora, que no estaba en absoluto acostumbrada a quedarse sin palabras, se humedeció los labios con la punta de la lengua. Los efectos en la entrepierna de Spencer fueron instantáneos y devastadores.

—Con tu permiso, voy a volver al punto donde lo dejamos. En el momento previo a pedirte matrimonio.

Con una sacudida instintiva, ella trató de escapar, pero Lucien la tenía bien sujeta. Por la cintura. Por la mano. Con la mirada.

—Cielo santo, Flora, ¿es que no te cansas de ser testaruda?

—En algo teníamos que parecernos —replicó la muchacha con un esbozo de sonrisa.

Aquella minúscula muestra de humor, a él le dio alas.

—¿Vas a casarte conmigo o tendré que secuestrarte al más puro estilo pirata?

—Lo del secuestro no suena del todo mal. Diría que no estoy cerrada a una posibilidad tan fascinante… Pero se nos acaba el baile, señor —añadió con pícaro retintín.

Lucien la mantuvo sujeta con un ardor que no parecía de este mundo, envolviéndola con su mirada de intenso deseo.

—Continuaremos con el siguiente. Así podré explicarte con todo lujo de detalles —se arrimó indecorosamente a su cuello y a su oreja, levantando escalofríos con su aliento— lo que te haría si en lugar de ser simplemente un hombre enamorado a punto de prometerse, fuera un hombre felizmente casado sin trabas ni cortapisas a su pasión.

—¿Vas a narrármelo?

—Punto por punto, milady. ¿Preparada?

—No sabría decirte… —Un violento sonrojo le subió cuello arriba y encendió sus mejillas.

—Con estos dedos que ves… —comenzó Lucien insinuante.

—¿Esos largos y habilidosos dedos? —apuntó ella con idéntica intención.

—Los mismos, que ahora son solo tuyos. Te apartaré el cabello para poder besarte… lamerte —recalcó— lenta, muy lentamente… la piel del cuello. Hasta detenerme en el lóbulo de tu oreja. Lo capturaré entre los dientes y mi lengua se volverá loca con el modo exquisito en que se concentra tu olor en esa zona.

Flora sintió endurecerse sus pezones. De una forma casi dolorosa. Pero continuó erguida como una princesa, apoyada en su futuro marido, en la sensación de fortaleza y seguridad absoluta que le trasmitía. La música de una nueva pieza empezaba a rodearlos.

—Señor Spencer, qué atrevido.

—Hay más —susurró él, haciéndola girar.

—¿Más?

—Mucho más. Apenas si hemos empezado. Porque estas mismas manos, sin que mi boca deje de devorarte con desenfreno ni un solo segundo, deslizarán por tus suaves hombros las mangas de tu vestido. Abajo, abajo…

Flora ahogó un gemido. El baile los separó un instante y soportarlo fue como recibir una estocada en el vientre. Enseguida volvieron a unirse, con más ansia que antes.

—Y al caer dejarán al descubierto tus preciosos pechos. Oh, amor mío, qué seda la de tu piel, qué adorable rozar tus pezones erectos con la yema de los dedos. ¿Notas cómo te estremeces? Pues cuando los atrape entre los dientes, cuando los chupe, cuando lama

alrededor de ellos tu piel sensible y sople para que gocen con el cambio de temperatura, será mucho mejor.

Flora tragó saliva. Deseó tener a mano un abanico con el que aliviarse el sofoco.

—¿Y qué más? —lo animó a seguir, dado que Lucien había quedado prendido de su turbación y en lugar de hablar, la miraba con arrobo—. Porque sé que hay más.

—Hay más, mi amor. Y está escondido entre tus muslos. Dulce y delicioso como la melaza tibia.

Recordaron su momento de intimidad en las caballerizas. El modo en que él traspasó la barrera de su ropa interior alcanzando la calidez de sus pliegues húmedos, mojados de deseo. Las caricias que Lucien depositó sobre aquella carne sensible y los jadeos que le arrancó a su garganta hasta conducirla al éxtasis.

La danza los distanció para, enseguida, volver a enlazarlos. Las manos juntas, rondando uno en torno al otro, sin apartar las miradas que mitigaban un poco aquella voraz hambre. Flora titilaba a su contacto como la llama de una vela. Lucien se derretía al mirarla, deseando hacerla suya en aquel mismo instante.

—Creo que necesito un poco de aire fresco —murmuró temblorosa.

—Lo vas a necesitar. Cuando me hunda en tus entrañas y te marque con mi amor para siempre.

—Lucien…

—Haremos eso realidad. Cada noche. ¿Te casarás conmigo?

La emoción no la dejó hablar. Solo un cabeceo conmovido. Solo un montón de lágrimas retenidas a la fuerza. Solo un espectacular brillo en los ojos… antes de la reverencia final.

Tres meses después.

Una boda siempre es un acontecimiento digno de reseña. Y tratándose de una boda en el seno de la familia Fowler-Spencer, un

jolgorio nunca visto. Eran una familia tan extensa y admirada como la de cualquier duque. Ser invitado a una de sus celebraciones, el más alto honor. De modo que el día en que Lucien y Flora se unían para siempre, hubo tantos asistentes y todos tan emperifollados, que los novios sintieron pavor.

Y risas.

—Cariño, estás preciosa —la admiró la viuda Bromley. Ambas en la estancia que ocupaba la novia antes de salir a enfrentarse con la ceremonia y su multitud—. Vas a ser la contrayente más bonita que se vea este año.

Flora llevó una mano al pecho agitadísimo.

—¿Dónde está madre? ¿Por qué no está aquí, con nosotras?

—Tu hermano Sebastian se niega a quedarse solo en la iglesia. Mercy está haciéndole compañía. Y sosegándolo.

La muchacha torció la boca en un adorable mohín.

—Va a ser un duque muy quisquilloso.

—Eso no te lo discuto. ¿Preparada?

Flora lanzó una última mirada a la luna del espejo, a la encantadora imagen que le devolvía. La viuda atrapó sus manos entre las suyas y las movió con cariño, arriba y abajo.

—Me muero de nervios, abuela. ¿Tú…?

—¿El día que me uní al hombre que amaba? Sí, exactamente igual. Pensé que no volvería a respirar con normalidad en la vida. ¿Lo amas?

—Con todo mi corazón.

—Qué alegría verte así de ilusionada. Pensé que cerraría los ojos antes de que este día llegara. Ya sabes… tu opinión acerca del matrimonio era descorazonadora.

—Abuela.

—Y tu terquedad, legendaria.

Flora se arrojó a sus brazos y el ímpetu afectuoso de su nieta estuvo a punto de tumbarla. Entre risas, la frágil anciana y su bastón respondieron a la muestra de cariño, antes de recolocar el delicado velo y algún mechón suelto que enmarcaba la sublime belleza de Flora.

—No sabes lo mucho que te adoro, duquesita.

Capítulo 54

El pasillo rojo

La entrada a la iglesia imponía. Con sus altos arcos de guirnaldas blancas y acanto verde, con su larga alfombra roja en el suelo hasta el altar. Allí donde Lucien, apuesto como nunca, esperaba con una tímida sonrisa que se hizo más amplia al verla.

Las aglomeraciones nunca fueron del agrado de Flora. Menos aún, convertirse en el centro de atención de un gentío. Quizá por eso su corazón enloqueció en una carrera suicida a ninguna parte, golpeteando sin piedad contra las costillas.

Empezó a ahogarse. Aspiraba con afán, aire que jamás llegaba a su destino. Toda aquella gente mirándola, seguramente esperando verse impresionados con alguna virtud oculta que los dejase perplejos… Ella no era gran cosa, solo una muchacha educada, de buena familia, rendidamente enamorada del hombre al que iba a entregarse.

Entonces, cuando peor era su tormento, sus ojos se encontraron con los de Lucien y quedaron trabados. Entre destellos, él parecía decirle: «adelante, mi amor, eres todo lo que mis sueños pueden desear. Valiente, inteligente y hermosa».

Lucien era su ancla a tierra, su lugar seguro al que aferrarse.

No necesitaba que la salvara, solo su amor. Hasta el fin de sus días y con cada fibra de su ser. Como el magnífico dueto que habían demostrado ser actuando en connivencia.

Una pareja enamorada y perfecta.

Eso eran.

Y sin desclavar de él sus ojos, sirviéndose de su mirada como guía, renacida y valerosa, caminó hacia el altar, hacia su futuro marido, el centro de todos sus anhelos. Sin saber que, desde detrás de una columna, en un punto lejano próximo a la puerta, un refinado caballero de nombre Carnavon la contemplaba, tan hermosa, con ojos empañados de emoción.

—Madre.

Lady Barrow se derretía contemplando la idílica escena. La voz de su hijo, apenas un susurro ronco, la distrajo un momento.

—Dime, querido.

—¿Quiénes son esas dos jovencitas? Las de ese banco, vestidas de azul Francia.

—Primas del novio. Lady Sienna y lady Diana Fowler, hijas del conde de Herrick.

El apuesto muchacho mantuvo la mirada sobre las dos chiquillas que lloriqueaban emocionadas con la ceremonia. Una sonrisa seductora curvó sus labios.

—¿Quiere saber algo?

—Por favor, hijo. Nada me alegra más que un cotilleo.

—Estoy por completo convencido de que acabo de conocer a la futura duquesa de Barrow.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo. ¡¡GRACIAS por hacerlo!!

¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

Sígueme en Amazon Author
Lady Seren_romanticahistorica
Pinchando este enlace:
https://www.amazon.com/author/ladyseren_romanticahistorica

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue

GRATIS el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

http://subscribepage.io/np9cTD



¡¡SUSCRÍBETE!!

Y tras este aperitivo…
CONTINÚA LA SERIE

Próxima publicación:

«IRRESISTIBLES SPENCER II»

¡¡Ya en PREVENTA!!

https://mybook.to/spencerII

Resérvalo con descuento
No pagas hasta que salga

Nota de la autora: **suspiros asegurados**

Empieza a leer

Una melodía funesta

Cassian

Qué felices somos cuando no sabemos.

Aquel día acabamos brindando por la felicidad que asomaba, temerosa allá a lo lejos, en el horizonte. Las horas en las que ignorábamos que, de haber sido música, habrían contenido los acordes de una tragedia. Para ser justos, la jornada que dimos por hecho que éramos afortunados, sin saber lo que se avecinaba.

Una reunión familiar, sonrisas y dicha, colmada de promesas lanzadas al aire. Los Fairfox y yo, un Spencer más. El siguiente en nacimiento después de Henry, el mayor, el vizconde. Según mi madre, que nos conocía a todos con mayor profundidad que nadie, el más tímido, riguroso y cumplidor.

—Por fin, después de tanto tiempo, estáis prometidos —se felicitó la señora Fairfox alzando su copa—. Francamente, temí que este día no llegara nunca.

—El señor Spencer se ha hecho de rogar —fue la opinión, un tanto ruda, del patriarca—. Aunque me abstendré de análisis indeseados que nadie me ha pedido y… —lanzó un vistazo rápido a su esposa, que lo observaba expectante, con los ojos muy abiertos —, bien está lo que bien acaba.

Rose y yo cruzamos veloces un gesto cargado de significado. A menudo, nos bastaba esa rápida mirada o un imperceptible arqueo de cejas, para saber lo que pensaba el otro.

Y los dos coincidíamos en que pese a las críticas de su padre y lo que se pudiera figurar, en aquel caso, en gran parte, la razón de tanta demora había sido su irritante hermana menor, Amelia, quejosa de no tener a la vista ningún pretendiente lo

suficientemente interesante, y hábil manipuladora contra su bondadosa hermana. Sus tretas y retorcidas artimañas habían conseguido que nuestro inexistente cortejo se alargara sin esperanzas un mes tras otro, hasta cubrir los casi tres años.

Finalmente, harto de ser utilizado, fui yo el que dijo *basta,* plantando un ultimátum sobre la mesa.

—Lo siento, Rose, pero no pienso esperar a que tu hermana se prometa para pedir tu mano. Es la pretensión más absurda que he oído nunca —recordaba haberle dicho, impaciente y bastante furioso.

Ante eso, la dulce Rose, la del corazón inmenso, la que siempre se preocupaba por todo el mundo y anteponía los intereses de los demás a los suyos se rindió y decidió ser fuerte, porque me amaba. Así fue como llegamos a aquel glorioso día de la pedida de mano, ante su familia exultante y una Amelia que nos estudiaba con los labios prietos y un halo de maldad sobrevolándole la cabeza.

—Pese a sus retrasos y reticencia, estamos encantados de que se una a la familia, señor Spencer. Es todo un honor —prosiguió la señora Fairfox con estrellas en los ojos.

Vi oportuno replicar que lo mío jamás fue reticencia, aunque éramos muy jóvenes, supe que amaba a Rose con solo verla. Únicamente prudencia y el no querer enemistar a dos hermanas que pese a sus diferencias parecían llevarse bien, lo que desembocó en una espera quizá demasiado dilatada. Pero la voz áspera de Amelia me lo impidió.

—Debo admitir que emparentar con un vizconde y un conde es siempre motivo de celebración —se mofó, vaciando su copa de un trago—. No me extraña que padre y madre se muestren tan felices por tu logro, hermana.

—Amelia, querida… —la amonestó su madre con un gesto cortante.

—Bueno, desde cierto punto de vista, esa es una afirmación que no puede refutarse —cacareó el patriarca con una risita cascada que sonó de lo más vulgar—. Aunque la tendencia de los tiempos sea el cambio y la incorporación de nuevas fortunas de moderna creación, a fecha de hoy, formar parte de la aristocracia es

instrumento indispensable para hacer negocios y ser bien recibido en los mejores salones. En una palabra, para ser influyente. ¿No le parece, señor Spencer?

Me vi extrañamente sorprendido por la pregunta.

—¿Qué podría decirle yo? Son mi hermano mayor y mi tío, a los que admiro y quiero. No consigo verlos de otro modo que no sea desde el afecto más profundo.

—Es lógico —me apoyó la señora Fairfox con impostada simpatía.

—Y entendible. Por cierto, ¿se han enterado de lo del asesinato? —intervino el señor Fairfox, llenando de nuevo las copas.

El súbito cambio de tema en la conversación fue un giro inesperado que todos agradecimos.

—¿Asesinato? —repetí como un eco.

—Unos maleantes asaltaron y asesinaron a una mujer, ayer mismo, a las puertas de la «Old Lady of Threadneedle Street», apodo con el que comúnmente se conoce a la oficina principal del Banco de Inglaterra. ¡Menuda temeridad! Al parecer, la dama acababa de cobrar una elevada suma de dinero.

—¿Y la llevaba encima? —se interesó Amelia.

—¡Qué imprudencia! —calificó su madre.

—Se trataba de una mujer de posibles. Por lo visto responde al nombre de… —El señor Fairfox hizo memoria frunciendo el ceño —. Logan. Philippa Logan. O algo así.

Estuvo a punto de volcárseme el licor. Un sobresalto grandioso casi me levantó del asiento al tiempo que me paraba el corazón. ¿Philippa? ¿La madre biológica de mi sobrino? ¿La antigua amante de Lucien, la que estuvo a punto de dar al traste con su feliz matrimonio y su futuro había sido asesinada en plena calle?

—Debía de tener planeado emprender un largo viaje, entre sus ropas ensangrentadas encontraron un pasaje de barco a América —prosiguió mi futuro suegro, regodeándose en lo siniestro.

La señora Fairfox llevó su pañuelito bordado a la nariz.

—¡Qué espanto!

—Deduzco que la desdichada acababa de sacar del banco todos sus ahorros, con la intención, muy probablemente, de iniciar

una vida lejos de aquí.

—Pues con qué mala fortuna… —susurró conmocionada mi Rose.

—Si es que el destino de las personas está escrito en piedra, por mucho que nos resistamos —sentenció el señor Fairfox con voz de ultratumba.

Me mordí el labio con nerviosismo. Mi hermano menor aún viajaba tras el enlace, disfrutando su luna de miel con su flamante nueva esposa y su hijo, que los acompañaba por decisión de ambos. Era de suponer que no se hubiera enterado del fatal desenlace. Todos en mi familia sabíamos que Philippa era un mal bicho, pero nadie merece un final tan sórdido.

El roce suave de los dedos de Rose deslizándose en mi palma me trajo de nuevo a la realidad.

—Querido, ¿te encuentras bien? —me susurró bajito, junto al cuello.

Inspiré el aroma de su perfume delicado y de inmediato me sentí mucho mejor, más sereno. Más animoso para enfrentar las vicisitudes de la vida. Rose tenía la virtud de calmar mis nervios sin esfuerzo cuando se desquiciaban.

—Sí, claro, no te preocupes. Es solo que todavía me sorprende lo que algunos llegan a hacer por dinero. ¿Es que la vida de una persona no vale nada?

—¿Ante esos salvajes asesinos hambrientos dispuestos a todo? —bramó el señor Fairfox—. Créame que no. A los trabajadores y a los pobres hay que atarlos cortos y reprenderlos con contundencia. Si en lugar de ser un jefe estricto yo me hubiera ablandado con los empleados de mis navieras…

Me perdí en los ojos almendrados de mi prometida, en su sonrisa ingenua y algo infantil, porque las diatribas de mi futuro suegro respecto a su severidad como patrón, me traían sin cuidado y hasta me provocaban cierto rechazo.

En algún momento, Rose y yo aventuramos que, dado que no existían hijos varones en la casa Fairfox, de algún modo, el patriarca tuviese pensado descargar la responsabilidad de sus flamantes empresas en sus hijos políticos. Pero los Spencer disponíamos de

una colosal fortuna propia, basada en los arrendamientos y los campos, mucho más sana en el fondo y en las formas, que las fábricas de ciudad.

En definitiva, mi interés por heredar los negocios del padre de Rose era igual a cero.

Llegado el momento, me despedí con todos los parabienes y monté en mi caballo para regresar a casa con tiempo de cenar con la familia. Alzando la mano una última vez, agitándola en el aire, emocionado, sin apartar la mirada de mi deliciosa Rose.

Cuando ya me había internado en los bosquecillos a fin de recorrer el tramo final, empecé a oír el extraño ruido. Una marabunta que reptaba por el terreno haciéndolo temblar, como si se tratara de un pequeño terremoto. A continuación, casi sin pausa, fueron los cascos de muchos caballos galopando en grupo, al unísono, como la sacudida de un tremendo trueno. Y el ladrido ensordecedor de los perros. Una jauría interminable.

Y enseguida, todos los sonidos entremezclados en una algarabía imposible.

¿Podría ser uno de nuestros vecinos y sus partidas de caza?

Se le había amonestado decenas de veces. No podían cruzar aquellos parajes al galope desenfrenado con los perros sueltos, era sumamente peligroso. Pero lord Mutton no era de los que hacen caso a las reglas si trababan sus planes o lo incomodaban.

De pronto los vi, acercándose a mi posición, a velocidad suicida. Eran manchas, borrones confusos en movimiento. Llegados a un punto cercano, los perros se dispersaron y fijaron su atención en mi montura, que relinchó intimidado. Traté de sosegarlo con la voz, con unas palmaditas en el cuello, pero el pobre animal ya estaba empapado en sudor, rodeado por más de quince perros que se le metían entre las patas y le gruñían amenazadores mostrando los dientes.

Todo fue muy rápido. Demasiado.

Creo que escuché voces humanas a lo lejos, llamando a la manada, aunque nadie obedeció y nada cambió. Mi montura se encabritó, espantada, y yo no tardé en saltar despedido de mi silla a muchos metros de distancia, con un golpe seco de la espalda contra

el suelo y las rocas desperdigadas, que resultó ser lo más doloroso que habría podido imaginar padecer.

Se me vaciaron de golpe los pulmones, el aire escapó de ellos como si me lo hubiesen arrancado por las bravas, de un tirón. Las costillas temblaron agitadas por un tormento punzante e insoportable, y mi cabeza rebotó contra el terreno antes de que todo se volviera negro.

CONTINUARÁ PARA TI...

Sígueme en Amazon Author
Lady Seren_romanticahistorica
Pinchando este enlace:
https://www.amazon.com/author/ladyseren_romanticahistorica

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue **GRATIS** el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

http://subscribepage.io/np9cTD

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

SERIE
«CALLE DE MADRID»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en el Madrid de 1918

Los vecinos de la calle del Barquillo y sus sorprendentes cuitas. Un thriller romántico y tres comedias románticas en el Madrid de la época.

Secretos familiares, celos, envidias y traiciones.

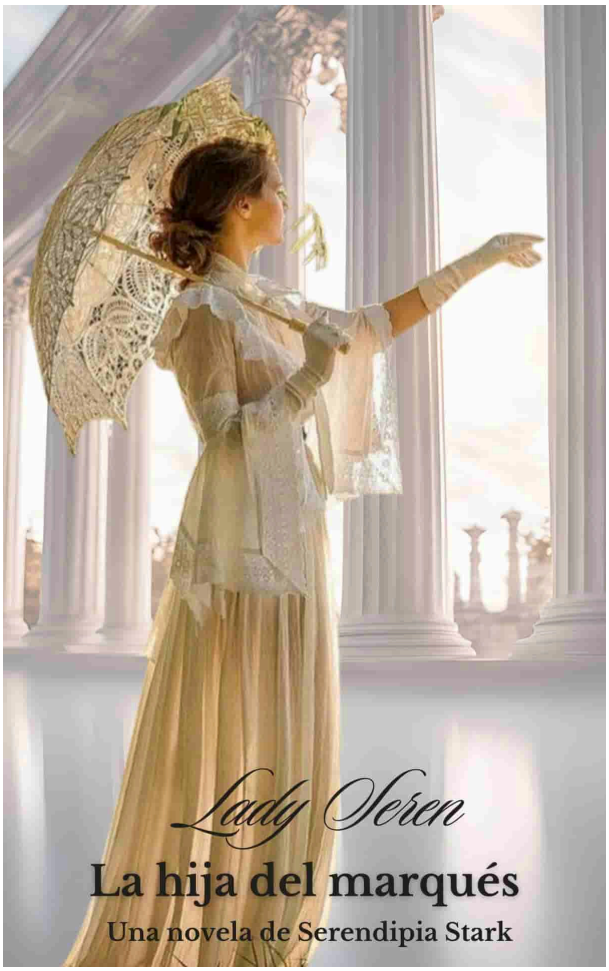
Una lectura perfecta para evadirse, volar a otros tiempos y lugares y esbozar más

de una sonrisa.

LA HIJA DEL MARQUÉS

COMPRA aquí: https://mybook.to/hijamarques

O usa el código QR:


Lady Seren
La hija del marqués
Una novela de Serendipia Stark

Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Yp80Sv

NOSOTROS BAJO LAS ESTRELLAS:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas

O usa el código QR:


Lady Seren
Nosotros bajo las estrellas
Una novela de Serendipia Stark



[Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Yp80Sv](https://acortar.link/Yp80Sv)

SERIE
«GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en la Inglaterra de 1815

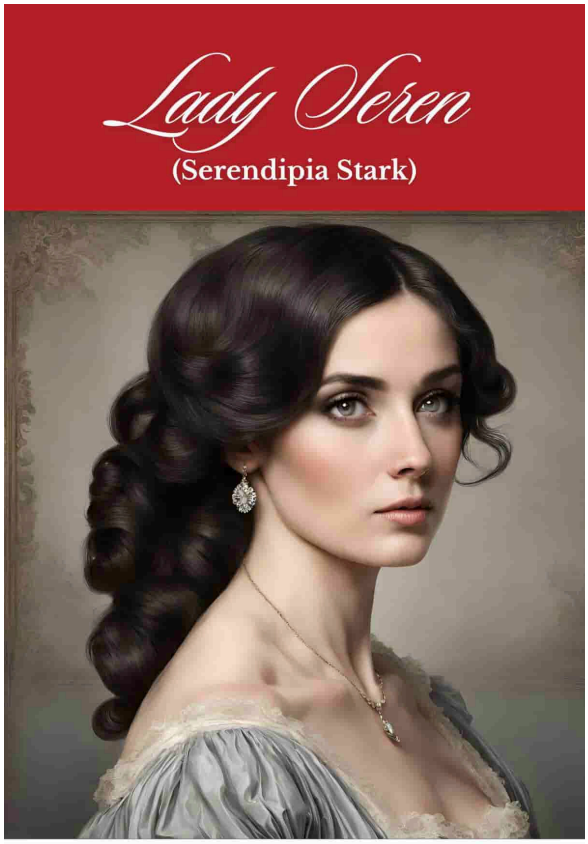
Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil, diversión asegurada.

¡¡Muy Bridgerton!!

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/tussecretosylosmios
O usa el código QR:



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Yp80Sv

LIBERTINA VENECIANA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/libertinaveneciana
O usa el código QR:

Lady Seren

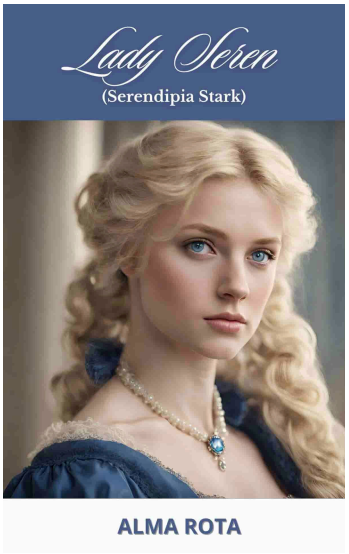
(Serendipia Stark)



LIBERTINA VENECIANA

Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/FioXD8

ALMA ROTA:
COMPRA aquí:
https://mybook.to/almarota
O usa el código QR:

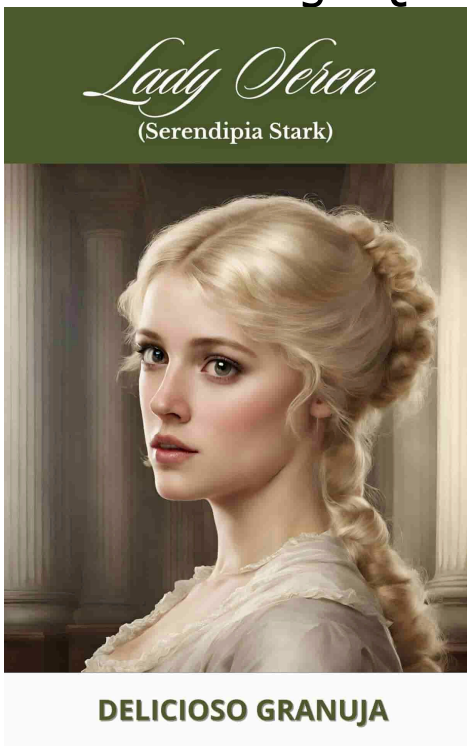


Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/WjifpE

DELICIOSO GRANUJA:

COMPRA aquí: Comprar aquí

O usa el código QR:



Empieza a LEER GRATIS:

https://acortar.link/m87EcW

SERIE
«LAS LADIES»

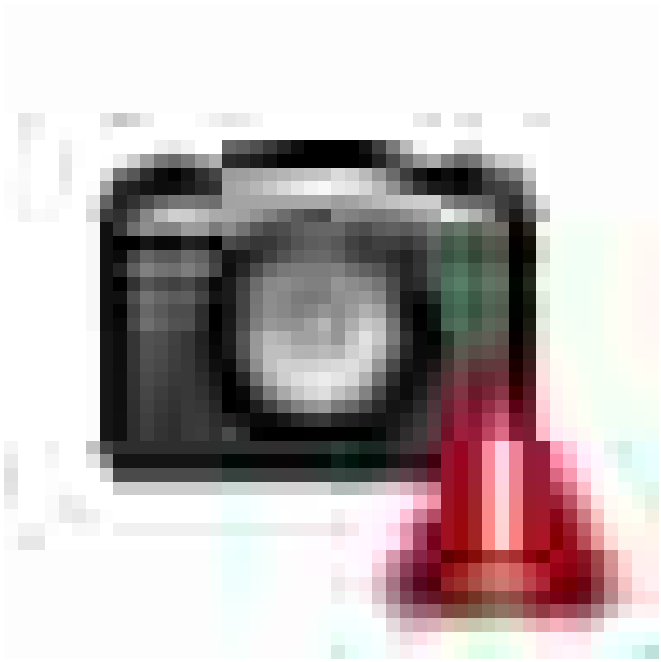
Amor, humor, pasión y aventuras en la
Inglaterra de la Regencia inglesa.
6 mujeres más que atípicas.
Un entretenimiento insospechado.
El amor que todo lo puede.

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/marquesladrona

O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
EL MARQUÉS
Y LA LADRONA



Empieza a leer GRATIS:
https://goo.su/7yNvS

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/suenoparaunadama
O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
UN SUEÑO
PARA UNA DAMA

Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/MHPm3I

JAQUE AL CABALLERO:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/jaquecaballero
O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
JAQUE AL
CABALLERO



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Jd3X1Q

LOS DESEOS DE MILORD:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/deseosdemilord
O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
LOS DESEOS
DE MILORD



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Jd3X1Q

UNA PROFECÍA PARA MILADY:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/profeciaparamilady
O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
UNA PROFECÍA
PARA MILADY



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Jd3X1Q

POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/condemeroy
O usa el código QR:


Lady Seren
una novela de
Serendipia Stark
POR EL AMOR
DEL CONDE
DE MEROY

Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Jd3X1Q

Y si te apetece leer romántica contemporánea, historias de hoy que te harán pensar, plagadas de humor y escenas spicy, LADY SEREN vuelve a ser SERENDIPIA STARK a secas.

Mira lo que tengo:

INOCENCIA: https://mybook.to/inocencia

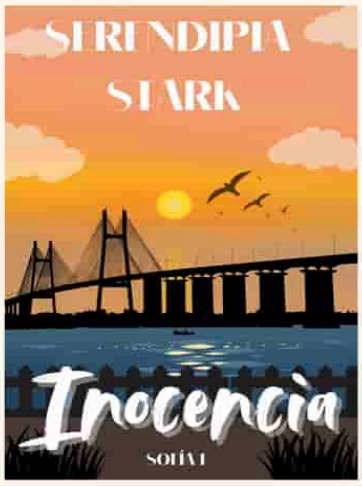
ILUSIÓN: https://mybook.to/ilusion

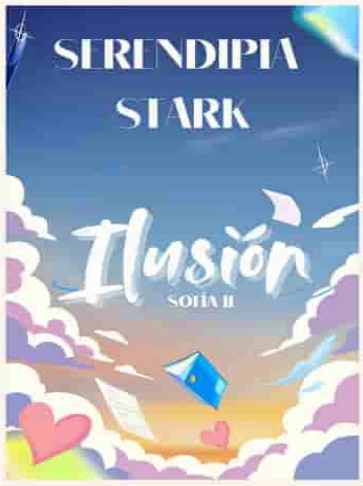
DESENGAÑO: https://mybook.to/desengano

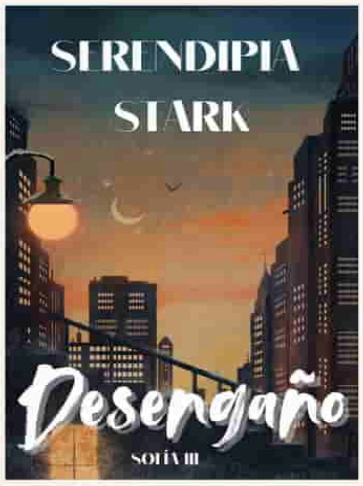
AMANTES: https://mybook.to/amantes

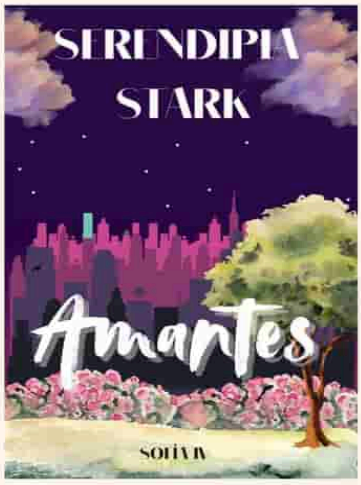
REGRESO: https://mybook.to/regreso

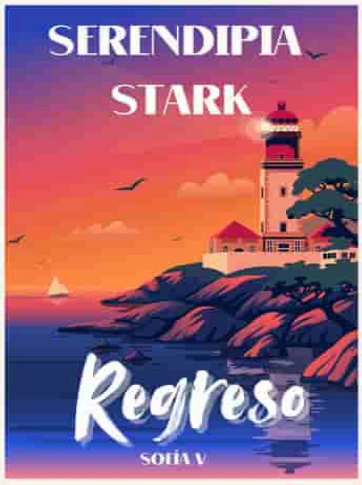
Serie «Universo SOFÍA»











https://mybook.to/inocencia
https://mybook.to/ilusion
https://mybook.to/desengano
https://mybook.to/amantes
https://mybook.to/regreso

KINDLE UNLIMITED

GRACIAS por leerme. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN con estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon a través del enlace o del código QR que te dejo a continuación. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. ¡¡GRACIAS!! **En este difícil mundo, tu respaldo es fundamental.**

LINK

QR

Agradecimientos

La vida de un escritor nunca ha sido fácil. Generalmente vivían pobres y morían mucho más pobres aún, con la descabellada esperanza de que algún día, en tiempos futuros, quizá lejanos, alguien reconociera la calidad de sus escritos.
Estamos en la era digital, el siglo XXI de los robots y las máquinas, y nada ha cambiado demasiado. Sigue siendo una profesión altamente vocacional, solitaria y mal pagada. Pero nos llena de satisfacción.
Escribir es terapia, el mejor escape para las penas acumuladas, la goma de borrar de la decepción humana. El resbaladizo lomo de un dragón sobre el que volar lejos, a tierras remotas, huyendo de la realidad cuando no es demasiado benigna.
Lo mismo puedo decir del arte de leer. Vivir mil vidas, ser cualquiera, correr aventuras, descifrar misterios, viajar por un arcoíris de

emociones variadas…
¿Qué decir que vosotr@s ya no sepáis?
Por eso, mi agradecimiento de hoy va para el don de la creatividad con el que fui bendecida y que me ha salvado la vida muchas veces.
Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Irresistibles Spencer I» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.
Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una **valoración por estrellas, un breve comentario o una reseña** (lo que prefieras) **en la plataforma de venta**. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. Hoy día, con la saturación de títulos que nos abruma, tu apoyo supone un respaldo vital. De nuevo gracias.



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.
Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? ¡Aviso que son adictivas!

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora
https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/